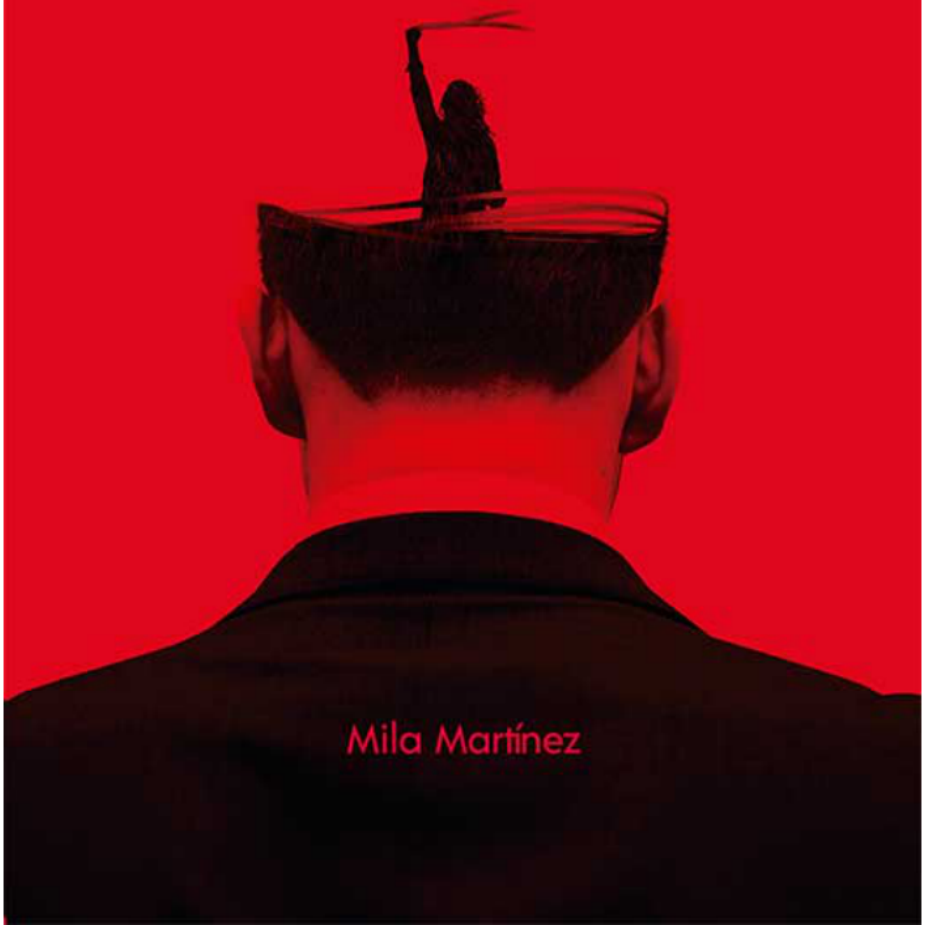
INSURRECTAS



Mila Martínez

La maldad no es algo sobrehumano, es algo menos que humano.

AGATHA CHRISTIE

Vega.

Diciembre de 2024

Lo primero que advirtió al volver a la consciencia fue el regusto metálico de la sangre. De inmediato, le sobrevino el dolor. Tenía abierto el labio, pero llevaba peor lo del tórax, las lacerantes punzadas en las costillas que le dificultaban la respiración. La oscuridad era casi completa, salvo por una pincelada blanquecina de luz artificial que, atravesando un ventanuco abierto a unos tres metros, se estampaba contra la pared que tenía enfrente. Ningún ruido le llegaba desde fuera. O se trataba de un lugar poco transitado, o bien el cristal sucio, que a duras penas dejaba adivinar unos barrotes al otro lado, amortiguaba sobremanera los sonidos exteriores.

Vega forzó la vista, procurando acomodarla a la penumbra, pero ni siquiera intentó ponerse en pie. Su expresión concentrada se agudizó, profundizando el surco entre las cejas. Cada bocanada de aire que entraba en sus pulmones suponía una pesadilla, y aquel silencio espeso multiplicaba la sensación de desamparo. Ignoraba qué hora era. Analizando la parte superior del muro sobre la que recaía el tenue resplandor, dedujo que el habitáculo en el que estaba encerrada tendría unos seis metros cuadrados. Olía a humedad y a aire insano, sin circulación. Tocó el suelo que tenía más cerca. Sus yemas adivinaron unos adoquines viejos, terrosos. Algo le rozó la mano y la retiró dando un respingo. En ese momento, la ausencia de luz le pareció una bendición. Puesto que no podía salir de allí, era mejor ignorar con qué clase de seres compartía aquel lugar. Decidió concentrar su atención en el agujero que aportaba algo de claridad al zulo, pero estaba a una altura inalcanzable. Difícilmente podría asomarse por allí para intentar averiguar dónde la habían metido.

¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente? Aunque lo tenía bastante corto, se sacudió el pelo con aprensión, conocedora de que hacía un momento su cabeza había descansado sobre la superficie por la que se arrastraban visitantes que no deseaba imaginar. El brusco movimiento del cuello repercutió de forma dolorosa en su tórax. Encogida sobre sí misma, se obligó a respirar con calma. Debía superar el asco, así que palpó la pared que tenía detrás y acabó apoyando la espalda en ella.

Necesitaba serenarse y pensar.

«Las malas personas encuentran el castigo en su propia maldad. Tú eres buena, eres feliz. Cierra los ojos, respira hondo, imagina el mar».

Vega recordaba las palabras que le decía su madre desde muy pequeña, lo que le repetía cada vez que la veía llegar a casa deprimida, enfadada o magullada, o las tres cosas a la vez, ya que los niños tenían por costumbre convertirla en objeto de sus burlas y agresiones. Nunca fue popular, ni siquiera lo había pretendido. Era inteligente y solitaria, y eso tenía un precio. Ser distinta era el mejor reclamo para el *bullying*. Cuando era niña, solo quería que la dejasen en paz. Por suerte, su hermano pequeño iba a otro colegio y no había podido ser testigo del maltrato al que era sometida prácticamente a diario. Él seguía sintiendo el cariño y la admiración hacia su hermana mayor y presuponía que las heridas con las que llegaba a casa eran consecuencia de sus juegos.

Apoyada en la vieja pared, volvió a escuchar la voz de su madre como aquel lejano día, el día del «incidente», como lo denominaba cuando su cerebro se atrevía a traer aquello de vuelta. Se vio de nuevo con dieciocho años recién cumplidos, caminando por la acera con las manos en los bolsillos de la cazadora. La frustración tiraba de ella mientras intentaba digerir el hecho de que su mejor amiga, de la que estaba secretamente enamorada, se estaba enrollando en ese mismo instante con un chico insultantemente guapo. Había abandonado la discoteca cerca de la una de la madrugada con la imagen fija en su pensamiento, arrastrando el mal humor hacia su casa mientras contemplaba las líneas del suelo. No se había dado cuenta de que un hombre se acercaba sigilosamente. Cuando levantó la cabeza fue demasiado tarde. Su mente había grabado con nitidez el olor químico del paño húmedo sobre la cara. De inmediato, todo desapareció. Ese día hubiera preferido no regresar a la consciencia, pero la trajo de vuelta a la realidad el movimiento de un cuerpo pesado y sudoroso sobre ella y, por encima de todo, el terrible dolor entre las piernas.

—Se ha despertado —dijo una voz ronca a su izquierda.

—Mejor —respondió el que tenía encima, jadeando, mientras aceleraba el movimiento.

Vega tuvo una imagen fugaz de dos hombres desnudos esperando el turno mientras manipulaban su miembro erguido. Fue entonces cuando cerró con fuerza los ojos, intentando alejar el sufrimiento, el tufo a alcohol, a sudor y a sexo, procurando apartar de su cerebro la ira y la repulsión, para concentrarse —como en ese instante— en la voz de su madre: «... cierra los ojos, respira hondo, imagina el mar...».

El ruido del oleaje, el viento revolviendo su pelo y el susurro de la espuma tomaron las riendas de su mente mientras aquel ser infrahumano, que tenía el valor de llamarse a sí mismo hombre,

terminaba su acto ignominioso y cedía su sitio al segundo. Y este al tercero.

Tras un tiempo interminable, regresó como una bendición el fundido en negro. Cuando despertó de nuevo aquella madrugada, estaba otra vez tendida en la acera, prácticamente en el mismo lugar donde la habían asaltado. Uno de aquellos monstruos había tenido el detalle de vestirla. Recordó haberse levantado tambaleante. Le dolía la cabeza, pero el mayor dolor lo sentía más abajo. En estado de *shock*, se llevó la mano al sexo y notó que tenía el pantalón mojado. Era sangre. No muy lejos estaba el Hospital Clínico. Vega solo quería dormir, olvidarse de todo, pero sabía que debía arrastrarse hasta allí. Tenía una hemorragia.

Minutos después llegaron las preguntas, la angustia, la vergüenza. Nada más responder «No, no usaron preservativo», se inclinó a un lado y vomitó. Todavía tenía que agradecer que el resultado final de las pruebas de embarazo y de enfermedades de transmisión sexual resultara negativo.

Horas más tarde habían acudido sus padres a ofrecer su llanto, su ira, su intento de consuelo. Un consuelo imposible. Vega no quiso hacer una denuncia. No podía volver a repetir aquello en voz alta, quería desterrarlo de su mente para siempre. Sin embargo, la médica que la atendió había dado parte a la policía. Dijo que era su obligación. Volvió a sentirse sucia, ultrajada a fuerza de preguntas y de insinuaciones encubiertas. En realidad, no podía recordar sus caras, no podía recordar nada que sirviera para identificarlos. Solo el olor, el asco, el dolor insoportable, los insultos humillantes.

Nunca los cogieron. El «incidente» no volvió a salir a la luz en ninguna conversación familiar, ni Vega volvió a hablar del asunto con nadie. Los padres se lo ocultaron a su hermano, inventándose una historia plausible. Ella había rechazado la ayuda psicológica que se le ofrecía fingiendo salir adelante, simulando que aquello había quedado enterrado y mudo en el olvido. No obstante, el poso —que siempre permanecería en su interior— gritaba bien alto.

Vega sabía que «el incidente» viviría indeleble en su cerebro, y una de las consecuencias, que no la peor, fue volverse cauta a la hora de manifestar su afecto. Durante los veinticinco años transcurridos desde entonces había mantenido algunas relaciones. Nadie podía acusarla de no intentarlo. Era una amante complaciente, pero nunca se permitía ceder las riendas, ya que había llegado al íntimo convencimiento de su incapacidad de alcanzar el placer con nadie. Ni siquiera en solitario. Desde el «incidente», algo se había roto en su interior. Se dijo a sí misma que se conformaba con ver satisfechas a sus parejas, con ser testigo de la reacción que proporcionaban sus caricias. Su placer se nutría de la comunión de los abrazos, del éxtasis de cada mujer que

yacía con ella. Su alma se alimentaba del ardor ajeno, pero nunca se entregaba.

Por fortuna, desde muy joven, el amor a la fotografía la había salvado de muchas cosas. Entre otras, de la soledad. Los mundos que descubría y atrapaba a través del visor de su cámara la habían guiado y hecho crecer; la habían ido convirtiendo en una mujer libre, independiente y reputada creadora. Su espíritu crítico y rebeldía tenían mucho que ver en ello, aunque también le habían conducido a la situación en la que se encontraba en ese momento. No obstante, no se arrepentía de nada. Pensó en Marina y —en aquella celda que amenazaba con convertirse en su tumba— se encogió presa de un dolor distinto.

En ese vagar incierto, volvió a centrarse en su situación. No sabía dónde se hallaba, ya que le habían tapado los ojos en cuanto la empujaron al asiento de atrás del Hummer. Había un hombre sentado a cada lado suyo. Uno de ellos le había inmovilizado las manos colocándole unas esposas. Otros dos iban en el asiento delantero. Cuando el todoterreno se detuvo, al cabo de varios minutos a ciegas durante los cuales nadie le había dirigido la palabra, la habían arrastrado fuera para meterla en un edificio y conducirla a una especie de despacho. Este estaba en una planta baja. Lo sabía porque no habían subido ni bajado escalones. Allí le descubrieron por fin la cabeza. El mobiliario se componía de una única silla, en la que la obligaron a sentarse. La ventana, cerrada, parecía dar a un patio interior, pero estaba oscuro. No reconocía el lugar. El que iba sentado junto al conductor fue el que comenzó a interrogarla. Lo había visto antes de que le taparan la cabeza. De hecho, sabía quién era. Tenía un aspecto que le ponía los pelos de punta: la cabeza rapada, la mandíbula prominente y unos ojos grises fríos que parecían esculpidos en el mismo hielo. Era el único que preguntaba. Obviamente, estaba al mando. Los que habían compartido con ella el asiento trasero solo se encargaban de los golpes.

Únicamente la fe en sus convicciones logró hacerle resistir. Y, por encima de todo, el eco de la voz de su madre, que volvía una y otra vez a su cabeza mientras recibía cada puñetazo.

En medio de aquella oscuridad, con el cuerpo y el alma rotos, Vega se sentía interiormente en paz al no haber revelado nada de lo que querían saber. Prefería morir. Lo que ignoraba era cuántos días aguantaría aquella tortura, si la encontraría alguien y en qué estado. Con todo, si no lo hacían pronto, dudaba que pudiera sobrevivir a los golpes.

En cuanto se habituaron un poco a la escasa luz, sus ojos comenzaron a descubrir cosas. Frente a ella había un cubo en una esquina de la celda. Porque de eso se trataba, de una celda. Justo a su

izquierda, distinguió el perfil de una botella grande y algo redondo en el suelo. Alargó el brazo. Una naranja. Y litro y medio de un líquido transparente. Esperaba que fuese agua. Tenía sed. Abrió la botella y olió el interior. Después bebió un trago. Era agua. A continuación, peló la naranja con las manos, amontonó las pieles a un lado y se la comió despacio. Necesitaba reponer fuerzas. Debía hacer frente a lo que pudiese llegar.

A su pensamiento llegó el recuerdo de unas de las piezas que más le gustaba escuchar de su nutrida colección de música: «Lascia ch'io pianga», de la ópera *Rinaldo*, de Haendel. «... *Lascia ch'io pianga mia cruda sorte, e che sospiri la libertà*...».

«Deja que llore mi cruel suerte y que suspire por la libertad», tradujo mentalmente.

Y entonces, sí. Entonces dejó que las lágrimas discurrieran libremente por su rostro.

La luz es la mano izquierda de la oscuridad, y la oscuridad es la mano dere
las dos son una, vida y muerte, juntas como amantes.

URSULA

Dos meses antes

Los flases parpadeaban alrededor del político, en un chasquido constante que él ni siquiera parecía apreciar. Vega del Hierro alzó una vez más la cámara y aplicó el zum para captar un primer plano espectacular de César Barral, el Presidente de la República desde hacía poco más de un año. Debía reconocer que su imagen destilaba carisma. Profundos ojos azules, pelo rubio oscuro con un corte perfecto y una sonrisa que abría fronteras.

En escasos meses, el líder de un partido emergente, Movimiento Evolución, se había convertido en algo parecido a un dios. Vendía la imagen de un gran futuro, ya que su campaña electoral se había centrado, en gran parte, en la intención de hacer regresar al gran número de jóvenes desplazados al extranjero con una formación excelente pero falta de expectativas en España. Les prometía un trabajo estable y de calidad. No obstante, César Barral no solo había convencido a la juventud. La mayoría absoluta alcanzada por su partido en las últimas elecciones era la prueba.

Movimiento Evolución había elaborado un discurso que se alejaba de las sempiternas críticas y ataques a dirigentes rivales, para centrarse principalmente en revalorizar a las jóvenes promesas, evitar su emigración y otorgarles una estructura que les permitiera asentarse en la cúspide de la economía. Pero no solo eso, sino que su programa electoral ofrecía el pleno empleo, la seguridad y la paz ciudadana.

También abogaba por una educación y sanidad de calidad y planteaba la desaparición de organismos, estructuras y entidades públicas innecesarios. En esta línea, en cuanto fue nombrado presidente del gobierno utilizó su mayoría parlamentaria para hacer los movimientos precisos y cambiar la constitución. Convocó un referéndum para instaurar —respaldado por la voluntad popular— la tercera república en la historia del país. La familia real hizo las maletas y se exilió voluntariamente, haciendo una declaración pública dirigida a los partidos conservadores para pedir que no desataran ninguna clase de violencia en las calles. El pueblo había hablado y había que respetar su decisión.

César Barral fue nombrado Presidente de la República por el Parlamento y se creó la Junta de Coordinación de los gobiernos

autonómicos, organismo de encuentro y conexión entre los dirigentes de las distintas comunidades autónomas, que presidía él mismo. Las comunidades autónomas estaban gobernadas, en su mayoría, por miembros de Movimiento Evolución, ya que se aunaron las elecciones generales con las autonómicas y locales, consiguiendo una victoria abrumadora en la mayoría de los territorios. Para minimizar los enfrentamientos con las zonas no gobernadas por su partido, el nuevo Presidente había aumentado de forma sustanciosa el presupuesto cedido a esos territorios, calmando bastantes voces. Podía decirse que había logrado una paz relativa entre las distintas facciones del país.

El nuevo Presidente de la República también se cargó de un plumazo las diputaciones provinciales y la nueva constitución había prescindido de la figura del Senado, con lo que las partidas presupuestarias liberadas se volcaron en otros fines. Uno de ellos, de éxito mayoritario entre la población, fue la construcción de residencias públicas para mayores y también para personas dependientes que no hubieran alcanzado la edad de jubilación.

No obstante, sus proclamas no estaban exentas de polémica. Movimiento Evolución defendía la independencia del país respecto a las directrices supranacionales —bastante restrictivas en cuestiones de gasto—, planteando que nuestra economía, con virtudes y fortalezas propias, no debía regirse por parámetros externos, lo que estaba llevando al país a un conflicto con Europa. César Barral quería convertir a España en un territorio autosuficiente, proclamando la sublimación de los recursos nacionales y apostando por la investigación y el desarrollo tecnológico en la industria, agricultura y sanidad, principalmente.

Asimismo, uno de los pilares fundamentales de su programa era la defensa del patrimonio cultural y turístico. El nuevo dirigente se comprometía a incentivar el turismo interno, con la finalidad de que los ingresos acabaran por no depender de los visitantes extranjeros. Por otra parte, durante el tiempo que llevaba en el poder, el gobierno se volcó en una campaña publicitaria que proclamaba la necesidad de incrementar la natalidad, instaurando diversas ventajas tributarias para las familias.

Con el fin de contentar a los ecologistas, Movimiento Evolución abogaba por ciudades sostenibles y libres de tráfico, prometiendo una red idílica de transporte público ecológico y restringiendo cada vez más la circulación de vehículos particulares en el interior de las ciudades.

En un país donde la economía estaba estancada y la emigración de los talentos al extranjero se había convertido en endémica, las promesas del nuevo partido propulsaron el ascenso meteórico de Movimiento Evolución en las intenciones de voto.

Vega no podía sino sentir cierta desazón ante el encumbramiento de un nuevo partido —y un líder que nadie conocía demasiado— en cuestión de pocos meses. Tanto entusiasmo de los votantes guardando pleitesía a su nueva deidad le producía temor y, como mínimo, le hacía sospechar. Nadie podía ser tan bueno. Y mucho menos en el mundo de la política. La labia, el atractivo y la sonrisa seductora de César Barral le hacían pensar en un lobo con piel de cordero. Esperaba equivocarse. Además, según se decía, había puesto al frente del gobierno central a un individuo gris, con un perfil bajo y nada conflictivo, que bailaba al son que él tocaba. Su marioneta.

No obstante, debía reconocer que algunos hechos hablaban a su favor. Durante el último año había mandado construir en todo el país trescientas residencias de mayores y cincuenta para personas dependientes. El nuevo gobierno había conseguido disminuir de forma drástica el número de desempleados a través de varias medidas, aunque alguna de ellas fuera acogida con cierto recelo, como la creación de un cuerpo que velaba por la tranquilidad en las calles. A Vega, este ejército encubierto le hacía saltar todas las alarmas, aunque parecía que había sido bien aceptado entre la población. César Barral los llamaba los Garantes, los que garantizaban la paz. Patrullaban por parejas, día y noche, y se esforzaban en caer bien a la gente. Era un cuerpo constituido por personas jóvenes instruidas para ayudar a quienes lo necesitaran, sobre todo a los ancianos. No llevaban armas, pero eran expertas en artes marciales. Su aspecto distaba mucho de un cuerpo militar, ya que llevaban un sencillo y cómodo uniforme blanco con una G roja en la zona del corazón. Lo cierto era que, con su sola presencia, este ejército personal de César Barral había logrado disminuir la delincuencia de forma significativa. Y lo más sorprendente era que el resto de los cuerpos de seguridad los veían como un apoyo positivo. Les aligeraba el trabajo.

El gobierno también había contratado a miles de desempleados —eso sí, con salarios irrisorios— y los había formado para trabajar en el cuidado del medio ambiente. Durante el último año, una multitud de personas se encargaban de limpiar los bosques, los cauces de los ríos, los lagos, las playas y los fondos marinos.

Asimismo, había empezado a entregar casas y tierras en pueblos desfavorecidos para conseguir la repoblación de esas zonas, aunque Vega, a la vista de lo que había contemplado en las noticias, sospechaba que el perfil de las familias elegidas pasaba por una criba minuciosa que excluía a ciertos sectores y etnias residentes en España.

De otro lado, al multiplicar las ayudas a la agricultura, la industria y la investigación tecnológica y médica, consiguió hacer regresar a buen número del talento migrado.

Ahora bien, aparte de la sospecha de Vega de que algunas acciones

no eran muy ecuánimes, no todo en el país era un lecho de rosas. Debido al gran incremento del gasto y del déficit de las cuentas del Estado, habían optado por la emisión de moneda y la inflación empezaba a ser insostenible. Los precios se habían disparado y un amplio sector de la población comenzaba a tener problemas para subsistir. Para mitigarlo, hacía un par de meses que el gobierno había puesto en circulación una tarjeta. Esta otorgaba descuentos muy importantes a la persona portadora; descuentos en toda clase de productos y servicios generados por empresas que apoyaban al nuevo partido, cuyo número aumentaba día a día. La tarjeta, de carácter individual e intransferible, tenía un coste mensual de diez euros —dinero que iba a parar a las arcas de la recién creada Asociación Financiera Nacional— y respondía al nombre de AFIN. Se trataba de otro mecanismo más que garantizaba la adhesión al partido de César Barral. O ese parecía el propósito. Vega sospechó desde el primer momento que no era el único objetivo, y sus sospechas, con el tiempo, iban a resultar bastante fundadas.

Con el rostro pegado a la cámara, la fotógrafa descubrió dentro de su campo de visión unos ojos pardo-verdosos que había contemplado muchas veces. Marina Salvatierra, la jefa de prensa de César Barral, dirigió su atención hacia ella de golpe, como si intuyera que la estaba observando. Vega apartó la cámara de su rostro y la miró directamente, sin obstáculos. La periodista le sostuvo la mirada unos segundos, provocándole un estremecimiento involuntario. Mientras ejercía su trabajo se había cruzado en varias ocasiones con Marina y no podía evitar sentir aquello cada vez que la tenía enfrente, a pesar de que la información que le había llegado sobre la periodista no fuese precisamente positiva. Las lenguas más benévolas la tachaban de ambiciosa e insensible. Las peores la acusaban de prostituirse para alcanzar la posición que ostentaba, e incluso de no tener escrúpulos morales ni legales en el desempeño de su trabajo. En general, las personas que habían tenido cierto trato con ella sostenían que Marina no se dejaba achantar por los obstáculos que pudiera encontrar en su camino, haciendo uso sin pestañear de las armas que tenía a su alcance, que, por lo que Vega intuía, eran muchas y muy bien engrasadas. Aquella mujer le atraía y le daba miedo por igual.

Levantó la cámara de nuevo y comenzó a disparar hacia el grupo formado por la periodista, el presidente, el ministro de Sanidad, el dueño de una de las empresas tecnológicas españolas más potentes y el personal de seguridad que los rodeaba. Todos ellos abandonaban en ese momento el antiguo Palacio de la Generalitat y se despedían ante la prensa para dirigirse a los vehículos oficiales. César Barral —natural de Valencia— había decidido trasladar a su ciudad la sede de la Presidencia de la República y del Gobierno Nacional y asentarse en el

palacio, desplazando al President de la Generalitat a otro edificio cercano que también era de propiedad pública.

Vega había captado esa tarde muy buenas imágenes del encuentro y ya las había colocado a buen precio en las principales publicaciones del país. Se había labrado un merecido puesto entre los mejores fotógrafos nacionales, de modo que sus fotos se las disputaban los más acreditados periódicos y revistas. El dinero obtenido con su labor le permitía trabajar como ella deseaba: con total libertad creativa, sin someterse a criterios de otro tipo ni tener que depender de nadie.

En cuanto llegó a casa, volcó las fotos en el ordenador. Observándolas con detenimiento, decidió que guardaría alguna de ellas en su carpeta privada, especialmente una instantánea de Marina Salvatierra con los ojos entrecerrados, apartándose un mechón de pelo pajizo de la cara. La fascinación y el miedo constituían una mezcla muy poderosa. Pensó que, dijeran lo que dijesen sobre ella, Marina había demostrado de manera sobrada su valía profesional, trabajando en diversos medios de comunicación hasta lograr ser libre para poder venderse al mejor postor. Vega podía cuestionar la elección de algunos de sus clientes, pero era irrefutable que contratar a Marina Salvatierra significaba obtener un éxito asegurado. La periodista estaba muy bien relacionada, conocía los medios a la perfección y obtenía las mejores entrevistas.

Terminó de revisar su trabajo y después se acomodó en el sofá y encendió la televisión para relajarse delante de una cena frugal y una copa de buen vino. Las cadenas no cesaban de verter información referente a las últimas acciones del nuevo gobierno. Vega se movió por los canales hasta detenerse en uno donde la locutora parecía estar emitiendo una noticia inquietante.

«*La semana pasada, dos trabajadoras de una residencia de tercera edad de Madrid denunciaban en esta cadena el fallecimiento inexplicable de varios residentes que, aparentemente, disfrutaban de buen estado de salud; las trabajadoras alegaban que dichos fallecimientos inesperados venían ocurriendo desde hacía meses. Pues bien, hoy se une a esta denuncia la de dos trabajadores de otra residencia en Granada. Nuestros corresponsales en dichas ciudades se han puesto en contacto con las direcciones de ambos centros, las cuales han defendido que, abiertas las investigaciones pertinentes, puede concluirse que las muertes se produjeron por causas naturales debido a la edad avanzada de los ancianos...*».

La fotógrafa frunció el ceño ante la noticia, estuvo unos minutos más escuchando a la locutora y luego volvió a cambiar de canal. La imagen del atractivo César Barral ocupó de nuevo la pantalla de forma tan abrumadora que decidió apagar el aparato y dedicarse a la lectura.

Las especies que sobreviven no son las más fuertes, ni las más rápidas, ni las más inteligentes, sino aquellas que se adaptan mejor al cambio.

CHARLES DARWIN

Marina

Marina Salvatierra sacó su escultural cuerpo de la cama —un cuerpo que seguía manteniendo firme gracias a una genética privilegiada y algo de deporte— para enfundarse en una carísima bata de seda.

—Vuelve aquí, es muy pronto —protestó el hombre.

—Tienes que irte, voy a darme una ducha. Tengo trabajo pendiente y tu familia te espera para cenar.

—Siempre pensando en el trabajo. Tu jefe te ordena que te relajes y disfrutes un poco de la vida.

—Olvidas que estás en mi casa. Aquí no eres mi jefe, así que vístete y lárgate —dijo con media sonrisa.

César Barral la siguió con la mirada hasta que desapareció dentro del baño y, haciendo caso omiso de la implacable sugerencia, alargó el brazo para alcanzar el periódico que había sobre la mesita de noche. Al cabo de unos minutos, Marina salió envuelta en un esponjoso albornoz. Llevaba el cabello mojado peinado hacia atrás, poniendo de relieve la belleza de sus rasgos, con los altos pómulos y sus contundentes ojos pardos. Él ni siquiera levantó la cabeza del diario que estaba ojeando.

—¿Quién ha hecho esta foto? —preguntó con complacencia, mientras contemplaba el primer plano de su propio rostro en la página central—. Me vendría muy bien tener a este fotógrafo en mi equipo.

Ella se aproximó para echar un vistazo a la imagen.

—Yo diría que es de Vega del Hierro. Pero, desengáñate, no vas a conseguirla.

—¿Por qué? ¿Tiene la exclusiva con algún medio?

—No, es *freelance*. Sus fotos se las disputan las mejores publicaciones. Siempre ha ido por libre.

—Todo el mundo tiene un precio.

—¿Tú crees? Presiento que eso no es aplicable a Vega.

—Cuéntame qué sabes. Cuanta más información tenga, más probabilidades tendré de proponerle lo que necesita. Seguro que tiene alguna debilidad. Le ofreceré mucha pasta, no podrá rechazarla.

—Lo dudo mucho. Le pagan muy bien sus fotos, por eso es independiente.

—¿Es guapa? Podrías concertarme una entrevista con ella —soltó

con total desfachatez.

Marina ignoró la provocación, dejando claro que su comentario no le afectaba lo más mínimo.

—Yo diría que es más bien atractiva, no guapa en el sentido clásico. De todas formas, no creo que seas su tipo —afirmó sonriendo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Es lesbiana.

—No me importa, enséñame una foto.

La periodista cogió su teléfono móvil, tecleó algo en él y luego se lo pasó a César. Este contempló la imagen sacada de internet.

—Tienes razón, es atractiva a su modo. Su expresión es concentrada, inteligente, con ese entrecejo fruncido, y tiene unos ojos oscuros que atraviesan la pantalla. Debe de ser todo un carácter. Me gusta. Definitivamente, quiero conocerla.

—Muy bien, hablaré con ella. Y ahora, vete.

—¿Seguro que no te apetece uno rapidito?

—Lárgate —respondió, apartándole la sábana que lo cubría para facilitarle salir de la cama.

—Al menos déjame darme una ducha.

—Ya sabes dónde está el baño —dijo en tono neutro, antes de desaparecer de la habitación.

Marina fue a la cocina, se sirvió una copa de vino y salió a la terraza a saborearla con calma. Se cerró bien el albornoz. Hacía frío. No había sido muy buena idea salir al exterior, pero le apetecía contemplar su hermoso jardín. No hacía mucho que había alquilado esa casa, ubicada en una de las mejores urbanizaciones de la periferia de Valencia. Le había costado años de esfuerzo y trabajo alcanzar la posición que ahora disfrutaba, desempeñando tareas que no le hacían feliz pero le daban de comer. La vida no se lo había puesto fácil. Siendo la pequeña de seis hermanos y con unos padres metidos en continuos negocios turbios que los condujeron de cabeza a la cárcel, había pasado por varias familias de acogida, aunque no consiguió adaptarse a ninguna debido a su indisciplina y carácter difícil. También había perdido la pista a sus hermanos, ninguno de los cuales había hecho el menor esfuerzo por encontrarla. Cumplida la mayoría de edad, decidió independizarse. Estuvo viviendo en pensiones de mala muerte y trabajando en la hostelería mientras estudiaba como una posesa durante las pocas horas que le quedaban libres. Su tesón y sacrificio la llevaron a acabar la carrera de periodismo y escalar posiciones hasta llegar a convertirse en una de las profesionales más cotizadas del país. Tenía fama de dura, pero es que *era* dura. Sabía lo que contaban sobre ella, pero no le importaba. Nada de todo eso era cierto. Algunos de sus amantes tenían poder, pero nunca se había relacionado con nadie a cambio de un beneficio. No se involucraba sentimentalmente, sus

relaciones funcionaban en condiciones de igualdad, disfrutando del placer mutuo y sin compromiso. Como con César. Sin complicaciones, sin ataduras. Si llegara a saberse su relación sexual con el presidente, seguramente la crucificarían. No es que estuviera orgullosa de haberlo hecho, pero ella era totalmente libre. El que debía respeto a su familia era él. Sabía que no tenía que haber cedido a la atracción que existía entre los dos, ante todo por las posibles repercusiones en el trabajo. No obstante, estaba tranquila. Lo tenía todo bajo control. Existían nulas probabilidades de que las cosas se enredaran. Su profesión no le ofrecía demasiado tiempo para procurarse una relación que le cubriera sus necesidades sexuales y todavía menos las sentimentales. De las sentimentales podía prescindir, solo traían quebraderos de cabeza. En consecuencia, procuraba encontrar a alguien que estuviera dispuesto a un intercambio físico que conviniera a las dos partes y no supusiera un problema. Era cuestión de mantener una mentalidad práctica. Marina tenía claro que un perfil como el de César Barral facilitaba una relación físico-amistosa en la que no cabía el encaprichamiento que todo lo complicaba. Además, pensaba que políticamente estaba haciendo las cosas bien. La población se había volcado con él, a pesar de que en los últimos tiempos empezaban a circular acusaciones que intentaban involucrar a su gobierno con maniobras nada claras. No obstante, no existían pruebas de que tales noticias fueran ciertas, por lo que Marina no tenía motivos para sospechar de su presidente.

En cuanto él se marchó, realizó las gestiones oportunas para conseguir el teléfono de la fotógrafa. Estaba segura de que iba a ser un trabajo inútil, pero, aun así, marcó el número que le habían proporcionado.

—Buenas noches, ¿hablo con Vega del Hierro?

—Sí, soy yo.

Marina se fijó en que su interlocutora tenía una voz grave muy personal. Nunca la había oído hablar, aunque la había visto en acción múltiples veces.

—Me llamo Marina Salvatierra. Soy la jefa de prensa del Presidente de la República.

Vega enmudeció un par de segundos, sorprendida por aquella llamada.

—Sé quién eres —respondió, recuperándose de la impresión.

—El presidente querría conocerte. Le han gustado las fotografías que le has hecho. ¿Estás en Valencia?

El primer impulso de Vega fue poner una excusa y rechazar la oferta, pero pensó que un encuentro con ese hombre podría poner luz a la animadversión instintiva que sentía hacia él.

—Ahora mismo, sí. Pensaba salir mañana hacia Barcelona para hacer un trabajo, pero puedo posponerlo. ¿Cuándo propones que nos

veamos?

—Mañana a la una el presidente tiene un hueco en su agenda.

—Está bien, a esa hora podría. ¿Dónde nos vemos?

—¿Dónde vives? Pasaré a recogerte.

—No te molestes, dime dónde ir y acudiré. Soy puntual.

—No es molestia. La entrevista será en el Palacio de la Presidencia. Te recojo —insistió, sin darle opción a réplica.

—Está bien.

Vega le dio su dirección y Marina quedó en recogerla a las doce y media.

Recostada en el sofá, la fotógrafa intentó una y otra vez retomar la lectura del libro que tenía entre las manos, pero le fue imposible. La certeza del encuentro con César Barral, ese hombre que tantas dudas le generaba y cuyo gobierno se había convertido en objeto de cierta polémica, llenó de preocupación su mente. Además, no podía engañarse: le ponía muy nerviosa saber que, en unas horas, iba a estar muy cerca de Marina Salvatierra.

Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos.

NICOLÁS MAQ

El encuentro

Parada ante el portal de su edificio, Vega vio aproximarse un Audi S7 de un blanco refulgente que se detuvo junto a la acera.

—Sube —dijo Marina, tras bajar el cristal tintado.

La fotógrafa dio la vuelta hasta la puerta del acompañante, dejó la mochila en el asiento de atrás y se acomodó junto a la periodista. Un aroma embriagador la asaltó en el interior. Se dijo que debía de ser el sutil perfume que usaba ella. Nunca la había tenido tan próxima. Sus ojos oscuros se encontraron durante un segundo con el pardo verdoso y subyugador de la conductora, que le sugirió que se pusiera el cinturón de seguridad. Ni siquiera hizo ademán de una presentación formal. No hacía falta. Aunque nunca hablaron personalmente, habían coincidido en algunos eventos.

Marina introdujo la marcha y el coche se sumergió en el tráfico de Valencia. Su manera de conducir reveló a Vega bastante de su carácter, ya que la periodista controlaba con total destreza y seguridad el potente vehículo. Ninguna de las dos inició una conversación, por lo que el recorrido resultó cómodamente tenso. Vega tuvo que hacer un esfuerzo para que su vista no volara hacia las magníficas piernas de la mujer que tenía pegada a ella, la cual llevaba una falda corta bastante reveladora. Decidió centrar su atención en el lado contrario, con lo cual se puso a observar la calle con desgana a través de la ventanilla. Ya tenía bastante con notar su presencia cercana y oler el caro perfume que, a su pesar, estaba haciendo mella en sus sentidos. Al cabo de unos minutos que le parecieron eternos, se adentraron en la antigua plaza de la Reina —que ahora se llamaba plaza de la República— y Marina introdujo el coche en el párking subterráneo, estacionándolo en un lugar reservado. La fotógrafa pensó que debía de tenerlo alquilado.

—Deja la mochila en el maletero, no está permitido llevar ningún bulto grande al interior del palacio.

Una vez fuera del vehículo, la fotógrafa comprobó que las dos eran prácticamente de la misma estatura. Ella medía un metro y setenta y cinco centímetros y la periodista llevaba unos zapatos con poco tacón que la igualaban en altura. Vega dedujo que debía de superarle por tan solo un par de centímetros.

Sin decir ni una palabra, caminaron juntas hasta el edificio. Marina

saludó con afabilidad a un hombre uniformado que custodiaba el arco de seguridad de la entrada. Vega se dijo que debían de conocerla todos en aquel lugar. Al cabo de lo que le pareció un laberinto de escaleras y pasillos, la periodista se detuvo en el entresuelo ante una puerta cerrada, tocó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta.

—Hola, Marga. Tenemos una cita con el presidente. ¿Está libre?

Vega imaginó que aquella mujer de unos sesenta años —que desprendía rectitud y eficiencia por los cuatro costados— debía de ser la secretaria de César Barral.

—Sí, podéis pasar.

La antesala del despacho del presidente, el llamado Salón Dorado Pequeño donde trabajaba Marga, era, a pesar de su denominación, bastante grande. Al fondo, a unos diez metros de distancia, había un hombre apostado delante de otra puerta. Tenía toda la pinta de ser un guardaespaldas.

—Hola, Carlos —saludó Marina, mientras les abría.

Tras esa entrada, en el Salón Dorado Grande, se ubicaba el lujoso despacho de César Barral, de diseño moderno y elegante. El presidente se levantó de inmediato y rodeó la mesa de roble, aproximándose a ellas con su mejor sonrisa mediática.

—Presidente, te presento a Vega del Hierro.

—Ya tenía ganas de conocer a la mujer que me ha hecho esas fotos formidables —dijo él con familiaridad, alargando la mano para estrechársela.

—Os dejo solos —anunció la periodista—. Llámame cuando acabéis y te llevaré de vuelta a casa —añadió, dirigiéndose a ella, antes de desaparecer del despacho.

Vega pensó que las fotos no mentían. Era evidente que la cámara quería a aquel hombre, pero tenía que reconocer que en las distancias cortas desprendía verdadero carisma. La sonrisa perfecta y el brillo de sus ojos, de un azul intenso, atrapaban de la misma forma que la luz a una polilla. César Barral era cercano, desenfadado, incluso podía decirse que humilde. No pudo sino dejarse llevar durante un instante por aquel torrente de simpatía que emanaba de su persona.

—Siéntate, por favor —dijo, indicándole un sofá tapizado con una cara tela de seda blanca, mientras él lo hacía en otro próximo.

Vega se sorprendió al constatar que aquel lujoso mueble era también sumamente cómodo.

—Te preguntarás por qué te he hecho venir. ¡Oh!, perdona, estoy siendo muy maleducado. ¿Te apetece un café? —dijo levantándose.

—No se moleste, gracias.

—No es molestia —respondió, dirigiéndose a la cafetera que había sobre un mueble estrecho y antiguo situado junto a un ventanal—. Y, por favor, tutéame. ¿Con leche?

—Solo, gracias. Con azúcar.

Él se preparó un café al que añadió una nube de leche y llevó las dos tazas hasta la mesa baja que había delante del sofá en el que estaba Vega.

—Marina me ha dicho que eres *freelance* y que no quieres atarte a nadie. He visto tu trabajo y me gusta mucho. Respeto tu decisión, no voy a proponerte que te unas a mi equipo en exclusiva, aunque sí me gustaría contratarte para eventos puntuales.

Vega se quedó callada, mirando los ojos inesperadamente afables. Pensó que el dinero le vendría muy bien, pero no le gustaba nada la idea de trabajar, aunque fuese esporádicamente, para aquel hombre. Sus alarmas seguían en alerta. Cesar Barral era, sin duda, un encantador de serpientes.

—Mire, señor presidente...

—De tú, por favor —la interrumpió, mostrando una sonrisa abierta nacida para desmontar argumentos.

—Agradezco tu oferta, pero me gustaría continuar trabajando de forma totalmente independiente. Por supuesto, seguiré haciéndote fotos.

—Piénsalo. Te pagaré bien y además voy a darte esto —anunció, llevándose la mano al bolsillo interior de su chaqueta para sacar un rectángulo plastificado y ofrecérselo.

Ella contempló en silencio lo que César le estaba mostrando. Era una tarjeta AFIN con los datos de la fotógrafa impresos.

—Sé que te la han denegado y me disculpo por ello. Voy a contarte algo que espero quede entre nosotros. La economía del país no podría soportar que la totalidad de la población disfrutara de estos importantes descuentos, así que el sistema que genera la tarjeta deniega un alto porcentaje de solicitudes de manera aleatoria.

—Entonces, ¿por qué me han contestado que mi perfil no se ajusta a la finalidad de la tarjeta? —replicó sin achantarse.

—Es un mensaje genérico, en realidad. No hay nada personal en ello, te lo aseguro.

Vega cogió la tarjeta y la contempló en silencio, provocando que la arruga de su entrecejo se hiciese más profunda.

—No puedo darte una respuesta ahora mismo —señaló, devolviéndole el plástico.

—Quédatela, es un regalo. Piensa con tranquilidad en mi oferta, no quiero presionarte. Cuando hayas tomado una decisión, comunícasela a Marina. ¿De acuerdo?

Él se levantó extendiendo la mano hacia Vega a modo de despedida.

—Siento no poder alargar este encuentro, pero el deber me llama —dijo sonriendo—. Espero tus noticias.

—Gracias, lo pensaré —respondió casi automáticamente, mientras le estrechaba la mano.

Vega se guardó la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón y salió del despacho con la rara sensación de haber traicionado sus propias convicciones. *¿Qué ha ocurrido aquí?*

Fuera, se despidió del hombre del cuerpo de seguridad del presidente y la secretaria le indicó cómo llegar hasta la puerta de salida del edificio. Mientras recorría de regreso el laberinto de pasillos y escaleras siguiendo las indicaciones de Marga, su cabeza trabajaba a mil por hora. Vio a Marina hablando por teléfono en la explanada exterior. En cuanto la descubrió en la puerta, la periodista cortó la llamada y fue hacia ella.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

La fotógrafa se vio reflejada por un instante en sus ojos y apartó la vista instintivamente.

—Imagino que ya sabrás el motivo por el que me ha llamado.

—Yo no rechazaría su oferta sin más. En realidad, no compromete en absoluto tu trabajo. Sería algo esporádico.

—Le he dicho que lo pensaré —dijo mirándola de nuevo.

—Bien. Te llevo a tu casa.

—No te molestes, puedo coger el metro.

—No es molestia.

—Gracias, de verdad, pero prefiero andar un poco.

—De todas formas, vamos al párking. Querrás tu mochila.

—Eso sí —sonrió, más relajada.

Cuando la periodista respondió espontáneamente a su sonrisa, a Vega se le cortó el aliento, pero procuró que ella no lo advirtiera. Ambas caminaron hasta el aparcamiento sin hablar. Marina abrió el maletero y le entregó la bolsa.

—Piénsalo y me llamas, ¿de acuerdo? Tienes mi teléfono —dijo, posando de nuevo su cautivadora mirada sobre ella—. Sabes que es una oportunidad fantástica para ganar algo de dinero.

—Está bien. Te llamaré.

La periodista cerró el coche y comenzó a moverse hacia la salida.

Vega no pudo evitar seguirla con la vista durante unos segundos. No sabía si le imponía más que le cautivaba. Se obligó a dejar de contemplarla y comenzó a avanzar tras ella para salir del aparcamiento.

Vivir es como avanzar por un museo: es luego cuando empiezas a entende has visto.

AUDREY

Aproximaciones

La mirada incontestable y orgullosa de César Barral protagonizaba con absoluta contundencia la última instantánea que Vega había tomado. En esa ocasión, su posición privilegiada como fotógrafa contratada por el presidente le había permitido capturar imágenes formidables. El evento en concreto era la inauguración de la más importante residencia pública para personas mayores dentro de la ciudad de Valencia. Días atrás, Vega había llamado a Marina para decirle que se comprometía a hacer el reportaje.

La fotógrafa bajó la cámara y se apartó el pelo que le tapaba los ojos impelido por el viento helado. Contempló cómo el hombre seguía reteniendo la mano del alcalde, en un gesto que estaba siendo divulgado por los principales medios de comunicación del país. A continuación, el presidente se despidió con afabilidad del resto de las autoridades y, alzando el cuello de su abrigo, comenzó a andar hacia el automóvil oficial acusando en su rostro la baja temperatura de aquella mañana. El chófer mantuvo la puerta abierta hasta que se acomodó dentro, seguido por su guardaespaldas. Después la cerró y se dirigió hacia su puesto de conductor. Vega observó cómo se alejaba el vehículo y caminó hacia su moto, pero tuvo que volver la cabeza al sentir una mirada clavada en ella. Marina, embutida en un elegante abrigo largo, avanzaba hacia la fotógrafa sujetando un mechón de la melena que el aire impertinente insistía en lanzarle contra el rostro.

—El presidente me ha dicho que te dé las gracias por encargarte de este reportaje. Creo que colaborar de vez en cuando os puede reportar beneficios a ambos.

Hipnotizada por el vaho que salía de sus labios, Vega no hizo ningún comentario pero, cediendo a un impulso, propuso algo que sorprendió a la periodista.

—¿Te apetece un café caliente? Nos vendría bien. Hoy hace un día horrible.

Ella pareció dudar un instante.

—De acuerdo, vamos. No hace falta que cojas la moto —sugirió, señalando la Harley que Vega tenía al lado—. Conozco un sitio cerca de aquí.

Marina esperó a que guardara el casco en el portaequipaje, metiera

la cámara en la mochila y se la cargara al hombro.

—Me da la impresión de que esta mañana has hecho buenas fotos. ¿Me equivoco? —comentó mientras caminaban juntas.

—Lo contrario hubiera sido difícil, tu jefe es un hombre muy fotogénico. La cámara le quiere. La verdad es que no sé por qué me ha elegido a mí para este trabajo. Con cualquier otro fotógrafo podría haber obtenido instantáneas buenísimas y más baratas.

—No es cuestión de dinero. El presidente tiene muy claro lo que quiere. Y siempre es lo mejor.

—Ya veo —dijo mirándola directamente.

Ella le sostuvo la mirada intentando averiguar qué sentido había inyectado a sus palabras, pero constató que la expresión de Vega era absolutamente limpia.

—Eres la periodista más solvente del país en este momento —explicó, eliminando suspicacias.

Sin hacer ningún comentario, Marina señaló una cafetería que había frente a ellas.

—Es aquí.

Vega observó con curiosidad el letrero sobre la puerta. «La Woolf» se llamaba el sitio. Nada más entrar, agradeció el calor que reinaba en el local, en el que solo había un par de mesas ocupadas. Un esperanzador aroma a buen café le llegó de inmediato. La periodista la condujo hasta un rincón apartado, se quitó el abrigo y lo dejó doblado sobre un asiento libre. Vega se quitó también su cazadora de motorista, colgándola del respaldo de su propia silla. Una camarera se aproximó a ellas enseguida para tomar nota de sus pedidos y regresó detrás de la barra.

Sentada frente a Marina, procuró ocultar su nerviosismo echando un vistazo en derredor. La cafetería tenía un cuidado aspecto antiguo, con mesas de mármol blanco sobre pie de hierro. En las paredes colgaban fotografías en blanco y negro de mujeres novelistas de todos los tiempos —abundando los retratos de Virginia Woolf—, y una estantería repleta de libros cubría en su totalidad uno de los muros.

—Ambiente literario y feminista. Este sitio me gusta.

—A mí también. Además, el café es excelente, enseguida lo comprobarás. Suelo venir aquí a menudo.

En ese momento, la camarera regresó con una bandeja sobre la que humeaban dos tazas. Las dejó sobre la mesa, junto a un azucarero antiguo de cristal tallado. Vega no pudo evitar salivar ante el magnífico aroma que desprendía el café. Levantó la tapa del recipiente, descubriendo que escondía azucarillos blancos y tostados. Se sirvió un terrón de azúcar moreno y contempló cómo Marina soplaba ligeramente sobre la superficie de su taza, desplazando el agradable humillo hacia ella. Después se la llevó a los labios sin endulzarla con

nada.

—¿Te gusta tu trabajo? —le disparó Vega a bocajarro.

La periodista dejó el café con cuidado sobre la mesa y la miró directamente a los ojos.

—¿A qué te refieres?

La fotógrafa tomó aire.

—A César Barral. ¿Cómo es realmente?

Marina entrecerró los ojos y la analizó un instante. El cabello negro y revuelto le otorgaba un aspecto juvenil, aunque intuía que, probablemente, Vega era de su edad.

—No te gusta, ¿verdad? —contraatacó la periodista.

—No lo conozco lo suficiente como para tener una opinión —se defendió.

—Pero no te gusta, lo noto.

—Las personas tan carismáticas me dan miedo —reveló, por fin.

—Tiene carisma, es cierto, pero eso no está reñido con hacer cosas positivas para el país como crear puestos de trabajo, multiplicar el número de residencias o reducir las emisiones del tráfico.

—O crear un ejército personal —le espetó.

—Ese cuerpo que llamas «ejército» es una estrategia disuasoria estupenda para la delincuencia, todo el mundo ha visto los resultados. Además de dedicarse a ayudar a la gente, ha dado trabajo a muchísimos jóvenes. No veo problema en el hecho de que haya parejas paseando por las calles sin armas.

—Las artes marciales son un arma muy poderosa —insistió, dando un pequeño sorbo a su café.

—No lo dudo. Hablo de las otras.

—Lo sé. Espero que dure esa paz. Dale poder a un niño y comprobarás lo que ocurre —respondió, echándose hacia atrás en su silla—. Imagino que verías el otro día el programa basado en las investigaciones del periodista Ignacio Lacalle. Ocultar las denuncias de los abusos de esos chicos está muy feo. Y dice muy poco a favor del gobierno.

—No eres muy confiada, ¿me equivoco? —soltó con suavidad, pero mirándola a los ojos.

—¿Y tú sí? —preguntó, sosteniéndole la mirada.

—Yo me ciño a lo que veo. Y lo que veo no me causa ninguna inquietud. Es muy fácil lanzar conjeturas sin pruebas —respondió, llevándose la taza a los labios con total tranquilidad.

—Tiempo al tiempo. Creo que en el fondo piensas lo mismo que yo, pero nunca lo reconocerás. Estás demasiado involucrada con Movimiento Evolución.

La periodista la volvió a mirar fijamente, pero esta vez sus ojos centelleaban.

—No me conoces —dijo, procurando mantenerse serena a pesar de la provocación—. No pertenezco al partido. Como tú, me gusta guardar mi independencia. Si viera algo que no fuera conmigo, dejaría este trabajo de inmediato.

—No te pongas a la defensiva. Solo espero que no te den razones para dejarlo —señaló Vega, rebajando su tono.

—Yo también lo espero —respondió, procurando relajarse. La conversación se estaba poniendo demasiado tensa—. Este trabajo me gusta. ¿Por qué no me hablas del tuyo?

—¿Qué quieres saber? Ya conoces lo que hago.

—¿No te gustaría dedicarte a otra clase de fotografía?

—Hace unos años hice un par de exposiciones. Si te apetece verlas, te pasaré el enlace de mi otra página web.

—Sí me gustaría. Pero ¿no te atrae dedicarte a un fotoperiodismo más arriesgado? ¿Has estado en algún frente de guerra?

—Sí. En Siria —respondió, desviando la vista hacia su café—. Una de las exposiciones se centra en fotografías que tomé allí. Colaboré con Amnistía Internacional, pero no volvería a ir.

Los pensamientos de Vega parecieron perderse dentro de su taza.

—¿Duro? —preguntó la periodista al cabo de unos segundos.

—Ni te lo imaginas —señaló, levantando por fin la mirada—. Todavía me despiertan de madrugada aquellas imágenes. ¿Y tú, no has hecho ningún reportaje de guerra?

—Yo no. Prefiero dedicarme a otras batallas más cercanas. La política no está exenta de ellas.

—Debes de haber visto cosas que es mejor no saber —sugirió, con una leve sonrisa.

—Sí, no te voy a mentir —respondió, sonriendo a su vez.

Vega se sorprendió al constatar cómo le cambiaba la expresión cuando se relajaba. Parecía mucho más joven. La contempló un instante sin saber qué decir.

—¿Nos vamos? Tengo que seguir trabajando —indicó Marina, interrumpiendo el momento mágico.

—Sí, claro —respondió, en contra de su voluntad—. Yo también tengo que dedicarle algo de tiempo a este reportaje y mandártelo. Déjame que te invite. La idea del café ha sido mía.

—De acuerdo. Al próximo invitaré yo.

Vega sonrió internamente al pensar en lo que eso significaba. Habría otro café con Marina Salvatierra.

Lo más revolucionario que una persona puede hacer es decir siempre en v
que realmente está ocurriendo.

ROSA LU

La subasta

Con una fotografía enmarcada y bien envuelta bajo el brazo, Vega se dirigió hacia la subasta fotográfica solidaria que celebra anualmente una de las mejores academias de fotografía de Valencia situada en la calle Artes y Oficios. Cuando entró en Revelarte, localizó enseguida desde la puerta a una mujer con atractivas mechas rojas en el pelo. Reconoció de inmediato que era una de las tres socias de aquella magnífica empresa y, tras saludarla efusivamente, le hizo entrega de la foto que iba a donar para que la incluyera en la subasta. Tras una breve conversación, echó un vistazo en derredor por si veía a alguna de sus amigas. Descubrió enseguida a Victoria, que estaba charlando con un fotógrafo de tupida barba estilo hípster. Vega la contempló en la distancia, sin acercarse, constatando su delgadez, las leves ojeras y la expresión melancólica de sus ojos. Siempre había pensado que, bajo esa apariencia de estar de vuelta de todo, la cual muchos consideraban sumamente atractiva, su amiga ocultaba algo que le carcomía lentamente el alma; un oscuro secreto que la envolvía en un velo perpetuo de nostalgia. Sin embargo, su amistad no había alcanzado la profundidad suficiente como para poder preguntarle por qué no se deshacía de ese halo de tristeza perenne. Además, era difícil entablar con ella una relación prolongada, ya que solía desaparecer largos períodos de tiempo sin dar explicaciones.

En ese instante, como si hubiese oído sus pensamientos, Victoria giró la cabeza y se encontró con su mirada.

—¡Hola! —la saludó con una sonrisa. El fotógrafo de la barba se disculpó, para dirigirse hacia un grupo que charlaba y bebía cerveza junto a la puerta del centro. Vega se aproximó entonces a su amiga.

—¿Qué tal Claudia? —le preguntó, refiriéndose a su hija.

—La he dejado en casa, estudiando.

—Hace tanto tiempo que no la veo que si me la encontrara por la calle no la reconocería.

—¡Seguro! Ya ha cumplido los dieciséis. Está guapísima.

—¡Lo imagino! ¿Y tu madre?

—Bastante bien. Hace unos meses se mudó a una residencia de mayores. Se le estaba haciendo cuesta arriba encargarse de la casa. Con las ayudas del gobierno y el dinero que ha sacado de la venta de

su vivienda, puede pasar cómodamente el resto de su vida en esa especie de hotel de vacaciones. La verdad es que el sitio es muy agradable. Está rodeado de jardines y la luz entra a raudales por los grandes ventanales que hay a lo largo de todo el centro. ¡Hasta yo viviría allí!

—Imagino que no será una de esas residencias que están bajo sospecha —bromeó—. No sé si tu madre se acordará de mí, pero salúdala de mi parte cuando la veas.

—Lo haré —respondió sonriendo.

—Oye, Vic, quería preguntarte una cosa —dijo bajando la voz.

—Dime.

—¿Tienes la tarjeta AFIN?

—Ya me gustaría. La pedí y me la denegaron. Mi hija y yo a duras penas llegamos a fin de mes.

—¿Te dijeron por qué?

—Me contestaron que mi perfil no se ajustaba a la finalidad de la tarjeta o algo así. Sin más explicación.

Vega decidió omitir el hecho de que se la había regalado el presidente en persona.

—A mí me pasó lo mismo. Me gustaría saber cuál es esa finalidad.

—Y a mí también. Espera, vamos a preguntar a Raquel. Acaba de entrar.

Raquel era una mujer que jamás pasaría desapercibida. Nadie podría sospechar que había nacido con los atributos de un hombre, ya que su transición había hecho surgir a la dama despampanante que siempre había sido por dentro. Alta, incluso más que Vega, sus increíbles ojos castaños y una larga melena con mechas californianas eran el centro de atención de todas las miradas. En cuanto vio a sus dos amigas se aproximó para saludarlas.

—¡Esperábamos verte por aquí! —exclamó Victoria. Vega y ella la besaron—. ¿Y Luis?

—Está fuera, tomándose una cerveza.

—Luego saldremos a saludarle. Oye, ¿tú tienes la tarjeta AFIN?

—No. Me la han denegado.

—¿Lo ves? —dijo Vega.

—¿Qué pasa? —preguntó Raquel—. ¿A vosotras también?

—Vega y yo estábamos hablando de eso. A las tres nos han rechazado la solicitud con la excusa de que nuestro perfil no se adapta a una misteriosa finalidad de la tarjeta. No quiero pensar que sea por pertenecer al colectivo LGTBI. ¿Conoces a alguien que la tenga?

—Sí, a bastantes personas.

—Vale. ¿Alguna del colectivo? —preguntó Vega.

Raquel la miró pensativa.

—Ahora que lo dices, la verdad es que no.

—¿Lo ves? Tampoco me pareció muy normal la cantidad de datos que había que rellenar para pedirla. Muchos de ellos demasiado íntimos. Imagino que también te habrán dado la excusa genérica de no tener el perfil adecuado. Nos están empujando a la ruina —sentenció Victoria—. Conozco a mucha gente que lo está pasando francamente mal. Claudia y yo apenas podemos subsistir. Gracias a que mi madre nos ayuda de vez en cuando, porque a mí apenas me entra trabajo. Por suerte, ella sí tiene la tarjeta y, cuando hemos ido a comprar, le he dado el dinero y ha pagado ella. Pero ahora que está en la residencia va a ser más difícil.

—Si quieres que te sea sincera, el cuestionario para rellenarla también me pareció increíble —señaló Vega—. De hecho, dejé algunos campos en blanco y me contestaron que tenía que cumplimentarlo todo. Lo hice y me la volvieron a denegar. Fue entonces cuando pregunté a mis padres y a mi hermano. Los tres tienen la tarjeta. A ellos no les han puesto ningún reparo.

—A mí no solo me la han denegado —prosiguió Raquel—, también han rechazado a mi estudio como colaborador. Al no constar como negocio asociado a la tarjeta, han dejado de entrar clientes. Ya no sé qué hacer. Menos mal que Luis sí la tiene. Si la denegación es por el tema LGTBI, no deben de haber cruzado sus datos con los míos.

—Esto pinta mal, chicas —dijo Vega—. No he querido decíroslo antes, pero a mí me la ha dado el presidente en persona para que accediera a hacer un reportaje para él. Por lo visto, averiguó que no la tenía. Se excusó diciendo que la concedían a un porcentaje muy pequeño de la población porque, de lo contrario, la economía no se sostendría. No le he creído ni por un segundo. Conozco a muchas personas que la tienen, pero ninguna del colectivo LGTBI.

—Mi estudio tampoco figura entre las empresas afines. A mí también me rechazaron la solicitud. Demasiada casualidad. ¿Cómo podríamos saber si lo que sospechamos es cierto? —preguntó Victoria.

—Investigaré un poco, esto no lo podemos dejar pasar —señaló Vega—. Si demostramos que existe una clara discriminación al colectivo LGTBI, quizás podamos hablar con alguna organización y denunciarlo.

—Estoy de acuerdo. Voy a dar una vuelta y a preguntar a la gente —anunció Raquel, decidida.

—Vale, voy a preguntar yo también —apuntó Vega.

—Y yo —afirmó Victoria.

Las tres se separaron y, al cabo de unos minutos, se volvieron a reunir para poner en común la información recopilada.

—Es más sospechoso de lo que pensábamos —declaró Vega—. Después de hablar con bastantes personas, creo que no es un problema exclusivamente de nuestro colectivo. No quisiera pensar que

solo van a obtenerla los españoles de raza blanca, heterosexuales, cisgénero y católicos. Todos los que se han declarado ateos o de cualquier otra religión distinta a la católica se han quedado sin tarjeta.

—Así es. Y, como te ocurrió a ti, también la han denegado a la gente que no ha querido rellenar todos los campos —intervino Raquel.

—He preguntado también a dos fotógrafos de origen hispanoamericano y se la han denegado a los dos. Y ambos son heterosexuales y católicos.

—Esto cada vez me gusta menos —señaló Victoria—. Me ha dicho una persona que, después de denegársela por no completar el impreso, ha entregado de nuevo la solicitud mintiendo en el apartado de orientación sexual. Se la han vuelto a rechazar indicando que el contenido del cuestionario era «inexacto».

—Eso quiere decir que hay alguien detrás investigando los datos —afirmó Vega.

—Solo con las redes sociales ya disponen de mucha información. No sé, pero esto empieza a darme miedo —dijo Victoria.

—Además de hablar con las asociaciones LGTBI, habría que ponerlo en conocimiento de los medios de comunicación —sentenció Raquel —. En cuanto pueda hablaré con Cata de la Fuente, la periodista. Es amiga mía. Seguro que se le ocurrirá algo. Ahora examinemos las fotografías, que faltan diez minutos para el comienzo de la subasta y quiero pujar.

El mundo se divide, sobre todo, entre indignos e indignados, y ya sabrá cada de qué lado quiere o puede estar...

EDUARDO G

Cata

La periodista Cata de la Fuente era famosa por sus fuertes convicciones y su lucha por sacar a la superficie la verdad. A lo largo de su carrera había vivido momentos de gloria, pero también épocas de sequía por no poder mantener la boca cerrada, lo cual le había llevado a un despido fulminante de algún medio televisivo o periódico por no ajustarse a sus directrices o por empeñarse en decir lo que pensaba. Incluso había recibido amenazas de muerte debido a la osadía con la que solía meter la cabeza en avisperos de corrupción. Su físico —de talla mediana, oscuros ojos incisivos y sonrisa cautivadora— dejaba entrever su tenacidad y, por otro lado, parecía burlarse de su medio siglo de vida, de manera que era fácil encuadrar a Cata en la década anterior. Eso se lo debía, entre otras cosas, a su energía imbatible. En los últimos tiempos disponía de una columna fija en un periódico desde la que comentaba la actualidad y sacaba a la luz hechos merecedores de denuncia. No obstante, muchas de sus horas las dedicaba a una pasión recién descubierta: escribir novelas.

Miró el reloj. Pasaban diez minutos de la hora acordada. Francesca, su pareja, que estaba leyendo junto a ella en el sofá, levantó la vista del libro y asomó sus ojos del color del ámbar por encima de las gafas de pasta negra.

—No te preocupes, Raquel no tardará —vaticinó—. Debe de querer contarnos algo importante o no habría insistido en venir.

—Por eso estoy intranquila. Espero que no se trate de uno de sus sueños premonitorios...

—¡No, por favor!

En aquel mismo instante sonó el timbre de la puerta. Francesca dejó las gafas de lectura sobre el sofá y salió disparada a abrir la verja que separaba la calle del patio descubierto que daba acceso a la vivienda. Disfrutaban del privilegio de vivir en una casa adosada desde la que se podía contemplar el paseo marítimo de Valencia.

—Siento llegar tarde —se disculpó Raquel, besándola.

—No te preocupes, pasa.

En cuanto entraron en el salón, Cata se acercó para abrazar a su amiga.

—¿Pasa algo grave? —preguntó con desasosiego.

—Ahora os cuento, pero no os preocupéis, no es nada relacionado con mis sueños.

—Eso nos tranquiliza.

Raquel sonrió. Por suerte o por desgracia, había sido dotada de una habilidad especial que ella llamaba su maldición. En ocasiones, tenía sueños que se cumplían punto por punto, sin posibilidad alguna de que las cosas se desviaran ni un milímetro de su premonición. Le ocurría desde que podía recordar, siendo muy niña. Con todo, no siempre sucedía aquello que soñaba. Tan solo cuando el sueño era repetitivo; cuando, noche tras noche, volvían las imágenes obligándola a revivir los mismos hechos de forma detallada.

Tras los primeros sueños y sus consecuencias, cuando Raquel constató que aquello se estaba reproduciendo en la vida real, intentó avisar a las personas afectadas. Sin embargo, pronto dejó de hacerlo. Los protagonistas de sus pesadillas, en el caso de que lo predicho fuese malo, habían procurado por todos los medios librarse del resultado; evitando el lugar o el momento preciso. No obstante, el destino era implacable y siempre reconducía los hechos hacia lo soñado. No había forma de escapar. Raquel lo sabía. Había acumulado demasiadas pruebas en su vida como para poder negarlo. Y, como ella, también lo habían constatado en sus propias carnes algunos de sus amigos, como Francesca y Cata. De ahí su temor.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó Francesca, poniéndose tras la oreja un mechón de su ondulada melena rojiza.

—Pues sí, gracias.

—¿Tinto?

—Perfecto.

Tras desaparecer en la cocina, al cabo de un minuto regresó con una botella y tres copas.

—Cuéntanos —pidió Cata, mientras su pareja descorchaba la botella y servía el vino.

—¿Vosotras tenéis la tarjeta AFIN?

—Aún no la hemos pedido. ¿Por qué lo preguntas? —dijo, con cara de extrañeza.

Así como Raquel cargaba con la mochila de los sueños premonitorios, Cata poseía la rara capacidad de leer en la mente de los demás. Era una singular destreza que le había sobrevenido —para su desconcierto y con las complicaciones que ello reportaba— un par de años antes. Nunca hubiese sospechado que juntarse en una investigación con otras personas que poseían dones especiales la abocaría a abrir ese canal que había permanecido dormido hasta entonces. Dos años atrás, al darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo, el pánico llamó a su puerta. Le supuso un *shock* tremendo escuchar lo que la gente estaba pensando sin que saliera una palabra

de sus labios. Lo cierto era que hubiese preferido no haberse asomado a ese abismo terrorífico y desconocido. Demasiado a menudo las personas guardaban en su mente cosas horribles. No obstante, había llegado a habituarse a vivir con ese peculiar don, incluso a aprovecharlo a su favor. En ese preciso instante, contemplando a Raquel, podía distinguir con claridad nubarrones negros entre sus pensamientos.

—Veréis, unas amigas y yo hemos descubierto que están denegando la tarjeta a todas las personas pertenecientes al colectivo LGTBI. Y también a inmigrantes y a no católicos.

—¡¿Cómo?!

—El caso es que para conseguirla hay que rellenar un cuestionario. Y hay que hacerlo sin dejar ni un solo campo en blanco. Si lo mandas incompleto tampoco te la dan.

—¿Qué clase de cuestionario?

—Con un montón de datos personales e íntimos, incluidos religión, raza, nacionalidad de origen, sexo, orientación sexual, ingresos... esa clase de cosas.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó, escandalizada, aunque veía la respuesta en su mente.

—Por supuesto. Supongo que habrás oído hablar de Vega del Hierro, la fotógrafa. Ella es lesbiana y le ha ocurrido. Ahora se la ha dado el presidente porque trabaja esporádicamente para él, pero con anterioridad se la denegaron por no rellenar todos los datos y, una vez lo subsanó, siguieron sin dársela alegando que no tenía un perfil que se ajustara a la finalidad de la tarjeta. Con esa desfachatez. Y tampoco se la han dado a Victoria, otra amiga nuestra también lesbiana. Por lo que conocemos, todas las personas que tienen la AFIN son de origen español, heterosexuales, blancas, católicas y cisgénero. Por supuesto, a mí me la han denegado.

—¿Tienes una copia de ese cuestionario?

—Lo encontrarás fácilmente en internet y en todos los comercios asociados a la tarjeta. Por descontado, mi estudio de fotografía no se encuentra entre ellos. Me denegaron la inclusión nada más solicitarla. Y a Victoria, también.

—Pero eso es absurdo hoy en día... —apuntó Francesca.

—Eso creíamos todos. Pregunta a la gente de tu hospital.

Francesca trabajaba como facultativa de medicina interna en una de las principales instituciones sanitarias de Valencia.

—Lo que dices es muy grave —indicó Cata—. Voy a hacer unas cuantas preguntas por ahí y te llamaré.

—Cuando lo corrobores, tendremos que hacer algo. Habrá que denunciarlo, Cata.

—Déjame pensar. Creo que sé con quién tengo que hablar.

—Me parece terrible lo que estás contando, Raquel —afirmó Francesca—. Desde luego, voy a indagar en el hospital. Sé que mi hermano y mi cuñada la tienen. Nosotras estábamos a punto de pedirla. Los precios se están poniendo imposibles.

—Tened en cuenta una cosa: tampoco podéis engañarlos. Os advierto que investigan la vida de la gente. Si mientes en algún campo y lo saben, te la rechazan. Por poner un ejemplo, si declaras que eres heterosexual y conocen que eres la pareja de Cata, cosa que es fácil de averiguar, no te la van a dar.

—¡Pero eso es una barbaridad!

—Por supuesto que lo es, pero lo están haciendo, te lo aseguro. Nos lo ha confirmado bastante gente.

—Deja que pregunte a mis compañeros. Lo que dices me preocupa mucho.

—Y a mí —respondió Raquel—. Si las cosas siguen así, Luis y yo no tendremos más remedio que irnos de España. Hace mucho que no entra dinero en mi negocio. Prácticamente vivimos de su sueldo, que es más bien bajo. Él es funcionario de la Generalitat. En la mayoría de los territorios ha tomado el control Movimiento Evolución y están recortando gastos. Ya se han cargado las diputaciones y hay rumores de privatización del empleo público. Los funcionarios tienen miedo. Luis ha oído decir a compañeros interinos que les están pidiendo la afiliación al partido si no quieren ser cesados. Por otra parte, en los puestos de las empresas privadas dependientes del Estado pagan un sueldo vergonzoso. Aunque siempre existe la opción de entrar en las filas de ese ejército personal de César Barral que se hacen llamar «Garantes». ¿Garantes de qué? Garantes de que nadie proteste por la enorme inflación, garantes de la miseria y el avasallamiento. No me fío un pelo de esos niñatos que patrullan por las calles.

—Estoy contigo —intervino Cata—. A mí también me ponen los pelos de punta. Esa apariencia de buenos chicos que ayudan a la gente no me hace olvidar que son expertos en artes marciales y que tienen controlada toda la ciudad. ¿Realmente necesitamos ese ejército blanco? No sé si verías la intervención de Ignacio Lacalle en un programa de televisión. Es un compañero del periódico. Ha centrado su investigación en demostrar la pérdida de libertad que supone dejar suelta a gente así por nuestros barrios. Me recuerda a las patrullas ciudadanas voluntarias que aparecen en las películas americanas. Existe una gran probabilidad de que comiencen a ejercer una fuerza abusiva y se conviertan en los jueces de la ley. De hecho, Ignacio tiene constancia de la existencia de denuncias contra ellos que no han salido a la luz pública porque alguien se ha encargado de hacerlas desaparecer. Lo explicó claramente en el programa.

—Tenemos que actuar, Cata. Esto me recuerda demasiado al

ascenso de ya sabes quién en Alemania. Además, hay sospechas de asesinato en varias residencias de ancianos. Están pasando demasiadas cosas.

—No lo vamos a permitir, ha pasado casi un siglo desde aquello. Hoy en día es muy improbable que aquella historia se repita. Ahora hay derechos que no se pueden tocar. Dame un poco de tiempo, voy a hablar con una persona que conozco bien y que está muy cerca de César Barral. Es su jefa de prensa. Me consta que no iba a consentir que algo así sucediera porque sus principios son firmes. Existen ciertas cosas que no comulgan con su forma de pensar. Si está ocurriendo lo que dices, que no lo dudo, ella no está informada. Voy a pedirle que se entere de la verdad y se implique.

—Ya es malo que la gestión del gobierno para hacer frente al déficit haya disparado la inflación e incrementado los problemas para llegar a fin de mes, pero esto es inaceptable —señaló Francesca—. No creo que la gente permanezca impasible ante ese ataque a nuestros derechos.

—La gente solo se preocupa de lo que le atañe personalmente, lo sabemos las tres —declaró Cata—. Esto no va a resultarnos fácil. Mientras un porcentaje de la población cuente con los privilegios del gobierno, nadie va a mover un dedo. No querrán perderlos. De todas formas, dame un par de días. Voy a investigar.

—Vale, lo dejo en tus manos. Llámame en cuanto puedas y me cuentas lo que has averiguado —dijo, poniéndose en pie—. Lo siento, chicas, hoy tengo un poco de prisa.

—Tranquila, te llamaré. Nos hemos alegrado de verte, pero la verdad es que tus noticias nos han dejado muy preocupadas.

—Lo sé y lo siento. Solo espero que podamos solucionarlo. Estaré pendiente de vuestra llamada —dijo Raquel, despidiéndose de ellas.

En cuanto la fotógrafa se marchó, Francesca y Cata se miraron sin decir nada.

—Hablaré con Ignacio. Sé que está investigando otras actuaciones del gobierno, como lo de los ancianos. Y también voy a llamar a Marina Salvatierra —anunció Cata, apurando su copa de vino—. Hace tiempo que no nos vemos, pero es preciso que sepa lo que está pasando.

—Me comentaste que la conocías y que la había contratado César Barral en cuanto ganó las elecciones. Por lo visto, debe de ser muy buena. Era compañera tuya de la carrera, ¿no?

—En realidad ella es cinco años más joven. La conocí en la facultad, pero no en mi curso. Cuando yo estaba en el último año, ella empezaba primero y estaba metida en todos los grupos reivindicativos y de discusión que había. Era muy guerrera. Y muy inteligente. Conectamos enseguida.

—¿Crees que ella no sabe lo que ocurre? Me parece raro que estando tan cerca del poder no esté informada de lo que está haciendo el gobierno. ¡Es su jefa de prensa!

—A mí también me extraña, Francesca, pero no debe de saberlo, no ha podido cambiar tanto. Marina será muchas cosas, pero es imposible que conozca esto y lo permita. No es de las que se callan ante las injusticias. Fuimos muy amigas durante varios años. Te aseguro que es absolutamente de izquierdas. No había manifestación a favor de los derechos de la mujer, de los trabajadores o incluso del colectivo LGTBI en los que ella no estuviera a la cabeza de alguna pancarta. Sé perfectamente cómo piensa. Hemos mantenido miles de conversaciones.

—Tendrás que hablar con ella. Será la única forma de saberlo.

Negar un hecho es lo más fácil del mundo. Mucha gente lo hace, pero el sigue siendo un hecho.

ISAAC

La semilla de la duda

Ignacio miró a Cata y se rascó el mentón cubierto con una barba de dos días que procuraba recortar a diario. Mostraba un aspecto deliberadamente desaliñado, aunque su pelo castaño oscuro, largo hasta los hombros, se veía limpio, cuidado, y sus gafas eran de marca. Cata sabía que se preocupaba por mantener una apariencia física que concordara con su espíritu contestatario, pero que también resultara sugerente para la atractiva mujer que compartía su vida.

—Escucha, la tarjeta AFIN es una de las muchas cosas que tengo en el punto de mira. Te puedo adelantar que, efectivamente, no llega a ciertos sectores de la población. Ni, por lo que sospecho, llegará nunca. No quisiera darte más información sobre César Barral hasta no tener las pruebas que necesito, pero ya te digo que si una de las cosas que estoy investigando se confirma, este gobierno va a saltar por los aires.

—¿Te refieres a lo de los Garantes?

—No. A lo de las residencias. Es más preocupante de lo que crees. He ido a la de Madrid para hablar con las dos personas que levantaron la liebre. Allí me han informado de que ya no trabajan en el centro. Otra compañera me ha dado la dirección de una de ellas cuidándose de que nadie la viera. He ido a hablar con ella y te aseguro que esa mujer está aterrorizada. Después de mucho presionar y de garantizarle que su nombre no saldría en ningún medio, me ha dicho que su compañera ha desaparecido. La familia no sabe dónde está. Lo han denunciado a la policía, pero siguen sin tener noticias. Ella ya no sale de casa. Piensa que van a hacerle algo. Al menos he conseguido su teléfono. Le he dado el mío por si hubiera novedades o quisiera hablar.

—Ten cuidado, Ignacio. Lo que tienes entre manos es muy gordo.

—Lo sé.

Con el cosquilleo típico de un asunto candente dando vueltas en su cabeza, Cata se dirigió esa noche al punto de encuentro con una amiga que no veía desde hacía mucho.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó Marina, en cuanto el camarero dejó la carta sobre la mesa y se alejó.

Cata la había invitado a cenar en un restaurante de L'Eliana, un pueblo cercano a la urbanización donde vivía Marina a unos kilómetros

de Valencia. En La Pedrera reinaba un ambiente íntimo y cálido, amenizado por un fondo musical del que se encargaba el propio dueño con un gusto exquisito, y tanto la comida como la bodega eran excelentes. Se trataba de un lugar magnífico para charlar con tranquilidad. El restaurante estaba ubicado en una antigua casona en la que se respiraba un aire familiar. Debido a que el embaldosado de origen aún se conservaba, podía distinguirse dónde habían estado ubicadas las distintas estancias. Incluso disponía de un pequeño espacio con chimenea. El negocio lo llevaba la propia familia propietaria de la casa. Cata y Francesca admiraban el cariño y cuidado que dedicaban a la cocina y a la clientela.

—Demasiado tiempo —respondió Cata—. Me he alegrado de que pudieras cenar conmigo. Debes de estar muy ocupada.

—Ya te lo puedes imaginar, pero siempre es refrescante quedar con una vieja amiga. ¿Qué es de tu vida? Compré esa exitosa novela que escribiste. ¡Por fin te lanzaste a hacerlo! Me gustó mucho. No me he acordado de cogerla. La próxima vez que quedemos la traeré para que me la dediques.

—Eso está hecho. Vamos a mirar la carta. Tenemos que ponernos al día.

Al cabo de unos minutos, el camarero tomó nota de la cena y regresó de inmediato para abrir la botella de vino que habían pedido.

—¿Cómo está Marisa? —preguntó Marina en cuanto se fue.

—Lo dejamos hace más de tres años. Ahora tengo otra pareja. Se llama Francesca. Vivimos juntas en Valencia, en la zona de la playa.

—¡Vaya, sí que hacía tiempo que no hablábamos! La verdad es que te veo bien —comentó, dando un sorbo a su copa.

—Han pasado muchas cosas. Lo cierto es que me gusta mi vida. Francesca me hace muy feliz y he dejado aparcado el estrés de la televisión. Ahora me dedico a escribir diariamente mi columna en el periódico y estoy preparando otra novela.

—¡Fantástico! Me alegro mucho, Cata.

—¿Y tú? ¿Alguien ha conseguido, por fin, colgarte el cartel de «no disponible»?

—¡No! Sigo libre como el viento y estoy bien así.

Cata la miró a los ojos y supo que era cierto. Marina siempre había sido reacia al compromiso sentimental. Tenía mucho éxito con los hombres, pero nunca la había visto realmente enamorada.

—Pues me gustaría que un día me dijeras que te has vuelto loca por alguien.

—No voy a decir que eso nunca ocurrirá, pero va a ser difícil —rio.

En aquel momento el camarero regresó con los platos. En cuanto se alejó, Cata sacó uno de los asuntos que le inquietaban.

—Oye, me gustaría preguntarte algo que me han comentado. Es

sobre la tarjeta AFIN —dijo, cambiando por un instante el tono de la conversación.

—¿Qué pasa con ella? Lo único que sé es que facilita descuentos espectaculares y que solo cuesta diez euros al mes —señaló Marina, probando las berenjenas en tempura con miel que estaban compartiendo—. Esto está buenísimo.

—Sí, nosotras las pedimos siempre —respondió Cata, metiéndose una en la boca. Al momento, continuó—. Volviendo al tema, hay una cosa que me preocupa. Sabes que desde que tu jefe se hizo con el poder ha ido subiendo el coste de la vida de forma escandalosa y la tarjeta AFIN es lo único que permite comprar productos y servicios a precios razonables. He de reconocer que es una fórmula muy hábil de recaudar fondos y, sobre todo, de conseguir adeptos, pero hemos llegado a un punto en que, si las familias no la tuvieran, no podrían subsistir. De hecho, hay mucha gente que ya está pasándolo mal. Sabrás que hay convocada una manifestación para dentro de unos días.

—Lo sé. El gobierno está haciendo lo imposible para contener la inflación. La tarjeta es uno de los medios. ¿Qué pasa con ella?

—¿Qué piensas del formulario que hay que rellenar para obtenerla?

—¿Un formulario? La verdad es que yo la tengo y no he rellenado nada.

—Te la han dado directamente —afirmó Cata.

—Sí.

—Ya veo. Es lógico, tú trabajas para el presidente. ¿Confías en César Barral, Marina?

—Si te refieres a todas esas noticias que han salido sobre las muertes en las residencias y las denuncias a los Garantes, sabes que no se ha presentado ni una sola prueba. Son las típicas barbaridades que se dicen para desestabilizar. Si no confiara en él no trabajaría allí. ¿Me vas a explicar qué pasa?

Cata dudó si comentar lo que le había contado Ignacio sobre las residencias. Era una acusación demasiado grave y, como había dicho su amiga, no había pruebas suficientes por el momento. Optó por ceñirse al problema de la tarjeta.

—A todas las personas les hacen rellenar un formulario con foto para conseguir la tarjeta.

—Bueno, es lo normal. Necesitarán los datos. Los míos ya los tenían.

—Ese es el problema, los datos. Mira esto con atención.

Cata sacó de su bolso una copia impresa del formulario vacío. Su amiga lo leyó en voz baja, despacio.

—«Nombre, primer apellido, segundo apellido, DNI, fecha de nacimiento, ciudad y país de nacimiento, IBAN, ingresos mensuales, número de la tarjeta sanitaria, domicilio, correo electrónico, teléfonos

fijos y móviles, género (hombre, mujer, otros), orientación sexual (heterosexual, homosexual, bisexual, otros), religión, profesión».

Marina le devolvió el papel sin decir nada.

—¿Qué te parece?

—Muy completo —respondió, volviendo a comer como si no pasara nada.

—Sé lo que estás pensando, conmigo no tienes que disimular.

Ella continuó masticando y dio un sorbo a su copa de vino.

—Sabes perfectamente que muchos de esos campos son delicados. Es más, atentan contra la intimidad —apuntó Cata.

En ese instante el camarero regresó para llevarse los platos vacíos, interrumpiendo la respuesta de Marina.

—La gente cede esos datos de forma voluntaria, Cata —replicó en cuanto el hombre se alejó—. Además, el gobierno no los va a hacer públicos. Todo eso lo recopilan a efectos estadísticos.

—No te considero tan ingenua, amiga.

—Sabes que no lo soy. Además, estoy segura de que la mayoría no rellenará el formulario completo. Imagino que habrá campos obligatorios y otros no, como en todas las encuestas.

—Si no rellenas todos los campos te deniegan la tarjeta.

Marina la miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Pregunta a Vega del Hierro. Creo que la conoces. Sé que ha trabajado para vosotros en algún acto. Me ha dicho una amiga común que a ella le ha pasado. ¿No te lo ha contado?

—Vega tiene la tarjeta.

—Ahora sí. Se la han dado por trabajar para el presidente. A mí me han dicho de muy buena tinta que se la habían denegado con anterioridad.

—La verdad es que no hemos hablado de eso.

Cata sabía que su amiga, de carácter explosivo, estaba intentando no discutir. Se tenían cariño desde hacía mucho.

—Me han contado que rellenó el formulario y, como el sentido común aconseja, dejó en blanco los apartados de orientación sexual y de religión.

—¿Y?

—Le contestaron de inmediato que no podían tramitar su solicitud porque no había cumplimentado todos los campos.

Marina procuró mantener la compostura, pero Cata contaba con su especial percepción y sabía que lo que le decía le estaba afectando.

—Por lo que me han dicho, el fruto de su trabajo le permite mantener la independencia —continuó—. Sin embargo, la inflación que sufre el país no le dejaría esa libertad si no tuviera la tarjeta, tendría que depender de un contrato que le aportara seguridad. Por

eso volvió a enviar el formulario con todos los datos.

Parapetada en su silencio, la miró esperando a que continuara.

—Se la volvieron a denegar. Recibió un mensaje diciéndole algo parecido a que su perfil no concordaba con la finalidad de la tarjeta AFIN.

Marina no pudo evitar que en su cara se reflejara el impacto de las palabras de Cata. Esta se anticipó a su pregunta.

—Ignoro si el rechazo ha sido por el hecho de ser lesbiana. No sabemos la clase de premisas que tiene en la cabeza tu jefe, porque me han dicho que también se la han denegado a más personas del colectivo LGTBI y a inmigrantes. De hecho, si quieres que te diga la verdad, solo conozco a personas heterosexuales que la tengan. La familia de Francesca, por ejemplo, o mi hermana y mi cuñado.

—¡Eso es absurdo! —saltó, por fin—. Movimiento Evolución respeta los derechos de todo el mundo. De hecho, si fuera por lo que tú dices, Vega ni siquiera trabajaría para el presidente. Él sabe que es lesbiana y la ha contratado. ¿Tú la tienes?

—¿La tarjeta? Francesca y yo la íbamos a pedir pero, como comprenderás, después de lo que me han contado tengo mis dudas. Sé que conoces a Ignacio Lacalle, trabaja en mi periódico. Está investigando cosas sobre el gobierno y me ha asegurado que, según la información recopilada, hay sectores a los que jamás llegará la tarjeta. Solo te pido que te enteres de qué está ocurriendo. Sin ponerte en evidencia, por supuesto. Si están haciendo algo así, sé que lo hacen a tus espaldas. Eso sí, abre los ojos y ten cuidado.

—Te agradezco la información, pero creo sinceramente que alguien está haciendo una lectura errónea de todo esto. Vi el programa polémico del otro día. Los papeles que estuvo exhibiendo Ignacio Lacalle no tienen ningún valor frente a la declaración de la propia Policía, que asegura que esas denuncias contra los Garantes no existen. Seguramente alguien los habrá falsificado para meter bulla. De todas formas, me enteraré de lo de las tarjetas. Ya sabes que lo que sugieres va en contra de los derechos humanos. ¡Y de mis principios!

—Lo sé, por eso te lo he contado —dijo con cariño—. Me he alegrado de verte, Marina.

—Y yo. Y la cena ha estado fantástica. No conocía este sitio. Ya hacía mucho desde la última vez que hablamos. No hay que dejar que pase tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo. La próxima vez te invitaremos a comer a casa. Me gustaría que conocieras a Francesca.

—Me encantará. Si está contigo debe de ser una mujer muy interesante.

En cuanto abandonaron La Pedrera, se abrazaron prometiendo llamarse pronto. Cata sabía que la defensa de César Barral que había

hecho su amiga estaba basada en la buena fe, aunque pensaba que desde esa noche la confianza en su jefe estaría un poco mermada. Esperaba al menos haberlo logrado. Conocía a Ignacio Lacalle. Era un periodista solvente que no se arriesgaba con una noticia a no ser que su olfato y sus investigaciones le indicaran que algo olía a podrido.

Al día siguiente, mientras Marina conducía de camino al trabajo, la duda que se había instalado en su cabeza le estaba alterando los nervios. En cuanto entró en el despacho de César Barral, sin más preámbulo, se encaró con él. No era amiga de sutilezas.

—¿Se está denegando la tarjeta AFIN por algo concreto, como ser homosexual o inmigrante? —le lanzó a bocajarro.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó él, mirándola de frente con su sonrisa más seductora.

—No utilices eso conmigo. Contéstame.

—Pensaba que no eras tan influenciable. Es cierto que se deniega a dos tercios de la población. La economía no se sostendría si todo el mundo la tuviese.

—¿Y cómo se hace la selección para denegarla? —inquirió ella sin soltar su presa.

—De forma aleatoria. ¿Qué pensabas? La información se recoge exclusivamente a efectos estadísticos. Si fuera como te han dicho, nuestra querida fotógrafa no la tendría.

Ella lo contempló intentando adivinar si estaba mintiendo.

—Tranquilízate. El poder siempre genera enemigos. Esta clase de acusaciones infundadas son habituales y lo sabes.

—La persona que me lo ha contado parece que tiene bastantes datos.

—Creía que confiabas en mí.

—Si no lo hiciera, no estaría aquí.

—Pues piensa que, a veces, el azar puede producir resultados inesperados. Nada más. No veas fantasmas donde no los hay. Además, pronto desparecerá este problema. Acabaremos con la inflación y la tarjeta dejará de estar en el punto de mira.

—Eso espero. Ya sabes que se han anunciado movilizaciones para denunciar el estado de pobreza en el que está cayendo el país. Me voy a trabajar. Tengo que preparar lo del día nueve —dijo, dando por zanjada la discusión.

—Lo del nueve es un evento importante y tiene que salir todo perfecto. Tenemos que contrarrestar lo de la manifestación. Vendrá el President de la Generalitat. Consígueme a Vega para ese acto —pidió él, volviendo a dedicarle su mejor sonrisa pulverizadora de muros.

Marina se dio la vuelta y salió del despacho sin responder. Era inmune a esa clase de armas. Las conocía demasiado bien. Como una mosca impertinente, algo le decía en su fuero interno que Cata estaba

en lo cierto. La semilla de la duda había sido sembrada.

El demonio dispone de un amplio guardarropa y no solo viste de rojo.
EDUARDO

El Consejo

Cuando César Barral entró en la sala de reuniones, todos se pusieron en pie hasta que tomó asiento en el sillón presidencial. La madera de roble del mobiliario nuevo todavía exudaba su penetrante olor característico. Estaba presente el Jefe del Gobierno y el Consejo en pleno, compuesto por las cabezas visibles de todos los ministerios. Solo una persona era ajena al Consejo: el asesor personal del presidente, Diego Monzón, al que todos llamaban por su apellido. Sentado a la derecha de César Barral, no podía pasar desapercibido debido a su peculiar y duro físico: cuerpo fibroso, cráneo brillante, fríos ojos grises y manos nudosas. Tenía todo el aspecto de un mercenario al que le hubieran colocado un costoso traje de Armani.

Ignorando al Jefe del Gobierno, que tenía un simple cargo nominal, el presidente tomó las riendas de la reunión.

—Bien, empecemos —dijo, mirando directamente a una de las ministras—. Tenemos que hablar de las tarjetas. Están empezando a hacer preguntas molestas en la calle. Me lo acaba de confirmar mi jefa de prensa. Sabéis que la contraté por su eficacia profesional y porque su perfil está fuera de sospecha. Implacable y de izquierdas. Toda su vida ha sido la gran defensora de los desfavorecidos. Es una de nuestras fachadas impolutas al exterior. Es inaceptable que dude de nuestro programa, así que tiene que continuar ignorante de ciertas cosas. Habrá que tener cuidado, es muy lista. Da la orden de que comiencen a conceder la AFIN a alguno de los perfiles excluidos en un porcentaje de un uno por mil. Así no podrá acusarnos de discriminar a la población. Ya nos inventaremos algo para joderlos por otro lado.

Sin hacer comentario alguno, la mujer apuntó el dato en su iPad.

—¿El programa para las nuevas residencias y centros de dependientes cómo va? —preguntó a otro de los ministros.

—Cumpliendo con los objetivos marcados.

—Perfecto. El día nueve vamos a inaugurar una de las más grandes. Haremos mucho ruido. Esa tarde está convocada la manifestación para protestar por la inflación. Intentaremos acaparar la atención de los medios.

Tras más de dos horas, César Barral dio por concluida la reunión y todos volvieron a sus ocupaciones.

—Tú, quédate —ordenó al asesor, haciendo que le siguiera hasta su

despacho.

A puerta cerrada, se dirigió a un mueble-bar situado cerca de su mesa y sirvió, en dos gruesos vasos de cristal tallado, una cantidad generosa de licor de una marca muy valorada. Entregó una de las bebidas a Monzón.

—¿Algún problema con tus contactos en las residencias?

—Todo va según lo estipulado y con una absoluta apariencia de normalidad. Los informes son regulares y sin incidentes. La discreción está asegurada, saben que les va la vida en ello. La filtración ha sido controlada.

—Bien. Me preocupa Marina Salvatierra. No le quitemos el ojo de encima. Y hay otra cosa de la que quisiera que te encargaras. Una rata está metiendo el hocico donde no debe —dijo, llevándose a la boca el preciado líquido para saborearlo con parsimonia.

—Sabes que solo me tienes que dar las indicaciones oportunas y el problema desaparecerá —respondió el otro, sin tocar todavía su vaso.

El presidente sacó una pequeña llave del bolsillo interior de su chaqueta, se dirigió a un cajón del escritorio y lo abrió. Extrajo un dossier de tapas negras y se lo pasó a su asesor. Este se concentró durante unos segundos en el contenido de los papeles. Al cabo de un rato, lo cerró y cogió al fin su vaso.

—Es pan comido.

—Es lo que quería oír. Disfrutemos de esta excelente copa.

Las almas bellas son las únicas que saben todo lo que hay de grande e
bondad.

FÉ

Sergio

—¡Vamos, Pipa!

La pequeña bola de pelo saltó del sofá como disparada por un muelle y comenzó a mover la cola a los pies de su amo. Sergio le puso el collar y se encaminó a la puerta. Era la hora del paseo nocturno. La chaqueta acolchada del hombre conservaba el poco calor que desprendía su estrecho y desgarbado cuerpo. Esa noche hacía mucho frío y no podía dejar de tiritar.

—Hoy la vuelta va a ser rápida, ¿eh, Pipa? Date prisa —dijo, soltando nubecillas de vaho.

La perra debió de entenderle, pues hizo sus necesidades en tiempo récord. Sergio tiró la bolsa con los excrementos en un contenedor y se dirigió deprisa hacia casa. Justo cuando acababa de entrar en el portal y se encaminaba al ascensor, oyó el tono de llamada de su teléfono móvil. Se subió las gafas —un tic muy característico en él, ya que tendían a resbalar por su nariz cada dos por tres— para comprobar en la pantalla de quién se trataba. Al ver el nombre, respondió de inmediato.

—¡Raquel! ¿Cómo estás?

—Tenemos que vernos —dijo ella de sopetón.

—No me asustes... ¿qué pasa?

—Nada, tranquilo, no es una pesadilla de las mías, pero necesitamos tus habilidades.

—¿Necesitamos?

—Cata, Francesca y yo. Además, quiero presentarte a otra amiga. Tenemos que hablarte de una cosa, pero prefiero no hacerlo por teléfono. ¿Podríamos quedar mañana?

—Mi turno en el hotel acaba a las tres de la tarde. Después puedo acudir adonde queráis.

—Yo cierro el estudio a las ocho. Si quieres, te recojo en tu casa y vamos a algún sitio donde podamos hablar.

—¿Por qué no acudís todas y hablamos aquí? Estaremos más tranquilos y más cómodos. Compraré un buen vino y algo para cenar.

—No hace falta, Sergio, podemos ir a alguna cafetería cerca de tu casa.

—Me encantará invitaros, de verdad. Ya sabes que no suelo recibir

visitas y además hace tiempo que no nos reunimos. Será un placer.

—Está bien. Creo que sobre las ocho y media podremos estar ahí. Voy a hablar con ellas y te lo confirmo.

—Perfecto. Me hace mucha ilusión que nos veamos mañana.

En cuanto colgó el teléfono, Sergio no pudo evitar que su mirada viajara hacia la foto de Rocío que estaba posada sobre un mueble del comedor. Contempló con dolor su expresión dulce, los ojos de cervatillo asustado, la cara aniñada a causa del flequillo lacio que le tapaba la frente. Hablar con Raquel le había traído, como un vendaval, el recuerdo de todo lo que compartieron con ella. Rocío seguiría siempre presente en sus vidas. Sobre todo, en la de él. Como no tenía familia, nombró a Sergio único beneficiario de su herencia. Él vivía en su casa, cuidaba de su perra, deambulaba entre sus cosas sin atreverse a deshacerse de ellas, como si su dueña fuese a regresar en el momento más inesperado.

Hacía más de dos años que Rocío se había ido para siempre. Sergio lo sabía, pero seguía hablándole cada día —entre aquellas paredes que eran testigo de su soledad— con la esperanza de que le estuviera oyendo desde el lugar donde habitara su alma maravillosa.

Se había prometido no volver a hacerlo, pero, sin poder resistirse al impulso, buscó una vieja canción en su teléfono móvil. La había escuchado mil veces después de lo que pasó. Era *All I want*, de Alexandra Porat.

«*All I want is nothing more to hear you knocking at my door, 'cause if I could see your face once more, I could die as a happy man I'm sure...*».

Si pudiera ver tu rostro una vez más...

Con un nudo en la garganta, se levantó para dar de cenar a Pipa. Pensar que pronto estaría con Raquel, Cata y Francesca hacía que sintiera la proximidad de Rocío, que notara su presencia con más fuerza.

Apunta bien y mira al diablo a los ojos.

FRANK MILLER (Sin City)

Armas ocultas

La única persona a la que Sergio todavía no había tocado era Vega. En cuanto entró en su casa y se acercó para darle la mano, tuvo claro que ella no temía a su don. Estaba seguro de que le habían hablado de él. De hecho, esa era la razón por la que estaban todas allí. También podía ser que no confiara en la veracidad de lo que le habían contado sus amigas y por eso se había dejado tocar sin ningún reparo. En todo caso, el breve contacto le reveló muchas cosas. Supo que, como Raquel, era fotógrafa. Y también rebelde, empecinada y noble. Pero algo más atravesó la piel de Sergio: una estampa fugaz que consiguió impactarle igual que un disparo. Como un fotograma que se hubiera escapado al control del cerebro de Vega, la imagen de tres hombres violando a la fotógrafa provocó que Sergio empleara toda su voluntad en apartar de la mente lo que había visto y, sobre todo, en no acusar una reacción que pudiese traicionarle. Por otra parte, sabía que Cata podía leer en él como en un libro abierto y tenía claro que Vega querría mantener aquello oculto en su interior. En consecuencia, sonrió a su nueva amiga dejando la mente en blanco y las invitó a todas a pasar dentro.

Cata, Francesca y Raquel le habían abrazado con efusividad nada más verle. Encontrarse de nuevo con ellas aportaba felicidad a su vida por muchos motivos. Con las tres había compartido momentos de terror y complicidad en una etapa que nadie olvidaría. Y ellas le habían demostrado que siempre estarían ahí. Pero una de las cosas que más agradecía era recibir sus abrazos. Sergio no tenía muchas oportunidades de disfrutar del contacto humano debido a su don, que era también su estigma. Había nacido con un peso a cuestas; la cruz de conocer el pasado de las personas, sus sentimientos, pensamientos, miedos y deseos con solo tocarlas o entrar en contacto con un objeto que hubieran tocado recientemente. Veía dentro de ellas, se metía bajo su piel, sentía lo mismo, experimentaba sus angustias, sus miedos, sus deseos, su esencia. Y, en algunos casos, su maldad. Era por esta última razón por la que no se permitía tocar a nadie, a no ser que conociera mucho a esa persona. Cuando entraba en contacto con la maldad ajena, su cuerpo se revolvía, se descompensaba, llegando incluso a provocarle el vómito, como si de esa forma pudiera desprenderse de lo que el roce indeseado le había transmitido.

Desde muy pequeño había tenido que lidiar con demasiados sentimientos que ni siquiera comprendía. La experiencia más cruel había sido la huida de su propia familia. El abandono no había sido físico en sí mismo, pero dolía igualmente. Y todo era producto del miedo. El primer alejamiento doloroso fue el de su madre, atemorizada de lo que Sergio llevaba dentro, al revelarle con tan solo seis años que la abuela se estaba apagando, que iba a morir muy pronto. Hubiera preferido que todo se hubiese reducido a los gritos de ella el día que se lo comunicó. «No digas eso, ¿me oyes?». Todavía podía recordar su cara desencajada, sus ojos de pánico. Hubiera querido quedarse con ese enfado y no con la reacción posterior, con el rechazo frontal, cuando su madre descubrió que lo que le había dicho era cierto, cuando fue a despertar al día siguiente a la abuela y se dio cuenta de que no respiraba.

A partir de aquel día aciago, aprendió que su don no debía salir a la luz ante nadie, que no debía hablar de aquello, que debía guardarse para sí mismo todo lo que descubría de los demás. Como consecuencia, se obligó a mantener una distancia prudencial con la gente. Una distancia que, en ocasiones, era muy dolorosa. Le martirizaba sobremanera ese aislamiento, esa soledad autoimpuesta, pero no quería hacerse más daño a sí mismo ni a ninguna otra persona.

Ahora, con más de treinta años a sus espaldas, treinta años de barreras levantadas entre él y el mundo, de enamorarse en silencio y aceptar la soledad, de no haberse permitido la entrega desnuda a nadie por miedo a la decepción y al dolor; ahora, por fin, podía abrazar a seres que no iban a hacerle ningún mal. Porque esas personas le querían, habían sufrido con él, sabían cómo era y no temían que buceara en sus almas. No tenían nada que esconderle ni deseaban hacerlo.

Se dijo que Vega, a la que acababa de conocer, le había demostrado su valentía. O, quizás, su inconsciencia. En todo caso, le había mirado de frente antes de ofrecerle su mano y, con ese gesto, Sergio había tenido bastante. Ella acababa de entrar en el círculo de personas que le gustaban. No podía decir eso de mucha gente, a pesar de las imágenes terribles y del sufrimiento que había descubierto en el interior de la fotógrafa.

—Me alegro mucho de veros. Sentaos —dijo, procurando que el impacto de la imagen que todavía conservaba en la cabeza no se reflejara en su voz.

Había preparado la mesa con un par de botellas de vino, copas, canapés, una ensalada y varias cosas más.

—¿Te gusta el vino tinto, Vega? Si quieres, puedo ofrecerte cerveza o alguna bebida sin alcohol.

—El vino es perfecto, gracias —respondió a aquel hombre más alto que ella, de revuelto pelo negro y aire despistado. No sabía si era cierto lo que le habían contado de él, pero, instintivamente, le cayó bien. Parecía una buena persona.

En cuanto se sentaron a la mesa, Sergio descorchó el vino y comenzó a servirlo en las copas. Cata tomó la iniciativa de la conversación.

—La verdad es que hacía tiempo que no nos veíamos. Lo echaba de menos. Faltan algunos amigos, pero no hemos querido contar nada de esta reunión al resto por el momento.

—¿Qué es lo que pasa? Me habéis preocupado —dijo.

—¿Tienes la tarjeta AFIN?

—Sí, la pedí hace tiempo y me la mandaron. Ya sabéis que mi sueldo como recepcionista de hotel no da para mucho.

—¿No te pusieron ninguna pega para obtenerla?

—No. Me extrañó un poco la clase de datos que pedían, pero con la cantidad de información que ya tiene internet sobre todos nosotros, me dije que no tenía importancia dárselos al gobierno.

—Bueno, es natural que te hayan concedido la tarjeta. Tú entras dentro de los cánones reglamentarios —dijo Raquel.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres español, blanco, heterosexual e imagino que habrás puesto católico.

—Bueno, estoy totalmente apartado de la práctica religiosa, pero lo más sencillo era poner eso. Me bautizaron en la fe católica. ¿Me vais a contar qué pasa?

—Que no conocemos a ninguna persona que no sea heterosexual y cisgénero, ni a ningún inmigrante ni a nadie de otra religión que haya podido obtener la tarjeta.

—¿Cómo? ¿Me estáis diciendo que vosotras no la tenéis?

—A mí me la han denegado —señaló Raquel—. Y a Vega se la han dado porque hace trabajos esporádicos para el presidente. Imagino que en su caso habrán hecho la vista gorda, porque con anterioridad a eso también la habían rechazado.

—No estoy segura de que el motivo haya sido por ser lesbiana o por ser atea, que es lo que puse —intervino Vega—. Después de lo que sé, ya nada me extraña de este gobierno. Además, solo te la dan si rellenas todos los campos.

—¡Eso es horrible! —exclamó Sergio—. Jamás hubiera pensado que un gobierno que está consiguiendo cosas tan positivas pudiera hacer algo así.

—Pues lo está haciendo, con lo que ello conlleva —afirmó Francesca—. Está condenando a muchísimas personas a la miseria más absoluta. De hecho, me han hablado de gente que ya está haciendo las

maletas para buscarse la vida fuera de España. He preguntado en el hospital y se repiten los mismos casos de denegación de la tarjeta.

—Por eso necesitamos tu ayuda —dijo Cata.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Tocar a César Barral —declaró Raquel—. Necesitamos saber si nos equivocamos con él o, por el contrario, todo lo que sospechamos es cierto.

Sergio miró a la mujer con la misma cara de estupefacción que si le hubieran dicho que tenía que ir a la luna.

—Ya sé por dónde vais, pero ¿cómo pretendéis que me acerque al presidente? ¡Estará rodeado de guardaespaldas!

—Yo me encargaré de presentártelo —dijo Vega—. Seguro que pronto me pedirán que haga otro reportaje para él. Diré que necesito un ayudante.

—Está bien, sabéis que lo haré. Pero una vez que averigüe lo que tiene en la cabeza...

—Tendremos que trazar un plan —declaró Cata.

***

Al día siguiente, Vega recibió un wasap de Marina proponiéndole el trabajo que le había pedido su jefe. La fotógrafa respondió de inmediato para aceptar el encargo.

—Está bien, lo haré —confirmó Vega por teléfono—. Pero me gustaría hablar contigo de una cosa. ¿Nos tomamos un café?

La periodista sopesó la proposición, guardando silencio un par de segundos.

—Tienes moto, ¿no? —respondió, por fin—. Lo digo por si no te importa venir a mi casa. Vivo a unos kilómetros de Valencia.

—Por mí, perfecto. Dime tu dirección y acudo cuando me digas.

—Ven ahora, si quieres. Te mando la ubicación.

—De acuerdo. Enseguida nos vemos.

Con algo de nerviosismo por el encuentro, Vega bajó al garaje a por la Harley, se colocó el casco y partió a toda prisa hacia la dirección que le había indicado. Veinte minutos más tarde, Marina salió al porche al escuchar el rugido de un motor. Al abrir la puerta de entrada, contempló cómo Vega se quitaba el casco y se arreglaba el corto cabello con las manos, consiguiendo un despeinado perfecto. Debía reconocer que la imagen de la fotógrafa mientras desmontaba de su Harley-Davidson Sport Glide de color negro, embutida en unos tejanos y una cazadora de piel abrochada hasta el cuello, era sugerente.

—Bonita moto —dijo, mostrando una sonrisa espontánea.

—Gracias —respondió Vega, guardando el casco en el portaequipaje. No pudo evitar sonreír ella también, aunque el motivo de su visita no dejaba margen para el humor.

Marina la hizo pasar al interior. Al notar la temperatura que hacía dentro, se quitó la cazadora de inmediato y miró en derredor, admirando el ambiente elegantemente femenino que reinaba en la casa.

—¿Expreso?

—Sí, por favor. Corto.

Mientras Marina se perdía en la cocina, Vega contempló las hermosas vistas del amplio jardín a través de la cristalera del salón. La anfitriona apareció enseguida con una bandeja y la colocó sobre la mesa baja frente al sofá. Vega se sentó y cogió su taza.

—Bueno, ¿qué querías decirme?

Antes de responder, endulzó su café y le dio un pequeño sorbo.

—Quería hablarte de la tarjeta AFIN.

—¡Oh, no! Otra vez, no.

—¿Otra vez?

—Imagino que te refieres a la causa de las denegaciones. Sé que conoces a Cata. Es amiga mía. Ya me ha preguntado sobre eso y se lo dije al presidente. Para tu tranquilidad, te diré que se deniega de forma aleatoria a un porcentaje elevado de la población. No es factible económicamente que todo el mundo la tenga. Si existiera una discriminación por opción sexual, tú no la tendrías. Ni siquiera trabajarías para César Barral.

—El presidente me la dio como aliciente para que hiciera el trabajo que me proponía, creo que lo sabes. Pero me resulta curioso que toda la gente que conozco con la tarjeta sea heterosexual, española de nacimiento y católica. Y, créeme, conozco a muchísima gente del colectivo LGTBI y a muchas personas inmigrantes. Y también a ateos o agnósticos. Nadie la tiene. Ni una sola persona. Ni, por descontado, sus empresas figuran entre las afiliadas a la tarjeta.

—No creo que esto sea un motivo para que tú y yo discutamos, Vega. Ya te he dicho que hay muchísima gente que no la tiene ni la va a tener. De hecho, cuando baje la inflación, que será pronto, desaparecerá. Creo que deberíamos centrarnos en el trabajo del día nueve, la inauguración del hospital para enfermos crónicos. Estará también el President de la Generalitat y otras personalidades. Es un acto importante y César Barral quiere tenerlo todo atado.

Vega la contempló con el ceño fruncido. Marina había aparcado el tema sin darle posibilidad de réplica. Escuchó los detalles del nuevo encargo del presidente sin quitarse de encima la sensación molesta del giro repentino de la conversación. La periodista no daba el menor crédito a sus sospechas. Si insistiera en ello, lo único que conseguiría era que la tachara de paranoica. Tampoco tenía ganas de discutir, así que se tomó el café tranquilamente mientras hablaban de los pormenores del trabajo y luego se despidió. Sin embargo, aprovechó

la ocasión para informarle de que llevaría un asistente. Lo que tenía claro era que no iba a perder la oportunidad de que Sergio entrara en contacto con César Barral.

Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es el más de los derechos y el más indispensable de los deberes.

MARQUÉS DE

Si sigues todas las normas te pierdes toda la diversión.

KATHERIN

En acción

Una sombra vestida de negro, con la capucha de la sudadera puesta y oculto el rostro con pasamontañas, salió del vehículo donde le aguardaban otras dos personas. Llevaba algo grande plegado bajo el brazo. Comenzó a avanzar hacia un portal y miró el reloj. Las tres y cuarto de la madrugada, una hora perfecta para no toparse con nadie. Sacó un juego de llaves y ganzúas y, en cuestión de segundos, escuchó el clic que anunciaba la apertura. Empujó la puerta y se encaminó al ascensor con el aparatoso paquete. Poco después, tuvo que realizar idéntica tarea para el acceso a la terraza, que estaba cerrada con llave.

Al salir al exterior, la figura enmascarada se topó con el viento frío de la noche. Subiéndose la cremallera de la cazadora que llevaba encima de la sudadera, atravesó el terrado y se aproximó al borde que daba a la calle. Eligió el lugar más propicio y, utilizando los anclajes que llevaba consigo, extendió el bulto que portaba bajo el brazo y lo enganchó en el pretil. Finalmente, lo dejó caer del otro lado, provocando que la enorme pancarta de diez metros se desplegara a lo largo de la fachada. Después, regresó a toda prisa sobre sus pasos. Estaba hecho.

Desde la acera, levantó la vista para contemplar su obra. Sobre un fondo rojo sangre, las letras negras parecían querer salirse de la tela.

¿TE HAN DENEGADO LA TARJETA AFIN?
¿PERTENECES AL COLECTIVO LGTBI?
¿ERES INMIGRANTE?
¿TU RELIGIÓN NO ES LA CATÓLICA?
¿CONOCES A ALGUNA DE ESTAS PERSONAS QUE LA TENGA?
YA TIENES LA RESPUESTA.

INSURRECTΛS

Cuando la ciudad se desperezase, al cabo de unas horas, miles de transeúntes verían aquello colgado en mitad de la céntrica calle de Colón. En la era de internet, se trataba de un mensaje escueto transmitido a través de un medio simple y aparentemente trasnochado. Algo inusual en la era de las redes sociales y, en

consecuencia, llamativo. ¿Reclamaría la atención de la gente? ¿Calaría en alguien? Pronto lo sabría. Blandiendo una sonrisa, se dirigió corriendo hacia la vía transversal donde le esperaban sus cómplices. En cuanto se alejó lo suficiente, apartó la capucha y se quitó los guantes, liberándose del pasamontañas.

—Métete por la próxima a la derecha y pasa por delante —pidió a quien conducía, tras acomodarse en el asiento trasero del coche—. Quiero que la veáis.

La conductora arrancó el motor, hizo lo que le sugirió y pasó muy despacio ante el edificio.

—¡Fantástica! —soltó la tercera persona, emocionada.

A unos cincuenta metros, dos figuras vestidas de blanco se aproximaban charlando tranquilamente, ignorantes de la enorme tela que colgaba del edificio. Dos Garantes.

—Chicas, ha empezado la guerra. Vámonos de aquí, nos estamos jugando el cuello.

La conductora apretó el acelerador y las tres se perdieron por la desierta calle Xàtiva.

Cuesta mucho más que la vida. ¿Matar a gente inocente? Te cuesta todo lo que eres.

SUZANNE COLLINS

El suceso.
Lunes, 2 de diciembre

«Un vehículo apareció anoche calcinado en el fondo del Barranc de Gàtova en la localidad de Olocau. El coche fue hallado a raíz del incendio provocado en el bosque colindante, que ya ha sido sofocado por varios efectivos del cuerpo de bomberos de L'Eliana desplazados a la zona. Se baraja la posibilidad de que el conductor fuese a demasiada velocidad y se saliera en la curva, despeñándose montaña abajo. Desgraciadamente, en el interior se han encontrado tres cadáveres, que en este momento están siendo estudiados por los forenses con el fin de determinar su identificación. Fruto de las primeras investigaciones, la policía ha podido constatar que el vehículo era propiedad del periodista Ignacio Lacalle, por lo que se teme que las víctimas pudieran ser el propio periodista, la esposa y su hija de seis años».

En cuanto Cata escuchó la noticia, le sobrevinieron unas enormes ganas de vomitar. Se llevó las manos al estómago, contemplando con angustia la imagen que exhibía la televisión.

—¿Qué pasa? —preguntó Francesca, alarmada, al ver su expresión. Acababa de poner el desayuno encima de la mesa.

Cata tomó aire y se tapó la cara.

—Se han cargado a Ignacio, a su mujer y a su hija —dijo, con la voz amortiguada por sus manos.

—¿Cómo? —exclamó, mirándola con los ojos muy abiertos.

Ignacio Lacalle era compañero de Cata en el periódico. No los unía la amistad suficiente como para conocer personalmente a su familia, aunque sí sabía que estaba casado y tenía una niña. Sus artículos encerraban incisivas críticas a la actividad del gobierno de la República, sacando a la palestra determinadas actuaciones. Incluso había intervenido hacía poco en un programa de televisión denunciando las actividades de los Garantes. Desde el día en que subió al poder César Barral, Lacalle se dedicó a investigar todo lo relacionado con el nuevo presidente, ya que algunas de sus acciones habían hecho saltar sus alarmas de periodista avezado. Él fue quien cuestionó la existencia del ejército de Garantes, exponiendo ante la opinión pública las maniobras de ocultación de las denuncias contra actos abusivos de sus miembros.

Después de la conversación que tuvo con él, Cata tenía la terrible sospecha de que la muerte de su compañero no se debía a un simple accidente de tráfico.

—Como todos los domingos, Ignacio saldría ayer por la tarde del chalet con su familia para regresar a Valencia. Estoy segura de que esto no es un accidente, Francesca.

—Por Dios, Cata, no digas eso.

—Había hecho ese camino mil veces.

—Puede que le haya reventado una rueda...

—Ignacio era la mosca cojonera de César Barral. Estaba metido en una investigación que podía hacer mucho daño al gobierno.

—Espera a tener más datos, Cata. No sabemos los detalles. Ni siquiera han confirmado que fueran ellos los ocupantes del coche calcinado.

—Son ellos, Francesca. Se van los viernes a su chalet en la montaña, un poco más allá de Olocau, y regresan el domingo. Salieron ayer por la tarde hacia Valencia con el coche. Alguien ha debido de manipular los frenos o cualquier otra cosa, estoy segura de que esto no es casual.

—¡Has visto demasiadas películas! Lo de las tarjetas es una cosa, pero esto... ¿Sabes lo que estás diciendo? Prométeme que no vas a comentarlo con nadie más. ¡En el caso de que fuese cierto, tú serías la siguiente!

—No me voy a quedar con los brazos cruzados. Tendré cuidado, pero te aseguro que voy a investigarlo.

—Cuando te oigo hablar así me das miedo. No hagas ninguna tontería, por favor.

Cata se levantó, la asió por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Mírame. No va a pasarme nada. Te enamoraste de mí, entre otras cosas, por mis convicciones. Me han amenazado de muerte muchas veces, pero no han conseguido callarme. Y esto no va a ser una excepción.

Francesca se dejó abrazar, pero permaneció en silencio, observándola, muerta de miedo.

—Sé lo que estás pensando. Tendré cuidado, de verdad. Solo voy a hacer algunas preguntas. Por Ignacio y por su familia. Y, sobre todo, porque si lo que sospecho resulta cierto, la libertad de todos está en juego.

Un poco más tarde, cuando Francesca se hubo marchado al trabajo, Cata cogió el móvil y llamó a su amigo Roberto.

—¿Cata? ¿Cómo estáis? ¡Cuánto tiempo sin saber de vosotras!

—Es cierto, tendremos que vernos pronto. ¿Qué tal Montse? ¿Y tus hijas?

—Todas están bien. ¿Qué me cuentas? Porque me habrás llamado por algo...

—Sí, en realidad quería preguntarte una cosa. ¿Podemos quedar en algún sitio? Prefiero no hablarlo por teléfono.

—Claro. ¿Quieres pasarte por aquí y te invito a un café? El parque está ahora tranquilo.

Roberto era oficial de operaciones en el parque central de bomberos de Valencia.

—Perfecto. En tres cuartos de hora estoy ahí.

—Te espero.

El hombretón de pelo entrecano, ojos bondadosos y amplia sonrisa estrechó entre sus brazos a Cata en cuanto la vio.

—Vamos a tomarnos un café en la cafetería de enfrente —anunció a un compañero, antes de salir del parque.

Acomodados en un rincón discreto, Cata comenzó a hablar.

—Quiero saber si puedes enterarte de algo sobre el accidente de Ignacio Lacalle.

—¿El periodista? He visto la noticia esta mañana en la tele, aunque todavía no han confirmado la identidad de los ocupantes del vehículo. ¿Qué quieres que averigüe? Intervinieron mis compañeros de L'Eliana. Tengo un buen amigo allí. Puedo preguntar lo que quieras.

—Mira, Roberto, no voy a andarme por las ramas. Creo que no ha sido un accidente. Ignacio estaba en la lista negra de César Barral. Se ha dedicado a destapar trapos sucios de su gobierno desde el principio.

—¡Uf! Lo que dices es muy serio.

—Y tan serio. Estamos descubriendo cosas que ni te imaginas de este gobierno idílico. Cuando consigas averiguar algo a través de tu compañero, me lo dices. Si, como intuyo, esto no es un accidente, vamos a hacer saltar a ese canalla por los aires.

—Ve con mucho cuidado, Cata. Si resulta ser cierto lo que cuentas, enfrentarse a ese hombre puede ser muy peligroso. Acumula todo el poder en sus manos.

—Lo sé. Por eso quiero tenerlo bien atado. Pregunta con discreción. No quiero que te metas en problemas.

—Y tú no hagas nada sin hablar antes conmigo, ¿vale?

—No te preocupes. Por cierto, ¿cómo está tu hija? Ya han pasado más de dos años desde que salió del coma y la última vez que quedamos la vi muy bien. Está totalmente recuperada del accidente, supongo.

—Sí, Miriam está estupenda. El año anterior tuvo unos meses complicados. Rompió con Álvaro, pero ahora está bien. No quiero ni acordarme de aquellos días, de lo que vivimos todos juntos. ¡Todavía tengo pesadillas!

Cata observó a su amigo. Desde el accidente de automóvil de Miriam, que provocó que estuviese catorce días en coma, tenía el pelo

un poco más gris. Los sufrimientos le habían pasado factura, pero seguía siendo la persona risueña y positiva de siempre.

—Lo sé. Ninguno de nosotros queremos acordarnos de aquello, pero sigue en nuestras mentes. Sobre todo, porque seguimos echando en falta a Rocío.

—Sí, todos la echamos de menos, aunque imagino que Sergio mucho más.

—Desde luego. Formaban una pareja un tanto extraña, pero su amistad especial los ayudaba a seguir adelante a los dos —dijo Cata con cierta pesadumbre—. Tendrás que volver al trabajo. En cuanto sepas algo, llámame, por favor. Quedaremos en algún sitio. No me extrañaría que estuviesen controlando las comunicaciones telefónicas. Ya no me fío de nadie.

—Lo haré. Voy a hablar con mi amigo enseguida. Te llamaré pronto.

La razón se compone de verdades que hay que decir y verdades que hay que callar.

ANTOINE DE RIVAROL

Cuando no puedes gritar

A la mañana siguiente, a primera hora, Roberto se puso en contacto con Cata.

—¿Puedes venir?

—Dame treinta minutos.

En una mesa de la misma cafetería del día anterior, el bombero comenzó a contar a su amiga lo que había descubierto. Su cara, habitualmente sonriente, era de honda preocupación. Esa misma mañana había confirmado en las noticias la identidad de los cadáveres. En efecto, se trataba de Ignacio Lacalle y su familia.

—A ver, Cata. Lo que voy a contarte, en realidad, no significa gran cosa.

—Bueno, tú suéltalo. Por tu expresión, ya sé que no me va a gustar.

—No había huellas de frenada, ni restos de neumáticos. Eso quiere decir que, o bien no frenó por la causa que fuera, o bien se quedó sin frenos. Lo que está claro es que no reventó ninguna rueda.

—¿Se puede averiguar si han manipulado los frenos?

—¿En un coche calcinado? Imposible. No te calientes la cabeza, no van a poder establecer la causa del accidente. Igual tuvo un paro cardíaco o un desmayo. Nunca lo sabremos.

—Nunca lo sabremos... —repitió Cata para sí misma, contrariada—. Sin embargo, tú sientes lo mismo que yo.

—A ti no te puedo engañar, ves lo que pienso —dijo absolutamente serio.

Cuando esa noche Roberto llegó a casa, Montse lo notó más pensativo de lo normal. Su habitual alegría y optimismo estuvieron ausentes durante la cena.

—¿Nos vas a contar qué te pasa? —dijo su hija Miriam.

Él dejó de comer para mirarla. Había querido dejar a su familia al margen de lo que había hablado con su amiga, pero se dio cuenta de que era demasiado transparente para ellas.

—Menos mal que lo ha preguntado Miriam, porque yo llevo preocupada desde que llegaste —intervino Montse—. No he querido decirte nada porque pensé que se trataría de algo relativo a tu trabajo y que ya me lo contarías más tarde.

—No quería meteros en esto, pero os lo voy a contar. Llevo dos días

en contacto con Cata.

—¿Qué pasa? —preguntó Montse, alarmada.

—Me ha preguntado por el accidente de Ignacio Lacalle, el periodista. Un compañero participó en el rescate del vehículo calcinado.

—¿El accidente en el que murió con su mujer y su hija? Es terrible —señaló Miriam.

—Ese es el problema. Cata cree que no fue un accidente. Por lo visto, Lacalle era compañero suyo en el periódico y se dedicaba a investigar algunos asuntos turbios del nuevo gobierno. Cata piensa que se lo han quitado de encima.

—¡Pero eso es muy fuerte! ¿Puede ser cierto lo que dice? —preguntó Montse.

—No lo sé. Mi compañero me confirmó que no había señales de frenada ni de restos de neumáticos, aunque dado el estado del vehículo, es imposible averiguar si han podido manipular los frenos. Puede que tan solo fuese un accidente, que sufriese un infarto o algo similar mientras conducía.

—Quiero creer que ha sido un desgraciado accidente —afirmó Montse—. La otra opción nos llevaría a pensar que estamos en manos de asesinos. Prefiero no pensarlo, la verdad.

—Estoy de acuerdo —dijo Miriam—. Si no hay pruebas que lo certifiquen, es preferible que no te comas la cabeza, papá.

—Tenéis razón, mejor olvidarse de ello. ¿Os apetece que veamos una peli después de cenar?

—Lo siento, pero voy a dejaros solos. Tengo un montón de trabajos que revisar —respondió la hija.

Miriam ayudó a sus padres a retirar los platos y después se encerró en su habitación. Era profesora de Historia en un instituto, lo cual le encantaba, pero le suponía tener que dedicar a sus alumnos bastantes horas de su tiempo libre. Al cabo de treinta minutos, mientras se encontraba inmersa en uno de los trabajos, le ocurrió. *Aquello* había vuelto a meterse en su cabeza. Ya le había sucedido algunas veces, pero en esa ocasión las imágenes la dejaron conmocionada. Con la vista perdida en la pared que tenía frente a ella, circularon por su mente sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Vio a una mujer mayor tumbada en la cama, en la habitación de lo que parecía una residencia. No le hubiera impactado tanto si no fuera por el hecho de que era su abuela; su abuela, que había fallecido hacía unos meses. Con el corazón desbocado, se obligó a concentrarse en lo que contemplaba. Estaba a punto de amanecer, porque una débil luz se colaba a través de los visillos de la ventana. En ese momento, un hombre con bata entró y la llamó por su nombre, anunciándole que iba a ponerle la medicación. A continuación, preparó varias cosas sobre una mesa

auxiliar.

La abuela, adormilada, ni siquiera respondió. El hombre se sentó en el borde de la cama y le canalizó una vía intravenosa. A continuación, le inyectó el contenido de una jeringuilla, repitiendo en varias ocasiones la acción. Miriam observó con atención la escena y se dio cuenta de que algo raro pasaba. La jeringa no estaba cargada con nada. Solo contenía aire. En cuanto acabó, le quitó la vía y lo recogió todo. *Feliz sueño eterno*. La imagen de su abuela con los ojos fijos en el techo, sin expresión, la atravesó como si le hubiese alcanzado un rayo.

Cuando volvió del trance, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas al tiempo que caminaba por la habitación como una leona enjaulada. Se tapó la cara con las manos para ahogar los sollozos. ¿Qué era lo que acababa de ver? Su abuela había muerto de una embolia. Eso dijeron a la familia. Se acordó de pronto de la noticia que había visto en la televisión hacía unos días. En un par de residencias los trabajadores habían denunciado muertes repentinas e inexplicables de varios residentes. Si lo que acababa de ver era cierto, debía hacer de tripas corazón y quitárselo de la cabeza. No podía decírselo a su padre. Ni siquiera estaba preparada para explicarle cómo había accedido a esas imágenes. Por mucho que le doliera, debía guardárselo para sí misma. Siempre había pensado que la información que conllevaba un dolor gratuito, mejor no transmitirla. Además, no tenía ni idea de si esa escena era real. ¿Y si lo fuera? ¿Sería capaz de vivir con la certeza de que había un asesino en la residencia de su abuela y no poder denunciarlo? ¿Estaría ocurriendo lo mismo en otros centros? No tenía prueba alguna. Sus visiones no servían en el mundo legal. Entonces, ¿por qué le eran reveladas? Había visto cosas antes, pero aquello superaba sus límites. Miriam intentó tragarse su frustración y su dolor. Lo que no pudo hacer fue continuar corrigiendo los trabajos de sus alumnos. Esa noche, no.

La prueba de un pueblo es su comportamiento hacia el viejo. Es fácil amar niños. Pero el cariño y el cuidado hacia los ancianos, los incurables desamparados son las minas de oro verdaderas de una cultura.

ABRAHAM JOSHUA H

La residencia

No eran ni las diez de la mañana cuando Victoria —que en ese momento estaba sentada ante el ordenador examinando su correo electrónico— escuchó las primeras notas de *Si me quieres escribir*, la canción popular de la guerra civil española versionada por Marina Rosell que había elegido como tono de llamada de su teléfono móvil. Comprobando quién era, respondió de inmediato, no sin cierta desazón.

—¿Mamá?

—Cariño, necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

—¿Podemos comer juntas hoy?

—Claro, iré a por ti a las dos. Prepararé algo en casa.

—Preferiría que Claudia no estuviera presente.

—Le diré que se vaya a comer a casa de una amiga. Me estás preocupando, mamá. ¿Estás bien? ¿Te tratan mal ahí?

—Estoy bien, tranquila. Después hablamos.

—Vale, luego te recojo.

Durante toda la mañana estuvo dando vueltas a la llamada de su madre. Era muy raro que quisiera hablar con ella fuera de la residencia. Solían charlar diariamente por teléfono y acudía con Claudia a visitarla una vez a la semana. Ella siempre había manifestado que estaba muy bien en el centro, pero la conversación que habían tenido esa mañana la puso en alerta.

Su madre no había querido explicarle nada hasta que no estuvieron en casa, con la mesa puesta y los platos servidos.

—¿Me vas a contar ahora qué pasa?

—Quizás me taches de paranoica, pero estoy muy preocupada por algo que está ocurriendo en la residencia.

—Cuéntame.

—Sabes que llevo tiempo allí y, la verdad, estoy contenta. He hecho unas cuantas amigas, el sitio es agradable y se come bastante bien.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Está muriendo gente sin causa aparente.

—¡¿Cómo?!

—Cada mes cae alguien, como si estuviera programado. A veces más de una persona. Casi siempre, en jueves. Algunos de ellos estaban bastante mal y eso es comprensible, pero ya casi no quedan ancianos asistidos en el centro. Y está empezando a morir gente que ha entrado con un estado de salud muy bueno. Como yo. Tengo miedo, Victoria.

—Vi la noticia en televisión de que en un par de residencias de España habían denunciado muertes inesperadas, pero creo que se investigó y dijeron que se trataba de muertes naturales. ¿Me estás diciendo que están matando gente en tu residencia?

—No tengo pruebas, hija, pero sí una sospecha muy grande.

—Quiero que salgas de ahí inmediatamente. Te vienes a casa a vivir. Ya nos apañaremos.

—Espera, Victoria, creo que debería asegurarme antes. Si esto es así, no puedo marcharme y cerrar los ojos.

—¿Qué vas a hacer? No me asustes.

—Me he hecho amiga de una de las enfermeras. Te aseguro que, si están haciendo lo que sospecho, no sabe nada. Es muy buena persona, hablaré con ella.

—Ten mucho cuidado, mamá. ¿De verdad puedes confiar en esa mujer? Si está pasando lo que dices, corres mucho peligro. No quiero que te arriesgues.

—Mira quién habla, la que se mete en berenjenales de los que no sabe si va a regresar.

—¿Hay alguien más que lo sepa? ¿Lo has hablado con alguna compañera?

—No, hija. Allí ni se me ocurre. Si alguna de mis amigas se ha dado cuenta, no ha dicho nada. Es tan horroroso que nadie se atreve a hablar de ello.

—Está bien. Habla cuanto antes con esa enfermera. Quiero que te quedes allí el menor tiempo posible.

A la hora de la cena, Victoria llevó de regreso a su madre a la residencia sin ningunas ganas. No le hacía gracia dejarla allí con lo que le había revelado. No obstante, ella le aseguró que esa misma noche hablaría con Pilar, la enfermera en quien confiaba.

Tres personas pueden guardar un secreto si dos de ellas están muertas.
BENJAM

Secretos.
Viernes, 6 de diciembre

—¡¿Me estás diciendo que están matando ancianos en la residencia de tu madre?! —inquirió Cata, visiblemente alterada. No podía quitarse de la cabeza la conversación con Ignacio antes de que muriera.

Raquel había insistido en que debían reunirse todos. El grupo de amigos constituía una especie de gabinete de crisis. Desde que el destino quiso unirlos hacía un par de años, siempre que había algo crítico en el horizonte que afectara a uno de ellos, a varios o a la humanidad entera, procuraban resolverlo juntos. Francesca había ofrecido su casa para el encuentro. A las seis de la tarde de aquel viernes festivo, el grupo de ocho personas expresaba su turbación ante las inquietantes noticias.

—Mirad, sé que lo que digo es muy grave, pero he recopilado alguna información que me pone los pelos de punta —comenzó a explicar Victoria—. Mi madre está viviendo ahora en mi casa. No quiero que se acerque más a esa residencia ni a ninguna. Tiene una amiga enfermera que ha hecho averiguaciones. Reconoció que le había dado la sensación de que el índice de fallecimientos había aumentado desde hacía un tiempo, pero tampoco se planteó que fuera premeditado. Pensó que, sencillamente, era una mala época. Esta enfermera, que se llama Pilar, se las ha ingeniado para ver el registro general de la residencia en el ordenador. Le ha contado a mi madre que, desde hace más de un año, o bien el primer jueves o bien el tercero de cada mes muere algún residente. En alguna ocasión, dos personas el mismo mes, pero una de ellas siempre en jueves. Y al día siguiente se produce un ingreso nuevo.

—¿Dices que está muriendo un residente al mes? ¿Y siempre en jueves?

—Uno al mes y, en alguna ocasión, dos. Y hay más. Pilar dice que el noventa por cien de esas muertes eran no esperadas. Además, siempre ocurre en el turno en el que ella no trabaja. Y es el mismo médico quien ha certificado muerte natural en todos los casos.

—¿Te han puesto algún problema para sacarla de allí? —preguntó Francesca.

—No. Les dije que nos echábamos de menos y que a mi hija y a mí nos vendría muy bien una ayuda económica, así que decidimos vivir

juntas. No me pusieron ningún reparo.

—Menos mal.

—Pero hay más. No había transcurrido ni un par de días desde el traslado de mi madre a casa cuando recibió la llamada de Pilar. Ella había hablado con dos compañeras que trabajan en residencias distintas. Le confirmaron que la situación era la misma. En una de ellas, o el primero o el tercer miércoles de cada mes muere una persona sin motivo aparente. En la otra, siempre los martes.

—Eso no puede ser casual. Tiene pinta de que están siguiendo un protocolo —señaló Cata—. No os he dicho nada porque no tengo pruebas, pero hablé con mi compañero Ignacio Lacalle antes de su muerte. Me dijo que estaba investigando la noticia que salió en la tele referente a las residencias. De hecho, se había puesto en contacto con una de las dos trabajadoras de la residencia de Madrid que habían denunciado el hecho. Las habían despedido. Pero eso no es lo peor. Lo más inquietante es que la mujer estaba asustada. No salía de casa y afirmaba que su compañera había desparecido y nadie sabía nada de ella. La familia lo había denunciado a la Policía, pero continúan sin encontrarla. No se trata ya de que en la residencia de tu madre haya algún loco matando a los ancianos. Hay que comprobar si esos asesinatos están repitiéndose en todo el país.

—Debemos hacerlo —respondió Victoria—. Por lo que me ha contado mi madre, han conseguido que no quede prácticamente nadie que necesite asistencia. Se han cargado en primer lugar a los ancianos asistidos y luego han continuado con personas que se valían por sí mismas y estaban bien de salud. Además, todas las defunciones fueron certificadas por un mismo médico de cada residencia como muertes naturales. Deben de tener a alguien específico que hace el trabajo.

—Voy a hablar con una compañera de Madrid. Le sugeriré que haga una investigación sobre el índice de fallecimientos en las residencias. Podría enfocarse como un estudio para verificar el impacto positivo de la creación de las nuevas residencias en el porcentaje de supervivencia de la población de la tercera edad. Utilizando ese pretexto podremos obtener información de otras partes de España —resolvió Cata.

—Muy buena idea —señaló Victoria.

Sergio se fijó en Miriam, la hija de Roberto. Se había puesto lívida. Su padre le había informado de la reunión que iba a tener lugar y ella se había empeñado en acudir. Dijo que necesitaba participar en esto. La había visto por primera vez hacía un par de años, en una de las ocasiones en que quedaron todos después de que se fuera Rocío, pero la recordaba distinta. Se había cambiado el pelo y ahora llevaba un flequillo sobre la frente. *Como Rocío*. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que le recordaba a ella. Miriam tenía el pelo más oscuro y los ojos más vivos. Rocío siempre parecía asustada,

excepto cuando se enfadaba. Entonces su expresión cambiaba hasta volverla irreconocible. Pero en Miriam había algo innato que Rocío nunca tuvo: alegría. Miriam derrochaba energía positiva. Como su padre, era de sonrisa fácil. No obstante, ahora escuchaba totalmente conmocionada lo que Victoria estaba contando.

Sergio no podía dejar de mirarla. De mirarla y de darle vueltas a lo que había visto cuando le había dado dos besos. Era algo extraordinario, inquietante; algo que su mente no podía borrar. Sin embargo, como era habitual en él, se guardó esa información procurando que el impacto no se reflejara en su rostro. Se trataba de algo íntimo que solo le pertenecía a ella y no tenía derecho a desvelar. Pero lo que más le turbaba era que ella sabía que había descubierto su interior. Y, aun así, le había sonreído con la complicidad de quien, desde ese instante, compartía un secreto.

—¡Todo esto es una barbaridad! —estalló Roberto—. Si eso se confirmara estaríamos ante algo muy gordo. No entiendo cómo nadie más se ha dado cuenta hasta ahora.

—Seguro que se han dado cuenta otras personas, pero nunca se atreverán a sacar a la luz una cosa así —afirmó Cata—. Mira lo que me contó Ignacio. De hecho, ya sabes que pienso que su muerte no ha sido un accidente. Sinceramente, creo que se lo han quitado de en medio.

—¡¿Cómo?! ¡Tendríamos que actuar! Si está pasando esto, ¿cómo es que no ha habido más denuncias de otras residencias? —aseguró Victoria.

—No lo sabemos. Igual han evitado que salgan a la luz. Por otra parte, el miedo es un motivo muy poderoso. Quien tenga algo que perder nunca moverá un dedo. Es más fácil mirar hacia otro lado. Si alguno de los trabajadores ha visto algo raro, quizás se plantee hasta qué punto se equivoca. O puede que, incluso comprobando que sea verdad, no sepa a ciencia cierta quién está involucrado en esas muertes —respondió Cata.

—Tienes razón. Necesitamos averiguar si eso está ocurriendo a nivel nacional y, si todo se confirma, ver la forma de pararlo —sugirió Vega —. Mis sospechas sobre este gobierno están creciendo a cada segundo que pasa.

—¿Escuchasteis hace unos días la noticia de la muerte repentina del ministro de Asuntos Sociales? —continuó Cata.

—Sí, dijeron que fue un infarto, ¿no? —comentó Raquel.

—No quisiera echar más leña al fuego, pero, después de lo que ha contado Victoria sobre lo de las residencias y lo de Ignacio, estoy empezando a sospechar —señaló Cata.

—¿Qué quieres decir? —dijo Victoria con los ojos como platos.

La periodista miró a Roberto. Este asintió con la cabeza.

—Cuando os he contado lo de Ignacio Lacalle, el periodista que encontraron calcinado dentro de su coche junto a su mujer y su hija —comenzó a explicar Cata—, he omitido que hablé con Roberto para despejar mis sospechas.

—¿Estás diciendo que tenéis pruebas de que no fue un accidente? —intervino Vega.

—En realidad, no. Pero recorría ese camino todos los fines de semana con su familia. Desde hacía años. No había señales de frenada en el suelo ni restos de neumáticos. El problema es que tanto el coche como los cuerpos estaban quemados, por lo que es imposible verificar lo que sospecho.

—Tengo el vello de punta. ¿Y lo del ministro de Asuntos Sociales? —dijo Vega.

—Desde luego, puede haber sido un infarto, pero era demasiado joven, tenía cuarenta y cinco años. Lo que acabamos de descubrir sobre las residencias caía dentro de su responsabilidad. No sería descabellado pensar que se hubiera opuesto a semejante barbaridad y lo hubiesen quitado de en medio. Ya sospecho de todo.

—Madre mía, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Victoria.

—En principio, voy a hablar con la compañera que trabaja en Madrid para pedirle que extraiga información de las residencias —respondió Cata—. Necesitamos tener esos datos si queremos sacar el tema a la luz.

—El lunes hay un evento que tengo que fotografiar —anunció Vega —. Voy a llevarme a Sergio para que toque a César Barral.

—¿Para que lo toque? —preguntó Victoria, confusa.

—Sergio sabe cosas de la gente con solo tocarla —explicó Vega—. Luego te lo cuento.

Victoria acusó el impacto de lo que acababa de revelar su amiga, pero prefirió no decir nada.

—Lo que vea Sergio nos puede revelar mucho. De todas formas, dejadme pensar —señaló Cata—. Cuando tengamos la certeza de más cosas, quizás debamos ponernos en contacto con algún líder de la oposición. La confirmación de todas las sospechas requeriría una acción política organizada además de una denuncia.

—Pues ya nos dices qué hemos de hacer. Nosotros estamos dispuestos a lo que sea —afirmó Roberto.

—Desde luego, contad conmigo —dijo Miriam, a la que había vuelto un poco el color.

Sergio no pudo evitar sonreír ante el ofrecimiento rotundo de la chica.

—¿Os apetece tomar algo? —propuso Francesca—. Tenemos vino blanco y tinto, cerveza con y sin alcohol...

—Te lo agradezco, pero Miriam y yo hemos quedado con Montse

para cenar en casa. Aunque sí ella quiere quedarse un rato...

—Me encantaría que nos quedáramos a tomar algo —anunció Miriam, mirando a Sergio—, pero llegaríamos tarde a la cena, que me conozco.

—Yo también me voy —anunció Sergio.

—Como queráis, sabéis que siempre seréis bienvenidos en esta casa —afirmó Francesca—. Aquí nació nuestra amistad.

El joven desgarbado se levantó para despedirse de ella y le dio un espontáneo abrazo. De inmediato, le llegó el cariño que le profesaba y el estado de armonía en que se encontraba su vida junto a Cata. Cuando se apartó de su amiga, se miraron a los ojos. No hacía falta decir nada.

Tras la marcha de Sergio, Roberto y Miriam, Francesca se dirigió a Cata y a las tres mujeres que habían decidido quedarse.

—¿Qué os apetece tomar?

Victoria y Vega se decidieron por una cerveza. Raquel se decantó por la botella de vino tinto que Cata sugirió. La pareja se internó en la cocina para prepararlo todo.

Dos horas después, los platos sucios y las botellas vacías se acumulaban en la cocina y Francesca propuso que se sentaran las cinco en los sofás para charlar más cómodas. Raquel había llamado a Luis para decir que llegaría tarde. Victoria había hecho lo mismo con su familia. Ninguna quería interrumpir el momento mágico que estaba desarrollándose ante ellas. Aquello iba mucho más allá de la llamada sororidad. Lo que las unía esa noche era una energía misteriosa de la que nadie conocía la fuente, hasta el punto de que el aire se llenó de confidencias que no había voluntad de parar.

—No puedo callarme esto —dijo Raquel, producto de la emoción reinante y cierto achispamiento—. Vega, he soñado contigo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Cata, que tenía a Francesca acurrucada contra ella en uno de los sofás.

—No me irás a decir... —comenzó a decir Vega, emitiendo una risita floja.

—¡No! —rio Raquel, poniendo sus manos ante ella a modo de barrera—. No dudo de tus encantos, pero soy absolutamente heterosexual.

—Lo siento, pero para escuchar esto tengo que ponerme otra copa —declaró Francesca, levantándose al borde de la risa para servirse de una botella de vino recién abierta.

—¿Qué pasa? —preguntó Vega, algo desconcertada.

—Pasa que lo que nuestra amiga Raquel sueña se cumple sí o sí —afirmó Cata, dando un sorbo a su copa todavía llena.

—¿Cómo?

La cara de Vega era de auténtica confusión.

—Que tengo sueños premonitorios, Vega —reveló Raquel—. Pero no te preocupes. Por fortuna, este sueño es muy positivo.

—¡Tienes suerte! —soltó Francesca, divertida, volviendo a acurrucarse contra el cuerpo de su pareja.

—Bueno, cuéntamelo —pidió Vega, intrigada.

—Vas a encontrar a tu alma gemela.

—¡Guau! —exclamó Cata.

—¡Eso es una noticia increíble! —señaló Victoria—. La verdad es que me has dejado con la boca abierta, Raquel. Esta noche voy de sorpresa en sorpresa.

—Quiero saber todos los detalles —intervino Francesca, echándose hacia adelante en muestra de interés.

—Vale, suéltalo —pidió Vega—. Aunque ya te advierto de que soy muy escéptica. Y, sobre todo, si se trata de esa cosa que llaman amor.

—En realidad no es que vayas a conocer a tu alma gemela —dijo Raquel—. De hecho, ya la conoces.

—¡Toma! —exclamó Francesca, sin poder aguantar la risa.

Vega soltó también una carcajada y bebió de su cerveza.

—¿Te suena una mujer de melena pajiza y ojos color pardo que sale mucho junto a César Barral en la tele?

Las miradas de Cata y Vega se cruzaron. Todo el mundo dejó de reírse.

—¿Estás hablando de Marina Salvatierra? —preguntó Cata sin poder creérselo.

—La misma —confirmó Raquel.

—¿Qué nivel de fiabilidad tienen esos sueños tuyos? —preguntó, divertida, Vega.

—Cien por cien de aciertos —respondió Francesca, sin dudar.

—Pues siento decir que nada me haría más feliz, pero creo que esta vez te equivocas. Marina es heterosexual.

Raquel sonrió con picardía.

—Cariño, la heterosexualidad pura no existe.

—Pues tú acabas de afirmar que eres «absolutamente heterosexual» —replicó Vega con retintín.

—Bueno, eso es cierto, pero nunca se sabe... —rio.

—En serio, Raquel —dijo Cata—. ¿Estás diciendo que Marina y Vega están predestinadas a estar juntas?

—¡Ya lo creo! No tenéis ni idea de las cosas que he visto —dijo con expresión traviesa.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo —señaló la periodista, riéndose—. Conozco a Marina desde hace muchos años y estoy segura de que ella se va a sorprender mucho más que tú. ¿Qué sientes al respecto, Vega?

La fotógrafa centró su mirada en la botella de cerveza que sostenía

en la mano. No sabía qué responder.

—Ya veo, te tiene loca. No me extraña, Marina es una bomba que se teme y se ama por igual.

—¡Oye! —exclamó Francesca, simulando indignación.

—Cariño, nunca sentí la más mínima atracción romántica hacia ella y lo sabes —se defendió Cata, divertida—. Es como mi hermana pequeña —manifestó.

De repente, la periodista vio algo en la mente de Vega que la conmocionó. Vislumbró una imagen terrible, la escena de una violación en grupo. *No puede ser cierto...*

Una intervención oportuna hizo que no pudiera profundizar en esa imagen espantosa.

—Al menos sabes que vas a tenerla pronto a tu lado —se le escapó a Victoria, con la melancolía pintada en el rostro.

Todas se volvieron hacia la que acababa de hablar.

—¿Nos vas a contar ese secreto que tienes tan bien guardado? —inquirió Vega, deseosa de que la atención se desviara de su persona.

Victoria se dio cuenta de lo que había dicho y preguntó a Francesca si tenía vodka. La médica se levantó de inmediato y regresó con un pequeño vaso y una botella de líquido transparente.

—Me aseguraron que era muy bueno —manifestó, llenando el vasito para colocarlo ante la fotógrafa.

Victoria lo agarró y se lo llevó a la boca, apurándolo de golpe.

—¡Hala! —exclamó Raquel.

—Confío en que puedas llevarme luego a casa —señaló Victoria.

—Claro que sí, ahora mismo dejo de beber.

—Voy a sacar algo de comer y bebidas sin alcohol —dijo Francesca —. No quiero que os metan en la cárcel.

—Me parece perfecto. Estaría bien poder llegar a casa con la moto y sin matar a nadie —rio Vega—. ¿Por dónde íbamos?

Cata observó un instante a Victoria y entrecerró los ojos en un gesto de absoluta concentración.

—¿Me vas a decir por qué estoy viendo escenas de Valencia de hace casi un siglo?

—¡¿Cómo?! —exclamó Victoria, con el vello erizado.

—Ya que estamos en plan confidencias, he de decirte que nuestra amiga Cata es una telépata de primera. Y me parece que acaba de ver algo en tu mente —reveló Raquel.

—Pues siguiendo con los secretitos, yo quería deciros que soy absolutamente anodina porque no sé hacer nada fuera de lo común —intervino Francesca, ligeramente ebria, mientras llegaba cargada con cosas de la cocina.

—Bueno, yo sobre eso discrepo —afirmó Cata, con una mirada que no dejaba margen de dudas.

Todas se unieron a las risas. Victoria las miró sin saber cómo continuar.

—¿Nos lo vas a contar? —insistió Vega.

Victoria cerró los ojos y se lanzó al vacío.

—Estoy absolutamente enamorada de una mujer con la que no puedo estar.

—¿Por qué? ¿Es heterosexual? ¿Tiene pareja? —aventuró Vega.

—No. De hecho, ella también me quiere.

—¿Cuál es el problema, entonces? —preguntó Francesca.

Victoria respiró hondo y lo soltó de golpe.

—El problema es que la conocí en mayo de 1937. Ella se quedó allí y yo regresé.

Un silencio elocuente se adueñó del salón durante unos instantes.

—Espera un momento —saltó Cata—. ¿Y nosotras somos las raras? ¿Es real lo que cuentas?

—¿Qué ha querido decir? No lo entiendo —inquirió Raquel.

—Si no me equivoco, está hablando de un viaje en el tiempo —aclaró Cata—. ¿Es eso posible?

Victoria llenó su vaso de vodka una vez más, lo volvió a vaciar de un trago y respondió.

—Sí, es posible.

—Nos estás tomando el pelo —señaló Vega.

—Lo increíble es que no lo está haciendo —dijo Cata muy seria.

—Por favor, cuéntanos eso —pidió Francesca.

Victoria la miró un segundo y comenzó a hablar.

—Por circunstancias que ahora no voy a contar porque se haría muy largo, llegó a mi mano una cámara fotográfica, una Leica antigua, que tenía la virtualidad de transportarme directamente hasta el 15 de mayo de 1937.

—¡Pero eso es increíble! —exclamó Vega.

—Lo es. La primera vez que me ocurrió casi me muero del susto.

—¿La primera vez? —intervino Raquel—. ¿Es que ha habido más?

—Sí, ha habido muchas más.

—Pero... ¿cómo? —preguntó Francesca.

—Bueno, es complicado. El caso es que, en ese primer viaje, conocí a la mujer de mi vida. Se llama Daniela. Viví con ella una historia maravillosa durante diecisiete días. Y también descubrí que era imposible traerla conmigo a la época actual, así que he estado repitiendo el recorrido para poder verla. Y no es nada fácil, os lo aseguro. Tengo que compaginar mi vida de aquí con la de allí.

—¿Dices que has ido varias veces? ¿Puedes ir a verla a su época y luego regresar? ¡Eso es fantástico! —dijo Cata.

—No es tan sencillo. Cuando estoy aquí, en la época actual, recuerdo perfectamente nuestra historia. De hecho, soy incapaz de

olvidarla. La cruel realidad es que puedo regresar a su lado cuando quiera, pero, en el momento en que cruzo la barrera temporal a esa época, ni ella ni yo recordamos habernos visto nunca. Tengo que partir desde cero. No soy consciente de dónde estoy ni de cómo he llegado hasta allí.

—Pero... ¿entonces? —preguntó Raquel, boquiabierta—. ¿Cómo lo haces?

—En cada viaje llevo conmigo una pequeña libreta que lo explica todo. Entonces vuelvo a recorrer los mismos pasos para intentar vivir lo mismo, para volver a enamorarla. Es lo único que me queda.

—Es una historia maravillosa y terrible, Victoria —dijo Cata—. Sé cómo te sientes, lo veo dentro de ti. Pero ¿por qué no intentas renunciar a ella, encontrar a alguien en la época actual?

—¿Crees que no lo he pensado? Mil veces me lo he propuesto, pero no puedo. La quiero, es la mujer de mi vida. En alguno de esos viajes he fracasado y no he podido volver a enamorarla, pero eso no me ha hecho cambiar de opinión. He llegado a un punto en que me conformo con verla, aunque no pueda tocarla, aunque no logre que me corresponda.

—¿Y quedarte allí? —preguntó Francesca.

Victoria se volvió hacia la mujer de melena rojiza y dejó que esta leyera el dolor reflejado en su rostro. Sus ojeras parecieron pronunciarse.

—No puedo. Aquí tengo a mi hija y a mi madre y, viendo cómo está la situación del país, ni me planteo ahora mismo volver al pasado. Además, el destino no me dejaría quedarme. Lo que he aprendido en esos viajes es que el futuro no se puede cambiar. Y, creedme, lo he intentado. Entre otras cosas, si pudiese quedarme allí, dejaría de existir aquí y no nacería Claudia.

El silencio unánime fue revelador. La generosidad por haber compartido esa historia tan dolorosa las había alcanzado a todas. Tan solo Vega se atrevió a preguntar en voz alta alguna de las cosas que las demás estaban pensando.

—Perdona que te acribille a preguntas, pero dices que utilizas una Leica antigua para cruzar. ¿Cómo sucede? ¿Cómo es vivir en esa época?

—¿A quién has conocido, aparte de Daniela? —preguntó Cata, sin dejarla responder— ¡En el 37 Valencia bullía de actividad!

—¿Qué has intentado cambiar del futuro y no has podido? —inquirió Raquel.

—¿Daniela sabe que eres de esta época? —dijo Francesca.

Miles de preguntas brotaban al mismo tiempo de los labios de las cuatro amigas. Victoria sonrió comprensiva y, envuelta en la nostalgia y en el vodka, comenzó a narrar su experiencia en una noche que se

volvió eterna.

Todo el mundo quiere ser apreciado, así que, si aprecias a alguien, no con eso en un secreto.

MARY

Confidencias

Roberto detuvo el coche delante del edificio en el que vivía Sergio. Este dio las gracias a su amigo y descendió del vehículo. De repente, de forma impulsiva, abrió la puerta de Miriam, la cual ocupaba el asiento del copiloto.

—¿Te apetecería cenar conmigo?

—Me encantaría.

Roberto asistió a la escena con cara de asombro.

—Mamá no se enfadará, ¿verdad? —preguntó volviéndose hacia su padre.

—Claro que no, hija. Pasadlo bien —respondió, con la sorpresa todavía prendida en su sonrisa.

Miriam siguió a Sergio hasta el portal y, una vez allí, se dio la vuelta para despedirse de su padre con la mano. Este le lanzó una mirada de cariño y arrancó el motor, alejándose.

—Ya que me he arriesgado a quedarme, espero que sepas cocinar —le soltó ella con su sempiterna sonrisa, mientras subían en el ascensor.

—He aprendido no hace mucho —respondió él con cierta timidez —. Intentaré no envenenarte.

—Confío en ello.

—Se agradece —dijo él, sonriendo, mientras abría la puerta del piso.

Dentro reinaba un calor acogedor. Pipa salió a saludar moviendo enloquecida el rabo.

—¡Hola! —exclamó Miriam, agachándose para acariciar su pequeña cabeza—. ¿Y tú quién eres?

—Te presento a Pipa. Tendrá hambre, voy a ponerle la comida.

Tras las muestras de alegría, la perra siguió a su amo y se lanzó al comedero en cuanto Sergio le puso su ración. Miriam le propuso ayudarle a hacer la cena y él accedió. Lejos de sentirse incómodo, le resultó chocante lo fácil que resultaba todo con ella, lo rápidamente que se habían coordinado los dos en la cocina, como si hubiesen estado haciéndolo durante años.

Después de conversaciones más o menos intrascendentes durante la cena, con los platos ya retirados y tras la tercera copa de vino,

Miriam se decidió a preguntar por la chica de la fotografía que había sobre un mueble junto a la televisión.

—¿Es Rocío?

Sergio bebió de su bebida isotónica y carraspeó.

—Sí.

—Mi padre me contó todo lo que pasó.

Él asintió con tristeza y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Lo siento —dijo ella al ver su expresión.

Sergio cambió rápidamente de tema.

—Desde que te toqué esta tarde tengo ganas de preguntártelo. ¿Cuándo lo viste por primera vez?

Miriam sonrió ante la pregunta directa.

—¿Al monje?

—¿Lo llamas así?

—Va ataviado con un hábito oscuro y capucha, no se me ocurre un nombre mejor.

—¿Quién es? ¿Qué te dice? Si es que te apetece hablar de esto...

—Contigo, sí —sonrió—. No sé quién es. Mantiene la cabeza baja y el rostro oculto, pero me habla, me transmite imágenes.

Miriam guardó silencio unos segundos, valorando si debía contarlo todo.

—Tiene una voz indefinida, ni de hombre ni de mujer. Me produce sensaciones entre maravillosas e inquietantes —continuó.

—¿Te da miedo?

—Al principio, sí. Ahora sé que solo está ahí para ayudarme, para darme información. Te reirás, pero lo considero una especie de ser protector.

—¿Qué te cuenta?

—Las primeras veces no entendía nada. Me resistía a escucharle por el miedo que me daba. Luego empecé a comprender sus mensajes. En resumen, me dice que hay cosas importantes en las que tengo que intervenir, pero que me las irá comunicando a su debido tiempo.

Miriam hizo una pausa y miró a Sergio a los ojos.

—El otro día me reveló una cosa terrible. Hoy no he querido comentar nada, aunque tenía que ver con lo que han contado Victoria y Cata. Mi abuela murió de una embolia en una residencia hace poco menos de un año. El monje me mostró cómo un hombre con bata la mataba inyectándole aire en la vena con una jeringuilla. Como comprenderás, no he sido capaz de decírselo a nadie y mucho menos a mi padre. Ni siquiera sé si es cierto. Además, decirlo no serviría de nada. De hecho, hasta hoy nunca había hablado de mis visiones. Nunca he comentado esto con mis padres por no preocuparlos —sonrió con tristeza—. Por suerte, ahora puedo hablarlo contigo y me alegro. No te has asustado, incluso me parece que el tema te atrae.

—La verdad es que sí. Ya nada me parece extraño después de las cosas que me vienen pasando desde niño y, sobre todo, después de todo lo que he visto y he vivido. Esta clase de experiencias son para mí distintas y me resultan muy interesantes. No me siento tan bicho raro —dijo sonriendo.

—Lo comprendo.

—Siento lo de tu abuela. Ojalá podamos sacarlo a la luz y hacer justicia. Gracias por confiar en mí.

Ella dio un pequeño sorbo a su copa y comenzó a hablar.

—Me has preguntado cuándo empezó. La primera vez que lo experimenté, tras salir del coma, me asusté mucho. Pensaba que me había vuelto loca. Estaba viendo tan tranquila una película con Álvaro, mi exnovio, cuando noté un extraño zumbido en los oídos y, en ese momento, el monje se metió en mi cerebro. Fue muy raro, como si de repente me introdujera de nuevo en una escena que hubiera estado soñando la noche anterior. Me dio tanto miedo que no conseguí entender lo que me decía. Tan solo me quedé callada, con la vista fija en la pantalla de la tele sin enterarme de nada.

—¿Él se dio cuenta?

—¿Álvaro? Sí. Notó que estaba ausente. Me hablaba, pero yo era incapaz de contestarle. Él también se asustó. Y se seguía asustando cada una de las veces que aquello me ocurría. De hecho, fue uno de los motivos por los que nos fuimos alejando, hasta que finalmente se produjo la ruptura. No le hice caso cuando me pedía una y otra vez que fuese al médico para averiguar la causa de mis ausencias. Y tampoco me sentía capaz de contarle lo que me pasaba. No lo hubiese entendido. Era muy racional, muy escéptico ante estas cosas. Pero la principal razón, si quieres que te diga la verdad, fue que el monje me hizo ver que mi destino no estaba junto a él. Me dijo que no alargara la situación, que acabaríamos haciéndonos daño.

—Lo siento —dijo, mirándola con ternura—. ¿Cuándo empezaste a escucharle de verdad?

—En la tercera o cuarta ocasión en que se puso en contacto conmigo. Hice un esfuerzo para superar mi miedo y en ese momento pasó algo que me tranquilizó completamente: comprendí que ya le había visto antes. Supe que fue él quien me dijo que debía despertar del coma, quien me devolvió a la luz.

—¡Increíble!

—Háblame de lo tuyo. ¿Cuándo comenzó a ocurrirte?

—No me acuerdo de la primera vez. Imagino que nací con ello. Lo que sí recuerdo es el día en que fui consciente de que no debía decírselo a nadie —respondió con tristeza.

Sergio hizo una pausa y le preguntó si le apetecía un café.

—No, gracias. Quiero seguir escuchándote —respondió, mirándolo

a los ojos de tal manera que se estremeció.

—Está bien —dijo en voz baja, como si le costara sacar esa historia a la luz—. Era muy pequeño. Un día, durante uno de los abrazos que solía dar a mi abuela, supe que ella iba a morir. No me preguntes por qué. Imagino que capté su propia intuición de lo que iba a suceder. Se lo dije a mi madre y, como imaginarás, no solo no me creyó, sino que me riñó por decir aquello. El caso es que mi abuela murió al día siguiente. Esa mañana, no solo perdí a mi abuela, también perdí a mi madre, aunque de una manera distinta. Creo que me cogió miedo y eso hizo que se alejara de mí. De hecho, ya no volvió a mirarme igual, ni a abrazarme, ni a regalarme muestras de cariño desde entonces. Pienso que, de alguna forma, me echó la culpa de que su madre se hubiese ido.

Cediendo a un impulso, Miriam le cogió la mano.

—¿Nunca le has explicado cómo te sientes? —preguntó, sin poder evitar que sus ojos se humedecieran.

Sergio la miró y supo, más a través de su piel que de su expresión, que a ella le importaba. Fue él, entonces, quien tuvo que luchar contra las lágrimas que afloraban. Miriam le soltó para agarrarle la cara. El cerró los ojos, sabedor de lo que ella tenía en mente. El beso le golpeó en el pecho, aflojó sus rodillas y alimentó el pánico. Se apartó casi con brusquedad.

—¿Qué pasa? ¿Todavía estás enamorado de Rocío? —preguntó con suavidad.

—No es eso... —respondió, desviando la mirada.

—Sergio, mírame.

Él lo hizo.

—No pasa nada, pensé que te gustaba. A mí me gustas mucho.

—Y tú a mí —dijo, ruborizado.

—¿Entonces?

—Yo nunca...

—¡¿Cómo?!

Escrutó su rostro y entonces lo supo. A pesar de su edad, él nunca había estado con una mujer. Ni siquiera con Rocío. Nunca se permitió un contacto tan íntimo; un acercamiento que revelara demasiado. Miedo a saber, miedo al rechazo. Comprendió lo difícil que tenía que haber sido su vida. De forma inesperada, le afloró en el pecho un sentimiento potente, una mezcla de tristeza, empatía y deseo. *¿Se puede querer a una persona tan pronto?* La sola idea le turbó, pero el impulso fue más fuerte. Levantándose, volvió a asirle de la mano y tiró de él.

—Llévame a tu dormitorio —dijo con determinación.

Él tragó saliva y se puso en pie con dificultad. Le temblaban las piernas. Sin embargo, sabía que no podía retroceder, así que la

condujo por el pasillo hasta la habitación.

En mitad de su cuarto y a pesar de su estatura, Sergio se sintió indefenso, minúsculo, delante de aquella mujer que lo contemplaba como si lo conociera desde siempre.

—Miriam, yo no sé...

—Déjate llevar. Yo te guiaré —le susurró al oído.

Con el corazón latiendo sin freno, dejó que ella desplegara toda su delicadeza, toda su comprensión, todo su fuego. Tocándole más el alma que el cuerpo, demostró conocer en cada momento lo que él necesitaba, lo que él temía, lo que le hacía feliz, como si fuera ella la que estuviese dentro de su mente, dentro de su piel. En mitad del éxtasis, Sergio tuvo la imagen clara del monje siendo testigo reverencial de aquel encuentro. Supo que ese era el plan que alguien había concebido para Miriam; Sergio era el destino que le estaba aguardando. Fue consciente de esa realidad al mismo tiempo que ella y, cuando la primera explosión dio paso a una tregua, la ternura, el reconocimiento, la sorpresa y el germinar de un sentimiento imparable los dejó sin palabras. No fue necesario decir nada. Su conexión rompía los límites de cualquier parámetro terrenal y ambos supieron que sus vidas acababan de dar un vuelco definitivo.

No hay mayor perfección en el mal que parecer ser bueno no siéndolo.

La confirmación

Aquel lunes tenía el mismo aspecto que cualquier otro, augurando un comienzo de semana trivial. No obstante, la vida de algunas personas había cambiado sustancialmente. Vega se enfrentaba a las doce del mediodía a un trabajo que iba a reportarle buenos ingresos, aunque todos los indicios conducían a pensar que ese dinero procedía de un degenerado sin alma. Pronto despejaría todas las dudas. A pesar de esa incógnita que debía desvelar, lo que realmente le preocupaba era el hecho de que iba a ver de nuevo a Marina. Necesitaba borrar las palabras de Raquel de su cabeza y convencerse de que aquella predicción había sido una tontería producto de los vapores etílicos; la consecuencia de un encuentro exaltado entre amigas. Pero lo cierto era que lo compartido durante aquella reunión las había marcado a todas, dejando grabados en sus mentes momentos que tardarían en olvidar, si es que alguna vez lo hacían.

Sergio esperó junto a su portal a que la fotógrafa pasara a recogerlo. Lo sucedido durante el fin de semana le había generado un maremágnum de sentimientos. Aunque fuera absurdo, no podía evitar que su mente le gritara que, de algún modo, había traicionado el recuerdo de Rocío. Con todo, después del encuentro con Miriam, decidió apartar sus miedos y se sintió renacido de una forma que nunca hubiera sospechado. El corazón le latía en el pecho con fuerza y un dolor impreciso se había instalado en su estómago; un dolor dulce cuya causa se solía imputar a mariposas revoloteantes.

Como le había pedido Vega por WhatsApp, se había abrigado bien, pues iba a ir a por él con la moto. Ella llegó a la hora convenida con su Harley, lo saludó subiéndose la visera y le pasó otro casco. Con Sergio asido a su espalda, serpenteó entre el tráfico de la ciudad hasta llegar al lugar donde se iba a producir la inauguración objeto del reportaje, en uno de los barrios periféricos. En cuanto llegaron, pudieron comprobar que la afluencia de gente era la esperada, aunque todavía faltaban unos minutos para que comenzara el acto oficial. Medios de prensa y personalidades se arremolinaban ya a la entrada del edificio. César Barral aún no había llegado, aunque Vega sí pudo vislumbrar al President de la Generalitat rodeado por su escolta y otras autoridades valencianas. Aparcó la moto y comenzó a sacar material del portaequipaje.

—Toma, lleva tú esto —dijo, pasándole la mochila que había llevado pegada a su pecho durante el recorrido—. Se supone que eres mi ayudante. Cuando llegue el presidente y baje del coche oficial, no te separes de mí. Me acercaré para hacerle fotografías y, en el momento adecuado, le saludaré dándole la mano. Entonces aprovecharé para presentártelo.

La comitiva presidencial no tardó en aparecer. Los tres vehículos se detuvieron ante la puerta principal del nuevo hospital de enfermos crónicos. Del segundo de ellos descendió el presidente. Con su acreditación bien visible y siendo consciente en todo momento de que Sergio estaba pegado a ella, Vega se aproximó lo necesario para realizar primeros planos muy efectistas. En ese instante, por la puerta contraria del coche oficial salió Marina. La fotógrafa procuró no mirar hacia allí, centrándose en los movimientos de César Barral. Este fue directo hacia el President de la Generalitat y las autoridades que le acompañaban y Vega aprovechó para lanzar una ráfaga hacia el grupo. Sergio se dio cuenta de que Marina se había colocado al otro lado de la fotógrafa y permanecía cerca de ella. La periodista lo miró un segundo con escaso interés y luego volvió a centrar su atención en el núcleo de dirigentes.

Durante el tiempo que había estado agarrado a Vega mientras esta conducía la moto, Sergio había podido entrar en conexión con la mayor preocupación de la fotógrafa; una preocupación que tenía mucho que ver con un vaticinio lanzado por Raquel. Sonrió para sus adentros. *No hacen mala pareja*.

Dirigentes y periodistas comenzaron a entrar en el edificio. Vega y Sergio no se separaron ni un minuto del grupo principal. Él, cumpliendo a rajatabla su papel, sacaba de la mochila lo que ella le iba pidiendo para realizar su trabajo. Tras el largo recorrido por varias instalaciones del centro, el grupo de autoridades se despidió finalmente en el *hall*, siendo objeto de múltiples instantáneas por parte de los distintos fotógrafos de prensa. El acto se daba por finalizado y la gente comenzaba a dispersarse. Vega pensó que aquella era la ocasión perfecta. No se le podía escapar. Cuando el presidente se despidió de la última autoridad y estaba a punto de subir de nuevo al coche oficial, Vega aprovechó para acercarse a él. Uno de sus guardaespaldas le cerró el paso, pero César Barral le hizo un gesto y aquel se apartó para que pudiera saludarlo.

—Seguro que has hecho buenas fotos —dijo, estrechándole la mano.

—Eso espero —respondió ella, obligándose a sonreír—. Presidente, este es mi ayudante, Sergio.

Algo sorprendido por la presentación, extendió la mano hacia él. En ese instante, Vega contempló la escena como si se tratase de una toma

cinematográfica a cámara lenta: la mirada rápida, indescifrable, que le dirigió Marina antes de entrar en el asiento de atrás del vehículo, la mano del presidente acercándose, Sergio agarrándola, reteniéndola unas décimas de segundo, César Barral metiéndose en el coche junto a la periodista, ignorante del escaneo del que acababa de ser objeto; el guardaespaldas cerrando la puerta y la comitiva oficial alejándose.

Cuando se quedaron a solas, la fotógrafa se volvió hacia Sergio y le escrutó el rostro. El hombre estaba gris y mostraba una falta de expresividad muy poco habitual en él. De repente, algo cambió en su cara, formándose un rictus de angustia en la comisura de los labios. Acto seguido, Vega presenció cómo se agarraba el estómago con ambas manos y vomitaba en plena calle.

Solo los tontos creen que el silencio es un vacío. No está vacío nunca.
EDUARDO GALEANO

El silencio

CÉSAR BARRAL
SE VANAGLORIA DE HABER CONSTRUIDO
CENTENARES DE RESIDENCIAS DE ANCIANOS
Y DEPENDIENTES.
LO QUE NUNCA DIRÁ
ES QUE NADIE SIGUE VIVO ALLÍ DENTRO
POR MUCHO TIEMPO.
ESTÁ REALIZANDO UNA
LIMPIEZA PROGRAMADA,
ASESINANDO A NUESTROS SERES QUERIDOS,
UNO A UNO Y EN SILENCIO.

INSURRECTAS

La pancarta había sido colgada horas antes de que amaneciese. Todavía faltaba mucho para que la ciudad cobrara vida. La mujer, con el pasamontañas cubriendo su cara y la capucha echada hasta las cejas, permaneció unos segundos admirando el trabajo que acababa de realizar. Como una gran lengua sangrante, desde lo alto de la terraza del edificio anexo al Ateneo Mercantil —en plena plaza del Ayuntamiento— la inmensa tela roja con letras negras escupía su cruenta acusación. Seguidamente, sin prisas, la encapuchada le dio la espalda y comenzó a alejarse, desapareciendo por una de las calles adyacentes.

Tres horas después, los informativos propagaban las imágenes de la inauguración del hospital el día anterior, pero el mayor protagonismo lo obtuvo la manifestación masiva que se celebró por la tarde, clamando contra la inflación y el gobierno; una manifestación en la que se anunciaron nuevas acciones y huelgas. Los informativos también se centraron en la enorme pancarta y su polémico contenido. Cientos de periodistas se preguntaban por la veracidad de lo denunciado y lanzaban conjeturas sobre quienes podrían ser los artífices del mensaje. El nombre de grupos radicales del pasado salió a la palestra, aunque ninguno de ellos hubiese reivindicado la acción.

Quien no tenía ninguna duda acerca de la realidad que reflejaba la denuncia de la enorme tela roja era Cata, sobre todo después de haber hablado con la amiga periodista que trabajaba en Madrid. En cuanto le contó lo que sucedía y le propuso el estudio sobre el índice de

mortalidad en las residencias, aquella no la dejó terminar. Ese estudio estaba en marcha desde hacía tiempo. Las mismas sospechas habían nacido en la Comunidad de Madrid de la mano de un compañero de la propia periodista. Lo que su amiga le reveló le había confirmado que la atrocidad que sospechaba estaba llevándose a cabo también allí. Se hallaba en plena tarea de recopilación de datos y entrevistando a personas de otras comunidades autónomas para averiguar si sucedía algo similar, aunque ya podía afirmar que al menos cinco residencias en Madrid mostraban frecuencias y características de los fallecimientos análogos a las de Valencia. Pero lo mejor de todo era que tenía copias de muchos registros.

Lo que más inquietó a Cata fue que su compañera le confirmara que había intentado ponerse en contacto con las primeras dos denunciantes de Madrid, pero que ambas habían desaparecido misteriosamente. Lamentó que Ignacio no le hubiera dado el teléfono de la segunda de ellas antes de morir. Esperaba que la razón de su desaparición fuese que había huido y se encontraba en lugar seguro. No quería pensar que también había sido «silenciada».

Cata se puso en contacto con Victoria de inmediato para contarle lo que había averiguado y confirmarle que iba a hablar de manera inminente con una diputada que era la cabeza de lista del principal partido opositor a Movimiento Evolución.

***

César Barral había convocado esa tarde del martes 10 de diciembre una reunión de urgencia del pleno del Consejo. El Presidente de la República, el Jefe del Gobierno y sus ministros estaban congregados en la antigua Sala del Consell del edificio gótico, ahora designada Sala del Consejo de la República. En cuanto estuvieron todos, el presidente reclamó la atención.

—Os he reunido porque no podemos dejar que esto vaya a más. Creo que es el momento de poner en práctica uno de los planes más arriesgados de los que figuran en nuestro calendario. Todos sabíamos que algún día iba a ocurrir y ese día es hoy. Está empezando a haber mucho ruido y no tardarán en explotar las redes sociales. Ministro de Asuntos Interiores, confío en su eficiencia —dijo, cediendo la palabra al hombre que tenía sentado a su izquierda.

—Presidente, en cuanto usted lo ordene se implementará la *Operación Silencio*. Nuestros equipos están preparados desde hace tiempo para ejecutar esa orden.

—¿Ministro de Asuntos Exteriores?

—La pantalla frente al extranjero será activada inmediatamente. Nuestros contactos están preparados para pasar la información acordada a los medios más relevantes de todos los países y a los

representantes de los organismos internacionales. El mundo entero recibirá la noticia de un atentado terrorista informático que afecta a todo el territorio español. No dejaremos entrar ni salir a nadie. Las fronteras y el espacio aéreo se cerrarán hasta nueva orden. Solo se permitirá cruzar las fronteras a los transportes de mercancías.

—Los corresponsales de los medios extranjeros serán informados puntualmente de que, por el momento, estarán aislados. No van a poder contactar con sus agencias ni salir del país durante el tiempo acordado —señaló otro miembro del Consejo.

—Las distintas fuerzas de seguridad del Estado y el Ejército están de nuestro lado. Se les darán las órdenes oportunas para contener las posibles revueltas —afirmó el responsable de Asuntos Interiores.

—Habrá que tranquilizar a las empresas multinacionales y, sobre todo, a las financieras —apuntó una ministra.

—Tengo preparado el discurso para una entrevista en televisión desde hace tiempo —anunció César Barral—. ¿Podrá iniciarse todo mañana por la mañana, a partir de las 9 horas? ¿Tenemos la seguridad de una coordinación perfecta?

—Absolutamente.

—Sin ningún problema —confirmó el otro ministro.

—Pues adelante. Como estaba previsto dentro de la operación, nuestros cauces de contacto van a cambiar a partir de este momento.

El presidente hizo una señal al ministro de Asuntos Interiores y este desapareció de la sala para regresar al cabo de un momento con un maletín que entregó al presidente. Este lo abrió y extrajo una serie de teléfonos móviles de última generación que fue distribuyendo entre los presentes.

—En ellos tenéis grabado mi número y el de cada uno de vosotros —señaló el dirigente—. Actúan como radioteléfonos. No podréis comunicar con nadie más. Él os explicará de forma exhaustiva el plan. Ministro, proceda.

***

Marina Salvatierra estaba leyendo en su ordenador portátil la noticia sobre la segunda pancarta aparecida en otra de las fachadas de la ciudad cuando, de repente, saltó un mensaje de error en la página. De inmediato la reinició, pero volvió a ver idéntico aviso. Quería acabar de leer la información, así que tecleó el enlace de otro diario en el buscador. La pantalla le mostró el mismo cuadro de error. Durante dos minutos intentó abrir las páginas de varios periódicos nacionales, pero no funcionaba ninguna. Echó mano de su teléfono y constató, con consternación, que no había wifi ni datos móviles. Amparada en su experiencia, apagó el aparato y volvió a encenderlo, obteniendo el mismo resultado. Había desaparecido toda conexión de su teléfono

con internet, como si la compañía le hubiese dado de baja. Aquello era muy raro. Marcó el número de Cata y tampoco logró conectar. Ni con ella ni con nadie. No había ninguna cobertura. No era una mujer que se diera fácilmente por vencida, así que decidió buscar en su ordenador alguna página de internet que funcionara. Era posible que la red se hubiese caído momentáneamente, pero que no pudiera llamar por teléfono le pareció muy raro. Entrando en la página oficial del Ministerio, comprobó que iba con normalidad. Internet funcionaba. Probando enlaces descubrió que podía visitar algunas páginas comerciales, aunque seguía sin acceder a ninguna de las redes sociales ni a su correo electrónico personal.

Realmente preocupada, encendió la pantalla de televisión que había en el despacho esperando encontrar alguna noticia. Su preocupación se multiplicó cuando constató que los canales estaban retransmitiendo programas de entretenimiento. Tras una breve búsqueda de información sin éxito, al fin pudo dar con un canal en el que la locutora estaba leyendo un comunicado oficial de la Presidencia de la República. De inmediato, elevó el volumen.

«... las primeras investigaciones confirman que se trata de un fenómeno generalizado y no solo en nuestro país. Rogamos a la población que mantenga la calma. En estos momentos se está trabajando con el fin de averiguar el origen de la desconexión de las compañías telefónicas y de miles de páginas de internet, no descartándose que sea producto de un acto de terrorismo orquestado a nivel mundial. Por otro lado, desde la Presidencia queremos difundir un mensaje tranquilizador, indicando que los servidores internos de los organismos oficiales y hospitales funcionan sin problemas, así como los de las entidades financieras y la mayoría de las páginas comerciales. Las empresas nacionales e internacionales siguen trabajando con normalidad. Están garantizadas las extracciones de efectivo en los cajeros, aunque está deshabilitada la opción de realizar operaciones con el teléfono móvil. Tampoco se pueden realizar pagos con tarjeta mediante datáfono. Se ruega a la población que no acuda de forma masiva a los bancos. Su dinero está seguro. Tampoco deben preocuparse por las compañías de electricidad, gas y agua. Todas ellas aseguran que el apagón no les ha afectado y que el suministro funcionará regularmente. Por motivos de seguridad, no se podrá viajar al extranjero hasta nuevo aviso. La comunidad internacional ha adoptado la decisión de cierre de fronteras. Únicamente se permitirán los transportes de mercancías para evitar desabastecimientos. Iremos informando de los avances de la investigación...».

Sin poder creérselo, la periodista contempló que, tras la lectura del comunicado, en la pantalla comenzaba un conocido programa de entretenimiento como si nada hubiese ocurrido. Regresando de nuevo al escritorio, miró con estupefacción su inútil teléfono. Al instante, su cerebro reaccionó y salió en busca del presidente. Necesitaba una explicación. No esperó a que su secretaria la anunciara. Saludó con rapidez y, aprovechando que el guardaespaldas no estaba apostado delante de la puerta, entró como un ciclón en el despacho de César Barral. El hombretón estaba dentro con su jefe. En cuanto este la vio, levantó una mano para pararla, mientras seguía manteniendo una conversación a través de su teléfono móvil. Nada más terminar la llamada, le pidió al guardaespaldas que saliera y se pasó los dedos por el pelo con cierta desazón antes de encararse con ella.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tú puedes hablar por el móvil? —preguntó, ofuscada.

Él resopló.

—El gobierno tenía habilitada una red independiente para la eventualidad de que una cosa así pudiera suceder. Solo conecta a los abonados, es como una especie de radioteléfono. Únicamente nos sirve para hablar entre nosotros.

—¿Qué está ocurriendo, César?

Aunque intentaba pensar con racionalidad y decirse a sí misma que él no era responsable de todo aquello, las peores sospechas estaban anidando en su interior. No obstante, procuró que la indignación y el miedo no se reflejaran en su rostro. Su sexto sentido le decía que estaba en peligro. Empezaba a no fiarse de aquel hombre e intuía que la única forma de salir indemne de allí era que él no supiese lo que pasaba por su mente, que siguiera pensando que estaba de su parte, así que tenía que rebajar el tono. Debería ir con tiento y hacerle ver que tenía sus dudas. Él sabía que no tenía un pelo de tonta. El caos se estaba cerniendo sobre el país y también le preocupaba que su carrera y su prestigio pudieran desaparecer por arte de magia. Iba a ser imposible probar que todo estaba ocurriendo delante de sus narices sin que ella estuviera al corriente ni fuese partícipe.

—Pensaba que solo me llamabas César en tu casa —dijo en voz baja, provocador.

—Perdona, presidente. No volveré a llamarte por tu nombre, pero soy tu jefa de prensa y creo que tengo derecho a saber qué está ocurriendo. Y no me repitas lo que están diciendo las noticias en tu canal.

—¿En mi canal? Sabes que ese canal es público, no me pertenece. ¿Qué estás insinuando?

—Yo no insinúo nada. Dímelo tú.

—Está bien —respondió, cogiendo aire—. Fuentes fidedignas me han comunicado que ha habido una operación terrorista a gran escala. Piratas informáticos han bloqueado el acceso a muchas cuentas de Internet y a las principales compañías de telefonía.

—¿Me estás diciendo que la gente va a estar incomunicada sin teléfono ni redes sociales durante un tiempo indefinido?

—Hasta que no se solucione esto, así es.

—¿Han hecho alguna reivindicación?

—Todavía no. De todas formas, no podemos quedarnos cruzados de brazos. Hemos convocado una reunión con los principales bancos para implementar un plan de urgencia. Todo el mundo se va a lanzar a las oficinas a sacar dinero, va a ser inevitable. Por ahora, no se puede hacer operación alguna con el teléfono móvil ni pagar con tarjeta. Los datáfonos no funcionan.

—Esto es un desastre de consecuencias incalculables. ¡Estamos incomunicados! ¿Cómo puedo contactar contigo cuando no esté aquí?

Él metió la mano en un cajón y sacó un teléfono, entregándoselo a la periodista.

—Tienes mi número grabado en la tecla uno.

—De acuerdo.

De repente, se aproximó blandiendo su sonrisa más seductora.

—Esta tarde podríamos...

—No es buena idea —le cortó ella.

Él la miró fijamente durante unos segundos, intentando descubrir lo que pasaba por su cabeza.

—¿Estás sugiriendo que se acabó? —preguntó.

—No creo que debamos complicar más las cosas. Además, las circunstancias no son las más propicias, ¿no crees? Deberías centrarte en tu trabajo. Ahora mismo habría que preparar una entrevista en directo o una rueda de prensa.

—Está bien, como quieras —señaló él con indiferencia, haciendo ver que no le importaba que su relación se circunscribiera al trabajo—. Haré esa entrevista esta misma tarde. Habla con esa que llamas «mi cadena» y con la radio. Tendrás que acudir a las sedes. No va a haber forma de hacerlo por teléfono —ordenó sin mirarla, dando por terminada la conversación.

Marina regresó al despacho con la sospecha cada vez más grande de que César Barral le estaba mintiendo. No obstante, iba a hacer lo que le había ordenado. No tenía otra salida. Con la cabeza a mil por hora, salió del edificio y fue a por su coche. Durante el recorrido hasta el párking pudo constatar el nivel de histeria que estaba alcanzando la población. Las colas ya eran interminables en las puertas de las sucursales bancarias.

***

Esa tarde, Vega contemplaba con el ceño fruncido el habitual aspecto impecable de César Barral en la pantalla de su televisor. La entrevistadora era una periodista acreditada de la cadena de más audiencia.

—Buenas tardes, Presidente. Gracias por acudir a esta entrevista en una situación tan complicada. ¿Podría resumirnos lo que está ocurriendo en estos momentos en nuestro país?

—Buenas tardes. Lo primero que quiero explicar es que la situación en la que nos encontramos no se da únicamente en nuestro país. Fuentes internacionales han comunicado a este gobierno que el problema se está reproduciendo a nivel mundial. A raíz de la información suministrada por la Interpol, podemos afirmar que el corte en la telefonía y la desconexión de algunas páginas de internet han

sido ocasionados por una intervención terrorista a gran escala.

—¿Han identificado a los causantes? ¿Se ha hecho alguna declaración?

—En estos momentos se está trabajando para descubrir quién está detrás de todo esto. No tenemos más información.

—¿En qué medida va a repercutir esta situación en la vida de nuestros ciudadanos y ciudadanas? ¿Qué páginas de internet han sido inhabilitadas?

—En este sentido, querría transmitir un mensaje de calma a la población. Todos sabemos las repercusiones que va a tener en nuestras rutinas la suspensión temporal de algunas páginas de internet, de los correos electrónicos y de las redes sociales. Y, por supuesto, de la telefonía. Se ha comprobado que funcionan con normalidad las páginas de los organismos oficiales, de las entidades financieras y de las principales empresas comerciales. El dinero de las cuentas corrientes de todo el mundo está a salvo y el suministro de mercancías de todo tipo, también. Solo pedimos un poco de paciencia a nuestros ciudadanos. Sabemos que no poder pagar con tarjeta en los comercios es un problema serio, pero rogamos que se avengan a las normas establecidas en cuanto a las limitaciones para extraer fondos de las cuentas. La población debe comprender que es difícil atender a las necesidades de efectivo que ahora mismo han surgido en todo el país. No obstante, tras una reunión con los dirigentes de las principales entidades financieras, estos nos aseguran que están en disposición de aumentar en breve tiempo ese límite con tal de satisfacer las peticiones de los clientes.

—Presidente, ¿se trata de una situación temporal? ¿Puede asegurar a nuestros ciudadanos y ciudadanas que pronto podremos regresar a la normalidad?

—Absolutamente. Repito que las altas instancias internacionales están trabajando de forma coordinada para lograr restablecer la normalidad lo antes posible.

—En el comunicado del gobierno se ha informado del cierre de las fronteras. ¿Era necesaria esta medida?

—El cierre ha sido decretado tras un consenso alcanzado en cumbres internacionales debido a la inseguridad general que está provocando esta situación. La falta de comunicaciones y la inhabilitación de los medios de pago habituales han aconsejado estas medidas temporales. No obstante, las fronteras y el espacio aéreo y marítimo siguen abiertos al comercio internacional con el fin de evitar los desabastecimientos. Por supuesto, también se permitirá el retorno de las personas que se encuentren fuera de sus países de residencia.

—¿Nos mantendrá informados de los avances, Presidente?

—Por descontado. Estaré encantado de ofrecer cuantas entrevistas

sean necesarias para informarlos de los resultados de nuestras actuaciones. Pero no querría despedirme sin dar las gracias a nuestros ciudadanos por la pacífica respuesta a esta situación tan anómala que estamos viviendo. Les prometo que estamos trabajando duro para que este problema tenga las menores repercusiones en la vida diaria.

Con el ánimo crispado, Vega apagó el aparato. No quería continuar escuchando a aquel hombre. Bajó al garaje a por la Harley dispuesta a enfrentarse cara a cara con Marina. Lo que no esperaba era lo que encontró al salir a la calle. Poca gente se había resignado a quedarse en casa en medio de un silencio mediático nada habitual. Miles de personas se habían lanzado a sacar dinero en los cajeros. También había enormes colas en los supermercados y en las tiendas de alimentación. Se veían corrillos de gente por doquier. Todo el mundo buscaba hablar con alguien de lo que estaba ocurriendo. Asegurándose de no atropellar a nadie, la fotógrafa emprendió el camino hacia las afueras de Valencia. Su cabeza era un hervidero. Aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Después de lo que le habían contado Sergio y Victoria, ya no le cabía ninguna duda de la clase de monstruo que llevaba las riendas del país. Marina tenía que saberlo. Su mayor temor era que César Barral le hiciese algo. Debía alejarla de él como fuera.

Cuando llegó a casa de la periodista miró a través de la valla y no vio el coche. Pensó que debía de estar todavía en el trabajo. Llamó al timbre para cerciorarse, pero, como había supuesto, nadie contestó. Efectivamente, Marina no estaba. Armándose de paciencia, se sentó en la moto a esperarla. Por suerte, esa tarde no hacía un frío excesivo. No se le ocurría qué más hacer para hablar con ella y, desde luego, se negaba a ir hasta el Palacio de la Presidencia, no iba a meterse de nuevo en la boca del lobo.

Tres cuartos de hora más tarde, por fin, divisó a lo lejos el Audi blanco. Marina accionó el mando a distancia para que se abriera el portón del garaje unos metros antes de llegar. Fue entonces cuando advirtió la presencia de la fotógrafa apoyada en su Harley. Introdujo su vehículo dentro y salió a la calle.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Casi una hora, pero necesitaba hablar contigo.

—Anda, pasa, estarás helada.

Marina se quitó el abrigo, lo dejó en una percha de la entrada y fue directamente hasta la cocina a preparar café. No hacía falta que le preguntara cómo lo quería, ya conocía sus gustos. Cuando regresó con la bandeja, vio que ella ni siquiera se había quitado la gruesa cazadora que llevaba.

—Toma, te sentará bien —dijo, entregándole la taza, a la que había añadido el azúcar moreno que a ella le gustaba—. Siéntate.

La fotógrafa se acomodó en el sofá y bebió un buen sorbo. Marina se sentó al lado y saboreó también su café.

—Lo que está pasando es una locura —comentó la periodista.

—Sí, una locura ideada por tu jefe.

—Ya empezamos.

—Marina, tienes que alejarte de ese hombre, es muy peligroso.

—¿No estás un poco paranoica? —dijo, a pesar de que su mente iba por el mismo camino. No era prudente que Vega lo supiera. La fotógrafa era demasiado impulsiva y podía echar sus planes a perder. Necesitaba tiempo para averiguar la verdad.

—¿Paranoica? Nos ha dejado sin redes sociales, sin correo electrónico, sin teléfono. Estamos incomunicados. Ha coaccionado de alguna forma a las cadenas de televisión y a las pocas emisoras de radio que todavía funcionan para que no den noticias y poder centrar toda la información en las que controla a su antojo. ¿Qué más quieres?

La periodista no podía expresar en voz alta sus pensamientos. Hasta que no tuviera la confirmación de sus sospechas, sabía que la prudencia era la mejor consejera. Ese era el mecanismo que le había permitido salvarse de muchas situaciones difíciles en la vida.

—¿Has visto la entrevista? —dijo, intentando aparentar tranquilidad.

—Si no tuviera pruebas de las demás atrocidades que está haciendo, quizás me creería esa versión del ataque terrorista, pero conozco demasiadas cosas sobre él. La gente está empezando a hacer preguntas y esta es la manera perfecta de que no se propaguen.

—¿Sabes lo que estás diciendo? Mira, Vega, creo que estás viendo una conspiración donde no la hay —afirmó, preocupada por lo que la fotógrafa fuera capaz de hacer—. En el caso de que César Barral estuviese haciendo todas esas cosas horribles que le achacan, yo me hubiese enterado y lo habría denunciado. Y, por supuesto, me hubiera buscado otro trabajo, ¿no crees? Sé defenderme solita.

—No lo dudo, pero creo que hay muchas cosas que te ocultan. El caso de Ignacio Lacalle, por ejemplo. Eso no fue un accidente. Pregúntale a Cata, tiene información. ¿Y lo del ministro de Asuntos Sociales? Seguro que se opuso a los asesinatos en las residencias de ancianos. César Barral está haciendo desaparecer a mucha gente. Cata tiene datos que le han proporcionado directamente desde Madrid. Entre otras cosas, las dos mujeres que lo denunciaron al principio han desaparecido.

—¡Bueno, ya está bien! Tengo demasiados quebraderos de cabeza en estos momentos como para que me vuelvas loca con tus sospechas. Preferiría que te fueras.

—Me voy —anunció, levantándose airada—. Pero recuerda que te he advertido. No te fíes de ese hombre, es un monstruo. No son sospechas, sé muy bien de lo que hablo.

Marina la acompañó hasta la puerta y cerró sin esperar a ver cómo se subía a la Harley. Después se volvió a sentar en el sofá y agarró su taza. Mientras apuraba lo que quedaba del café, no paró de dar vueltas a la discusión que acababa de tener. ¿Por qué intuía que había algo de verdad en todo lo que había dicho Vega? Y, si era así, ¿qué debía hacer? La angustia comenzó a corroerla. No podía quedarse allí, sola, con aquel maremágnum en la cabeza. Cogió el abrigo y se dirigió de nuevo al garaje.

***

Francesca no pudo ocultar su cara de sorpresa al ver a Marina en la entrada. La conocía de haberla visto en la tele, pero en persona era más alta y mucho más guapa.

—¿Eres Francesca?

—Sí. Tú eres Marina, la amiga de Cata. Encantada de conocerte —dijo, aproximándose a ella para darle dos besos—. Pasa.

—Siento venir tan tarde, tenía que hablar con ella.

—No te preocupes, ahora mismo la llamo.

—¡Marina! —exclamó su amiga al verla—. Me alegro de que hayas venido. Quería hablar contigo.

—Y yo contigo. Menos mal que me diste vuestra dirección. Lo que está pasando es una barbaridad.

—Desde luego —dijo Francesca—. ¿Has cenado? Iba a preparar algo.

—No quisiera molestaros. Me iré enseguida.

—No es molestia, quédate —sugirió, antes de desaparecer en la cocina.

—¿Tienes idea de qué está ocurriendo? —preguntó Cata—. Al margen de la versión oficial, me refiero.

Marina se quitó el abrigo, sentándose pesadamente en el sofá. La miró a los ojos antes de responder.

—No estoy segura.

—Marina, tengo pruebas de lo de las residencias. La madre de una amiga está en contacto con trabajadoras de varias de ellas y han confirmado lo de las muertes programadas. Y una amiga periodista me ha contado que lo mismo está ocurriendo en Madrid. Además, ha intentado ponerse en contacto con las dos personas que denunciaron la situación y las dos han desaparecido. Igual que Ignacio. Él también estaba metido en esa investigación. Estuve con él el día antes de que muriera. Me dijo que habló con la segunda de las denunciantes y que estaba asustada. La otra ya había desaparecido. En Madrid están investigando otras residencias del resto de España. Si no se contempla el escenario en su conjunto es muy difícil darte cuenta de lo que está pasando, pero hay registros informáticos en cada uno de los centros

que prueban lo que digo.

—Me lo ha dicho Vega.

—¿Has hablado con ella?

—Ha venido a casa hace un rato. Hemos discutido y le he dicho que se fuera. Será muy buena fotógrafa, pero también es una tocapelotas de marca mayor.

—Pues vas a tener que lidiar con eso —dijo, sonriendo a su pesar.

—¿Por qué? Tengo la edad suficiente para saber a quién quiero cerca y a quién no. Ya no tengo tiempo para la gente que se empeña en comerme constantemente la cabeza.

—Créeme, con Vega no va a ser tan fácil.

—¿Por qué lo dices?

Cata la contempló con atención, entrecerrando los ojos.

—Ni siquiera eres consciente de lo mucho que te gusta, ¿verdad?

—¿Qué estás insinuando?

—Marina... no sé cómo decirte esto.

—Suéltalo.

En ese instante, llegó Francesca cargada con dos platos de comida.

—¿Me ayudáis?

—Claro —respondió Cata levantándose. Marina hizo lo mismo y las tres fueron hasta la cocina. Cuando ya la mesa estaba preparada y todo servido, se sentaron a cenar.

—¡Por que todo se solucione! —dijo Francesca, levantando su copa.

Tras el brindis, Marina se volvió hacia su amiga.

—Antes estabas a punto de contarme algo.

Cata miró a Francesca antes de comenzar.

—Se trata de Raquel y sus sueños premonitorios.

—¿El personaje de tu novela? Organizaste un buen revuelo. Te dije que me gustó mucho, pero no sé qué tiene que ver...

—El personaje es real, es una amiga nuestra. Y todo lo que relata la novela ocurrió de verdad.

—¿Lo de la... ? ¡Venga ya!

—Absolutamente todo. Aquello fue terrorífico, pero lo que está ocurriendo ahora me preocupa más. En todo caso, quiero que sepas que Raquel existe. Es amiga nuestra y también de Vega. Y lo cierto es que lo que sueña de forma recurrente se vuelve real.

—Lo que tú digas. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Raquel hace tiempo que está teniendo otro de esos sueños.

—¿Qué es esta vez? ¿Un huracán que va a arrasarlo todo?

—No. Pero quizás arrase alguna de tus convicciones.

—Ve al grano.

—Tiene que ver contigo. Dice que en el sueño encuentras a tu alma gemela.

—Muy tierno. ¡Si ni siquiera me conoce! Además, ya sabes que no

creo en esas cosas. Y, aunque fuese cierto, que sepas que no estoy dispuesta a cargar con ningún hombre. Tengo otras prioridades.

—Raquel te conoce de haberte visto en la tele. Y no se trata de un hombre. Es Vega.

—¿Vega? ¿Qué estás diciendo?

La cara de Marina revelaba verdadera confusión. Francesca contemplaba la escena intentando no reírse.

—Raquel ha soñado que Vega es tu alma gemela, que va a ser tu gran amor, la persona con la que vas a compartir el resto de tu vida.

La periodista se echó a reír.

—Desde luego, ¡cómo os gusta hacer proselitismo! —soltó, llevándose la copa a los labios.

—Sí, lo reconozco —respondió Cata sonriente—, a veces me paso con mis bromas, pero lo que te estoy diciendo es real. Raquel no falla. Cosa que sueña de forma repetitiva, cosa que se cumple.

—Te aseguro que es cierto —intervino Francesca, divertida.

—Pues esta vez no ha acertado ni siquiera un poquito —dijo Marina, sin dar la menor credibilidad al asunto—. Reconozco que Vega me cae bien, la respeto como profesional e incluso me hace gracia su rebeldía. A veces me recuerda un poco a mí, aunque me vuelva loca con sus advertencias, pero sabes perfectamente que me gustan los hombres.

—Muy bien, lo que tú digas —soltó Cata, provocadora.

—Eso mismo creía yo —apuntó Francesca, sonriendo ya abiertamente mientras levantaba su copa.

—Estáis las dos fatal —rio Marina—. Creo que debemos centrarnos en lo que está pasando de verdad. Además, lo que me has contado de las residencias es muy grave.

—Es terrible, Marina. He hablado con un amigo bombero que tiene información del accidente de Ignacio Lacalle. No había signos de frenada ni restos de neumáticos. Hacía ese recorrido todos los fines de semana. Y sé a ciencia cierta que podía generar muchos problemas a César Barral con sus investigaciones.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Perfectamente. Y luego está lo del ministro de Asuntos Sociales.

—Lo de ese hombre fue un infarto, Cata.

—Eso dijeron, pero era demasiado joven y las residencias estaban en su ámbito de actuación. Perdóname si en estos momentos sospecho de todo. Francesca ha cometido la indiscreción de ojear su historial médico en el sistema. Tenía una salud perfecta.

—Entiendo lo que dices, pero ¿sabes en qué situación me pone todo esto?

—Lo sé. Eres su jefa de prensa, pero eso no significa que te puedas enterar de todo lo que hace el gobierno. Solo accedes a la información

que ellos quieren que difundas.

—En todo caso, sea cierto o no lo que estás diciendo, mi carrera se va a la mierda. Todo esto me parece una locura. Si quieres que te diga la verdad, no niego que lo de internet y los teléfonos puede haberlo hecho él, pero me resisto a pensar que el gobierno esté matando gente. ¡Es una barbaridad!

—Por eso te pido que te enteres de lo que puedas. Pero, sobre todo, cúbrete bien las espaldas. Ese tío no es trigo limpio y tengo claro que tú tampoco te fías de él. Ten mucho cuidado de que no lo averigüe, estarías en peligro.

—Lo tendré, te lo aseguro.

Durante el camino de vuelta a casa, Marina no dejaba de pensar en todo lo que se había hablado en la cena. Ignoraba cómo encontrar pruebas que pudieran incriminar a César Barral sin ponerse en evidencia, pero algo se le ocurriría. Tenía el deber de hacerlo. Por ella y su carrera, pero, ante todo, para salvaguardar el Estado de Derecho que hasta ese momento había regido en el país.

De repente le vino a la cabeza la imagen de Vega quitándose el casco y revolviéndose el pelo con las manos. El corazón le dio un vuelco. *No, no, no... Eso es absurdo*.

Casi siempre, a las acciones de los malvados las persigue primeramen
sospecha, luego el rumor y la voz pública, la acusación después y, finalmen
justicia.

CI

Encrucijada

A la mañana siguiente, Valencia amaneció exhibiendo pomposa la pancarta más grande de cuantas se habían visto con anterioridad. Colgaba triunfante de lo alto de uno de los edificios de la plaza de la República.

NO ES CIERTO
QUE UN ATAQUE TERRORISTA
HAYA BLOQUEADO A NIVEL MUNDIAL
LA COMUNICACIÓN TELEFÓNICA
E INNUMERABLES PÁGINAS DE INTERNET.
SE TRATA DE UN PLAN PREMEDITADO DE NUESTRO PRESIDENTE Y DE SU GOBIERNO
PARA **AISLARNOS**
CONTROLARNOS
CALLARNOS.
EL DÍA DE LA LIBERACIÓN SERÁ ANUNCIADO.

INSURRECTAS

Marina había llegado muy temprano a trabajar y detuvo el coche un instante para contemplarla antes de meterse en el párking. *¿Quiénes serán esas insurrectas?* Pensó que, desde luego, estaban haciendo una campaña muy efectista en contra del gobierno de la República. Tenía claro que una sola pancarta como esa podía encender la mecha de una revuelta, considerando el estado de crispación general que se respiraba en la calle. Observó a los corros de personas que señalaban hacia la tela, comentando en voz alta su adhesión a esas afirmaciones, al tiempo que varios Garantes se afanaban en la terraza para lograr descolgarla.

¿Será cierto? ¿Lo está haciendo delante de mis narices? Intentó apartar de la cabeza toda especulación para evitar que la ira fuese creciendo en su interior. Debía mantener la mente fría. Aunque la certeza se iba abriendo paso a grandes zancadas en su cerebro, no dejaba de preguntarse cómo César Barral había sido capaz de semejante barbaridad, de orquestar un plan tan maquiavélico y, sobre todo, ejecutarlo sin que ella se hubiese enterado. ¿Cómo había podido engañarla tanto? *¿Realmente piensas que te hubiera hecho partícipe de esto? Rotundamente no.* A pesar de que su yo racional insistía en creer

que todo aquello era falso, algo muy adentro le aconsejaba que tuviese cuidado. No solo su trabajo: su propia vida podría correr peligro.

En cuanto entró en el palacio, Marina percibió el ambiente tenso que reinaba en el interior. Todo el mundo parecía ir con prisa por los pasillos y los rostros no estaban precisamente relajados. Se encerró en su despacho y abrió el correo interno, el único al que podía acceder, pero no había nada nuevo en la bandeja de entrada. Tenía que hablar con él, sondear cómo estaba la situación, aunque no le apeteciera nada. Se acercó hasta el despacho de su secretaria, pero esta le indicó que el presidente estaría reunido todo el día con sus ministros, así que no iba a recibir a nadie.

—Está bien. Si necesita mis servicios, que se ponga en contacto conmigo —dijo ofuscada.

Encerrada entre las cuatro paredes del Salón de Honor, donde se ubicaba su despacho en el piso principal del palacio, Marina caminaba como un tigre enjaulado devanándose los sesos. Debía encontrar la manera de descubrir la verdad. Miró una y otra vez el teléfono que le había dado César Barral. Seguía sin recibir ninguna llamada, ningún mensaje. Que en una crisis semejante no estuviera en contacto permanente con su jefa de prensa era impensable. La estaba evitando a propósito.

Horas después, plantada delante de la televisión de su casa, constató que muchas de las cadenas mostraban una pantalla en negro. Las pocas que permanecían en antena emitían noticias insustanciales o programas de esparcimiento. Como si existiera una consigna oculta, ninguna se hacía eco de lo que estaba ocurriendo. Era obvio que se había utilizado alguna clase de boicot o de coacción para que nadie hablara de ese asunto.

No podía quedarse quieta como si no sucediera nada. Con el fin de liberarse del estrés, se puso ropa deportiva y salió a correr con el teléfono encima por si la reclamaba el presidente. Aunque la urbanización en la que vivía era muy tranquila, muchos de sus vecinos se resistían a permanecer encerrados en sus casas sin noticias de lo que estaba pasando. Los corrillos de gente se repetían en todas las calles. Marina evitó aproximarse a cualquiera de ellos. No tenía ganas de participar en conversaciones que, con toda probabilidad, no llevarían más que a alimentar su cólera.

Al cabo de un rato, con el cuerpo cansado y la mente más serena, se dio una larga ducha. Arropada por su albornoz, comprobó otra vez el teléfono. Ni un mensaje. Las horas transcurrían con una lentitud exasperante. Intentó llamar a Cata con el nuevo aparato, pero confirmó que, como le había dicho él, no podía contactar con usuarios de las compañías de telefonía habituales. Pensó en Vega. No, con ella no

podía hablar, aunque funcionasen las líneas. Se lo había prohibido a sí misma. Debía evitar complicaciones. Y tenía claro que la fotógrafa podía causarle complicaciones de las grandes.

Los que están suficientemente locos para pensar que pueden cambiar el m
son los que lo hacen.

STE

Como la pólvora.
Viernes, 13 de diciembre

Desde el día en que comenzaron a aparecer las pancartas, cada tela era retirada de inmediato por los Garantes. Quizás pensaron que, cuanto menos tiempo estuviera aquello colgado, menos difusión tendría y menor sería la influencia sobre la gente. ¡Cuánto se equivocaban! Nunca hubieran sospechado que lo que comenzó a suceder anecdóticamente acabara estallando sin control. Al poco de ser vista la primera pancarta, de la misma manera que se propaga una verruga vírica, algunas terrazas comenzaron a exhibir mensajes improvisados día tras día. No obstante, lo que sucedió ese viernes supuso una explosión reveladora. Cientos de carteles acusadores con letras negras sobre fondo rojo fueron apareciendo por toda la ciudad. Escritos en papel, en cartones, en sábanas, o incluso en piezas de ropa. Los contenidos eran breves, pero contundentes. Y todos ellos, como si una suerte de subconsciente colectivo se hubiera puesto en funcionamiento, llevaban estampada la misma firma.

CÉSAR BARRAL:
NOS QUITARÁS LAS REDES SOCIALES,
PERO NO NOS CALLARÁS.
INSURRECTΛS

ESTE GOBIERNO QUIERE AISLARNOS,
PERO LA POBLACIÓN
ESTÁ MÁS UNIDA QUE NUNCA.
INSURRECTΛS

LA REVOLUCIÓN HA EXISTIDO SIEMPRE
SIN NECESIDAD DE REDES SOCIALES.
INSURRECTΛS

CÉSAR BARRAL:
SE NOS OLVIDARÁ TWITTER,
PERO NO TU NOMBRE:
EL DÍA DE LA LIBERACIÓN SERÁ ANUNCIADO.
INSURRECTΛS

Decenas de pancartas, totalmente espontáneas, iban decorando terrazas, balcones y ventanas. Parecían multiplicarse a medida que transcurrían las horas. Como consecuencia del boca a boca, la consigna

estaba corriendo como la pólvora. La gente pedía a gritos verdad y justicia.

A las ocho de la tarde, después de atravesar la ciudad, Vega detenía su Harley delante de la vivienda de Francesca y Cata. Durante el recorrido había podido comprobar que, desde el día del apagón mediático, las colas delante de los bancos seguían creciendo. En todas las oficinas habían tomado la determinación de poner carteles anunciando que no podía retirarse más de cien euros por persona y día. Vega ni siquiera lo había intentado. Todavía llevaba dinero, aunque comprar cualquier cosa se estaba convirtiendo en una aventura debido a las aglomeraciones. La gente ya empezaba a quejarse de la falta de abastecimiento de algunas mercancías. No le extrañaría que, en breve, pusieran límite al número de productos que se podía adquirir diariamente en los supermercados.

Desde hacía cuarenta y ocho horas una marabunta de personas ocupaba las calles en una huida de la soledad y el aislamiento. No podía sino acordarse de la reacción de la gente cuando finalizó el estado de alarma decretado a raíz de la última pandemia. Contemplando a la multitud, daba la sensación de que todo el mundo buscaba desesperadamente el contacto humano. De nuevo, la comunicación cara a cara había recuperado el protagonismo frente al imperio del móvil y las redes sociales.

Francesca abrió la puerta y sonrió al encontrarse con el rostro concentrado de la fotógrafa.

—Anda, pasa. Ya veo que la telepatía no es solo patrimonio de Cata. Falta Raquel para que estemos todos.

En cuanto entró en el salón, se encontró con Cata, Victoria, Miriam, Sergio y Roberto. También había dos personas más que Vega no conocía y una niña de unos dos años. Francesca los presentó.

—Estos son mi hermano Pablo, mi cuñada Andrea y mi sobrina Rocío. Ella es nuestra amiga Vega.

—Parece que todos hemos tenido la misma idea —señaló la recién llegada.

—Convendremos que, dadas las circunstancias, este podría ser el lugar ideal para reunirnos a partir de ahora —indicó Cata—. Hay bastante espacio y está alejado del centro. Dado que no va a haber forma de comunicarnos entre nosotros, quien tenga algo que contar tendrá que venir hasta aquí.

—Nosotras estamos encantadas de ofrecer nuestra casa para los encuentros —intervino Francesca—. Está en la ciudad, pero lo suficientemente lejos por si se produjeran disturbios.

—Que se producirán, no lo dudéis —dijo Cata.

—Ya habéis comprobado lo que está ocurriendo en las calles —señaló Vega—. Por toda la ciudad se están multiplicando las pancartas.

—¿Has visto la entrevista de César Barral? —preguntó Victoria.

—Ese mentiroso de mierda quiere hacernos creer que es una víctima más de los acontecimientos —respondió Vega—. ¿Has contado lo que descubriste al tocarle, Sergio?

En ese instante, sonó el timbre de la puerta.

—Apuesto a que es Raquel —dijo Miriam, divertida.

—¡Vaya! No sé por qué, pero imaginaba que estaríais todos aquí —afirmó la fotógrafa en cuanto llegó al salón—. Lo que no sabía era que vendríais vosotros también. Me alegro de veros —añadió, besando a Pablo y Andrea—. ¡La pequeña Rocío está preciosa!

En cuanto acabaron los saludos, Vega retomó la conversación.

—Raquel, cuando has llegado estaba pidiendo a Sergio que contara lo que sintió cuando tocó a César Barral. Como habíamos convenido, me lo llevé de asistente el lunes a la sesión de fotos y consiguió darle la mano.

Todos centraron la atención en él.

—La frialdad y la maldad que vi dentro de ese hombre no es fácil de describir. En tan solo unos segundos que duró nuestro apretón de manos tuve acceso a lo más recóndito de su cerebro. El objetivo es crear un mundo donde solo caben las personas que cumplen una serie de requisitos que él considera apropiados y no le importa qué instrumentos haya de utilizar para lograrlo. De hecho, tiene un ejército repartido en distintos sitios estratégicos, gente desaprensiva a la que no le importa matar. Y no son solo los Garantes. Secuestra a las personas que le molestan y las hace llevar a un lugar que llaman La Granja. Allí las matan y... las utilizan para alimentar a los cerdos.

Los rostros de todos se contrajeron en un rictus de horror.

—En las residencias los asesinatos se camuflan como muertes por causas naturales. Y también tiene un sicario en quien confía los trabajos más delicados. Se trata de su asesor. Lo habréis visto en la televisión junto a él, ese hombre rapado cuya mirada da escalofríos.

»En su concepción de sociedad no caben más que las personas productivas, de raza blanca, católicos, cisgénero y heterosexuales. Su idea es ir deshaciéndose poco a poco del resto, bien obligándolos a marcharse del país, bien haciéndolos desaparecer como os he dicho. Y no va a parar ahí. Aunque en su gobierno ha tenido que integrar mujeres debido a las normas todavía vigentes en pro de la igualdad, su finalidad es acabar confinando al género femenino a las tradicionales labores domésticas e inducirlas a procrear. Tiene un plan muy bien elaborado que piensa ir introduciendo de forma paulatina, de manera que vaya arraigando en el subconsciente colectivo sin generar rechazo. Comenzará ofreciendo incentivos: importantes ayudas económicas por cada nuevo hijo, sueldos para las mujeres que se queden en casa, ayudas económicas y desgravaciones para aquellas empresas que

contraten a hombres. Por descontado, los incentivos van dirigidos a personas nacidas en España, heterosexuales, cisgénero y católicas».

—¿Qué os parece? Solo puedo deciros que, después de dar la mano a ese degenerado, Sergio estaba blanco como la pared. De hecho, en cuanto se marcharon, vomitó —indicó Vega.

—Eso nos confirma muchas cuestiones —dijo Cata—. Hay que parar a ese monstruo. Cuando desaparecieron las comunicaciones, fui a hablar personalmente con un compañero del periódico. Me dijo que iba a intentar pasar la frontera en un camión de transporte para poder hablar con colegas en Francia. Procurará enterarse de lo que está pasando fuera del país y de lo que publica la prensa extranjera. Volveré a ponerme en contacto con él para contarle todo esto y que pueda difundirlo. A ver si lo localizo antes de que se vaya.

—Mi hermana me ha puesto al corriente de lo que estaba ocurriendo. Nosotros no nos habíamos enterado de nada. No me puedo creer que algo así esté pasando. Es horroroso —reveló Pablo.

—A nosotros nos concedieron enseguida la tarjeta AFIN y, la verdad, pensábamos que este gobierno estaba haciendo muchas cosas positivas —señaló Andrea—. Cuando Francesca nos dijo lo que estaba sucediendo, no dábamos crédito. Pero, claro, lo que está pasando con internet, el teléfono y los medios de comunicación viene a reafirmar lo que ella decía. Solo nos faltaba escuchar lo que nos estás contando, Sergio. ¡Qué barbaridad!

—Después de lo que hemos oído, es obvio que la explicación del atentado terrorista es falsa —intervino Pablo—. Este es un gobierno totalitario de manual.

—Y lo peor es que ha conseguido engañar a una gran parte de la población con un plan perfectamente orquestado —dijo Cata—. Nunca pensé que volvería a pasar una cosa así en nuestra Historia.

—Ni yo —afirmó Victoria—. Ha llegado al poder prometiendo a las masas todo lo que querían oír. Y, de hecho, parecía que estaba cumpliendo su programa paso por paso. ¡Vaya si lo está cumpliendo! ¡Su asqueroso programa oculto!

—Ignoro quiénes serán esas insurrectas que están por todas partes, pero ahora sabemos que hay más gente que está viendo lo mismo que nosotros —añadió Roberto—. De hecho, considerando la cantidad de carteles, debe de ser mucha. Y me alegro.

—Sí, pero deberían ir con cuidado. Los Garantes no son la policía pacífica que han hecho creer a todo el mundo —dijo Cata—. Si pillan a alguien poniendo un cartel, no quiero pensar qué le harán.

—Pues no sé quiénes serán las insurrectas, pero están haciendo una labor arriesgada y necesaria y les doy las gracias —intervino Raquel—. Y, por lo visto, cada vez son más. Los carteles se multiplican en las calles. Mucha gente que ya estaba al borde del precipicio económico

se está dando cuenta de todo lo que está haciendo el gobierno. Han abierto los ojos a tiempo.

—La revolución se huele —señaló Vega—, pero alguien tendría que liderarla, no basta con poner pancartas o salir a la calle. Deberías hablar ya con ese político de la oposición que decías, Cata. Por cierto, tu amiga Marina está convencida de que César Barral es un héroe. Se cree punto por punto todas las mentiras que le ha contado. He discutido con ella. Fui a verla para informarle de lo que sabemos y aconsejarle que se alejara de ese hombre, pero conseguí todo lo contrario y acabó pidiéndome que me fuera.

—Pues sí que empieza bien vuestro idilio —bromeó Francesca.

—¿Qué idilio? ¿Nos hemos perdido algo? —preguntó Roberto, divertido.

Sergio, sin poder evitarlo, miró a Miriam y se ruborizó. El único idilio secreto era el que mantenían ambos, que él supiera. En ese momento, Cata lo pilló y no pudo evitar contemplarlo con la boca abierta. *En esta casa no se pueden tener secretos*, le lanzó Sergio mentalmente. La periodista disimuló como pudo su sorpresa. Le correspondía a él contarlo si le apetecía. O a Miriam. Sonrió para sus adentros. Le encantaba la idea de que estuvieran juntos. Lo que le había unido a Rocío en el pasado era algo fuera de los parámetros corrientes. Rocío era la persona más generosa que había conocido, pero estaba muy herida por dentro y, si no se hubiese ido, hubiera sido muy difícil para ella mantener una relación normal. Ni con Sergio, ni con nadie. Sergio se merecía, por fin, tener a alguien como Miriam a su lado. Y Miriam también. Era un hombre noble, especial y tierno.

—Me refiero al idilio que van a tener Marina y Vega —aclaró Francesca—. Nuestra amiga Raquel las ha convertido en el centro de su último sueño premonitorio.

—¿Te refieres a Marina Salvatierra, la jefa de prensa del presidente? —preguntó Roberto.

—La misma —respondió Cata.

El bombero emitió un silbido.

—Tengo que decirte que esta vez no vas a acertar, Raquel —afirmó Vega, sonriendo—. Marina está hasta el gorro de mí. Me he convertido en su *Pepito Grillo* particular y creo que no le está haciendo ninguna gracia. Además de que, vuelvo a repetirlo, es heterosexual.

—Eso ya lo veremos —rio Andrea—. Espero que te guste mucho esa mujer, porque te aseguro que los sueños de Raquel no se equivocan jamás.

—Ya me he enterado de vuestra discusión, Vega. Marina vino a vernos —intervino Cata—. No creas que apoya al presidente incondicionalmente. Es demasiado lista. Me ha prometido que va a intentar averiguar lo que pueda sin comprometerse. Está en una

situación muy peligrosa para ella.

—Pues me alegro, pero a mí no me dio esa impresión —afirmó Vega.

—Volviendo a lo que debemos hacer —continuó Cata—, procuraré hablar con la persona que os dije, aunque ahora me va a resultar bastante difícil. Intentaré acercarme al Ateneo Mercantil. La mujer en la que estoy pensando suele ir allí con cierta frecuencia.

—¿Y la prensa? ¿Hasta qué punto podríamos contar con el periódico para el que trabajas y publicar cosas? —sugirió Victoria.

—¿Habéis recorrido las cadenas de televisión o la radio? —respondió la periodista—. Os habréis dado cuenta de que, salvo en las que controla el gobierno, no se difunden más que noticias insustanciales, programas de entretenimiento, películas y series. El colega del periódico que quiere ir a Francia me ha confirmado que las órdenes vienen de muy arriba. Solo pueden difundir la información que les dan. Está seguro de que las amenazas deben de haber sido muy serias. Ya has visto lo que me contó mi amiga de Madrid. El peligro es real.

—Yo he intentado saber algo a través de un amigo que trabaja en uno de los periódicos donde suelo enviar las fotografías —señaló Vega —. Nadie se atreve a hablar. Según me ha dicho, han amenazado a la familia del director.

—No os preocupéis. Hablaré lo antes posible con la persona que os he indicado y luego contactaré con vosotros —sentenció Cata—. Tened cuidado. La cosa se está poniendo muy fea.

Si digo que tal o cual cosa no me gusta, estoy protestando. Si me preocupo d
que eso que no me gusta no vuelva a ocurrir, estoy resistiendo. Protesto cu
que no sigo colaborando. Resisto cuando me ocupo de que tampoco
colaboren.

ULR

El Ateneo

Faltaban cinco minutos para las dos de la tarde cuando Cata se introdujo en el ambiente moderno y elegante del restaurante ubicado en la sexta planta del Ateneo Mercantil de Valencia. Era la tercera vez que se acercaba por allí. En las dos ocasiones anteriores no había tenido éxito. Sus ojos entrenados otearon el horizonte esperando tener mejor suerte. Ese día los hados estaban a su favor. Descubrió a la política con la que quería hablar cerca de uno de los grandes ventanales que se asomaban a la plaza del Ayuntamiento. Parecía estar disfrutando de un aperitivo previo a la comida junto a dos mujeres más. En cuanto se aproximó a la mesa, Esther Volán —diputada y líder del principal partido de la izquierda— reconoció a la periodista y se levantó para saludarla. De unos sesenta años, ojos oscuros y pelo canoso, era conocida por su inteligencia, honradez y compromiso con su trabajo. De hecho, los líderes de los otros partidos políticos la temían y respetaban por igual.

—Hola, Esther. ¿Tienes un minuto?

—Claro. Enseguida vuelvo —dijo a las otras ocupantes de la mesa.

Las dos mujeres salieron hasta la amplia zona de ascensores. Allí podrían hablar con cierta tranquilidad.

—Siento haberte asaltado así, pero no tenía otra forma de hacerme contigo.

—No te preocupes, Cata. Son momentos algo raros. Dime.

—Necesitaría que habláramos en privado. Tengo pruebas que pueden meter en la cárcel a César Barral.

El rostro de la mujer no pudo esconder su sorpresa.

—Espérame aquí, por favor —le pidió, regresando al restaurante.

No había transcurrido ni un minuto cuando volvió a su lado y le entregó una tarjeta.

—Ahí tienes la dirección de mi casa. ¿Podríamos vernos allí mañana por la tarde? ¿A eso de las siete?

—Claro. Por ahora te rogaría que no dijeras nada a nadie. Este asunto es muy peligroso.

—Lo imagino. Hablaremos mañana.

—Gracias por escucharme.

—Gracias a ti por contármelo.

En cuanto salió del edificio, algo reclamó su atención desde el otro lado de la plaza. No se había dado cuenta de la pancarta que colgaba de la terraza del Hostal Venecia. La enorme tela actuó como un imán para los ojos de Cata. Los Garantes ya no daban abasto para quitar los miles de carteles que, como un virus, iban surgiendo por toda la ciudad.

NADIE PUEDE COMER.
NADIE PUEDE TRABAJAR.
NADIE PUEDE TENER UNA VIVIENDA
SIN LA TARJETA AFIN.
¿TENÉIS CERCA A PERSONAS INMIGRANTES?
¿O DEL COLECTIVO LGTBI?
¿O DE RELIGIÓN MUSULMANA O JUDÍA?
¿O AGNÓSTICAS O ATEAS?
EXISTE UNA MULTITUD QUE VIVE EN
CONDICIONES INFRAHUMANAS.
UNA MULTITUD CONDENADA A EMIGRAR.
CESAR BARRAL QUIERE LEJOS
A LOS QUE NO SE AJUSTAN A SU CRITERIO.
MAÑANA SERÁS TÚ.
EL DÍA DE LA LIBERACIÓN SERÁ ANUNCIADO

INSURRECTΛS

***

Cata regresaba a casa a las diez de la noche del día siguiente después de haber tenido una larga reunión con Esther Volán. Poco antes acudió a hablar con su colega del periódico, pero una compañera le dijo confidencialmente que se había cogido unos días de vacaciones para poner en práctica su plan. Había llegado tarde para hablar con él.

—¿Cómo ha ido? Estaba preocupada —preguntó Francesca en cuanto la vio entrar en casa.

—Fui primero a ver a mi compañero del periódico, pero ya se ha ido a Francia. Luego acudí a casa de Esther. Ha sido agotador. Le he explicado con detalle todo lo que sé y ha estado tomando notas. Va a hablar con un bufete de abogados de su confianza para averiguar qué se puede hacer. Los cargos son enormes.

—Entonces, ¿harán una denuncia?

—Seguro. En cuanto la interpongan se abrirá una investigación. No obstante, esto es susceptible de algo más, aparte de la denuncia. Quizás se planteen una intervención política. En el caso de que se atrevan a declarar las personas que nos lo han contado, estoy segura de que podremos conseguir algo, por lo menos con lo de las residencias. Sería interesante que hubiera fotos de algunos registros, aparte de los testimonios. Además, están los datos facilitados por las

propias residencias en Madrid. Lo que me temo es que, después de haber salido a la luz lo de los asesinatos, habrán borrado los archivos o puede que los borren o los manipulen antes de que un juez los pida. Le preguntaré a Victoria si existen copias de los registros o si alguien podría grabarlos o fotografiarlos lo antes posible. En cuanto a lo de Ignacio Lacalle, no existe nada específico distinto a la inexistencia de señales de frenada. Por muy claro que tengamos que han manipulado el vehículo, un abogado defensor alegaría que el conductor podría haber sufrido un infarto o un simple desmayo.

—Lo veo complicado.

—Al menos, se lo he contado todo a Esther, excepto lo de La Granja. No he creído oportuno soltarle lo de Sergio, podría dudar de la veracidad de todo lo demás. Me ha dicho que intentarán que alguien corrobore lo de las amenazas en los medios de comunicación. Confío en que consiga algo. Creo que no podemos hacer nada más por el momento.

—Tendríamos que ir a ver a Victoria cuanto antes.

—¿Sabemos la dirección? Deberíamos ir ahora.

—Sí, recuerdo que dijo dónde estaba su casa el día que nos lo contó todo. Vive en la calle Bolsería. Vamos antes de que se haga más tarde. Ya cenaremos luego.

Existe un idealismo dispuesto a matar la libertad de los demás con objeto de libertad de su propio plan.

RABINDR

Victoria

—Sentimos venir tan tarde, necesitábamos hablar contigo —dijo Cata en cuanto Victoria abrió la puerta.

—No os preocupéis, acabamos de cenar. Os presento a mi madre, Dolores. Mamá, ellas son Cata y Francesca, unas amigas.

—Encantada. ¿Tú no salías en la tele? —inquirió, dirigiéndose a Cata.

—Hola, Dolores. Sí, presentaba un programa hace tiempo. Me alegro de conocerla. Precisamente queríamos hablar con usted.

—Tuteadme, por favor.

—Sentaos. ¿Queréis tomar algo? —preguntó Victoria.

—No te molestes, nos vamos a ir enseguida —respondió Francesca.

—Solo hemos venido a pediros una cosa. No es nada fácil, pero tenemos que intentarlo —señaló Cata.

—Decidnos.

—Dolores, ¿sigues en contacto con la enfermera de la residencia en la que estuviste, la que descubrió lo de las muertes? —preguntó Cata.

—Tengo su teléfono, pero ahora no hay línea. No sirve para nada. Tendría que acudir a la residencia para poder hablar con ella.

—Tú no irás, mamá. En todo caso, iría yo. No quiero que vuelvas por allí.

—Deja que hablen.

—Verás —continuó Cata—, me he puesto en contacto con Esther Volán, es diputada y cabeza de lista del principal partido opositor a César Barral. Se está planteando poner una denuncia en relación con los asesinatos en las residencias, pero no tenemos pruebas de las de Valencia. Madrid sí está haciendo un trabajo de recopilación de datos muy detallado. Querríamos saber si esa mujer se atrevería a testificar y si lo harían también sus compañeras de las otras residencias. Que lo contaran todo ante un juez sería la única forma. Si se decidieran, se abriría una investigación.

—Tendré que ir a verla yo, Victoria, tú no la conoces. Se lo preguntaré. Han sido muy valientes al indagar en los registros, pero no sé si se atreverán a dar ese paso tan arriesgado. Si se enteraran los directores de los centros, seguramente perderían sus trabajos. Quién sabe si sus vidas. Este gobierno no dudaría en hacerles daño. Ya veis lo

que están haciendo con los ancianos.

—Esther me ha asegurado que tendrían protección —dijo Cata—. Es más, si testificaran y se descubriera todo, posiblemente el gobierno caería y ya no correrían peligro. De hecho, se convertirían en heroínas. En el caso de que no podamos encontrar esos archivos, al menos la orden de registro provocaría que se acabaran los asesinatos. Incluso puede que algún medio se atreviera a dar voz a Esther y a su partido y difundiera los hechos. No creo que continuaran con las muertes programadas si supieran que tienen a todo el mundo pendiente de lo que pase.

—No te preocupes, le contaré a Pilar lo que me has dicho. Iré mañana mismo —respondió Dolores.

—Te lo agradecemos, pero hay otra cosa que quiero que le pidas. Y esto sí es peligroso. ¿Sería posible que hicieran fotografías de esos archivos? Al menos, los móviles todavía nos sirven para eso. Lo mejor sería grabarlos en un pendrive, pero creo que con las fotos podría bastar. Sería más rápido y habría muchas menos probabilidades de que las pillaran.

—Se lo diré, aunque imagino que los habrán borrado o los tendrán guardados bajo siete llaves. Desde que salieron las primeras denuncias en la tele y esas insurrectas dieron la voz de alarma, el tema va de boca en boca. Habréis visto los carteles que hay colgados por todas partes.

—Pronto saldremos de dudas. Mañana mismo iré yo a la residencia, mamá —aseguró Victoria—. Ni loca voy a permitir que te acerques por allí. Descríbeme a Pilar, dime su apellido y preguntaré por ella. De todas formas, Cata, creo que la cosa va a reventar antes de que pueda plantearse un juicio. Ya ves cómo están las calles. Y más desde que nos han quitado las comunicaciones y han manipulado internet.

—Lo sé, la gente está muy excitada y podría suceder cualquier cosa, pero antes de que ocurra deberíamos intentar una vía legal. Tenemos que anticiparnos a una insurrección que podría acabar en un baño de sangre. Si la población arremetiera violentamente contra ellos, se pondría al mismo nivel de ese monstruo. Es necesario que nos amparemos en el Derecho o nuestra sociedad estará perdida.

—Te comprendo —afirmó Victoria—. Pero, después de lo que he visto, ya no confío ni en los jueces, si quieres que te diga la verdad.

—Pues no nos queda más remedio que hacerlo —insistió Cata—. Tendremos que volver a una convivencia pacífica y eso será muy difícil si empieza a correr la sangre por las calles. Cuando la conciencia colectiva se despierta tiene una fuerza imparable. Habría que reconducir esa energía al camino de la ley. Por eso me he puesto en contacto con Esther. Alguien tendrá que dar una nueva perspectiva a la masa enfurecida. Creo que ella sería la idónea.

—Estoy de acuerdo —intervino Francesca—. Además, su partido fue

el segundo en número de votos. Creo que es la candidata perfecta para dirigir el movimiento que derroque a César Barral.

—Quizás tengáis razón, pero debemos darnos prisa —dijo Victoria —. La revolución puede explotar en cualquier momento.

—Sí. De hecho, ya está aquí. Empezó el día en que esos carteles comenzaron a multiplicarse por todas partes —declaró Francesca.

—Mañana mismo iré a la residencia. Intentaré hablar con Pilar. Acudiré a vuestra casa en cuanto contacte con ella y os contaré lo que me ha dicho.

—De acuerdo. Nosotras nos vamos ya —dijo Cata—. Encantada de conocerte, Dolores. Saluda a tu hija de nuestra parte, Victoria.

—Se pasa horas encerrada en su cuarto leyendo. Mañana hablaremos, chicas.

Cuando la casa estuvo en calma y su madre se hubo acostado, un impulso hizo que Victoria fuera hasta la estancia que tenía habilitada como estudio. Allí, bien guardada en un cajón, estaba la preciosa Leica cromada, la puerta a ese otro mundo en el que había dejado abandonada a Daniela. La cogió entre sus manos para observarla con detalle. Sus dedos, al acariciarla, presentían que un nuevo viaje estaba cerca, aunque sabía que no podía irse ahora. La insurrección se aproximaba y ella no pensaba perdérsela. Le encantaría tener a su lado a Daniela cuando todo se desencadenase. Y, por supuesto, a Gerda Taro y a Ted Allan, los amigos que la acompañaban siempre en su aventura dentro de esa burbuja del pasado. *Deseos imposibles*.

Dejó la cámara de nuevo en su escondite y se dirigió a la habitación que compartía con su madre. Tenía una misión importante que podía cambiar la situación política de su época actual. Debía descansar y centrarse.

Al día siguiente, poco después de la hora sugerida por su madre, Victoria se plantó en la residencia. El vestíbulo transmitía aquella tarde una normalidad absoluta. Los residentes iban y venían por los pasillos; algunos, debido a su estado, eran acompañados por personal del centro, o bien caminando con dificultad o bien desplazándose en sillas de ruedas. Victoria se acercó a recepción. Su madre le había comunicado que Pilar siempre trabajaba en turno de tardes. La mujer joven que había tras el mostrador se dirigió a ella con amabilidad.

—Buenas tardes, dígame.

—Hola, mi madre fue residente durante un tiempo en este centro. Ella me ha pedido un favor. Quería obsequiar con un detalle a una de las enfermeras. Me ha dicho que está muy agradecida con todo el personal, pero especialmente con ella.

—Por supuesto, dígame el nombre de la enfermera —respondió con una sonrisa cortés, echando un vistazo rápido a la caja de bombones que Victoria llevaba en la mano.

—Pilar Beltrán.

—Ahora mismo la localizo. Espere allí, por favor —le indicó, señalando una pequeña y acogedora sala de espera situada muy cerca de la entrada. Desde la sala pudo ver cómo llamaba a un joven uniformado que pasaba por delante del mostrador. El chico se acercó y habló con ella. Victoria imaginó que le estaría preguntando por Pilar.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando la joven de recepción se personó en la sala de espera acompañada por una mujer morena, algo rellenita y de cara bondadosa. Le dijo que era Pilar y la dejó a solas con ella.

Cuando entró en la sala, la enfermera la contempló con cara de curiosidad.

—¿Eres Pilar Beltrán?

—Sí. ¿Qué querías?

—Me llamo Victoria. Soy la hija de Dolores.

Al escuchar el nombre, a la enfermera le cambió el gesto. Su rictus reflejaba una mezcla de preocupación y miedo.

—¿Puede oírnos alguien? —preguntó Victoria en voz baja.

—Salgamos al jardín —señaló, dirigiéndose de inmediato hacia la puerta.

Victoria la siguió.

—Vamos fuera —anunció con su mejor sonrisa, cuando pasó por delante de la chica de recepción.

En medio del frondoso espacio de paseo que rodeaba al edificio, Pilar se decidió por fin a hablar.

—Me ha dicho la de recepción que me habías traído un regalo. Dámelo y finge una conversación trivial.

Victoria hizo lo que le pedía y Pilar se dedicó a abrir los bombones mientras hablaba sin abandonar la sonrisa.

—No me extrañaría que hubieran puesto micrófonos en la sala de visitas, por eso te he traído aquí. ¿Cómo está tu madre?

—Muy bien —respondió Victoria también sonriente—. He venido a preguntarte si tú y tus compañeras de las otras residencias os atreveríais a declarar ante un juez sobre lo que habéis descubierto en los registros, o sobre cualquier cosa fuera de lo normal que hayáis visto. Incluso si sospecháis de alguna persona en concreto. La principal opositora a César Barral quiere denunciar lo que está pasando. Está al corriente de todo, pero necesita testimonios y pruebas.

—Nos jugamos la vida. Lo sabes, ¿verdad?

—La mujer de la que te hablo es Esther Volán, imagino que la conoces. Os promete protección. Al declarar, se abrirá una investigación. Si logramos probar que lo de los asesinatos es a nivel estatal, acabaremos con este gobierno. Entonces ya no tendríais de qué preocuparos. En Madrid ya tenemos pruebas facilitadas por gente

de las propias residencias.

—Yo estoy dispuesta a declarar, pero tendría que ir a hablar con mis compañeras.

—Gracias, Pilar. También hay otra cosa un poco más difícil que sería definitiva para probar los hechos, pero implica que os arriesguéis. ¿Podríais hacer fotos con el móvil de esos registros? De todos los que podáis.

—Desde que se extendieron las pancartas no nos dejan tocar los ordenadores. De hecho, sé que les han cambiado la contraseña. Antes entrábamos todos los sanitarios para escribir los partes diarios en el programa, pero ahora nos facilitan hojas de papel sueltas. Nos toca escribirlo todo a mano y luego se lo llevan y alguien de confianza lo introduce en el ordenador. No sé si la dirección del centro está implicada, pero lo que está claro es que no quieren que salga información al exterior de ningún tipo. Es contraproducente para el centro. De todas formas, tengo copias de algunos registros. Las hice con el móvil en cuanto me di cuenta de que pasaba algo raro. Mis compañeras también tienen algunas fotos de los registros de sus residencias.

—Perfecto. Guardad bien esas fotos. Con vuestras declaraciones y las fotos imagino que el juez ordenará que requisen los ordenadores para examinarlos.

—Pues tendrían que entrar aquí sin avisar. Seguro que alguien borrará los registros si se entera de que van a llevárselos.

—No te preocupes, se lo diré a mi amiga, que es quien está en contacto con Esther Volán. Te agradezco tu colaboración, Pilar.

—Gracias a vosotras por lo que estáis haciendo. Esto tiene que acabar. Ya me avisaréis de lo que sea. En cuanto pueda, hablaré con mis compañeras de las otras residencias.

—En los bombones tienes mi tarjeta con la dirección de nuestra casa. Si tienes noticias, ven a contárnoslas.

—Lo haré —afirmó, sin dejar de sonreír en todo momento, como si estuviesen teniendo la conversación más intrascendente del mundo—. Gracias por los bombones —apuntó, alzando un poco más la voz—. Y da un abrazo a tu madre de mi parte.

—Me he alegrado de conocerte —dijo Victoria en el mismo tono, mientras Pilar la acompañaba de nuevo hasta la salida.

El único medio que tiene el hombre de conservar su libertad es estar dispuesto a morir por ella.

Todo extremismo destruye lo que afirma.

MARÍA ZA

Corriendo riesgos.
Viernes, 20 de diciembre

Marina contemplaba estupefacta el despliegue de mensajes en las fachadas mientras circulaba hacia el Palacio de la Presidencia de la República. Por la noche los carteles parecían reproducirse y cada mañana había más. La revolución social estaba en plena efervescencia. Finalmente, la gente había sacado sus propias conclusiones.

En cuanto llegó al edificio, repitió el recorrido habitual de las últimas jornadas, acudiendo al entresuelo —al llamado Salón Dorado Pequeño —, donde se encontraba el despacho de la secretaria del presidente.

—Siguen reunidos a puerta cerrada en la Sala del Consejo — confirmó Marga.

Harta de recibir la misma respuesta desde hacía días, se marchó anunciándole que iba a estar en su despacho, pero emprendió el camino hacia el lugar de reunión que le había indicado. Conocía muy bien el edificio y sabía que la Sala Vella donde se reunía el Consejo compartía pared con la Sala del Archivo. Esperaba poder meterse allí desde la Sala de Escribanía y escuchar a través de una de las puertas que conectaban las dos estancias. Confiaba en que nadie le preguntara qué estaba haciendo. Durante el recorrido tuvo suerte y solo se cruzó con un funcionario que la saludó sin prestarle demasiada atención. Sabía que delante de la puerta del lugar de reunión habría varios miembros del equipo de seguridad. A la Sala de Escribanía, contigua a aquella en la que pretendía colarse, se accedía desde una escalera diferente, por lo que los guardaespaldas no tenían por qué descubrir su presencia. Se metió sin hacer ruido en la primera sala. Era preciosa y antigua, del siglo XV, al igual que la siguiente, pero no era momento de admirar los originales artesonados del techo de madera natural, así que se dirigió rápidamente hacia la Sala del Archivo. Por suerte, no había nadie. Cerró con cuidado la puerta tras ella. La luz estaba encendida, a pesar de que entraba el sol a raudales a través de los cristales que miraban hacia el patio cubierto. Se quedó allí quieta, contemplando los armarios que vestían las paredes, una verdadera joya de ebanistería valenciana, así como la inmensa mesa de reuniones

que ocupaba el centro. Después observó con nerviosismo las dos pesadas puertas que conectaban con la sala de reuniones. Esperaba que no se les ocurriera salir por allí de improviso y la pillaran en un lugar donde difícilmente podría justificar su presencia. Quizás consiguiera zafarse, explicando su urgencia de hablar con el presidente, lo que justificaría hasta cierto punto que le esperaba en aquella sala, aunque sabía que la excusa no se sustentaba. Lo normal hubiera sido que aguardara su salida delante de la puerta donde estaba el equipo de seguridad.

En la Sala del Archivo había también una larga mesa auxiliar con varias tazas sucias, jarras térmicas grandes, una bandeja con algunas pastas y todo un set de azucarillos y edulcorantes. Por lo visto, habían dejado allí los restos del desayuno de los miembros del Consejo. La reunión debía de haber empezado muy temprano.

Del otro lado de una de las puertas le llegaba con nitidez un rumor de voces. Marina se acercó a ella y puso el oído, exponiéndose a que alguien la pillara escuchando, pero ya no había marcha atrás. Debía enterarse de lo que estaba pasando. No tenía más opción que arriesgarse.

—¿Cómo saben que lo de internet lo hemos hecho nosotros? —oyó que decía uno de ellos.

—No lo saben —respondió César Barral—. Hay que aguantar el tirón. La gente está enfadada porque le han quitado su caramelito y arremeten contra lo que tienen más cerca. Son como niños. Se cansarán de los carteles.

—¿Y si no es así, presidente? —intervino otro ministro—. Es imposible quitarlos todos. A la ministra de Cultura le ha pillado todo este revuelo en Madrid. Viene de camino. Nos ha llamado diciendo que los mismos carteles están por todas partes. La noticia corre de boca en boca. ¿Qué hacemos? ¿Bloqueamos las fronteras y los aeropuertos también para el comercio? No podemos evitar que se difunda como el maldito coronavirus que nos jodió a todos.

—No podemos hacer eso. Necesitamos que las mercancías circulen.

—Pues ya han encontrado a tres periodistas intentando salir del país en camiones de transporte internacional. Nuestros contactos aduaneros se han encargado de ellos. Ya están en La Granja.

—Ministro de Alimentación, quiero que te asegures de que La Granja siga libre de toda sospecha.

—No va a haber ningún problema, presidente. Sigue funcionando como la mayor productora de carne porcina de la provincia. Nadie sabrá nunca con qué *delicatessen* alimentamos a nuestros cerdos.

—Tenemos que continuar con nuestros planes. Ante todo, os pido tranquilidad. ¿Qué pensáis que pueden hacer? ¿Lincharnos? No tienen un programa de actuación. Por muchos carteles que pongan, no hay

una verdadera organización detrás. ¿Quién conoce a esas insurrectas? Son fantasmas. La gente solo tiene necesidad de gritarle a alguien. Esta tarde haré una comunicación en televisión y radio. Intentaré calmarlos. Ahora, calmaos vosotros.

Marina oyó ruido de sillas, como si alguien se levantara. Con el corazón en un puño, se apresuró a salir de la sala a toda prisa, aunque la buena suerte no la acompañó esta vez. Una de las dos puertas que conectaban con el lugar de reunión se abrió repentinamente antes de que pudiera acceder a la Sala de Escribanía y, al darse la vuelta, se encontró cara a cara con César Barral.

Marina se agarró a la mesa para evitar que él se diera cuenta de que le temblaban las manos. Podía sentir el miedo metido en cada una de sus células. Tenía que serenarse. Si César descubría su estado, sabría que algo no iba bien. Intentaría capear aquello como fuese.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz y la mirada tan frías que ni siquiera podía reconocerle. Su sonrisa carismática había desaparecido por completo.

—Necesitaba hablar contigo. Te estaba esperando.

Monzón apareció tras él por la misma puerta y la cerró.

—Vamos a mi despacho —urgió César Barral, agarrándola con fuerza por el brazo. Marina se soltó con violencia.

—Sé el camino, no hace falta que me conduzcas. Me estás haciendo daño.

El presidente hizo una señal a su asesor para que los siguiera. Abandonaron la Sala de Escribanía por la escalera que daba al patio gótico y ascendieron por otra que conectaba directamente con el Salón Dorado grande —el despacho del presidente—, sin necesidad de pasar por el de Marga, su secretaria. César Barral hizo que Monzón esperara fuera.

En cuanto entró en su despacho, se dirigió a la cafetera y llenó una taza.

—Menos mal que he salido a por un café. No te hubiera visto. ¿Quieres uno? —dijo sin volverse.

—No, gracias. Me acabo de tomar uno en casa.

—Bien, siéntate —dijo, aparentando una falsa tranquilidad, mientras se acomodaba en uno de los sofás.

Marina se sentó en el sofá contiguo.

—¿Qué has oído? —preguntó serenamente, dejando su taza sobre la mesa baja.

—¿Qué he oído de qué?

—No tienes necesidad de hacer un papel conmigo, Marina. Sé cómo eres y lo que hacías allí, así que contéstame —continuó, con el mismo tono conciliador.

Marina respiró hondo y decidió tomar el toro por los cuernos.

—¿De verdad has orquestado tú todo esto?

—Vale, ahora nos entendemos.

—Explícamelo, por favor, porque no puedo comprenderlo.

—¿Qué no puedes comprender? ¿Qué haya silenciado a la marabunta? —soltó con cinismo, abandonando el papel que había representado hasta el momento, para mostrar, por fin, su verdadera cara.

—Estás hablando de tus votantes. Les debes un respeto.

—El respeto está excesivamente valorado. Hay muchos otros parámetros a tener en cuenta a la hora de regir una sociedad tan compleja como la nuestra. No entiendes que, para lograr la paz, muchas veces hay que tomar decisiones drásticas. La masa estaba empezando a hacer demasiado ruido. Había que implantar un poco de silencio para seguir trabajando por la sociedad que queremos, sin interferencias.

—Estás llamando masa a tu pueblo, César.

—Es lo que es. Masa. El noventa por ciento de las personas que están ahí fuera ni siquiera piensa. Solo repiten como papagayos aquello que alguien grita en las redes sociales. Solo quieren su minuto de protagonismo en la efímera vida que les ha tocado vivir. Eso y alimentar su hedonismo.

—No me creo lo que estoy escuchando. ¿Me vas a decir que también es cierto lo de las residencias? ¿Que estáis matando a la gente mayor de forma programada?

—No sé por qué te escandaliza tanto. La sociedad es muy hipócrita. Cuando alguien no produce, lo encierra en esos centros para no verlo, para no tener que preocuparse por él. Y luego todo el mundo grita porque equilibramos el sistema.

—¿Equilibrar el sistema? ¿De qué estás hablando? Esas personas que estáis asesinando son las que han luchado para que podamos vivir como vivimos hoy en día. Han librado guerras, han sufrido hambre, dictaduras, pandemias. Son nuestros abuelos, nuestros padres. Personas que no lo han tenido fácil y se han roto las espaldas para sacar a su familia adelante, para que podamos vivir en esta sociedad del bienestar que ahora tenemos. Y, cuando ya han dado todo lo que podían, cuando se retiran para disfrutar de un descanso que se han estado pagando día a día durante décadas con su esfuerzo, entonces venís vosotros y le quitáis lo poco que les queda. Porque solo les queda vivir en paz lo que les resta sin trabajar, alimentarse de los abrazos y el cariño de sus familias cuando van a verlos. Leer un libro, ver una película, charlar con otros, recibir el sol en el jardín. ¿Es mucho pedir?

—Muy bonito —dijo él, aplaudiendo—. No pensé que eras tan idealista. Despierta, Marina. El mundo ya no se rige por ideales, ¿no te

das cuenta? La economía manda. Hay que pensar en términos de equilibrio. La gente quiere tener a sus mayores en residencias, apartarlos de la circulación. Muy bien, pues se lo he facilitado. Hemos invertido muchos millones en eso. ¿Cuánto crees que la economía de un país puede resistir alimentando a una masa cada vez más numerosa que no produce nada, que solo supone un gasto?

—¡Por el amor de Dios, César! ¡Son personas! ¡No sobra nadie en este mundo! Cada uno de nosotros estamos aquí y representamos un papel necesario para alguien. ¿Sabes los conocimientos y vivencias que tienen nuestros mayores, la enorme cantidad de cosas que podemos aprender de ellos? Además, esa gente ha trabajado y cotizado toda su vida. Se merece vivir el resto con dignidad.

—¡Abre los ojos! Esos mayores de los que hablas han sido confinados por sus familias en las residencias. Los apartan porque les molestan. ¡Si quisieran tenerlos a su lado, lo hubieran hecho! Los retiran de la sociedad y esperan que alguien se ocupe de ellos. Los ancianos ya no le interesan a nadie.

—¡Eso no es cierto! La vida se ha convertido en algo muy complejo y algunas veces los hijos no pueden hacerse cargo de sus padres, han de trabajar infinitas horas para poder subsistir en esta sociedad que no nos da otras opciones. Además, muchas de esas personas deciden libremente ir a las residencias. Y lo deciden porque supone para ellos un descanso, porque se liberan de obligaciones que por su estado se les hacen cada vez más penosas, como ir a comprar, hacer la comida, limpiar. Las residencias son para ellos un lugar en el que convivir con otra gente, el sitio en el que ya no hay trabajo que hacer, solo ocio. Allí pueden ser felices, hablar con otros, jugar a cosas, compartir sus experiencias. Descansar. Y tú se lo estás robando. ¿Te crees Dios, César?

—Dios no existe.

—Yo no sé si existe, pero lo que me estás diciendo es que a las personas que no producen hay que matarlas. ¿Y luego, a quién más? ¿A los homosexuales, a los de otras religiones? ¿A los que piensan distinto a ti? ¿Ellos tampoco se merecen vivir en tu mundo, a pesar de que sí son productivos?

—Me han dado el mando de esta nación para que consiga una sociedad cada vez más perfecta. Y en esa sociedad no caben personas que utilizan su religión como arma. ¿Nos vamos a dejar invadir por los musulmanes, o por los judíos? No te tengo que contar nada sobre el terrorismo islamista. Y los judíos ya se han hecho con el control de medio mundo. No los quiero en mi país. Horadan los cimientos de nuestra cultura. En cuanto a los homosexuales, pueden seguir haciendo sus cochinadas antinaturales donde quieran, pero no aquí.

—No sabes lo que dices. La religión en sí misma es una opción

íntima, personal, no hace daño a nadie. Todo el mundo es libre de sentir y creer en lo que quiera. Lo que hace daño es la utilización que se hace de pobres gentes para beneficiar intereses terribles. Hay millones de personas de otras religiones que conviven pacíficamente en este país. Personas que hacen su papel en esta sociedad, que trabajan codo con codo a nuestro lado. Además, si estudiaras un poquito de Historia sabrías que esta cultura viene en gran parte heredada del mundo árabe. ¡Y cómo dices eso de los homosexuales! ¡En el siglo XXI! Somos todos iguales, César. Son personas que sienten y luchan por ser felices en esta sociedad de la misma forma que lo haces tú. ¿Por qué te importa quién atraiga sexualmente a otra persona? La homosexualidad es una condición tan respetable como cualquier otra. Además, el sexo es uno de los miles de matices que caracterizan al ser humano. En este mundo tan difícil, cada cual debe hacer frente a un sinfín de cosas para alcanzar un átomo de dignidad y tú me hablas de sexualidad y de religión.

—La verdad es que tenía la esperanza de que comprendieras mi punto de vista. Confiaba en ti —alegó sin escucharla.

—Y yo en ti, te lo aseguro. Esto no me lo esperaba. ¿Qué me dices de Ignacio Lacalle? ¿Y de tu antiguo ministro de Asuntos Sociales? ¿También fueron cosa tuya? ¿Te los quitaste de encima? ¿Y qué es eso de La Granja? Espero no haber entendido bien lo que he oído.

—Cuando uno gobierna, hay que tomar decisiones que no gustan a todo el mundo, Marina. Si tenemos un objetivo trascendente que alcanzar, hay cosas más pequeñas cuya importancia es relativa. Digamos que son daños colaterales.

—No me lo puedo creer. Me tenías tan engañada... Déjame decirte que ese punto de vista que me estás queriendo vender no te lo va a comprar nadie. Si lo hubieras explicado así de bien en tu campaña electoral te hubieran votado cuatro fascistas. Nadie más.

—Lo sé. Esta sociedad hipócrita responde a lo que quiere oír, aunque espera que actuemos en línea a lo que realmente piensa. Te sorprendería saber cuánta gente a la que no llamas fascista piensa lo mismo que yo interiormente.

—Afortunadamente, no mucha. Ya lo estás viendo en los balcones.

—No son tantos los que gritan. Y ni siquiera saben lo que gritan.

—Te darás cuenta de tu error antes de lo que piensas.

—Imagino que tú ya te habrás dado cuenta del tuyo.

Marina calló, intentando adivinar cuál iba a ser su siguiente paso.

—Siento que nuestra colaboración tenga que acabar así —señaló César Barral, absolutamente frío, dirigiéndose a la puerta para hacer entrar a su asesor.

—Encárgate de ella. Vamos a hacer una visita a La Granja —ordenó a Monzón delante de la periodista, sin importarle que ella lo escuchara.

Acto seguido, fue hasta el despacho de su secretaria y le dijo que necesitaba el coche oficial en la puerta en cinco minutos.

Marina, parapetada entre el presidente y su asesor, caminaba hacia la entrada principal del palacio. Su cerebro trabajaba al máximo de revoluciones, intentando hallar la forma de escapar al destino que los otros dos le habían marcado. Lo único que tenía claro era que al esbirro del presidente le habían dado la orden de matarla y que, si nada lo remediaba, su cuerpo iba a alimentar a los cerdos. Sus sospechas acerca de César Barral se habían confirmado y solo tenía ganas de vomitar. ¿Cómo no se había dado cuenta de la clase de depredador monstruoso que era ese hombre? *¿Cómo voy a librarme de la muerte?*

Mientras descendían por la escalinata hasta el patio gótico, podía sentir la dureza fría del cañón del arma de Monzón en la espalda. En cuanto llegaron al patio cubierto que daba paso al exterior, el asesor escondió la pistola, no sin antes amenazarla con meterle una bala en la cabeza si intentaba alguna tontería.

El día era gris, pero nada comparable con los nubarrones que se iban extendiendo por la mente de Marina. Le separaban unos siete metros del coche oficial que los aguardaba en la plaza de Manises, una distancia que aprovechó la periodista para mirar discretamente en todas direcciones buscando un clavo ardiendo al que agarrarse.

Y ahí estaba su clavo. No se lo podía creer.

En la otra parte de la plaza, a unos cinco metros del vehículo oficial, la vio montada en la Harley con el casco puesto. Era como si la hubiera estado esperando. Marina miró directamente hacia ella con el terror pintado en el rostro y Vega le respondió haciendo rugir el motor. No tenía nada que perder. Estaba segura de que ni el presidente ni su asesino a sueldo se habían dado cuenta de la presencia de la fotógrafa unos metros más allá. El conductor abrió la puerta del coche y César Barral se acomodó en el asiento de atrás. Monzón le pisaba los talones y el conductor seguía sujetando la puerta para que ella entrara a continuación. Marina no se lo pensó, giró repentinamente y bordeó el vehículo, corriendo como una posesa hacia la Harley. Dio gracias a que ese día no llevaba un abrigo largo sino un chaquetón corto, por lo que, apoyada en el reposapiés, levantó ágilmente la pierna por encima del portaequipaje y se dejó caer en el asiento trasero, agarrándose a Vega lo más fuerte que pudo. Esta dio gas a la moto y comenzaron una carrera desenfrenada a lo largo de la calle Caballeros.

Marina había sorprendido con su acción a Monzón, que sacó demasiado tarde el arma para apuntar a la mujer que corría hacia la Harley, pero el grito de César Barral evitó que apretase el gatillo.

—¡Aquí no! ¡Sube!

El sicario le hizo caso, guardó la pistola y se coló en el asiento de

atrás junto a él. Este ordenó al chófer que se lanzase en persecución de las motoristas, lo que hizo de inmediato apretando el acelerador, con gran peligro de llevarse a alguien por delante debido a lo estrecho de la vía. Llegados a la altura de la plaza del Esparto, Vega giró bruscamente y se metió en la intrincada red de calles, todavía más angostas, hasta perderse por las adyacentes a la Lonja. Ni siquiera se planteó si la dirección de cada vía era correcta o prohibida. Solo rezaba para no toparse, de repente, con un coche de cara que pudiera bloquearla.

Mientras amarraba su destino a la habilidad de Vega con la Harley, a Marina le llegó de improviso una canción a la cabeza y comenzó a tararearla mentalmente con el fin de alejar el terror. Las notas de *Volar*, de El Kanka y Rozalén, repercutieron en ella como la bocanada de oxígeno que recibe quien lo tiene todo perdido.

«*... volar, no vuelo. Pero... desde que cambié el palacio por el callejón, desde que rompí todas las hojas del guion, si quieres buscarme, mira para el cielo...*».

Existía una imposibilidad material de seguir internándose con el coche por callejuelas tan estrechas y suponía un suicidio ignorar el sentido correcto de la circulación como estaba haciendo Vega con la moto, por lo que César Barral ordenó detenerse al chófer.

—Para, no vale la pena —dijo, al darse cuenta de que las perdían—. Volvamos al palacio.

—Pondré patrullas de vigilancia frente a su casa. Esa no se escapa —aseguró Monzón.

—Más tarde o más temprano daremos con ellas. La de la moto era su amiguita Vega, la fotógrafa. Averigua dónde vive.

Una vez dentro del despacho, el presidente habló en privado con su asesor.

—Cuando las encuentres, ya sabes lo que tienes que hacer. Con total limpieza. No quiero más pancartas.

—Por supuesto.

Ojalá podamos tener el coraje de estar solos, y la valentía de arriesgarnos estar juntos.

EDUARDO GALEAN

Lo inevitable

Vega era totalmente consciente del cuerpo de Marina pegado a su espalda y cómo sus brazos se cerraban en torno a ella con fuerza. A pesar de que presuponía que el coche oficial había dejado de seguirlas —en uno de los semáforos en rojo se giró y constató su ausencia—, continuó acelerando hasta que, llegadas al final de la Avenida del Puerto, alcanzó al cabo de unos minutos la calle Eugenia Viñes y enfiló hacia el párking subterráneo del Hotel Balneario Las Arenas. La idea de refugiarse allí se había abierto paso en su cabeza mientras emprendía la huida desesperada con Marina a cuestas. Con toda probabilidad, y dado el estado de la economía del país, nadie las buscaría en ese hotel de cinco estrellas. Y menos en invierno. O, al menos, esperaba que tardaran en hallar su rastro. Necesitaban ganar tiempo para encontrar una salida a su situación. En la lógica de cualquiera, lo más probable hubiera sido que se escondieran en un hostal pequeño y discreto.

La periodista permanecía en silencio, a pesar de que ya estaban a salvo dentro del aparcamiento privado del hotel. Vega se quitó el casco y descendieron de la moto.

—Siento no haber traído otro casco —dijo, observando la cara de Marina. Pretendía sacarle una sonrisa, pero se dio cuenta de que ella no reaccionaba a su broma. Seguía pálida, con el rostro inexpresivo y sin soltar una sola palabra.

—Vamos a recepción. ¿Llevas tu DNI?

—Sí —respondió lacónica.

Una vez en el mostrador y ante la actitud de la periodista, decidió tomar la iniciativa.

—Querríamos una habitación doble —pidió a la recepcionista.

—¿Con balcón al mar?

—Sí, por favor —respondió, fingiendo que estaban allí para una cita romántica.

—¿Cuántos días desean quedarse?

—Una noche.

—De acuerdo. ¿Me facilitan sus documentos de identidad?

Vega pensó que, debido a la caída de las redes, los esbirros de César Barral no tendrían posibilidad inmediata de indagar en los registros de los hoteles. Solo podrían hacerlo visitando físicamente los

establecimientos. Y había miles. Sin internet, el hotel tampoco podría enviar la documentación de la clientela. Se marcharían de allí antes de que las descubrieran, así que entregó su documento sin pestañear. Una vez hecha la inscripción, la mujer les entregó la tarjeta de apertura y les dijo que las líneas internas funcionaban, por lo que, si necesitaban algo, podían apretar una tecla y ponerse en contacto con ella.

La habitación estaba ubicada en la cuarta planta y su equipamiento respondía a las cinco estrellas que exhibía el hotel. Era amplia, lujosa, con suelo de parqué y todas las comodidades que se pudiera esperar. Marina entró y fue como un autómata hasta la puerta acristalada del balcón, fijando su mirada en la impresionante estampa de la playa. No había ni un alma, ya que era plena temporada de invierno. Esa mañana el mar se mostraba bastante revuelto. Continuó un rato contemplando el horizonte gris en silencio, por lo que Vega se quitó la cazadora, la dejó sobre una silla y se aproximó a ella, preocupada.

—¿Cómo estás?

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó quedamente.

—Ganar tiempo para poder pensar. ¿Me vas a contar qué ha pasado?

Marina se dio al fin la vuelta y caminó despacio hasta sentarse en el borde de la cama.

—Iban a matarme —dijo, como si al hacerlo empezara a asumir que lo sucedido era real.

El hecho de verbalizar esa idea en voz alta provocó que se rompiera un dique dentro de ella y comenzó a llorar sin consuelo. Vega se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para atraerla hacia sí. Cada sollozo de Marina le rebotaba en el pecho y se le clavaba en el alma.

—Estás a salvo, estás a salvo... —le repetía sin cesar.

Pasado un primer desahogo, la periodista se separó un poco y la miró.

—¿Por qué estabas allí?

Vega se quedó enganchada a sus ojos, mucho más verdes que pardos a causa de las lágrimas.

—Tenía miedo de que te hiciera algo. Llevo vigilando esa puerta toda la semana, comprobando que entrabas y salías sana y salva del palacio. Hoy, cuando te he visto ir hacia el coche flanqueada por él y ese matón que le acompaña siempre, he sabido que ocurría algo malo. Se podía leer el terror en tu cara.

—Yo te tiro de mi casa y tú te pasas la semana vigilándome para que no me suceda nada... —dijo muy quedo, mientras le agarraba la mano y se quedaba ensimismada contemplando los largos y finos dedos—. Tienes manos de artista... —susurró, con una voz que a Vega le provocó un estremecimiento; un estremecimiento que se convirtió

en taquicardia cuando ella levantó la vista y fijó la mirada en su boca.

Vio cómo se aproximaba y pensó que iba a desmayarse. Con el corazón saliéndosele del pecho, recibió el roce leve de sus labios. Los tenía sedosos, mullidos, húmedos. Cuando Marina los entreabrió para acariciarla con su lengua, Vega gimió, muerta de miedo y de deseo. Ya no tenía capacidad para pensar, solo podía sentir el sabor de ese beso, el perfume que emanaba de su piel —que le había vuelto locos los instintos con anterioridad— y la determinación de las manos de aquella impresionante mujer mientras tiraba de su camisa para sacársela de los pantalones.

En menos de un minuto, no había cerebro entre esas cuatro paredes que funcionara con coherencia. La periodista se separó de golpe para quitarse el chaquetón y desabrocharse la ropa sin dejar de mirar a Vega. Esta la observaba paralizada, incapaz de mover un dedo. Segundos después, pudo contemplar la desnudez espléndida que se le ofrecía y su respiración quedó en suspenso. La mente no sabía reaccionar, así que se dejó hacer, permitiendo que ella la fuera desvistiendo con manos hábiles.

Marina, siempre ávida de tener el control, la inmovilizó contra el colchón con su propio cuerpo. Vega notaba los labios hinchados y calientes, a causa de los besos inflamados de la periodista. Le quemaban las zonas de la piel por donde discurrían sus dedos. Hacía calor en aquella habitación, un calor insoportable. De repente, la fotógrafa pareció despertar de su trance y se escurrió de debajo de ese cuerpo magnífico para tomar las riendas, como había hecho siempre. A Marina no le dio tiempo a protestar. Se enganchó a sus ojos mientras, muy despacio, las manos de Vega comenzaban a ejecutar el arte que mejor conocían. La periodista no fue consciente de que sus labios se movían implorando.

—Necesito...

—Lo sé...

—Oh... Vega...

Había algo ancestral en el movimiento de sus caderas, en el sonido gutural que ascendía por su cuello echado hacia atrás. *Magia en estado puro*. Eso pensó, mientras contemplaba los mechones desordenados de cabello rubio en torno al rostro iluminado por el éxtasis. Con la sangre palpitando en sus oídos, la mujer morena alimentó una vez más su alma con las sensaciones que le generaba el goce de su compañera, su cuerpo entregado, las manos aferrándose a ella como si no existiese nadie más en el mundo.

Frente contra frente, esperó a que Marina recobrara el resuello. Vega se apartó un segundo para poder absorber la mirada brillante, el rostro encendido. Era hermosísima. La besó con ternura y ella le respondió por instinto, dejándose conducir por sensaciones tan nuevas

como sorprendentes. Al cabo de un minuto, los dedos de la periodista empezaron a vagar por la piel de Vega en busca de una merecida recompensa. Necesitaba verla entregada, no podía pensar en otra cosa. Lo deseaba con fuerza. Sin embargo, y para su sorpresa, Vega frenó su avance.

—¿Qué pasa? —dijo con voz ronca.

—Yo... me conformo con verte feliz.

—No digas tonterías, quiero hacerte el amor. No lo he hecho nunca con una mujer, pero puedo hacerme una idea de lo que te gusta —ronroneó—. Ven...

—No puedo —afirmó, alejándose de ella, para permanecer tumbada a un lado de la cama con la vista clavada en el techo.

Marina la contempló confusa. No se esperaba aquello.

—¿Qué pasa? —preguntó con calma.

Vega tardó unos segundos en responder. Tomó aire y habló sin mirarla.

—No puedo llegar al orgasmo.

Marina se quedó sin habla, aunque reaccionó rápido.

—Explícamelo, por favor. Quiero ayudarte.

La fotógrafa tragó saliva y se sentó, abrazándose las rodillas. No sabía cómo hacerlo. No se lo había contado a nadie desde aquel día.

—Por favor, Vega... confía en mí. Me importas. Me importas mucho.

Ella la miró un segundo con los ojos inundados, aguantándose las lágrimas.

—Fui violada.

—Quiero que me lo cuentes, por favor... —pidió con un hilo de voz, sin atreverse a tocarla. El rostro de Vega parecía esculpido en piedra. Con la mandíbula apretada, su mirada reflejaba un dolor infinito.

—Tenía dieciocho años. Fueron tres hombres —dijo con la garganta agarrotada y la vista fija en la pared que tenía enfrente.

De golpe, las palabras fueron surgiendo a más velocidad que las lágrimas, a borbotones, sin freno, escupiendo los detalles que su mente había estado guardando durante tanto tiempo. No se dio ni cuenta de que Marina la cogía entre sus brazos y comenzaba a mecerla, mientras un torrente de imágenes se abría paso en su cerebro y acababa escapando por su boca. Ni siquiera había sido consciente de que recordaba tantas cosas. La mujer que la acunaba oía estremecida cada palabra, sin poder evitar unirse a ella en un llanto silencioso.

Cuando Vega dejó de hablar, cuando había vomitado lo que la estaba envenenando desde hacía más de treinta años, Marina le sujetó el rostro para besar su frente, sus ojos y, finalmente, sus labios, armada con una dulzura que ella misma desconocía. La mirada de la fotógrafa le hizo saber que había hecho pedazos la barrera. Libre del peso desgarrador que había supuesto esconder aquella atrocidad durante

lustros, podía permitirse intentarlo, así que dejó que Marina deslizara sus yemas por las zonas más sensibles de su piel, muy despacio, casi con reverencia, procurando absorber cada reacción que aquel contacto provocaba. Mientras Vega temblaba como una hoja, ella la calmaba con sus besos, susurrándole al oído sin dejar de acariciarla. La enardeció con sus manos hasta el límite, sintiendo cómo se aferraba a su cuerpo cada vez más fuerte, temerosa de caer en el abismo terrorífico del placer. Comprendiendo su temor, la acompañó con paciencia infinita —lentamente, pero sin tregua—, abrazándola con todo su ser, obligándola a sucumbir con el arrullo de su voz, hasta que Vega no tuvo más remedio que claudicar, alcanzando la cumbre con un gutural gemido.

Rotos todos los diques, aquella cama se convirtió en un carrusel del que ninguna de las dos quería bajarse; una noria de pasión y sentimientos a flor de piel que era imposible traducir con palabras.

Un tiempo más tarde, el hambre provocó una tregua forzosa para reponer energías. Vega tuvo que llamar a recepción para pedir una botella de vino y algo de comida. Mientras daban buena cuenta de ello, la fotógrafa decidió afrontar el tema de la peligrosa situación en la que se encontraban.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos volver a nuestras casas. Él sabe perfectamente que fui yo quien te rescató. Aunque no hubiera visto mi moto con anterioridad, habrá tomado nota de la matrícula mientras nos perseguía.

—No lo sé —respondió Marina llevándose la copa a los labios—. Mi mundo acaba de ponerse patas arriba y tengo mucho en lo que pensar, pero ahora mismo no soy capaz de hacerlo. Necesito tiempo.

—Tienes razón, tenemos hasta mañana para decidir. Lo único que deseo ahora es quedarme aquí para siempre —dijo contemplando a su amante, la cual permanecía tumbada mostrando una desnudez que no se circunscribía solo a su cuerpo. Deslizándose hacia abajo, Vega posó los labios en una zona próxima a su ombligo, lo que provocó que la periodista ronroneara de placer y se olvidara de la conversación que habían iniciado. Era hora de dejar la mente en blanco y, simplemente, sentir.

Al final, el cansancio y el sueño consiguieron lo que la voluntad no permitía. Horas después, Marina abrió los ojos y fue consciente del cuerpo de Vega pegado al suyo y su brazo rodeándole la cintura, revelando una intimidad incontestable. Con cuidado de no despertarla, se fue deshaciendo del abrazo para salir de la cama. Contempló a la mujer dormida desde cierta distancia. Una suerte de vértigo se apoderó de ella y huyó con su ropa hacia el cuarto de baño.

Tras la ducha, se miró al espejo. ¿Qué había ocurrido allí? Eran demasiadas cosas en veinticuatro horas. Las circunstancias la habían

lanzado a los brazos de Vega y no había tenido tiempo de pensar. Marina quizás había estado preparada para asumir una relación sexual con una mujer, pero no para lo que ocurrió después: nunca hubiese esperado toparse con tal grado de intimidad, de confidencias, de ternura. La ternura era algo nuevo, peligroso; algo absolutamente aterrador. Acabó de arreglarse y regresó a la habitación. Vega seguía respirando profundamente, desnuda en cuerpo y alma sobre las sábanas blancas. Necesitaba salir de allí o se ahogaría, así que se marchó sin despertarla. Ella, que siempre sabía la forma de controlarlo todo, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo manejar aquello.

Bajó a recepción y pagó la cuenta. Dio gracias a que llevaba bastante dinero encima. Sus nombres figuraban en el registro del hotel, pero le daba igual dejar un rastro que permitiera a César Barral averiguar que habían estado allí. Ya no le importaba lo más mínimo.

Considerando que no podía volver a su casa, solo se le ocurría un lugar al que acudir.

Nada ha cambiado y, sin embargo, todo existe de otra manera.

JEAN PAUL SART

Miedo

Mientras caminaba por el paseo marítimo, Marina se subió el cuello del chaquetón. Hacía frío, a pesar de que el sol estaba ya en su zénit. Contempló pensativa la playa y se sintió perdida en medio de aquel sábado inestable. El viento helado traía amenaza de lluvia y las nubes iban cubriendo de un gris sucio las escasas áreas que todavía exhibían el azul blanquecino del cielo mediterráneo. Intentó recordar la dirección exacta de su amiga Cata. Sabía que no se encontraba demasiado lejos de allí. Esperaba llegar antes de que se pusiera a llover.

Cuando Cata abrió la puerta, no pudo ocultar su extrañeza al encontrarse con el rostro de Marina. No sabía si le había sorprendido más que estuviese allí a esas horas o la expresión de honda preocupación que había en su cara.

—¡Marina! ¿Qué ocurre?

—Hola. ¿Puedo pasar?

—Claro, entra. ¿Qué ha sucedido?

Miró a su amiga unos segundos sin saber qué responder, lo justo para que Cata viera imágenes inconexas y confusas en su mente.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? —le conminó, al observar la tensión de sus rasgos.

En ese instante, apareció Francesca.

—Hola, ¿sucede algo? —preguntó, al ver las caras de las dos.

—Ahora os lo cuento —dijo la recién llegada suspirando.

—Esperadme en el salón —señaló Francesca—. Voy a por unas cervezas, presiento que las vamos a necesitar.

Cata contempló a su amiga. A pesar de su estado de nerviosismo, desprendía algo distinto a la última vez que la vio. Pensó que parecía mucho más joven de los cuarenta y tantos años que tenía. Se acomodaron en el sofá y, al instante, regresó Francesca con una bandeja y las bebidas. Marina agarró la suya y, sin mediar palabra, se bebió gran parte de la botella de un solo trago.

—O tenías mucha sed o pasa algo grave. ¿Nos lo vas a contar ya? Me estoy poniendo nerviosa —afirmó Cata.

Marina comenzó a relatar lo que había descubierto sobre César Barral y su gobierno; explicó que el propio presidente la había sorprendido espiando, la tensa conversación posterior y cómo la había

rescatado Vega de una muerte segura.

—¡Madre mía, Marina, qué horror! —exclamó Francesca—. No me extraña que estés alterada.

—¿Has pensado qué vas a hacer? —preguntó Cata.

—Solo tengo claro que no puedo volver a casa.

—Eso no es problema, te quedarás aquí el tiempo que haga falta —determinó Francesca con rapidez—. Tenemos una habitación de invitados. Te prestaremos ropa, no te preocupes. Esos canallas no van a relacionarte con nosotras, así que en nuestra casa estarás segura.

—¿Dónde está Vega? ¿Qué va a hacer ella? —dijo Cata.

—No lo sé —respondió mirando al suelo.

De pronto, su amiga la examinó con curiosidad.

—¿Qué es lo que no nos has contado? —preguntó, divertida, sabiendo la respuesta.

A Marina se le escapó una sonrisa mientras contemplaba ensimismada lo que quedaba de su bebida. Al final, levantó la cabeza, la miró un instante y se echó hacia atrás en el asiento, cerrando los ojos antes de soltarlo.

—Sí, me he acostado con Vega.

Cata abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Aunque supiera de antemano el destino anunciado por Raquel, no podía negar que la noticia la había cogido por sorpresa. Desde que llegó, Marina había apartado conscientemente de su cabeza lo ocurrido con Vega, de tal forma que no había podido acceder a esa información hasta ese momento. En cambio, ahora le estaba transmitiendo tal cantidad de imágenes que se removió incómoda en el sofá y acabó bebiéndose de un trago media cerveza.

Francesca decidió no opinar, puesto que no tenía tanta confianza con ella como para poder hacer un comentario. No obstante, tenía que reconocer que, a pesar de haberlo constatado en sus propias carnes en un pasado reciente, no dejaba de sorprenderle la capacidad de Raquel de ver el futuro a través de sus sueños.

—Vale —dijo, al fin, Cata—. No hace falta que entres en detalles. Pero ¿dónde está ahora Vega? ¿Qué ha pasado?

—Cuando nos deshicimos del coche oficial que nos perseguía, Vega me llevó hasta el Hotel Balneario Las Arenas y hemos pasado allí la noche. Después de estar desde ayer... bueno, ya sabes... me he dado una ducha y he venido aquí directamente. La dejé durmiendo y ni siquiera le he escrito una nota. No sabía qué decirle. Entre lo que ocurrió ayer y esto, siento que mi vida se ha dado la vuelta del revés.

—¿Qué es lo que sientes por ella? —preguntó Francesca.

—No lo sé, la verdad. Ya no estoy segura de nada.

—Tómate tu tiempo —dijo Francesca—. Lo que te ha ocurrido con César Barral te ha dejado en estado de *shock*. Además, el hecho en sí

de enamorarse supone una conmoción. Y más si no te esperas que sea de una mujer. Te lo digo por experiencia.

Marina la observó sin decir nada. Cata pensó que su amiga de siempre se hubiera defendido con uñas y dientes de esa afirmación. Siguiendo un impulso, se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Bienvenida al club de los mortales —dijo, mirándola con cariño—. Anda, vamos a preparar algo de comer entre las tres.

—¡Eso! Y bienvenida a nuestra casa. Has llegado a tiempo para celebrar mi cumpleaños. Es mañana —reveló Francesca.

—Os lo agradezco muchísimo, chicas. Siento no tener un regalo para ti, Francesca.

—Tu presencia ya es un regalo sorpresa. Mañana haremos una pequeña fiesta. Vendrán también mi hermano, mi cuñada y la niña. Somos gemelos, así que solemos celebrar nuestro común aniversario en familia.

—Estaré encantada —respondió, procurando ocultar la emoción, aunque Cata supo enseguida cómo se sentía. Si algo había echado en falta su amiga en esta vida era el calor familiar.

—Anda, vamos a la cocina —dijo, agarrándola del brazo.

***

Por muy arropada que se sintiera Marina en aquella casa, transcurridos dos días desde la huida de sus propios sentimientos no pudo sino mostrar su desazón por la falta de noticias sobre el paradero de Vega.

—Esperaba que se pasara por aquí o que alguien nos hubiera traído información de dónde podía estar —señaló Cata—. Cada vez que sucedía algo grave solía llamar o venir a casa. Nuestros amigos tienen por costumbre hacerlo, este se ha convertido en nuestro sitio de reunión. Desde luego, no es normal que no haya venido después de lo que os ha pasado.

—Estoy preocupada, Cata. Aunque no sepa que estoy aquí, es extraño que no se haya puesto en contacto con vosotras.

—Ella sabe que tú y yo somos amigas. Quizás imagine que estás con nosotras. Es raro que no haya venido, la verdad. Si sigue sin aparecer, tendremos que ir a casa de nuestros amigos comunes, a ver si alguien tiene noticias —sugirió Cata.

La única manera de lidiar con un mundo sin libertad es llegar a ser to absolutamente libre que tu misma existencia sea un acto de rebelión.

ALBERT CAM

El despertar

Vega se estiró y abrió los ojos. *¿Dónde estoy?* De repente lo recordó todo. El corazón le dio un vuelco y se giró hacia el otro lado de la cama, que todavía conservaba la huella y el calor del cuerpo de Marina. Pensó que estaría en la ducha. Se levantó de golpe, llena de energía. No sabía qué hora era. Su reloj estaba sobre la mesita de noche. *¡Casi las once y media!* Tenían que abandonar el hotel a las doce y ella también quería ducharse, así que debía darse prisa. Se dirigió al baño y llamó suavemente a la puerta, pero no hubo contestación ni se oía ruido alguno. Extrañada, abrió con cuidado. Allí no había nadie. Se dio cuenta de que tampoco estaba su ropa y, además, había una toalla recién usada en el suelo. Debía de haber salido. Buscó por toda la habitación, pero no le había dejado ninguna nota. Sonrió, pensando que la estaría esperando abajo. O, quizás, en la terraza del hotel contemplando el mar.

Tras una ducha rápida, recogió sus cosas y bajó a recepción. No la vio en el *hall*. Decidió pagar la cuenta. Luego la buscaría.

—La mujer que la acompañaba lo ha pagado todo, incluso el párking. Aquí tiene su tíquet para salir —la informó la recepcionista.

—¿Le ha dejado algún mensaje para mí? —preguntó, notando una incómoda presión en el pecho.

—No, lo siento. Tan solo abonó la cuenta y se marchó.

—¿Sabe si pidió un taxi?

—En recepción no lo hizo.

—De acuerdo, gracias.

A pesar de lo que le había contado, Vega salió a la terraza con la falsa esperanza de que estuviese allí, sentada en alguno de los lujosos sofás. Pero allí no había nadie. Hacía frío, con lo que no era factible que la estuviese esperando a la intemperie. Sin poder librarse de un indefinible dolor interno, le vino a la cabeza la canción que acababa de escuchar en el *hall* del hotel. *Remember us this way* de Lady Gaga seguía en su cerebro mientras se dirigía al párking a recoger la moto.

«*Lovers in the night, poets trying to write, we don't know how to rhyme, but damn we try...*».

No sabemos cómo rimar, pero, maldita sea, lo intentamos, pensó para sí misma. Ofuscada, sacó el casco del portaequipaje, se lo colocó

y se puso en marcha. Ya había decidido adónde tenía que ir.

Mientras recorría las calles con la Harley no cesaba de preguntarse la razón de la huida de Marina, aunque se había prometido que no iba a darle vueltas a la cabeza. Después de la intensidad de lo que había ocurrido entre ellas, no podía entender por qué se había ido de esa manera sin dejarle siquiera una mísera nota. Imaginar que se había arrepentido dolía demasiado. No quería hacerlo.

Dónde estás, necesito verte.

Solo esperaba que no hubiese tenido la mala idea de acercarse a su casa. Sabía con certeza que los esbirros de César Barral la estarían esperando. Se obligó a guardar la calma. Más tarde o más temprano tendrían que hablar. Le dolía el corazón cada vez que una imagen del día anterior le venía a la mente. Y tenía miles. Necesitaba localizarla. La única persona del entorno de Marina que conocía era Cata. Quizás había acudido a su casa. No obstante, no iba a perseguirla. En ese momento, no. Debía hacer algo primero y era buscar un lugar donde esconderse una temporada. Tenía claro que no podía ser en la vivienda de sus padres ni de ningún miembro de su familia. Habría que buscar un sitio con el que nadie la relacionara. Esperaba que Raquel pudiese darle ese cobijo, puesto que en casa de Victoria sería imposible. A su amiga le tocaba dormir con la madre, ya que la otra habitación de la casa era la de su hija adolescente y no iba a compartirla con ella.

—¡Vega! ¿Ha ocurrido algo? —exclamó Raquel, alarmada, en cuanto abrió la puerta.

—¿Podemos hablar?

—Claro, estaba preparando un aperitivo. Pasa.

Luis salió a su encuentro. Era un hombre moreno, varonil y atractivo que siempre le había parecido buena persona. Raquel le había contado cómo iniciaron su relación hacía varios años. Luis y la que era entonces su novia habían contratado a Raquel como fotógrafa para su boda. El destino quiso que la pareja se separara antes del evento, con lo que Luis tuvo que acudir al estudio para contárselo y anular el contrato. De forma inesperada, se sintieron cómodos con su mutua compañía y surgieron las confidencias. Él la invitó a un café, lo que dio inicio a una amistad que los abocó en poco tiempo a algo mucho más profundo. No obstante, antes de que ocurriera algo físico entre ellos, Raquel le confesó que hacía poco que se había sometido a una operación de reasignación de género. Luis demostró no solo que carecía de cualquier clase de prejuicio por el hecho de que fuera una mujer transexual, sino que respetaba que no pudieran tener relaciones completas durante un tiempo, ya que ella todavía estaba en período de dilatación de su nueva vagina. La convivencia corroboró después la clase de hombre entregado, cariñoso y buena persona que era. Luis estaba loco por Raquel y a Vega le constaba que era mutuo.

—¡Llegas a tiempo para la cerveza! —exclamó él.

En cuanto se acomodaron en el salón, Raquel quiso saber qué sucedía, ya que era muy raro que Vega apareciera a esas horas de un sábado por su casa.

—Se han complicado las cosas. Marina ha constatado que todo lo que sospechábamos era cierto. César Barral la ha pillado espiando una reunión que estaba teniendo con su gobierno. Escuchó con toda claridad que fueron ellos quienes manipularon internet y coaccionaron a los medios de comunicación. De hecho, me ha explicado que tuvo una tensa conversación con el presidente en su despacho y que él no tuvo problemas para confirmar lo de las residencias. Incluso la intentó convencer con argumentos. Y tampoco negó su implicación en la muerte de Ignacio Lacalle y del ministro de Asuntos Sociales. Ni la existencia de La Granja. Lo llamó daños colaterales.

—¡Madre mía! ¿Dónde está Marina? ¿Cómo te ha podido contar todo eso? Porque imagino que no la habrán dejado marchar sin más con toda esa información...

—La iban a matar, Raquel. Sospechando el peligro que corría, he estado toda la semana apostada enfrente del palacio. Horas y horas. La veía entrar y esperaba hasta que terminaba su jornada. Cuando comprobaba que volvía a salir sola y fuera de peligro, regresaba a mi casa. Ella no se daba cuenta, ya que yo estaba sentada en la moto con el casco puesto y en un lugar discreto. Pero ayer la vi aparecer a media mañana flanqueada por el presidente y su asesor, el matón que tiene siempre a su lado. De hecho, cuando va con él no necesita otro escolta. Al verla, el corazón me dio un vuelco. Sabía que algo pasaba. La cara de Marina era de puro terror. —Vega hizo una pausa y bebió un trago de cerveza antes de continuar—. Salió mirando hacia todas partes, como buscando ayuda. Entonces hice rugir mi Harley para hacerle ver que estaba allí, muy cerca del vehículo oficial que los estaba esperando. Por suerte, se dio cuenta, echó a correr y se subió a la moto. No sé ni cómo nos libramos de ellos. Huimos por la calle Caballeros con el coche pegado a los talones, pero conseguí despistarlos. Cada vez que me acuerdo, un escalofrío recorre mi espalda.

—Menuda aventura, Vega —dijo Luis—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—¿Dónde está Marina? —preguntó Raquel—. Ninguna de las dos podéis volver a vuestra casa.

Vega dio otro largo trago a su botella antes de responder.

—Ayer ocurrió lo que tú vaticinabas.

—¿Habéis...?

—Sí. Fuimos a un hotel para ganar tiempo y decidir lo que teníamos que hacer. Y... ocurrió.

—Esta vez me alegro de no haberme equivocado. Pero, entonces,

¿dónde está?

—Cuando me he despertado esta mañana se había ido. Pagó el hotel y no dejó ningún mensaje. No sé dónde está ni cómo comunicarme con ella. Lo único que se me ocurre es hablar con Cata, a ver si sabe algo.

—No te preocupes, si seguimos sin noticias iremos a hacerle una visita —afirmó Raquel—. Y tú, ¿cómo estás?

—Muy preocupada. Solo espero que no la hayan encontrado. Si lo hacen, la matarán.

—Presiento que Marina es demasiado lista como para eso.

—¿Y si se le ha ocurrido pasar por su casa?

—No lo habrá hecho, tranquila. Estoy segura de que pronto contactará contigo. Recuerda que mis sueños nunca fallan.

—Y, entonces, ¿por qué se ha ido sin dejarme ni una nota?

—Quizás por miedo a sus propios sentimientos. Dale tiempo.

—Espero que tengas razón —respondió, mirando al suelo.

—¿Tienes adónde ir?

—Por eso he venido, entre otras cosas. ¿Os importa que me quede aquí unos días hasta que decida qué hacer? No puedo ir a casa de mi familia, seguro que a estas horas la vigilan.

—En absoluto. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Te preparo la habitación de invitados inmediatamente —afirmó Raquel.

—Y también necesitarás algo de ropa. Creo que eres de mi tamaño, más o menos —dijo Luis.

—Sí, tendrá que dejártela él, porque no te veo con mi vestuario —sonrió Raquel. La forma de vestir de esta era muy femenina, mientras que Vega tenía un estilo más unisex.

—No, yo tampoco me veo con tu *look* —sonrió a su pesar—. Os lo agradezco mucho. Espero que todo esto salte por los aires muy pronto. La gente está a punto de explotar.

—Eso me recuerda que mañana tenemos una cita con Victoria. Iremos a por ella a la hora convenida. Ya tengo preparado lo que dijimos, está en el estudio. Pasaremos por allí a recogerlo.

Todo lo que importa son esos amigos a los que llamas a las 4 a.m.
MARLENE DIETRICH

Un domingo sin suerte

A las dos y cuarenta y cinco minutos de la madrugada, Raquel bajaba la persiana de su estudio y ponía el cierre de seguridad. Vega estaba junto a ella y portaba algo doblado bajo el brazo. Taparon la matrícula del coche con cinta adhesiva y se dirigieron hacia la calle Bolsería. Unos metros antes de llegar, comprobaron que Victoria las aguardaba ya ante el portal de su casa. Eran las tres y un minuto. Sin más dilación, se dirigieron al destino acordado. Raquel encontró un hueco al principio de la calle y aparcó. Vega, como tenía por costumbre antes de abandonar el vehículo, se puso el pasamontañas, cubriéndose la cabeza y parte de la frente con la capucha de la sudadera y salió del asiento de atrás cargada con el paquete.

—Vuelvo enseguida. Abrid bien los ojos, por si acaso.

El portal estaba situado un poco más hacia delante, en la siguiente manzana. Desde el coche, Raquel y Victoria vieron la silueta encapuchada alejarse hacia su objetivo. En cuanto Vega se metió en el edificio, de improviso se abrió la puerta de un vehículo aparcado a unos sesenta metros de donde estaban y del interior salió un hombre que comenzó a caminar hacia el portal en el que ella había desaparecido. Las alarmas de las dos se encendieron de inmediato. No podían avisarla de ninguna forma, no tenían el recurso de los teléfonos móviles. Impotentes, contemplaron cómo el hombre la esperaba fuera. El desconocido había sacado un teléfono y hablaba con alguien.

—Es un esbirro de César Barral, seguro. Estamos jodidas. Por lo visto, sí pueden comunicarse entre ellos —susurró Raquel.

—Van a cazarla —afirmó Victoria, con angustia.

—Esperemos un golpe de suerte.

No habían transcurrido ni cuatro minutos, cuando la enorme pancarta cubrió parte de la fachada del edificio en el que se había colado su amiga. Al escuchar el ruido, el hombre se alejó unos metros de la acera para poder contemplarla.

IGNACIO LACALLE Y SU FAMILIA
MURIERON EN UN ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL.
EL ANTERIOR MINISTRO DE ASUNTOS SOCIALES
TUVO UN ACCIDENTE CARDÍACO.
SEGURO QUE ALGUNO DE VUESTROS SERES QUERIDOS
HA SUFRIDO UN «ACCIDENTE» SIMILAR
EN LA CÁRCEL,
EN EL HOSPITAL O

EN LA RESIDENCIA.
O HA DESAPARECIDO.
NOS ESTÁN MATANDO
DESPACIO, SIN HACER RUIDO.
EL DÍA DE LA LIBERACIÓN SE ACERCA.

INSURRECTAS

En cuanto lo leyó, el desconocido volvió a ocultarse a un lado de la puerta a la espera de que apareciera su víctima.

Las dos contemplaron indefensas, desde su escondite, cómo Vega salía del portal y él la obligaba a arrodillarse con las manos en la cabeza, apuntándole con un arma. Ambas se escurrieron hacia abajo en sus asientos y no osaron mover un músculo. No podían hacer nada, salvo evitar que las vieran. En unos minutos apareció un Hummer con los cristales tintados y se detuvo junto al hombre que había retenido a la fotógrafa. Del asiento de atrás salieron dos Garantes, agarraron a Vega por las axilas y la obligaron a entrar con ellos en el vehículo. Sin atreverse ni a respirar, Raquel y Victoria se incorporaron lo suficiente para ver desaparecer el Hummer por el fondo de la calle mientras el que había capturado a su amiga subía a su coche, lo ponía en marcha e iba tras ellos.

Las dos esperaron cerca de quince minutos, aterrorizadas, sin decidirse a salir de allí.

—Creo que deberíamos movernos —dijo, al fin, Raquel.

—Sabes lo que va a pasar, ¿verdad?

—Sí, que más tarde o más temprano la harán hablar y luego la matarán. Va a dar nuestros nombres, será inevitable. Tenemos escasas horas para encontrar un lugar donde refugiarnos.

Raquel dejó en casa a Victoria y poco antes de las cuatro de la madrugada estaba de regreso en su vivienda. Luis seguía durmiendo apaciblemente, ignorante de lo ocurrido. Al principio de sus intervenciones como insurrectas, él aguardaba despierto y nervioso su vuelta, mirando el móvil cada diez minutos hasta que la veía aparecer sana y salva. Después de un tiempo, sin teléfonos ni posibilidad de comunicación alguna, decidió relajarse y confiar en que todo iba a salir bien, como siempre había ocurrido. No obstante, esa madrugada sus temores se hicieron realidad cuando Raquel lo despertó con la alarma patente en el rostro.

—Cariño, tenemos que irnos de aquí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, frotándose los ojos.

—Han cazado a Vega. La harán hablar. Hay que marcharse a otro lugar una temporada.

—Pero ¿adónde vamos?

—En principio, a casa de Sergio. Voy a hacer la maleta. Coge solo lo imprescindible.

Minutos después, Raquel llamaba insistentemente al videoportero de Sergio, hasta que por fin escuchó la voz adormilada de su amigo.

—¡Soy Raquel!

Sin demora, sonó el zumbido de apertura y los dos accedieron al portal. Sergio les abrió la puerta en pijama, con el cabello más revuelto que de costumbre y ojos somnolientos detrás de sus gafas. Pipa permanecía a su lado, mostrando la misma cara de sueño que su dueño.

—Pasad —dijo, conduciéndolos al salón.

—Sentimos haberte despertado a estas horas, pero tienen a Vega. Verás... Victoria, ella y yo somos las insurrectas de las pancartas.

—Ya lo sabía. Lo averigüé la última vez que nos tocamos —reveló, sonriendo—. Vaya faena lo de Vega.

—Gracias por tu discreción, amigo —señaló, regalándole una mirada de gratitud—. Estamos en una situación comprometida. Luis y yo necesitamos un lugar donde quedarnos unos días. Ni siquiera puedo acercarme a mi estudio. Él, por suerte, está ahora mismo de vacaciones navideñas, así que tenemos un poco de tiempo para decidir qué vamos a hacer.

—¿Y Victoria?

—Me ha dicho que desaparecerá una temporada, que no me preocupe.

—Pues consideraos en vuestra casa. Me va a encantar que estas Navidades las pasemos juntos. Yo duermo en la habitación que era de Rocío. Hay otra libre con cama de matrimonio, así que no se hable más. Venid por aquí.

La razón como esperanza. Pero a costa de cuánta renuncia. Y quién le cor
poeta del minuto que pasa, quién le persuadirá para que acepte la muerte a
de la frágil belleza de la tarde, del olor de los cabellos amados...

MARÍA

El viaje.
Lunes, 23 de diciembre

Victoria subió los escalones de dos en dos, como si el mismo diablo fuese tras ella. Con manos temblorosas abrió la puerta de su casa, corrió a su estudio y sacó la Leica del cajón donde la tenía a buen recaudo. La acarició con el pulso acelerado. El momento había llegado antes de lo que pensaba. En el mismo escondrijo tenía la pequeña libreta que debía llevar con ella, el memorándum que se había escrito a sí misma contando lo que debía hacer para volver a cruzarse en el camino de Gerda y Daniela; todo aquello que, inexorablemente, iba a olvidar en cuanto cruzara la línea del tiempo. Por último, cogió algo que sería imprescindible si quería regresar: un nuevo objetivo para su cámara.

Mientras lo guardaba todo, aún respiraba con dificultad debido a lo vivido en la última hora. A Vega se la habían llevado y Raquel había conducido como una loca por toda la ciudad para ganar tiempo. Miró el reloj. Eran más de las cuatro de la mañana. Su amiga le dijo que iba a ir a por Luis y luego acudirían ambos a casa de Sergio. Esperaba lograr despertarlo y que les abriera la puerta. No había un minuto que perder. Estaba segura de que los hombres de César Barral conseguirían que Vega revelara sus identidades y pronto se personarían en sus domicilios. Debía darse prisa.

Victoria se despojó de todo aquello que pudiera identificarla con el siglo XXI y fue hasta la habitación de su hija, sentándose al borde de la cama. Miró su precioso rostro relajado. Dormía profundamente.

—Claudia... —la llamó en voz baja. Sentía en el alma tener que despertarla, pero necesitaba despedirse de ella. Decirle que volvía a hacer el viaje.

La segunda vez que oyó su nombre, la joven entreabrió los ojos y la miró sin comprender.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz somnolienta.

—Muy temprano. Escucha, hija, tengo que volver junto a Daniela.

—¿A estas horas? —dijo tras dar la luz y echar un vistazo a su despertador.

—Ha ocurrido algo y tengo que desaparecer una temporada.

—¿Tiene que ver con esas salidas que haces de madrugada?

—Por vuestro bien, es preferible que no lo sepáis.

—¿Qué es lo que no tenemos que saber? —dijo su madre desde la puerta. Se había despertado al escuchar las voces.

—Tengo que irme de nuevo, mamá.

—¿No me vas a contar qué pasa?

—Créeme, es mejor que no sepáis nada. Con toda probabilidad, van a venir a buscarme hombres del gobierno. Os interrogarán. Decidles que estoy fuera haciendo un trabajo. Inventaos lo que queráis, pero que sea coherente.

—¿En qué lío te has metido esta vez? Vale, no me cuentes nada —dijo al ver la cara que ponía.

—¿Cuándo vas a volver? —preguntó Claudia.

—No lo sé, hija. Quizás tarde un poco más esta vez. Espero que aquí las cosas hayan cambiado cuando regrese.

—Haz lo que tengas que hacer, pero vuelve —pidió su madre.

—Siempre lo he hecho, ya lo sabéis —respondió con los ojos brillantes.

—Ten mucho cuidado, mamá —rogó Claudia.

—Lo tendré —respondió, abrazándolas.

La calle Bolsería estaba desierta a esas horas. Emprendió el camino hasta la plaza del Tossal y comenzó a avanzar hacia Caballeros. Hacía frío y, como en las otras ocasiones, estaba muerta de miedo. No podía engañarse, tenía el corazón dividido y siempre sería así.

En un punto que recordaba muy bien, se detuvo. Respiró hondo, agarró la Leica con ambas manos, miró por el visor y, sin dudar, la estrelló contra el suelo.

Ya no había marcha atrás.

¿Qué puedo decirte que te pueda ser útil, excepto que tal vez estás buscando tanta insistencia que consigues no encontrar nada?

HERM

Navidades extrañas

La tensión seguía palpitando en cada esquina de la ciudad, pero la vida se resistía a detenerse. Francesca se marchó temprano hacia el hospital. Solo trabajaría ese lunes, ya que le habían concedido tres días festivos, por lo que no tendría que volver hasta el viernes. Cata, como era habitual, se quedó escribiendo en casa. Mientras tanto, Marina ocupaba su tiempo leyendo y charlando de vez en cuando con su amiga, aunque intentaba interrumpir lo menos posible su concentración. Buscaba no interferir demasiado en la vida de la pareja, aunque su presencia era imposible de soslayar. Estaba más que agradecida, pues tanto Cata como Francesca la estaban tratando como a una más de la familia, le hacían sentirse como en casa.

Hacia la una, Cata fue hasta la cocina y regresó con un par de cervezas y un plato de aceitunas.

—Hora del aperitivo —anunció—. Si te apetece, más tarde prepararemos la comida juntas. Francesca regresará sobre las tres y media.

—Me parece perfecto. Sabes —señaló, tras dar un trago a su botella —, me gusta mucho Francesca para ti. Creo que hacéis una pareja fantástica.

Cata sonrió con cariño.

—Fue complicado al principio. Me resistí con uñas y dientes a esta relación. Aunque me atraía muchísimo y sabía que yo a ella también, no confiaba en que pudiera salir bien. Yo era la primera mujer por la que Francesca sentía algo así. Ella siempre había salido con hombres.

Marina se echó hacia atrás en el sofá y la miró, pensativa.

—Cuando me dijisteis que Vega y yo estábamos predestinadas, creí que era una broma de las tuyas.

—Lo sé. ¿Cómo te sientes ahora?

Se tomó su tiempo para responder y, antes de hacerlo, respiró hondo, como si se hubiese detenido a analizarlo por primera vez y la conclusión le hubiera pillado por sorpresa.

—Entré en *shock* cuando descubrí estos sentimientos, pero no me puedo seguir engañando por más tiempo. Lo que viví el viernes con ella fue... lo mejor que he experimentado en mi vida.

—¿Estás enamorada? —preguntó, aunque ya había leído en su

mente la respuesta. Quería que ella se atreviera a verbalizarlo.

—No sé lo que es eso, Cata. Solo sé que no puedo quitármela de la cabeza, que cada vez que me acuerdo de esos momentos me entra una debilidad en el pecho y tengo que pensar en otra cosa para no llorar.

—¡Ay, amiga mía! ¡Eso es el amor!

—Pues no quiero. Duele.

—¡Y tanto que duele! Pero es lo único que da sentido a la vida. Ya te darás cuenta.

—No sé si compensa.

—Ya lo creo que compensa. Es lo único real. Tengo que comunicarte, querida Marina, que ahora ya no podrás prescindir de esa sensación. Es como una droga. Estar enamorada hace que camines a un palmo del suelo, que tu corazón se acelere sin motivo, que se instale una sonrisa tonta en tu cara al acordarte de ella. Es una enfermedad maravillosa. Todo lo demás pasa a un segundo plano. Lo que creías importante en tu vida antes de que llegara Vega ha quedado relegado a la fila de atrás.

—Pues vaya putada, ahora que no quiere saber nada de mí —sonrió con cierta tristeza.

—Vendrá a buscarte, ya lo verás. Se imaginará que estás aquí. O, al menos, que te has puesto en contacto conmigo. ¿Sabes cuáles son sus sentimientos?

—Quiero pensar que siente lo mismo que yo —respondió con lágrimas en los ojos—. Al menos, durante esas horas me lo parecía. Me he portado como una idiota, Cata. Primero, ignorando todos sus avisos contra César Barral, y luego, huyendo de ella sin siquiera dejarle una nota. Sabiendo, aparte de todo, que no había forma de localizarnos por teléfono.

—Tranquila. Hoy es lunes, han pasado solo dos días. Quizás le haya dolido que te fueras así, pero no podrá resistir mucho más tiempo sin hablar contigo. Te buscará. Además, mañana es Nochebuena. Sabe perfectamente que no puede acercarse a su casa ni a la de su familia sin ponerla en peligro. Estoy segura de que vendrá aquí, o irá a casa de Raquel o de Victoria. Tendrás noticias suyas muy pronto.

—Espero que tengas razón.

***

La mañana del día veinticuatro Cata se marchó a comprar lo necesario para la cena. Marina no soportaba las Navidades. Esas fiestas familiares ponían de relieve su soledad y la llenaban de melancolía. Nunca le habían gustado, pero esa Nochebuena se sentía especialmente triste. Las horas iban pasando y seguía sin tener noticias de Vega.

—¿Cómo estás? —preguntó Francesca, acercándose a ella. Tenía la

vista fija en el paseo marítimo que se vislumbraba a través del gran ventanal.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió, sin responder a su pregunta.

—Claro, vamos a sentarnos.

Las dos se dirigieron a uno de los sofás.

—¿Cómo te sentiste con lo de Cata? Me ha contado que era tu primera vez con una mujer.

—¡Uy! Si tenemos que hablar de esto creo que voy a ir a por un par de copas de vino —rio—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Al cabo de unos segundos apareció con las bebidas y le entregó una a Marina.

—La verdad —comenzó a contar Francesca— es que en ese momento sentí que un vendaval zarandeaba mi vida. Encima nos envolvía una situación crítica. Fue una época tan extraña... Cuando me di cuenta de lo que me estaba pasando, me sorprendió más experimentar esa atracción tan fuerte que el hecho de que fuese hacia una mujer. Nunca me había ocurrido algo así. Mis experiencias con hombres, aparte de escasas, no habían sido como para tirar cohetes.

—Lo cierto es que mis relaciones con hombres siempre han sido muy satisfactorias. Por eso nunca imaginé que iba a sentir lo que he sentido con Vega.

—¿Estabas enamorada de alguno de ellos?

—No, aunque en alguna ocasión sentí cierta complicidad. De todas formas, lo que me unía con ellos era, básicamente, atracción sexual. Con Vega, no sé, es distinto.

—¿Quizás porque intervinieron sentimientos? Esa es la clave que marca la diferencia, los sentimientos. Y, también, no nos engañemos, cierta habilidad natural que tenemos las mujeres para satisfacer a otra mujer —bromeó.

—Sí, eso también —rio, sin poder evitar que un sonrojo nada común en ella apareciese en sus mejillas.

—A las dos nos ha sucedido algo que ha puesto patas arriba nuestras vidas y eso tarda en asimilarse, ¿verdad? Te redescubres de pronto en una faceta totalmente desconocida que te hace plantearte realmente quién eres.

—Así es. Y asusta.

—¡Y tanto que asusta! Pero eso no me hizo desistir. Me tiré a la piscina porque no podía hacer otra cosa. Una fuerza irresistible me empujaba hacia ella. De hecho, fui yo la que tuve que dar el primer paso. Cata no me lo puso nada fácil. Entre lo que estábamos viviendo entonces y mi supuesta «heterosexualidad», ella pensaba que estaba confundiendo un fuerte sentimiento de amistad con otra cosa. ¡Estaba más aterrorizada que yo! No obstante, al final todo ha valido la pena.

No me arrepiento en absoluto. Lo que tengo claro es que estoy totalmente enamorada y que cada día que pasa la quiero más.

—Has dicho que estabais viviendo una situación crítica.

—Sí, fue justo hace un par de años. Ocurrió algo que verías en las noticias.

—¿Te refieres a lo que cuenta Cata en la novela?

—Exactamente.

—Ella me dijo que era todo cierto, pero obviamente no la creí.

—También nosotros queríamos negarlo al principio, pero la evidencia nos abrió los ojos. Y nos los abrió de forma muy cruda, créeme. Si no hubiese sido por Rocío, ninguno estaríamos aquí. Ella dio literalmente la vida por todos.

—Me estás dejando sin habla. ¿Quieres decir que es verdad?

Francesca afirmó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—La vida nos sorprende continuamente —dijo—. Te recomiendo que no luches contra eso. Quizás lo que compartimos entonces influyó en el nacimiento de los sentimientos que ahora tenemos Cata y yo. Puede ser que a vosotras os haya ocurrido lo mismo, vuestra situación también es complicada. En todo caso, enamorarse siempre es un regalo. Es lo mejor que puede pasarnos en este mundo extraño en el que vivimos.

Marina permaneció unos segundos en silencio.

—Gracias por contármelo, Francesca. Esto no está siendo fácil.

—Lo sé —respondió, cogiéndola de la mano—. Pero todo mejorará.

***

Desde que los padres de Cata murieron, su hermana Isabel solía aprovechar las vacaciones navideñas para viajar con su marido. Cata y Francesca acordaron celebrar las fiestas con Pablo, Andrea y su hija Rocío. Esa noche especial tendrían una invitada más. En cuanto llegaron para pasar la Nochebuena juntos, Francesca informó a su familia de que Marina estaba viviendo con ellas y les contó todo lo sucedido.

Marina se sentía muy rara sentada ante una mesa repleta de detalles navideños y rodeada de un calor familiar que no recordaba haber sentido nunca, pues era muy pequeña cuando empezaron los intentos frustrados con familias de acogida. A lo largo de su vida había estado informada de que sus padres biológicos entraban y salían de la cárcel con asiduidad. Lo cierto era que en ninguno de esos períodos de libertad habían hecho el menor esfuerzo por averiguar el paradero de Marina, así que ella decidió hacía mucho que era huérfana, libre e independiente. No obstante, la Navidad la ponía melancólica y solía aprovechar aquellos días festivos para irse de vacaciones a algún lugar, preferentemente tropical, que la alejara de la celebración navideña.

Lo que estaba experimentando en ese momento, sentada ante una mesa engalanada de fiesta, compartiendo risas con personas felices y vestida con un elegante traje que Francesca le había prestado —y que debía reconocer que le sentaba muy bien— era lo más cercano a tener una familia. Tan solo una nube empañaba su realidad en aquel instante: la ausencia de noticias sobre Vega.

Ya hacía rato que Cata se había dado cuenta del estado de ánimo de su amiga, poco propensa a perder el optimismo.

—Mañana vamos a hacer una cosa, Marina —sugirió de improviso —. Por la mañana, si Vega no ha dado señales de vida, iremos a casa de Raquel. Seguro que estará allí. Y en el caso de que no esté, habrá ido sin duda a casa de Victoria. Nos acercaremos para que podáis hablar.

—Gracias, Cata. Siento ocasionaros tantas molestias, pero es que estoy muy preocupada.

—Yo, en tu lugar, estaría igual o peor. Iremos encantadas, Marina — intervino Francesca—. No te preocupes, la encontraremos.

—Parece mentira —señaló Andrea—. Con lo que está ocurriendo en el país y todos estamos celebrando la Navidad como si no pasara nada. Es surrealista.

—Las personas nos agarramos a lo cotidiano con tal de encontrar cierta estabilidad dentro del caos —intervino Pablo—. Por suerte, la protesta sigue ahí, no vamos a olvidarlo. Los balcones continúan llenos de carteles denunciando las barbaridades de ese hombre.

—Sí, pero Andrea tiene razón —dijo Cata—. Aquí estamos, celebrando la Nochebuena, mientras ese asesino sigue actuando con total impunidad. Y nadie se atreve a mover un dedo. Las fuerzas del Estado están en sus manos.

—No nos amarguemos la cena, por favor —rogó Francesca—. Tú ya has hablado con Esther Volán y parece que podrá hacer algo. Es cuestión de tiempo que lo detengan.

—Tienes razón —respondió Cata—. Aunque solo tenemos pruebas de lo de Madrid. Aquí dependemos de que las trabajadoras de las residencias testifiquen. Nos contó Victoria que habían cambiado la contraseña de los programas y que las obligan a escribir a mano los partes del día. No les dejan tocar los ordenadores. Aunque un juez ordene requisarlos, me temo que borrarán los registros, si no lo han hecho ya. No obstante, lo de Marina todavía no lo sabe. Tendremos que ir a casa de Esther para informarle de las novedades. Sumaremos un testimonio más contra César Barral.

***

Eran poco más de las once de la mañana del día de Navidad cuando las tres salieron de casa en busca de Vega. Cata dejó a Marina un gorro

de lana para que escondiera su melena y le sugirió que no se quitara las gafas de sol en ningún momento. Sería peligrosísimo que uno de los Garantes la reconociera. Estaba segura de que César Barral había hecho todo lo posible por localizarla y habría facilitado a su ejército una fotografía antes de dar la orden de búsqueda.

Raquel vivía en una calle adyacente a la avenida de Pérez Galdós. Dieron un par de vueltas por la zona, hasta que encontraron al fin un lugar donde estacionar el vehículo. Marina bajó del coche visiblemente nerviosa, aunque solo Cata, que la conocía mucho y podía leer en su mente, era consciente de su estado. Le apretó suavemente el brazo, mostrándole una sonrisa de afecto para tranquilizarla. En cuanto llegaron al portal y Cata pulsó el timbre de la vivienda, Marina centró la vista en la punta de sus pies, intentando serenarse. El corazón le brincaba en el centro del pecho. Odiaba perder así el control, pero no podía hacer nada por evitarlo. Necesitaba ver a Vega. Los nervios dieron paso a la consternación cuando se dio cuenta, al cabo de varios intentos, de que no había respuesta.

—Aquí no hay nadie —declaró Cata.

—Podríamos pasar por su estudio. Puede que estén allí —sugirió Francesca.

—Tienes razón. No nos cuesta nada. Creo recordar que no estaba muy lejos —dijo Cata—. Vamos al coche.

Al cabo de unos minutos pasaron por delante de la puerta del estudio de Raquel y la breve esperanza de encontrar a Vega comenzó a diluirse. La persiana estaba bajada y el cierre de seguridad puesto.

—Aquí tampoco están —afirmó Francesca—. Es muy raro.

Marina no dijo nada. Los nervios habían dado paso a una honda preocupación.

—Igual han ido a pasar la Navidad con la familia de Luis, no sería descabellado. Solo nos queda ir a casa de Victoria —propuso Cata.

—Vamos a la calle Bolsería. Seguro que está con ella —señaló Francesca, intentando inyectar algo de optimismo a la búsqueda.

—No perdamos más tiempo —dijo Cata—. Esperemos tener suerte.

Con el fin de no descorazonar a Marina, evitó expresar en voz alta la certeza de que Vega no estaba allí. Victoria disponía de poco espacio en su casa, ya que vivía con su madre y su hija y, por lo que había contado, su madre y ella dormían en la misma habitación.

—Eso espero yo también —dijo Marina, sin mucho ánimo.

Una vez estacionado el coche en el aparcamiento anexo al Mercado Central, las tres comenzaron a caminar hacia la calle en la que vivía Victoria. En cuanto llegaron al edificio, Cata se apresuró a tocar el timbre.

—¿Sí? —le respondió una voz femenina al otro lado del interfono.

Marina no pudo evitar que la esperanza le renaciera en forma de

latidos potentes.

—¿Victoria?

—No está. ¿Quién es?

—¿Eres Dolores? Soy Cata, la amiga de tu hija.

El sonido de apertura de la puerta la instó a empujar y las tres se internaron en el edificio.

—Era el segundo piso —apuntó Francesca.

La madre de Victoria les abrió la puerta con la inquietud patente en su rostro.

—Hola, Dolores, te presento a Marina. A Francesca ya la conoces.

Las dos se saludaron.

—¿Pasa algo? Pareces preocupada —dijo Cata.

—Mi madre se ha ido a toda prisa y no sabemos por qué —anunció Claudia, que acababa de salir de su cuarto al oír las voces.

—Tú debes de ser la hija de Victoria. Encantada, Claudia. Yo me llamo Cata y ellas son Francesca y Marina. Somos amigas de tu madre. ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos. No ha querido decirnos nada, pero intuyo que ha ocurrido algo grave. Se ha ido sin decirnos cuándo volverá —respondió Dolores.

—¿Cómo que no os ha dicho nada? ¿Adónde ha ido?

—No podía explicarnos nada por nuestra seguridad, eso nos dijo —afirmó Claudia.

—¿Cuándo se ha ido? —preguntó Marina.

—En la madrugada del domingo al lunes —respondió Dolores.

—¿Se ha llevado su Leica? —inquirió Cata.

Dolores la miró a los ojos antes de responder.

—Sí, se la llevó. Veo que sois muy buenas amigas.

—Así es. Nos lo contó todo. Si tenéis noticias de ella o de otras amigas que se llaman Raquel y Vega, por favor, venid a casa —pidió Cata, entregándoles una tarjeta—. No se la enseñéis a nadie ni digáis que hemos venido.

—Se ha ido por algo relacionado con el gobierno, ¿verdad? —dijo la madre.

—No lo sé, Dolores —respondió Cata—, pero no habléis con nadie de esto. Si os pregunta la policía o los Garantes, decid que Victoria no ha vuelto todavía y que no sabéis dónde está, que se fue a hacer un reportaje fotográfico a Madrid. Como no hay teléfonos tenéis la excusa perfecta, ya que no podéis estar en contacto con ella. No creo que os molesten mucho.

—De acuerdo —señaló Dolores.

—Esconde la tarjeta —le recordó Cata, antes de despedirse.

—Ha debido de pasar algo grave para que se haya ido así —afirmó Francesca, de camino hacia el aparcamiento.

—¿Creéis que tendrá algo que ver con la desaparición de Vega? —inquirió Marina.

—Es posible. Y con la de Raquel. Las tres son buenas amigas —indicó Cata—. Aunque, como dije antes, puede que Raquel esté con la familia de Luis, quién sabe. Con la suya ni se habla.

—Puede ser —dijo Francesca—, pero es muy raro que no encontremos a ninguna de ellas. Demasiada casualidad.

—A Vega no se le habrá ocurrido volver a su casa, ¿verdad? —preguntó Cata.

—Seguro que no —respondió Marina—. Habría sido un suicidio.

—De todas formas, dame su dirección. Voy a pasar con el coche. Sabremos si están esperándola. A tu casa no iremos. En una urbanización tan tranquila es más fácil que nos descubran.

—Ten mucho cuidado, estoy segura de que habrá vigilancia.

Marina le explicó dónde vivía Vega y Cata se dirigió hacia allí. Antes de que le indicara cuál era el portal, ya lo había descubierto. Dos Garantes conversaban apoyados casualmente en la marquesina de una parada de autobús, justo frente a la entrada. Cata pasó por delante sin detenerse y tomó el camino de regreso.

—Como tú has dicho, la están esperando —dijo Francesca.

—No solo están esos dos. He visto a otro hombre vigilando dentro de un coche. Estaba aparcado en la acera de enfrente —señaló Marina.

—Lo siento, pero creo que no habrá más remedio que dejar que sea ella quien nos busque a partir de ahora —dijo Cata—. Sabe dónde encontrarnos. Pienso que lo más seguro será quedarnos en casa.

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no aprovechamos para hablar con Esther Volán? —sugirió Francesca.

—Tienes razón —convino Cata—. Vamos antes de que se haga más tarde. Hoy es Navidad. Espero que coma en casa con su familia.

Al cabo de unos minutos, Cata estacionaba el coche muy cerca de la vivienda de la política. Al identificarse, Esther le abrió enseguida el portal. La periodista se disculpó en cuanto la vio.

—Perdona que vengamos precisamente el día de Navidad y a estas horas —dijo Cata.

Sin ocultar su sorpresa, Esther las contempló a las tres y las hizo pasar al recibidor.

—Siento atenderos aquí, pero mis hijos han venido a comer con sus familias y están en el salón. Imagino que querréis contarme algo en privado.

—Así es. Será solo un momento. Esta es mi pareja, Francesca. No sé si conoces a Marina Salvatierra.

—No la había reconocido. Sí, es la jefa de prensa de César Barral. ¿Qué hace aquí? —preguntó, extrañada.

—César iba a matarme —se apresuró a explicar Marina—. Escuché

una conversación que no debía y tuve la suerte de que una amiga me rescatara antes de que pudiera llevarme a cualquier sitio para hacerme desaparecer.

—Esa es una acusación muy grave. ¿Te amenazó? ¿Estarías dispuesta a declarar eso ante un juez?

—Le eché en cara todo lo que había oído y unas cuantas cosas que sospechaba de él. Tuvimos una discusión en la que lo admitió todo. Le dijo a su matón que se encargara de mí.

—¿Oíste cómo se lo decía? —preguntó, escandalizada.

—Sí, estaba delante. Me llevaron hasta el coche oficial, pero una amiga esperaba fuera con su moto y eché a correr antes de que pudieran reaccionar. Si llego a subir a ese coche, ahora mismo estaría muerta.

—Esther —intervino Cata—. Marina está viviendo con nosotras. No puede volver a su casa. Y su amiga, la fotógrafa Vega del Hierro, que fue quien la ayudó a escapar, tampoco. De hecho, Vega ha desaparecido y no podemos localizarla. Es inviable avisar a la policía. Los tentáculos del presidente llegan muy lejos.

—No, no vayáis a la policía, pero tendríamos que actuar cuanto antes —afirmó Esther—. El problema es que necesito un poco de tiempo. ¿Podéis tenerla protegida unos días? Quisiera que se encargara de esto un juez amigo mío. No es un juez cualquiera, es magistrado de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo. Esa Sala es la única que puede encausar a sujetos con inmunidad, como son César Barral y los miembros de su gobierno.

—Por supuesto —intervino Francesca—. Ella se quedará en nuestra casa el tiempo que haga falta, no hay problema. Estará segura, César Barral no la relaciona con nosotras. No nos conoce.

—Entonces dejad que hable con una serie de personas. Igual consigo que venga el juez a Valencia antes de que acabe la semana.

—No te preocupes, estaremos en casa —dijo Cata—. En la tarjeta que te di tienes nuestra dirección, por si tienes que comunicarnos algo.

—Perfecto.

—Feliz Navidad, Esther. Te dejamos que disfrutes de tu familia. Y disculpa por esta visita intempestiva.

—No tengo nada que perdonaros. Al contrario, os agradezco lo que estáis haciendo para acabar con ese canalla y su gobierno fascista. No tengáis la menor duda de que, por muy difícil que sea, lo lograremos.

—Gracias por tu ayuda. Estaremos pendientes de tus noticias —añadió Marina.

De regreso en casa, Cata puso música mientras las tres se afanaban en la cocina. Pablo, Andrea y la niña estaban a punto de llegar para celebrar juntos la Navidad. En cuanto comenzó a escuchar la magnífica voz de Lenny Kravitz cantando *Ain't no sunshine,* Marina cerró los ojos

y se apoyó en la encimera de la cocina, esforzándose para que Cata y Francesca no se dieran cuenta de que estaba a punto de llorar.

«*Ain't no sunshine when she's gone, It's not warm when she's away. Ain't no sunshine when she's gone and she's always gone too long, anytime she goes away...*».

No brilla el sol cuando ella no está, no hay calor cuando ella está fuera... Marina se preguntó cuándo empezó a sentir ese frío mortal que la hería por dentro.

Inevitablemente, Cata se aproximó a ella y le dio un pequeño apretón en el brazo. No era el momento de añadir nada.

El hombre puede vivir unos cuarenta días sin comida, unos tres días sin agu unos ocho minutos sin aire, pero solo un segundo sin esperanza.

CHARLES DARW

La soledad

Según sus cuentas, era Navidad. Su familia estaría preguntándose dónde estaba. Llevaba tres días encerrada y solo había llenado su estómago una naranja que le habían dejado en el suelo el día que la metieron en aquel zulo. También tenía una botella de litro y medio de agua. Podía estar agradecida. Cuando pasó el tiempo y se dio cuenta de que no volvían a llevarle nada, Vega decidió racionar la poca agua que le quedaba. El dolor de las costillas había cedido un poco, se estaba acostumbrando a vivir con ello. Si no se movía demasiado, podía soportarlo. Al menos, no habían vuelto a pegarla. Había tenido tiempo de descubrir cada centímetro de aquel cuartucho maloliente. El primer día dedujo que el cubo de metal que había en una esquina era para hacer sus necesidades. El problema era que nadie entró nunca a limpiarlo, así que convivía con el hedor de sus propios residuos. Fuera no se oía ruido alguno. Era como si la hubiesen dejado allí abandonada.

Todas las mañanas la luz entraba desde lo alto, colándose por la pequeña ventana para aportar algo de calidez y hacer más llevadero su aislamiento. Los cristales estaban empañados. Como era normal en esas fechas, fuera debía de hacer frío. El habitáculo entre aquellas cuatro paredes era húmedo, pero al menos la temperatura no era tan baja como en la calle. Los muros parecían gruesos. Por suerte, aún tenía su cazadora. Con ella se tapaba por las noches para no quedarse helada. Cuando la claridad se desvanecía, procuraba dormir. Se hacía un ovillo en el suelo, en posición fetal. Debía descansar la mayor cantidad de horas posible; dormir sanaba el cuerpo y la mente. Porque, cuando no estaba dormida, era un suplicio intentar liberar su cabeza de la locura que le rodeaba. Las horas pasaban tan despacio que estaba aprendiendo a meditar. No se le daba mal. Respirar, centrarse en el aire, en el recorrido que hacía al entrar por su nariz, cómo llenaba sus pulmones —aunque se retorciera de dolor al principio—, dejarlo escapar por su boca. También se obligaba a tener pensamientos positivos. Como le había aconsejado siempre su madre, procuraba ocupar su cerebro con escenas que la habían hecho feliz. El mar, las pequeñas olas empujadas por el viento, el susurrar de la espuma en la orilla; el aire cálido en el rostro mientras conducía su moto por la

carretera de El Saler a lo largo de un recorrido que olía a pino; la sensación mágica de llevarse la cámara a la cara y captar la belleza que la rodeaba; el cuerpo desnudo de Marina dormida...

¡Había tanta belleza en el mundo! Y tanta maldad...

Marina.

No, eso no lo pienses, apártalo. Ahora no.

Antes de que la luz se apagara del todo, a media tarde, la puerta volvió a abrirse. No sabía si aquello era bueno o malo. Dos fuertes manos la levantaron del suelo para sacarla con violencia de la celda. *Malo, es malo, seguro*. La misma habitación fría del primer día, la misma silla de madera, dura y solitaria. El hombre calvo de los ojos temibles.

—Nombres.

—Te he dicho que lo hago sola.

—Nombres.

—Vete a la mierda.

Un golpe en la cara y fundido en negro.

Se despertó en el suelo, rodeada de oscuridad. Aparte de las costillas, ahora le dolía la cabeza. Evitó tocarse el rostro. Notaba que no podía abrir un ojo. Tanteó la botella de agua. Le quedaba muy poca. Había otra naranja junto a ella. Se regaló un pequeño trago. Respirar lentamente. Sobrevivir.

En la bandera de la libertad bordé el amor más grande de mi vida.
FEDERICO GARCÍA LO

El último golpe

Sergio había cenado el día de Nochebuena con su madre y el nuevo entorno de esta, constituido por su segundo marido y sus dos hijos gemelos, que tenían un par de años más que él. Estos estaban acompañados por sus esposas e hijos. Al día siguiente, la comida de Navidad la compartió con su padre, su segunda mujer y su hermanastra, que rondaba los veinte años.

Sus padres se habían separado cuando era muy pequeño y, en la actualidad, tenían vidas independientes en las que él se sentía un extraño. La Navidad era prácticamente la única celebración del año en la que entraba en contacto con todos ellos. Con cada encuentro, Sergio era más consciente de lo poco que tenían en común. Tenía la sensación de ser un pariente lejano que hubiera sido invitado para que no pasara en soledad esas fechas. Él se repetía continuamente que la familia de verdad era la que uno elegía y, por fortuna, tenía amigos que conformaban esa auténtica familia. Raquel y Luis eran parte de ella. Esos días les había comprado un sinfín de cosas para que pudieran celebrar en su casa la cena de Nochebuena y la comida de Navidad mientras él no estaba.

Raquel se había desvinculado hacía mucho tiempo de una familia que la había repudiado, personas de fuertes convicciones religiosas nada enfocadas a amar al prójimo. Por su parte, Luis tuvo que arriesgarse días atrás a ir a casa de su hermano y decir que salían de viaje para pasar las Navidades en un lugar romántico. Una mentira piadosa. No podía contarle que su mujer pertenecía a ese grupo de insurrectas del que todo el mundo hablaba y que, posiblemente, la buscaba el gobierno para matarla.

Miriam celebró las fiestas en casa de sus padres, pero acudió a dormir con Sergio después de la cena de Nochebuena. Este tuvo que contar a sus nuevos compañeros de piso que estaban juntos. Era el primer momento íntimo que se permitían desde que ellos comenzaran a vivir en su casa. Raquel se sorprendió con la noticia, pero se alegró mucho más de que Sergio, por fin, hubiera encontrado a alguien y de que ese alguien fuese precisamente ella. La fotógrafa tuvo que explicarle la causa por la que Luis y ella habían ido a refugiarse allí. Miriam reaccionó totalmente emocionada con la noticia y se brindó a ayudar en lo que hiciese falta. Había convenido con Sergio que el día

veintiséis acudiría para comer con ellos. Y allí estaba.

—Mirad lo que he traído. La he hecho esta mañana —señaló Miriam, abriendo la bolsa que llevaba. Del interior sacó una tela doblada de color rojo.

Excitada, Raquel supo de inmediato lo que era. Le pidió que la extendiera en el suelo. Tenía tal tamaño que tuvo que hacerlo con la ayuda de sus amigos. Comenzaron a desdoblarla y necesitaron cubrir los sofás y la mesa, ya que ocupaba por completo el salón aun sin abrirla del todo.

—¡Es perfecta! —exclamó la fotógrafa—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto?

—El hecho de que hayan detenido a Vega no puede significar que todo se acabe —señaló—. Ella querría que continuarais. Hay que rematar el trabajo y estoy dispuesta a tomar el relevo. Tenía miedo de que no me saliera igual, pero he respetado la tipografía de las letras y creo que he conseguido el estilo ¿no? Es curioso, pero la mujer que me vendió la tela roja esta mañana parecía emocionada. Aunque no se atrevió a decirme lo que pensaba, puso cara de querer darme las gracias.

—Hay mucha gente que nos apoya, ya lo has visto. Ha quedado genial. ¡Gracias! —dijo Raquel, conmovida—. Tienes razón. Creo que es el momento de dar el salto.

—Será la pancarta definitiva —apuntó Sergio.

—Esperemos que, como tú dices, sea la última —afirmó Raquel.

—Cariño —dijo Luis—, por favor, solo te pido que nos dejes ir a nosotros solos esta vez. Ya te has arriesgado bastante. Si te descubren te matarán. A nosotros no nos conocen.

—Ni hablar. A ti ya deben de haberte investigado y, además, sabes que no voy a perdérmelo, no insistas. Y, mucho menos, siendo la última. Deberíamos hacerlo durante la madrugada del domingo al lunes.

—Será ese día. Lo tengo todo planeado. He ido a ver a una amiga. Me abrirá el portal a las tres de la mañana —aseguró Miriam—. Y ¿a que no sabéis dónde vive? ¡En la plaza de la Evolución! Aunque para nosotros siempre será la plaza de la Virgen.

—¡Qué suerte que tu amiga viva allí! Es una localización espectacular para la pancarta final —exclamó Raquel.

—Así es. Imaginad cómo lucirá en cuanto la extienda frente a la Basílica de la Virgen de los Desamparados. Va a ser bestial.

—¿Tienes anclajes para fijarla en la terraza?

—Sí, los he dejado en su casa.

Durante la comida, Raquel comunicó que quería hacer un brindis. Todos cogieron sus bebidas y la miraron.

—Estoy segura de que Victoria brindaría por ella si estuviera aquí,

espero que su escapada haya sido fructífera. ¡Por Vega! —exclamó, levantando en alto su copa—. Para que esos indeseables no hayan podido con ella y la tengamos pronto a nuestro lado.

—¡Por Vega! —gritaron los otros tres.

—Si todo sale como esperamos, el próximo lunes supondrá el fin de este infierno —declaró Raquel.

—Es una lástima que no hayas soñado con el final de todo esto —alegó Sergio—. Estoy nervioso. Estaría bien, por una vez, confirmar si vamos a tener éxito.

—Sí, hubiera sido genial, pero los sueños premonitorios no los elijo yo. Ya sabes cómo funciona.

—Lo sé. ¡El nuevo futuro está ahora en nuestras manos!

—¡Brindemos para que suceda según nuestros planes! —exclamó Miriam—. Para que Movimiento Evolución desaparezca del mapa y vuelva la normalidad a este país.

—Eso es. ¡Brindemos para que los planes del destino concuerden con los nuestros! —añadió Raquel.

Todos levantaron sus copas con el convencimiento de que su misión iba a ser tan arriesgada como necesaria. Solo faltaba el empujón final, pero hacia dónde los llevaría ese impulso, nadie lo sabía.

No puedes evitar que las aves de la tristeza pasen por encima de tu cab puedes evitar que hagan un nido en tu cabello.

PROVE

Melancolía

Marina contemplaba ensimismada el mar desde detrás del cristal moteado de gotas. Una lluvia sutil se posaba sobre los adoquines suavemente, como pidiendo permiso para regarlos. De cuando en cuando, algún paraguas salpicaba la avenida. De forma inconsciente, le vino a la mente una vieja canción. Era *La lluvia*, de María Villalón, y sin darse cuenta comenzó a tararearla en voz baja.

«*... la lluvia guarda nuestro secreto. Llueve y en mi ventana te echo de menos. Los días pasan y son ajenos...*».

Las notas escapaban de su garganta en un susurro nostálgico y casi inaudible. Se notaba carente de energía, como si le hubiesen extraído toda su fuerza de la misma forma que se extrae el aire a un alimento envasado al vacío. Era domingo a mediodía. Había transcurrido una semana y seguía sin haber noticias de Vega.

Francesca se colocó a su lado. No dijo nada, limitándose a contemplar el mismo horizonte que su amiga.

—¿Qué cantabas? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Nada —respondió, ausente.

—¿Cerveza? —sugirió.

Era inútil preguntarle cómo estaba. Solo había que analizar su postura corporal, con los brazos abrazando su cuerpo y la mirada perdida.

La periodista suspiró y afirmó con la cabeza. Francesca le dio un pequeño apretón en el brazo y fue en busca de Cata.

—¿Un receso para un aperitivo? —preguntó a su pareja, que estaba escribiendo en el despacho instalado en su habitación.

—Dame cinco minutos.

—Vale, lo iré preparando todo.

Marina dejó de contemplar la lluvia para reunirse con Francesca en la cocina. Al poco, Cata apareció para ayudar a llevarlo todo al salón.

—No te voy a mentir, Marina —dijo Cata—. A mí también me preocupa que Vega y Raquel no hayan dado señales de vida. Y está claro que Victoria ha huido y no sabemos por qué. Quizás ha pasado algo en lo que se han visto involucradas las tres.

—Ignoro qué habrán hecho las otras dos, pero si han cogido a Vega, es posible que no esté viva —afirmó Marina, verbalizando sus

temores con un rictus de desesperación.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! —exclamó Francesca—. Estoy convencida de que está bien. Quizás fue a buscar a sus amigas, no las encontró y le ha tocado esconderse en alguna parte.

—Te agradezco el optimismo, Francesca, pero habría venido aquí. A Vega le ha pasado algo, estoy segura.

—Marina tiene razón —afirmó Cata—. No nos engañemos. Odio decir esto, pero la situación es muy preocupante. Y, además, Esther no se ha puesto en contacto con nosotras.

—Sí, dijo que quizás traería al juez antes de que acabara la semana —señaló Marina con voz cansada—. No habrá podido hablar con él.

—Habrá que esperar un poco más. Estoy segura de que pronto nos dirá algo —indicó Cata, procurando animar en cierto modo a su amiga.

—¿Y si Vega ha tenido un accidente con la moto? No nos hemos planteado esa posibilidad —sugirió Francesca—. ¿Qué hospital le corresponde?

—Teniendo en cuenta la zona en la que vive, yo diría que el tuyo —señaló—. No quiero imaginar que le haya sucedido algo grave.

—En cuanto mañana llegue al hospital, lo primero que haré será preguntar en admisión por ella.

—Casi deseo que esté ingresada —declaró Marina, dando un largo trago a su cerveza—. Cualquier cosa antes que pensar que haya caído en manos de César Barral.

—Escucha, Marina —intervino Cata—. Esperaremos a que Francesca vuelva del trabajo mañana al mediodía. Si Vega no está allí, iremos a recorrer el resto de los hospitales. Pero tú te quedarás aquí. Ya te has expuesto bastante yendo con nosotras por la calle. Si los hombres de César Barral te identifican, se acabará todo.

—De eso nada. Me camuflaré con el gorro, las gafas y un bigote si hace falta, pero no voy a quedarme aquí mientras vosotras buscáis a Vega.

El infierno está aquí, entre nosotros. Detrás de cada pared, de cada vent
mundo detrás del mundo.

KEANU REEVES (JOHN CO

El infierno

Las imágenes en su cabeza habían construido un laberinto del que no sabía salir. Ya dudaba de lo que era real y de lo que no lo era. Ignoraba cuántos días permanecía encerrada en aquella celda húmeda, donde solo la acompañaba un cubo con excrementos y una botella de agua vacía, que alguien le había entregado llena hacía mucho. Quizás la matara la sed terrible que en ese momento convertía su garganta en papel secante. Ni siquiera los bichos, que al principio compartieron el habitáculo con ella, habían tenido la decencia de permanecer a su lado. No podía recordar cuantas horas hacía que no bebía, ni cuándo le entregaron la segunda mísera naranja para que no se desmayara. Los últimos días se entretuvo en mordisquear las pieles y tragárselas. Había tenido la inspiración de no tirarlas al cubo que hacía las veces de letrina. Aunque los labios agrietados le escocían al contacto con la cobertura ácida y esta le amargueaba en la lengua, al hacerlo notaba la engañosa sensación de alimentarse y que la insoportable sed disminuía en cierto grado.

Tenía claro que alguien había decidido que muriera con lentitud, para que tuviese que sentir en sus carnes la tortura del hambre y la deshidratación. Solo una mente enferma como la de César Barral podía idear algo así. Esa era, sin duda, la causa del abandono en el que se encontraba. Contempló con desmayo la solitaria botella de agua que tenía al lado. Vega estuvo racionando el contenido hasta lo indecible, pero el recipiente acabó vaciándose y las horas siguieron transcurriendo sin piedad.

Por fortuna, las visitas para arrastrarla fuera de la celda —y la subsiguiente ración de golpes— habían cesado tras la tercera jornada de reclusión. En un destello de lucidez, pensó que sus carceleros debían de haber abandonado el edificio. ¿La habían dejado sola? ¿Iba a morir allí, encerrada, sintiendo cómo las fuerzas se le escapaban minuto a minuto?

Los primeros días se dedicó a marcar la pared con la hebilla del cinturón. Quería tener constancia del transcurso de las horas durante su encierro. Cuando la debilidad se instauró en su organismo, ya perdida la noción del tiempo, todo parecía pertenecer al mundo onírico. ¿Había hecho el amor con Marina? *Quizás lo he soñado.*

Una música se repetía sin cesar en su cabeza. Finalmente la identificó. Era *Beyond the invisible* de Enigma. Cuando se dio cuenta de lo que significaba aquella canción, notó un estallido de luz en su oscuridad.

«*Close your eyes, just feel and realize. It is real and not a dream. I'm in you and you're in me. It is time to break the chains of life. If you follow you will see what's beyond reality...*».

¿Se trataba de un mensaje? Su mente ya lo había traducido.

Cierra tus ojos, solo siente y date cuenta. Es real y no un sueño. Estoy en ti y tú en mí. Es el momento de romper las cadenas de la vida. Si continúas, verás que hay más allá de la realidad...

¿Seguía viva? Puede que hubiera muerto y lo que la rodeaba fuese ese purgatorio del que había oído hablar.

O, quizás, el infierno.

La libertad nunca es dada; se gana.

A. PHILIP RANDOLPH

Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien.

VÍCTOR HUGO

Insurrección.
Lunes, 30 de diciembre

El olor a rebelión se extendía por las calles ese treinta de diciembre; reptaba por el suelo, subía por las paredes, se colaba en los hogares. El viento rugía, tal vez soliviantado por los mensajes que, de boca en boca, habían ido abriendo los ojos a la población desde hacía días. Después de dedicar horas a la ingente tarea de retirar pancartas, los Garantes habían claudicado al no poder deshacerse de los cientos de carteles que todavía pendían de las fachadas de Valencia. Continuaba creciendo de forma exponencial el número de personas que, de manera voluntaria, se habían ido uniendo a la tarea.

Y es que la ciudad había despertado con una sentencia irrefutable.

HOY ES EL DÍA DE LA LIBERACIÓN.
SAL A LA CALLE,
ÚNETE A NOSOTRAS.
VAMOS AL PALACIO.
VAMOS A POR ÉL.
INSURRECTΛS

El mensaje definitivo pendía belicoso desde hacía horas frente a la Basílica de la Virgen, actuando como un pistoletazo de salida. Ni siquiera el vendaval que se había desatado ese día osaba arrancarlo de sus anclajes.

La apariencia de normalidad que habitualmente lucían las calles fue deshaciéndose a medida que —desde primera hora de la mañana— una marabunta de gente se sumaba de forma espontánea al río que comenzaba a avanzar en una misma dirección: el Palacio que César Barral convirtió en la sede de la Presidencia de la República y del Gobierno de la Nación. La vida cotidiana de la ciudad se había paralizado. Miles de personas decidieron no acudir a sus trabajos y unirse a la revuelta.

Roberto y su hija Miriam acudieron a casa de Francesca y Cata. Ambos se mostraron sorprendidos al encontrar allí a Marina. Cata se apresuró a informarlos de lo sucedido, explicando que llevaba escondida en su casa desde el sábado veintiuno.

—¿Estáis viendo la tele? —preguntó Roberto.

—Sí, la noticia está en todas las cadenas —respondió Francesca—. Por fin los medios han perdido el miedo. Han decidido romper el silencio uniéndose a la insurrección. Todo el mundo se ha tirado a la calle a por César Barral. Hace un rato han dicho que un centenar de Garantes había rodeado el palacio, pero que, ante la avalancha que se les ha venido encima, habían decidido atrincherarse en el interior.

—Viniendo hacia aquí hemos visto autobuses llenos de gente que han ido llegando de otros pueblos, incluso de otras provincias. Si nadie lo para, esto puede acabar en linchamiento —señaló Miriam.

—Desde luego, tiene toda la pinta —convino Marina.

—Francesca ha salido esta mañana temprano hacia el trabajo con el coche y no la han dejado pasar. Le ha tocado regresar a casa. Al parecer, han cortado las vías principales.

—Mirad vuestros móviles —pidió Miriam—. Os hemos llamado, pero los tenéis apagados. ¡Ya hay conexión! Y también internet.

—¡No me digas! ¡Por fin! —exclamó Marina, yendo a por su teléfono. No tenía apenas batería, pero marcó de inmediato el número de Vega para descubrir, con pesadumbre, que estaba apagado o fuera de cobertura.

Cata y Francesca se apresuraron a encender sus teléfonos y ponerlos a cargar.

—Escuchad, chicas, tenemos que hablar —señaló Roberto—. Hemos de contactar con Sergio y los demás.

—Raquel y Vega han desaparecido y Victoria ha huido —le informó Cata—. Si Sergio tiene el teléfono apagado, no habrá más remedio que ir a su casa, con el problema que supone que las calles estén tomadas.

—Sí, ha sido complicado llegar hasta aquí —afirmó Roberto—. Hasta ahora no lo ha cogido, pero insistiremos. Raquel no ha desaparecido. Ella y Luis están en casa de Sergio desde el lunes. Lo que venimos a deciros es importante: sabemos dónde está Vega. Por eso debemos reunirnos todos.

—¡¿De verdad?! ¿Dónde está? —inquirió Marina, ansiosa.

—La tienen encerrada. Solo sabemos que está viva.

—¡Oh, Dios mío! Por eso no se ha puesto en contacto conmigo...

—¡Hay que rescatarla! —exclamó Cata.

—Yo voy a volver a llamar a Sergio, a ver si hay suerte y tiene el móvil operativo —dijo Miriam.

La joven esperó un rato con el teléfono en la oreja.

—¡Sergio! ¡Por fin! ¡Ya funciona todo de nuevo!

—¡Menudo susto me he llevado cuando he oído el móvil! Lo tenía encima de la mesita de noche. Menos mal que lo he ido cargando por si ocurría esto. ¿Dónde estás? Estoy viendo las noticias y hay una revuelta tremenda.

—Lo sé. Mi padre y yo hemos venido a casa de Francesca y Cata. Aún no sé cómo hemos podido llegar. La gente que ha iniciado la sublevación está cada vez más furiosa. Acabamos de oír en la radio que hay varios Garantes heridos. Tenéis que venir, hay novedades que debéis saber, pero no cojáis las vías principales, no os dejarán pasar.

—Vamos ahora mismo, no te preocupes.

—Id con cuidado, por favor.

Sergio, Raquel y Luis tardaron media hora en llegar. Francesca los condujo a todos al salón y lo primero que hizo fue explicar a los recién llegados quién era Marina y por qué estaba allí. Ella reconoció a Sergio. Recordó haberlo visto ayudando a Vega en el último reportaje fotográfico que hizo.

—¿Habéis tenido problemas para venir? —preguntó Miriam.

—No demasiados —contestó Luis—. Como nos dijiste, hemos evitado las calles ocupadas.

Roberto recabó la atención de todos.

—Os he reunido porque mi hija tiene que contaros algo.

—Bueno —comenzó Miriam—, espero que no os sorprenda lo que voy a decir, ya que la mayoría de vosotros habéis experimentado cosas que se salen de la norma.

Todos la contemplaron expectantes. Ella continuó.

— Desde que salí del coma empezó a pasarme algo extraño. Veo a alguien que me muestra imágenes y me habla.

—¿Cómo que ves a alguien? —preguntó Francesca—. ¿Una aparición?

—No exactamente. Lo veo en mi cabeza, como si me acordara de pronto de un sueño y me metiera en él de nuevo.

—Continúa —la animó su padre.

—La figura que me habla viste un hábito, parece un monje. Tiene una voz ambigua, ni femenina ni masculina; una voz y una manera de hablar muy especial, reposada y profunda. Como lleva la capucha puesta, no le veo la cara. Lo curioso es que, en cuanto entra en mi cabeza, se disparan una serie de imágenes que no puedo controlar.

Marina la contemplaba sin poder creer lo que oía. Su cerebro andaba un poco saturado de fenómenos paranormales en los últimos tiempos.

—Sé que esto os parece tremendo —intervino Roberto—. Cuando me lo ha contado hace un rato, podéis imaginar cómo me he quedado. Sin embargo, después de todo lo que hemos vivido juntos, me considero incapaz de negar que algo así pueda existir.

—El caso es que el monje me ha hecho una revelación esta madrugada —continuó Miriam—. He visto a Vega encerrada en un cuarto bastante oscuro. Parece un sótano. Hay una ventana pequeña que da a la calle. Desde fuera, la ventana se ve casi a ras del suelo.

Tiene cristal y barrotes y está a unos tres metros de altura desde dentro. La puerta de esa habitación es de madera vieja, pero resistente, como si se tratara de una mazmorra.

—¿Estás segura de que es Vega? —inquirió Marina, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Absolutamente —dijo Miriam—. La conocí en esta casa no hace mucho.

—Tengo que explicaros lo que ha pasado con Vega —intervino Raquel, tomando aire—. Hay algo que algunos no sabéis. Ella, Victoria y yo somos las insurrectas.

—¿Cómo? —soltó Cata, visiblemente sorprendida.

—Tenía que habérmelo imaginado... —dijo Marina en voz baja.

—¿Por qué no nos lo habéis dicho? —preguntó Francesca.

—Por vuestra seguridad —dijo Sergio.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Cata.

—Lo descubrí hace tiempo al tocar a Raquel.

—La detuvieron hace una semana, la madrugada del domingo al lunes —explicó Raquel—. Victoria y yo conseguimos marcharnos sin que nos vieran. Solíamos actuar hacia las tres de la mañana. Por lo visto, el gobierno ha puesto vigilantes ocultos en vehículos aparcados en las principales vías de la ciudad. Así nos han cazado. Victoria y yo esperábamos siempre dentro del coche, estacionadas a bastante distancia, hasta que Vega colocaba la pancarta y volvía con nosotras. Pero ese día la pillaron. Un vigilante surgió de un vehículo y la esperó con la pistola en la mano hasta que puso la pancarta y salió del portal. Lo vimos todo desde el coche. No pudimos avisarla ya que no iban los móviles. Sin embargo, cosa que nos extrañó, él sí llevaba uno que funcionaba. Lo observamos hablar por teléfono. Debió de avisar a alguien, porque pronto apareció un Hummer. No pudimos hacer otra cosa que esperar a que se fueran y escapar. Habíamos visto cómo detenían a Vega y se la llevaban, así que supusimos que la torturarían y la harían hablar. Estábamos seguras de que lograrían que revelara nuestros nombres. Por eso dejé a Victoria en su casa a toda prisa y cuando llegué a la nuestra desperté a Luis y se lo conté todo. Entonces hicimos la maleta y nos fuimos a buscar a Sergio para que nos ayudara. Debíamos encontrar cobijo en algún sitio.

—La madre de Victoria nos confirmó que ella se había ido —señaló Cata.

—Antes de dejarla en casa, Victoria me dijo que iba a desaparecer por un tiempo con su Leica antigua, ya sabéis, ir de nuevo al encuentro de Daniela.

Marina no había conocido a Victoria ni entendía nada, pero pensó que ya se lo contarían más tarde. Su cabeza tenía mucho que procesar.

—Nuestro buen amigo Sergio nos acogió en su casa y estamos allí

desde el lunes —señaló Luis.

—Sospeché que a Vega la habían detenido por haberme salvado de las garras de César Barral, pero esto no me lo esperaba —afirmó Marina.

—Pero entonces, ¿quién ha colocado la última pancarta? —preguntó Cata.

—Lo hice yo, con la ayuda de Sergio, Raquel y Luis —contestó Miriam—. Tomé el relevo. Debíamos asegurarnos de que la insurrección continuaba.

—Insistí para que Raquel se quedase en casa de Sergio. Le dije que nosotros nos encargaríamos, pero ya la conocéis. Es muy cabezota —afirmó Luis.

—Miriam me contó lo que iba a hacer —dijo Roberto—. Aunque me hubiera gustado pedirle que no fuera, no tenía argumentos para hacerlo. Eso sí, no se lo dije a mi mujer. Ella sí que se lo hubiera impedido. A pesar del miedo que he pasado, estoy muy orgulloso de mi hija.

—Gracias, papá —continuó Miriam, devolviendo una mirada de cariño a Roberto—. Por seguridad, cambiamos de coche. Raquel dejó el suyo guardado en el garaje y usamos el de Luis. Ella no quería dejar de intervenir en esto, así que fuimos todos de madrugada hasta el sitio donde había que colgarla. Yo me encargué de hacerlo. Como sabíamos que podía haber vigilantes camuflados, me puse un abrigo ancho y la llevaba enrollada al cuerpo. A todos los efectos era como si regresara a casa de una fiesta. Una amiga que vive en ese edificio me estaba esperando y fue quien me abrió la puerta del portal y también la de la terraza. El día que quedé con ella le di los anclajes, así que fue todo muy rápido. No quise dejarle también la pancarta por si pasaba algo y la encontraban en su vivienda. En cuanto la colgué, me metí en su casa y me quedé allí hasta esta mañana. Cuando he visto que funcionaban los móviles, he llamado a mi padre y ha venido a recogerme.

—Nosotros esperamos en el coche hasta que vimos la tela colgada. Entonces, nos fuimos —dijo Sergio.

—Ignorándolo, hemos iniciado un movimiento sin precedentes —afirmó Raquel—. Cuando empezamos las tres, solo existía nuestra solitaria pancarta. Era increíble cómo se las arreglaba Vega para entrar en los portales y en las terrazas. Un día nos enseñó un juego de llaves y ganzúas. Dijo que con eso podía abrir casi cualquier cosa.

—El caso es que, a medida que fue pasando el tiempo, como habréis visto, muchísima gente en toda España se fue agregando a la iniciativa de forma espontánea y las pancartas se multiplicaron por todas partes —siguió Miriam—. La situación económica y las noticias que iban saliendo en la televisión fueron un buen caldo de cultivo. Ya habéis comprobado lo que ha sucedido hoy. Esta madrugada pusimos

la última y a las pocas horas estaba el mensaje por todo el país. ¡Miles de personas han acudido a Valencia en busca del presidente! Deben de haberse asustado y han vuelto a dejar operativa la telefonía y las redes.

—¡Mirad! —exclamó Cata señalando la televisión—. Han roto las ventanas de la fachada y la gente está entrando en el Palacio de la Presidencia. Menos mal que el domicilio donde vive con su familia no se ha hecho público nunca. De lo contrario, habrían entrado en su casa y quién sabe lo que habría ocurrido con su mujer y sus hijos.

—Los cuerpos de seguridad y el ejército han decidido no intervenir —dijo Roberto—. Las diferentes noticias que iban saliendo en los medios antes de que se produjera el corte fueron instalando la duda en sus mentes, igual que en las del resto de la gente. Ya no se atreven a respaldar al gobierno. Entiendo que no quieran enfrentarse a una población furiosa, ya que podría producirse una masacre. Si encuentran a César Barral, me temo que vamos a ver imágenes atroces.

—Habría que evitarlo —dijo Cata—. Que la gente se tome la justicia por su mano no es bueno para nadie.

—No os preocupéis, dudo que encuentren ahí al presidente —intervino Marina—. Es muy listo. Quién sabe dónde estará en estos momentos. Ni siquiera en su casa. Aunque muy poca gente sabe dónde vive, no se iba a arriesgar. Seguro que ha mandado a su familia fuera en previsión de lo que pudiera ocurrir. Si queréis que os diga la verdad, quien me importa es Vega. Decidme dónde está, por favor —indicó, nerviosa.

—Tienes razón, hemos de sacarla de allí —señaló Roberto—. Por la descripción que me hizo Miriam, es un edificio antiguo.

—¿Puedes recordar las imágenes, Miriam? —inquirió Cata—. Voy a intentar ver en tu mente. Quizás logre identificar el sitio.

Miriam se centró en sus ojos y Cata hizo lo mismo. Todos guardaron un elocuente silencio. Al cabo de un instante, Cata comenzó a contar lo que veía.

—Conozco ese edificio. Veo la ventanita enrejada a ras del suelo y la fachada me suena mucho. Como dijiste, deben de haberla encerrado en un sótano. Espera... ¡ya sé cuál es! ¡Es el Palacio de los Català de Valeriola, el que está en la plaza de Nules! Esa ventana da a la calle de los Franciscanos.

—¡Tiene sentido que la encerraran allí, es un edificio propiedad del gobierno! ¿La has visto, Cata? ¿Cómo está? —preguntó Marina, angustiada. Ya no estaba en disposición de dudar de nada de lo que escuchaba, por muy bizarro que fuese.

—Sí, la he visto. Está muy débil, pero está viva.

—¡Hay que entrar como sea!

—Deberíamos aprovechar el tumulto para pasar desapercibidos —sugirió Cata—. Ese edificio está muy cerca del Palacio de la Presidencia.

A estas horas habrá cientos de personas transitando por la zona. El problema es que nos va a costar llegar.

—No importa, tenemos que intentarlo. Llevo herramientas en el coche para cortar los barrotes si hiciera falta —anunció Roberto—. Y una escalera plegable. Es posible que hayan cerrado el edificio a cal y canto y haya que acceder por la ventana.

—Voy a coger un maletín de primeros auxilios —señaló Francesca —. Y agua. No sabemos cómo la vamos a encontrar.

—Si el edificio estuviera cerrado entraremos por la ventana. Me descolgaré por ella e intentaré que Vega la alcance con la escalera —explicó el bombero—. En el caso de que ella no pueda, la subiré de alguna forma. Ya lo iremos viendo.

—Deberíamos irnos ya —rogó Marina.

—Sí, voy a por el maletín —afirmó Francesca.

—Nos acercaremos lo máximo posible en coche —anunció Roberto —. Luego habrá que seguir a pie.

—Yo también he traído el mío —dijo Luis.

—Perfecto —afirmó Cata—. Francesca, Marina y yo iremos con Roberto.

—Yo iré con Sergio y Raquel en el coche de Luis —dijo Miriam.

Teniendo en cuenta que las vías principales habían sido tomadas por el gentío, fueron circulando con el máximo cuidado por calles anexas hasta conseguir meter los dos vehículos en el aparcamiento de la plaza de Tetuán. A los pocos minutos, los ocho se habían incorporado al torrente de personas que se encaminaban hacia donde esperaban encontrar al presidente. A nadie extrañó ver a Roberto cargado con una escalera. Sergio llevaba una bolsa de deporte con las herramientas del bombero y Francesca cargaba con otra bolsa portando lo necesario para los primeros auxilios.

—Esperad —dijo Cata—. En lugar de ir por donde va todo el mundo, retrocedamos hasta la plaza del Temple. Por esa zona debe de haber menos aglomeración.

Según sus indicaciones, quedaban escasos minutos para alcanzar el objetivo, así que siguieron avanzando por la calle Trinitarios. Desde la confluencia con la calle de Samaniego divisaron, al fin, la fachada del palacio de los Català de Valeriola. De ella pendían tres banderas desgastadas colgando de sus mástiles. En el pasado, el edificio había albergado una de las *consellerias* del gobierno valenciano. En ese momento ignoraban si estaba desocupado. Roberto hizo esperar a los demás en la esquina para aproximarse a la puerta principal y comprobar si estaba cerrada con llave. Para su sorpresa, en cuanto empujó la madera, esta cedió hacia dentro. Solo estaba entornada. No era buena señal, podía haber alguien. Pensó que tenía que ser cauto, así que asomó la cabeza con cuidado, topándose con un silencio

absoluto. El interior revelaba que le estaban dando algún uso, porque parecía limpio y no tenía pinta de abandonado. Sin embargo, daba la sensación de que sus ocupantes se habían ido de allí a toda prisa. Aunque no se veía un alma, el palacio estaba iluminado y algunas puertas abiertas de par en par. Aquello le dio mala espina. Hizo una señal hacia sus amigos para que se acercaran.

—Parece que han salido corriendo dejándolo todo abierto y las luces encendidas, pero no me fío. Voy a entrar solo para verificar que no hay nadie. Esperadme aquí.

—De eso nada, voy contigo —anunció Marina sin ofrecer posibilidad de réplica.

—Yo también voy, sé dónde está —dijo Cata, arrebatándole la bolsa a Sergio.

—Pues yo debo ir —anunció Francesca—. Por lo que habéis dicho, Vega no está en muy buenas condiciones.

—Está bien, pero el resto quedaos aquí y vigilad por si viniera alguien —cedió Roberto.

Los cuatro se internaron en el palacio, avanzando muy despacio hacia el patio interior descubierto. No se oía nada, pero, aunque era de día, el recinto estaba iluminado como había indicado Roberto.

—No hagáis ruido. No sabemos si aún queda gente dentro —pidió el bombero, en voz muy baja.

—Por la ubicación de la ventana, la habitación donde tienen a Vega está en la fachada del oeste. Hay que encontrar las escaleras que llevan al sótano. Voy a mirar ahí —dijo Cata entre susurros, dirigiéndose, sin más dilación, hacia un lugar a su izquierda. Tuvo que descender un corto tramo de escalones que llevaba hasta una entrada.

Al abrir el acceso, divisó una escalera que continuaba hacia abajo.

—Vamos por aquí —indicó Cata, encendiendo la linterna de su teléfono móvil.

El final de los escalones desembocaba en un pasillo con varias puertas de madera antigua. Todas tenían cerradura para acceder con una llave.

—La de Vega era la cuarta ventana desde la esquina. La estancia debe de ser aquella —indicó, señalando hacia adelante.

Los cuatro se detuvieron ante la puerta que había dicho.

—Desconocemos si en cada habitáculo hay una sola ventana o dos. No podemos estar seguros de que sea esta —dudó Francesca.

—¡Vega! —gritó Marina, sin poder esperar más tiempo. Le daba igual que hubiera más personas en el palacio y la oyeran. Quería saber cuanto antes el paradero de la fotógrafa.

Al momento, un ruidito de arañazos les dio a entender que allí había alguien. Como habían presupuesto, la puerta estaba cerrada con llave, pero la cerradura era vieja y rudimentaria. Roberto sacó una

palanca de hierro de la bolsa que llevaba Cata, la apoyó en la ranura e hizo presión. Emitiendo un crujido, la madera cedió y el bombero tiró hacia él, abriéndola de par en par. De inmediato, descubrieron a Vega sentada junto a la entrada, con el flequillo revuelto sobre el rostro y la espalda apoyada contra la pared. A pesar de llevar la cazadora puesta, se notaba que estaba más delgada y parecía exhausta. Marina se lanzó hacia ella, ignorando el tufo que imperaba en aquel sótano. Rodeándola con sus brazos, la sacó de allí con ayuda de Francesca y la acostó en el suelo. La médica extrajo de su bolsa una botella de agua y levantándole la cabeza, apoyó el borde en los labios agrietados para darle a beber una pequeña cantidad. Al retirarle el pelo y examinarla bien, descubrió que tenía un moratón junto a la boca, así como un párpado que a duras penas podía abrir debido a la hinchazón. Vega colaboró tragando con dificultad aquel líquido que tanto había ansiado. Sentía la garganta de esparto y le escocía, pero sus cuerdas vocales, otra vez irrigadas, lograron emitir un sonido reconocible.

—Gracias...

—No hables —rogó Marina, al borde de las lágrimas, mientras Vega volvía a beber con recelo de la botella.

—¿Podrás andar? Tenemos que salir de aquí —dijo Cata.

Vega le lanzó una mirada poco convincente, por lo que pidió a Roberto que la ayudara a ponerla en pie.

—La llevaremos entre los dos.

—Déjame a mí —pidió Marina, pasándole el brazo por debajo de la axila para levantarla, mientras el bombero hacía lo mismo por el otro lado.

Vega apretó los dientes y procuró no desmayarse a causa del dolor y la debilidad. Le parecía un milagro que hubieran llegado a tiempo y, sobre todo, que estuviera allí Marina, sujetándola. *Porque estoy viva, ¿verdad?* Debía de estarlo, porque en caso contrario no sentiría ese dolor. De improviso, a su agotado cerebro llegó el recuerdo de una antigua canción de Manuel Carrasco. «*... menos mal que me encontraste. Si estás conmigo, aunque esté roto me siento vivo...*».

—Las costillas... —gimió.

—Tened cuidado, creo que le duelen —apuntó Cata desde atrás.

—Sí... —dijo con un hilo de voz.

—¡Maldito sea! —soltó Marina, iracunda, mientras entre ella y Roberto avanzaban por las escaleras con Vega casi colgando de ambos.

Con todo el cuidado que la estrecha escalera les permitió, lograron sacarla hasta la planta baja. En ese instante, un ruido procedente del otro lado del patio hizo que los tres dirigieran la vista hacia allí.

—Ya veo que has encontrado a tu amiguita. Es admirable, ha aguantado de forma espectacular los golpes, el hambre, la sed y el

aislamiento. Todo un carácter.

César Barral, rodeado por su asesor personal, el jefe de su gobierno y los nueve ministros, contemplaba a Marina, Vega y Roberto con una calma arrogante que helaba la sangre. Monzón, a su derecha, apuntaba hacia los tres con una Smith & Wesson de 9 mm.

—¿Sabes las probabilidades que tenéis de salir vivos de la ciudad? —le espetó Marina, colérica.

—Muchas más que tú —respondió el dirigente—. Monzón, mátalos a los tres.

De repente, todo se precipitó. Roberto se agarró el estómago con la mano libre y cayó de rodillas, arrastrando hasta el suelo a una desfallecida Vega que Marina fue incapaz de sujetar. Al segundo, una fuerte explosión se oyó a unas calles del palacio.

***

Momentos antes, fuera del edificio, Sergio y los demás esperaban nerviosos alguna noticia del interior. De pronto, Miriam apoyó la espalda contra la fachada y su mirada se perdió en el horizonte.

—¿Estás bien? —preguntó Sergio. Luis y Raquel la miraron preocupados al ver que no respondía.

—Creo que está viendo al monje —señaló Sergio en susurros, tocándole el brazo intencionadamente.

—¿Al monje? —repitió Raquel, confusa—. ¿Ahora?

En ese mismo instante, el estruendo procedente de unas calles más allá los sobresaltó a todos.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Raquel en medio de un estremecimiento.

—Ha sonado como una explosión —respondió Sergio.

Con la mirada extraviada, Miriam no parecía haber oído ruido alguno. Mientras tanto, el río de gente pareció revitalizarse con la detonación y avanzaba más deprisa hacia su objetivo. Solo habían transcurrido unos segundos cuando se escuchó un estampido seco en el interior del edificio.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Raquel, alarmada.

—Un disparo —dijo Luis, asustado—. Eso ha sido un disparo.

—Están ahí dentro —gimió Sergio, que no había soltado el brazo de Miriam en ningún momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Luis, de forma apremiante.

—César Barral y su gobierno. Están todos ahí —reveló Miriam, con voz monótona, sin salir todavía del trance.

Al cabo de un rato, cuando ya el nerviosismo y la impotencia empezaba a apoderarse de ellos, sonó el móvil de Sergio.

***

En el interior, momentos antes, la tensión había reventando por los aires.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó César Barral, furioso, al hombre que se retorcía en el suelo cuando ni siquiera le habían disparado. Su asesor dirigió el arma hacia el bombero.

El resto asistía a la escena atónito.

—Dispara, ¿a qué esperas? —ordenó a Monzón.

El asesor apuntó hacia la cabeza de Roberto, pero algo extraño sucedió en ese instante. Marina observó con la boca abierta cómo el brazo del matón se desviaba lentamente para dirigirse hacia su jefe. El disparo le impactó en un hombro y César Barral cayó hacia atrás. Aquello provocó una desbandada. El jefe del gobierno y los ministros corrieron despavoridos hacia la puerta de entrada, siendo incapaces de abrirla. Alguien lo impedía desde fuera.

Marina, Vega y Roberto contemplaban a César Barral cubierto de sangre en el suelo sin entender qué había sucedido. Francesca y Cata habían observado la escena agazapadas. En el mismo instante en que Cata había escuchado la voz de César Barral, hizo una señal a Francesca para que no se moviera. Asomándose apenas por el marco de la puerta, comenzó a grabar con el móvil todo lo que estaba pasando. En cuanto sonó el disparo, Francesca se asomó sin importarle que continuara habiendo un hombre armado y echó a correr para atender a la persona herida. Descubrió que era el presidente, el cual estaba tendido en medio de un charco de sangre. Mientras tanto, Marina se había arrodillado junto a Vega. La fotógrafa todavía conservaba la consciencia, aunque su rostro dejaba ver el sufrimiento por el que estaba pasando.

El terror se reflejaba en el rostro de Monzón al darse cuenta de lo que había hecho. La sangre se iba extendiendo bajo el cuerpo de César Barral, a pesar de los esfuerzos de Francesca por taponar la herida. El asesor dejó caer la pistola al suelo, al tiempo que intentaba entender quién era el que se había metido en su mente y le había ordenado que disparara a su jefe sin poder hacer nada por evitarlo. En su oscura vida de asesino a sueldo había experimentado muchas cosas, pero nada como aquello. Tenía claro que algo sobrenatural, algo en lo que jamás creyó, había intervenido para que desviara su disparo en esa dirección, en la dirección exacta del presidente. Estaba petrificado.

Cata no lo pensó. Tenía que aprovechar ese momento de desconcierto. Salió de su refugio y corrió hacia donde había caído el arma. En cuanto se hizo con ella, sin el más mínimo intento de oposición por parte del asesor, apuntó de inmediato hacia el grupo que se apelotonaba intentando abrir la puerta.

—¡Quietos!

Todos levantaron instintivamente las manos.

—Tenéis dos opciones —explicó Cata—. Una es salir ahí fuera y ser linchados por la gente que ha tomado las calles. La otra es esperar aquí hasta que vengan las fuerzas de seguridad a llevaros a un lugar seguro y ser juzgados por todo lo que habéis hecho. Vosotros elegís.

Todos se miraron y se apartaron inmediatamente de la entrada.

—Así me gusta. ¡Tú! —gritó hacia Monzón—, túmbate en el suelo bocabajo y pon las manos en la cabeza.

El hombre le lanzó una mirada indecisa desde sus ojos fríos, pero hizo lo que le pedía. Sin que nadie se lo dijera, Marina se levantó, fue hasta él y lo cacheó, sacando otra pistola del interior de su chaqueta.

—Que no se mueva nadie —pidió Cata a Marina—. Voy a hablar por teléfono.

Marina sujetó el arma, apuntando hacia el grupo, aunque no tenía ni la más mínima idea de cómo funcionaba aquello. Lo importante era que ellos no lo sabían. Con cierto humor negro, un titular se abrió paso en su cabeza.

«Dos periodistas retuvieron a punta de pistola al pleno del gobierno del país».

—Hay que llevar a este hombre al hospital cuanto antes —señaló Francesca.

—¿Va a aguantar? —preguntó Marina.

—No lo sé. La bala no parece haber afectado al pulmón. Le ha atravesado el hombro. Tiene orificio de entrada y de salida, pero está perdiendo mucha sangre. No consigo parar la hemorragia.

Monzón, desde el suelo, miró hacia el herido con preocupación. Él lo observó pensativo. *¿Por qué has hecho esto?* Lo extraño era que el primer sorprendido parecía el propio asesor, como si le hubiese disparado contra su voluntad. No entendía nada.

Roberto se fue recuperando poco a poco del dolor de estómago que lo había mantenido en su postura encogida y se aproximó a Vega para comprobar cómo estaba. Ese dolor inoportuno e inesperado le sobrevenía siempre segundos antes de que sucediera algún desastre, para desaparecer al poco tiempo de la misma forma que había surgido.

Desde muy pequeño le ocurría con regularidad, aunque tardó años en descubrir la relación del extraño ataque doloroso con lo que lo había originado. Decenas de veces sus padres habían llamado al médico e incluso le habían conducido al hospital, pero nadie supo nunca explicarles la causa de ese mal que, al cabo de muy poco, desaparecía para desconcierto de todos. Fenómenos como explosiones, terremotos o avalanchas provocaban esa reacción en su organismo. Todavía tenía grabado en su memoria el intenso dolor que, con diez años, se desencadenó en su estómago el día que reventó la presa del pantano de Tous, provocando un inmenso desastre en los

pueblos circundantes y miles de damnificados. Roberto acabó aceptando que esa alarma viviría siempre con él y decidió sacarle partido haciéndose bombero. De hecho, su estómago servía de aviso a los compañeros antes de que sonara la verdadera señal de alerta que los ponía en marcha.

—¿Aguantas bien? —preguntó a Vega.

Ella asintió con la cabeza.

Después de una breve conversación por teléfono, Cata marcó el número de Sergio, que contestó de inmediato.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó con la voz alterada.

—Tranquilo, está todo controlado. Quedaos ahí. Ya no van a intentar salir. Acabo de hablar con la diputada Esther Volán, la líder de la oposición. Le he contado todo lo que está sucediendo. Me ha dicho que viene hacia aquí con un juez y las fuerzas del orden.

—Menos mal, ya no nos quedaba energía para aguantar la puerta cerrada. Miriam estaba en trance y el monje le dijo que no dejáramos salir a nadie. Hemos oído un disparo. ¿Estáis todos bien?

—Nosotros sí. Francesca está atendiendo a César Barral. Está herido. Esther me ha dicho que se encargaba ella de llamar al SAMU. Han de llevárselo. Y también a Vega.

—¡¿Cómo?!

—Luego te lo explico. Aseguraos de que solo pueda entrar quien te he dicho.

—De acuerdo.

Los minutos parecían horas dentro de aquel recinto donde todo podía volver a torcerse en cualquier instante. Al cabo de un tiempo que les pareció interminable, se escucharon sirenas en el exterior. Cata indicó a los ministros retenidos que se apartaran todavía más de la puerta y se colocaran contra la pared. Todos le obedecieron. Un grupo de operaciones especiales de la Policía Nacional entró armado hasta los dientes. Cata y Marina dejaron sus armas en el suelo de inmediato. Tras ellos iba Esther Volán y un hombre canoso que debía de ser el juez.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el que comandaba el grupo.

—Soy Cata de la Fuente —se apresuró a contestar—. Soy periodista. Las dos pistolas pertenecen al hombre que está tumbado bocabajo junto a César Barral. Es su asesor. Él le había ordenado que matara a Roberto —explicó, señalándolo—, pero ha acabado disparando al presidente. No me pregunten por qué, no tengo ni idea. Luego ha soltado el arma y yo la he cogido y le he pedido que se tumbara en el suelo. Marina le ha sacado la otra del bolsillo. Tanto el Presidente como su asesor y, por lo que veo, el gobierno en pleno, han tenido secuestrada y sometida a tortura a Vega del Hierro. Es la mujer que está en el suelo. Por cierto, también necesita atención médica.

—Recoge las armas. Habrá que analizarlas —pidió a uno de sus hombres—. Señores, nos tendrán que acompañar —ordenó al grupo arrimado a la pared, que todavía permanecía con los brazos en alto.

—Todos nosotros tenemos inmunidad parlamentaria —argumentó el jefe del gobierno cuando los agentes se aproximaban—. Además, esa mujer miente.

—Lo tengo todo grabado desde el principio —alegó Cata, alzando su teléfono móvil. El juez se aproximó a ella para que le enseñara la grabación.

—La imagen no está centrada, ya que desde mi escondite no tenía ángulo, pero se oye perfectamente la conversación y se identifican las voces.

En cuanto acabó de ver el vídeo, el juez dio la orden al jefe de policía para que los detuviera a todos. Sus hombres los esposaron y los encerraron en uno de los furgones que había fuera. A Monzón lo llevaron con los demás. Inmediatamente, mandó entrar a los del SAMU, que atendieron un buen rato al herido en el suelo. Tras estabilizarlo, lo transportaron en una camilla hasta la ambulancia. Una de las sanitarias se aproximó a Vega, la examinó y se la llevó con ella.

En la calle, un grupo numeroso de personas comenzaban a aglutinarse en torno a la escena, aunque a cierta distancia de los vehículos policiales, puesto que los GEO habían montado un cordón de seguridad. Todo el mundo intentaba descubrir lo que estaba ocurriendo delante del edificio.

—Tendrán que venir todos a comisaría a prestar declaración —dijo el jefe de policía a Cata, señalando uno de los tres furgones—. Y traiga ese móvil.

—El juez y yo los seguimos —señaló Esther Volán—. Si hay indicios de delito, que por lo que hemos visto, los hay, ordenará prisión preventiva para todos. Es magistrado de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo.

Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia adelante. La vida, en realidad, es una calle de sentido único.

AGATHA CHRISTIE

¡Cómo pinta el deseo los colores del iris en las nieblas de la vida!

RABINDRANATH TAGORE

Tras la tormenta

A Vega le tomaron declaración en la habitación del hospital. Había sido ingresada con síntomas graves de deshidratación y totalmente desnutrida. Además, le fueron realizadas las pruebas forenses oportunas para verificar que había sufrido torturas. Ella declaró haber sido sometida a interrogatorios violentos —mostraba las marcas de infinidad de golpes—, así como a un aislamiento atroz; contó que había tenido que dormir en el suelo, que había carecido de medidas de higiene y que no le dieron más agua que una botella de litro y medio ni otra comida que no fuesen las dos naranjas que había tenido como único alimento durante esos siete días de reclusión.

La fotógrafa había identificado como sus secuestradores a Monzón y a otros Garantes, pero también a César Barral, quien, durante su encierro, no había podido sustraerse al placer de estar presente en uno de los interrogatorios y regodearse con su estado. Como pudieron averiguar, todos los miembros del gobierno sabían desde el principio que tenían a Vega allí dentro.

En las dependencias policiales se tomaron los testimonios de Cata, Marina y el resto de los amigos y luego los dejaron marchar. Las personas que gozaban de inmunidad se negaron a declarar por sugerencia de sus abogados. No obstante, a la vista de las pruebas facilitadas por Cata —que había grabado con su teléfono la escena casi completa desde la puerta—, el magistrado del Tribunal Supremo halló causa justificada para decretar la prisión preventiva de todos ellos, incluido Monzón, que no disponía de protección como parlamentario ni como miembro del gobierno.

No obstante, seguía siendo un misterio por qué el asesor había disparado a Barral, puesto que, a pesar de que el jefe del gobierno se empeñó en acusar a Cata como responsable del disparo al presidente, el vídeo grabado con el teléfono había dejado muy claro que la detonación se había producido con antelación a que ella apareciera en escena. Además, varios ministros confirmaron que había sido Monzón, antes de que sus abogados les aconsejaran no revelar nada más.

Por lo que respecta a César Barral, este fue operado con éxito y se hallaba recuperándose en el hospital bajo vigilancia de la policía.

Poco tiempo después, Vega fue dada de alta a la vista de la evolución de su estado. La policía la había interrogado sobre la autoría de las pancartas, pero lo negó todo. La manera en que había entrado en los edificios no había sido muy legal. De todas formas, no existían pruebas de ello, excepto la declaración de uno de los hombres de César Barral, pero era su palabra contra la de Vega. Esta declaró que la habían secuestrado por ayudar a escapar a Marina.

Marina, que días atrás había ido a por su coche —todavía estacionado en el aparcamiento subterráneo—, insistió en ir a recogerla al hospital y cuidarla en su casa, ya que le iba a ser difícil desenvolverse sola. Cualquier movimiento seguía ocasionando a Vega bastante dolor en las costillas, así que la fotógrafa no opuso demasiada resistencia a la sugerencia de Marina.

Durante su cautiverio no dejó de pensar en que sus padres y su hermano estarían preocupados al no saber nada de ella en esas fechas, ya que era impensable que no fuera a pasar con ellos las Navidades. Aunque siempre había sido muy independiente, lo normal hubiese sido que acudiera a su casa para avisarlos de que el trabajo le impedía celebrar con ellos las fiestas. Finalmente, pudo llamarlos desde el hospital y contarles lo ocurrido. La policía le había devuelto el teléfono móvil que había requisado Monzón. Cuando su familia fue a verla, le confirmaron que todos se habían preocupado mucho al no tener noticias. No obstante, habían supuesto que el corte de comunicaciones debía de haberla pillado trabajando en otra ciudad y no había podido avisarlos.

Vega daba por hecho que no podía pasar la convalecencia en casa de sus padres. Eran muy mayores y ya tenían suficiente con poder valerse por sí mismos. Por otra parte, su hermano tenía un piso muy pequeño y dos hijos. No había sitio material en su vivienda para acogerla. En todo caso, lo que realmente le apetecía era estar cerca de Marina. Y ella había insistido.

En cuanto llegaron a su casa, Marina la condujo hasta la habitación de invitados.

—Te he dejado una toalla en el baño, un cepillo de dientes y ropa cómoda. ¿Quieres que te ayude a ducharte?

—Me las arreglaré, no te preocupes —respondió, sin poder evitar que, pese a la situación, ciertas imágenes camparan a sus anchas por su cabeza. No obstante, debía dejar esos pensamientos bien apartados. Todavía tenían una conversación pendiente.

Mientras se cepillaba los dientes, pensó que el hecho de que se hubiese ofrecido para cuidarla no tenía por qué significar nada. Quizás se sintiese culpable, en cierto modo, por no haberla creído cuando le

hablaba de César Barral, o por haberse ido de aquella habitación de hotel sin explicación alguna. Puede que tan solo se tratara de un gesto de redención, como las visitas diarias que había hecho al hospital para verla, o que se empeñara en tomarse las uvas con ella el día de Nochevieja y celebrar juntas el año nuevo en aquella triste habitación del centro hospitalario. No quería hacerse ilusiones. Durante su encierro había tenido mucho tiempo para pensar. Que ella hubiese huido de aquella forma del hotel le dolió profundamente. Había dado muchas vueltas a las posibles causas, llegando a la conclusión de que Marina se había arrepentido de lo que sucedió. Al fin y al cabo, lo que pasó entre ellas supuso su primera experiencia con una mujer y lo más probable era que hubiera regresado a los cauces de heterosexualidad por los que siempre había discurrido.

Vega no sabía cuánto necesitaba aquello hasta que comenzó a sentir el agua sobre su piel. En el hospital la habían lavado, pero aquella era la primera ducha de verdad tras su secuestro. Agradecía cada reguero que corría por su pelo y por su frente, obligándose a imaginar que esa lluvia benéfica iba a desposeerla de todo recuerdo dañino. Marina le había dejado una botella de champú y otra de gel. Supo de inmediato que eran las que ella utilizaba cuando el aroma de la periodista alcanzó a sus sentidos, como había ocurrido en su encuentro en el hotel. Mientras el líquido cálido y reconfortante seguía precipitándose sobre su cabeza, Vega cerró los ojos y dejó salir los sentimientos comprimidos en su interior durante tantos días. El llanto le sorprendió de golpe, desgarrándole el pecho. Todo el miedo, la angustia, el dolor y la desesperanza se unieron en una mezcla devastadora, haciéndola temblar convulsivamente. Se apoyó en la pared rugosa y húmeda, sin siquiera ser consciente del agua que continuaba cayendo sobre ella. De repente, sintió unos brazos rodeándola desde atrás.

—Tranquila, cariño, tranquila, estoy aquí.

Vega se dejó abrazar, no tanto por el cuerpo de Marina como por el arrullo de su voz. *Me ha llamado cariño*.

Ella la arropó con su ternura. Vega, rendida a su cobijo, se dio la vuelta para enfrentarse a esos ojos pardo-verdosos que la transportaban más allá de la razón.

—Estás vestida... —fue lo primero que se le ocurrió decir, al contemplar su pelo mojado.

—No importa... —rio, con la ropa totalmente calada.

En mitad de esa risa, Vega atrapó sus labios como si fuese la única tabla de salvación existente en el mundo. La entrega en aquel beso fue absoluta y el agua caliente se encargó de aportar su propia lubricidad, empapando todavía más los cabellos, los rostros, las ganas y las bocas ansiosas.

A Vega se le escapó un gemido, provocando que Marina se apartara.

—Lo siento, me he dejado llevar. Te estoy haciendo daño.

La fotógrafa observó sus ojos todavía velados por el deseo.

—No me haces daño, te lo prometo.

—Mentirosa. Ven, vamos a secarnos —sonrió, tirando de ella fuera de la ducha. La envolvió en la enorme toalla y se quedó un instante amarrada a su cuerpo—. Tomémoslo con calma, ¿de acuerdo?

Vega suspiró y se dejó abrazar una vez más. Las piernas todavía le temblaban. Con gran esfuerzo, Marina se apartó de ella.

—Voy a secarme. Vístete. Te espero en el salón con un par de cervezas. Imagino que no te las habrán prohibido.

¡No me han prohibido nada!, tuvo ganas de gritar.

Plegados sobre un taburete, la periodista le había dejado un pantalón de deporte, ropa interior y una sudadera. Vega era de constitución más grande que Marina, pero debido a la disminución de peso y del volumen consiguiente, las prendas le venían como un guante. Se miró en el espejo. Todavía tenía amoratados el mentón y el párpado, pero por suerte la hinchazón se había ido y no le había afectado a la vista. Eso sí, la experiencia le había dejado un rastro de ojeras. Deseó que sus señales fueran solo físicas. Tardaría mucho en olvidar el terror sentido cada vez que oía los pasos acercarse a su prisión, el dolor de los golpes hasta llegar a la inconsciencia, los insultos, el hambre y la sed; la humillación de hacer sus necesidades en un cubo y tener que soportar su propio hedor un día tras otro. Y, ante todo, la sensación de abandono. La soledad. No pensaba que pudiese olvidarlo nunca, pero tenía la esperanza de que un lejano día, cuando lo recordara todo, ya no le doliera.

Se puso el desodorante que le había dejado ella en el baño y se atusó el pelo con los dedos. Se sentía fresca. Rota, pero fresca.

Cuando acudió al salón, Marina la esperaba sentada en el sofá con un par de cervezas y algo de comida. Se había puesto una sugerente bata de color berenjena. A pesar de todo lo que zarandeaba su cabeza, Vega solo podía pensar en quitársela. Se sentó a su lado, no demasiado cerca, y agarró su botella. En cuanto el líquido ligeramente amargo llenó su boca, cerró los ojos y emitió un ruidito de satisfacción.

—No me acordaba de lo buena que estaba la cerveza.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Prefiero intentar olvidarlo.

—Bueno, lo haremos cuando tú quieras.

Marina bebió un trago y Vega siguió, embelesada, cada uno de sus movimientos. En cuanto la periodista bajó la botella y la dejó sobre la mesa, contempló fascinada cómo la luz, que entraba a raudales por la puerta acristalada que conectaba con el jardín, le incidía en el pelo,

otorgándole un hipnótico brillo dorado y sublimando el matiz verde de sus iris.

—Si sigues mirándome así no vamos a acabarnos las cervezas.

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Pues me gustaría que lo hicieras, porque ahora mismo estoy a punto de olvidar que todavía te duelen las costillas y arrastrarte hacia la cama.

—Ya casi no me duelen...

—Vega... —suspiró.

La fotógrafa dejó la bebida sobre la mesa, se levantó y le ofreció la mano. Marina, con la mirada y el cuerpo en llamas, se puso en pie para dejarse conducir hasta su propia habitación.

—¿Por qué me haces esto? —gimió, mientras Vega le desabrochaba el cinturón de la bata y la dejaba suelta, permitiendo adivinar su espléndida desnudez. Como había imaginado, no llevaba nada debajo. Fue entonces Marina quien, con sumo cuidado, le sacó la sudadera por la cabeza y se inclinó para dedicar a sus pechos la atención que merecían. A la fotógrafa se le escapó un jadeo. Tuvo que sujetarse en ella para no caer.

—Puedo oler tu deseo... y me vuelve loca. Ven —ordenó la periodista con voz ronca, haciendo que se tumbase en la cama. Se deshizo de todo aquello que constituía una barrera para acceder a la ansiada suavidad de Vega, dejando caer su propia bata al suelo. No quería que nada pudiera interferir entre ellas.

La fotógrafa había recuperado algo de peso en el hospital, pero todavía estaba muy delgada. En algunas zonas de su abdomen las señales moradas estaban empezando a adquirir una tonalidad amarillenta. El impulso de hacerla feliz pudo más que el odio hacia César Barral que aquella visión le generaba, así que se entregó a acariciar cada milímetro de la piel maltratada, con tanto mimo y cuidado que Vega tuvo que apremiarla.

—Por favor, no voy a aguantar...

—¿Es esto lo que quieres?

Vega se aferró con fuerza a ella, importándole muy poco las partes de su organismo que se quejaban por el trato recibido. Toda su atención estaba centrada en el placer inmenso que le estaban procurando las manos de Marina. Un grito prolongado salió de su garganta sin pudor. La periodista la rodeó con sus brazos, sintiéndose enajenada ante cada estremecimiento, hasta que Vega, muy lentamente, regresó a su cuerpo desde el lugar al que el clímax la había catapultado.

—Siéntate aquí, sobre mí —pidió la fotógrafa, apenas recuperado el resuello, mientras se incorporaba para apoyarse en el cabezal de la cama.

—¿No te haré daño? —inquirió, preocupada, a pesar del fuego que le abrasaba cada palmo de piel.

—Olvídate de todo. Ven.

Hizo lo que le pedía y ella, a escasos centímetros de su rostro, pudo saborear la creciente excitación de Marina, hasta que esta alcanzó tal estado de delirio, que dejó de pensar en nada que no fuese mantenerse para siempre en la cima de aquel goce, en la cumbre del Olimpo adonde la estaba conduciendo Vega, bebiéndose cada gemido que escapaba de su boca.

Desmadejadas, pero sin poder desasirse del abrazo, se mantuvieron en un silencio cargado de palabras pendientes, hasta que Vega se decidió a verbalizarlas.

—Creí que te habías arrepentido de lo que ocurrió.

—Nunca lo hice —respondió, modificando su postura para poder mirarla a los ojos.

—¿Por qué te fuiste así?

—Estaba aterrorizada. Hui de lo que estaba sintiendo por ti. He de pedirte perdón. Si supieras lo mal que lo he pasado hasta que conseguí encontrarte... Estuve todo el tiempo en casa de Cata y Francesca. Me acogieron allí, son maravillosas. No hubo un solo minuto que no me preguntara dónde estabas y qué estarías pensando. Esperábamos que vinieras a preguntar por mí, pero no apareciste. Fuimos a buscarte a casa de Raquel y allí no había nadie. Y Victoria se había ido. Fue horrible. No supimos dónde estabas hasta el día en que te rescatamos. Aunque sé que lo que he pasado no es nada en comparación con lo que has sufrido tú. Lo siento muchísimo —dijo, besándola suavemente.

—Lo peor de todo lo que viví, de... todo aquello, fue haberte tenido tan cerca y creer que te había perdido para siempre.

—¡Oh, Vega! No pienso separarme de ti nunca más.

—¿Estás segura?

—No he estado más segura de algo en mi vida.

—Te quiero —surgió de su boca, lidiando con el terror de que aquella declaración fuese mal recibida, pero no podía contenerla por más tiempo. Le quemaba dentro.

—Yo también te quiero. Es la primera vez que se lo digo a alguien.

Con el corazón latiendo desaforado, Vega se entregó a sus labios; esos labios de los que acababa de escapar una frase que Marina nunca había concebido en su mente. Embriagadas por el magnetismo que las envolvía, se dejaron llevar durante horas.

—Tengo que contarte algo —declaró la periodista, durante uno de los momentos en que ambas recobraban fuerzas—. He hecho algunas cosas de las que no estoy orgullosa y otras de las que, mirando hacia atrás, me arrepiento totalmente. Una de estas últimas es haberme

acostado con César Barral.

Vega la contempló en silencio, intentando eliminar la opresión que sentía en el pecho. Al verle la cara, Marina se apresuró a continuar.

—Fue mucho antes de lo que ocurrió entre tú y yo y quiero que sepas que fue solo sexo. Nunca hubo nada sentimental que me uniera con él. Ni con él ni con ningún otro. No quería ocultarte esto. Y créeme, me entran ganas de vomitar cuando lo recuerdo.

Vega la besó con dulzura.

—Es pasado, ¿no? Lo pasado, pasado es.

Marina la miró a los ojos con todo el amor del mundo.

—Creo que es el momento de que me cuentes lo que ocurrió.

—Marina...

—Sé que no quieres recordarlo, pero tampoco lo vas a olvidar, así que será mejor que lo sueltes. Prefiero que te derrumbes aquí, entre mis brazos, que en el juicio el día que tengas que declarar ante el tribunal.

Vega guardó silencio durante unos segundos, buscando fuerzas para comenzar a sacar de su interior, gota a gota, todo el veneno que le quedaba dentro.

La eternidad es un mero instante, lo suficientemente largo como para bromear sobre ella.

HERMANN HESSE

El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños.

ELEANOR ROOSVELT

Reconstrucción

Francesca, Miriam y Sergio regresaban de la cocina cargados con bebidas y platos. En torno a la mesa del comedor charlaban Roberto, Montse —su mujer—, Raquel, Luis, Vega, Marina y Cata, mientras la música de Elton John servía como fondo a un encuentro que todos agradecían después de lo que había sucedido. Andrea y Pablo se habían quedado en su casa cuidando de la niña. Esta tenía un poco de fiebre.

—Antes que nada, quisiera hacer un brindis —señaló Cata, levantando su copa de vino—. Por todos vosotros, que habéis conseguido acabar con el enfermizo gobierno de César Barral. Quiero que sepáis que estoy muy orgullosa de los amigos que tengo, de su valentía y de sus valores.

El murmullo de agradecimiento fue general. Cada uno levantó su bebida y los tintineos de copas se sucedieron durante unos segundos.

—Desde luego, nadie creería lo que hemos vivido —dijo Raquel—. ¿Cómo van las gestiones para formar nuevo gobierno? ¿Sabes algo, Cata?

—Estamos a la espera de lo que pase en el juicio. La justicia no va tan rápido como nos gustaría. Todavía están deteniendo a mucha gente relacionada con las residencias y demás desmanes ordenados por César Barral. Localizaron La Granja y enviaron un equipo de policía científica. Aún no hay noticias, pero imagino que descubrirán todo lo truculento que sucedió allí. Desgraciadamente, mi compañero del periódico sigue desaparecido. Nadie sabe nada de él y me imagino lo peor. Quizás lo pillaron cuando intentaba pasar la frontera. Igual que las mujeres que denunciaron lo de la residencia de Madrid. No han vuelto a aparecer. Esther Volán me ha dicho que se están reuniendo diariamente todas las fuerzas políticas para encontrar una solución pactada. La nueva constitución no contempla solución alguna para el caso de que la Presidencia de la República y el gobierno en pleno sean detenidos por flagrante delito. Los parlamentarios de Movimiento Evolución están siendo interrogados. Esther me comentó que las negociaciones se dirigen a conseguir un acuerdo para celebrar nuevas

elecciones. Los juristas están estudiando fórmulas.

—No va a ser fácil que lleguen a ese consenso —declaró Marina—. Los políticos siempre arriman el ascua a su sardina. Hay mucha gente que pretenderá sacar tajada de esta crisis. Confío en que Esther Volán, que tiene fama de ser una persona equitativa e incorruptible, lleve la negociación a buen puerto. Necesitamos cuanto antes un gobierno decente que tome las riendas del país.

—Efectivamente —respondió Cata—. Pienso realmente que ella sería la candidata perfecta para la Presidencia.

—Sí, yo pienso lo mismo —señaló Marina.

—Desde luego, para una vez que conseguimos que se instaure la República, va y descubrimos que tenemos a un degenerado en el poder —afirmó Miriam.

—No creo que la gente inteligente confunda la fórmula de gobierno con quien la ha desempeñado —terció Cata—. Excepto los monárquicos de toda la vida, claro. A mi entender, la República es lo más coherente en una democracia. El Jefe del Estado es elegido por el pueblo entre distintos candidatos que han exhibido sus propuestas en un programa. No es nombrado automáticamente por pertenecer a una dinastía de sangre.

—Eso es cierto —dijo Roberto—. Lo malo es que esta experiencia ha deteriorado todavía más la confianza en la clase política, que ya era bastante baja.

—Tienes razón —intervino Raquel—. Este gobierno empezó desarrollando una campaña electoral que ilusionó a una gran parte de la población. De ahí la mayoría absoluta que obtuvieron. Después de lo que ha sucedido, la confianza de la gente ha caído en picado.

—Sí, muchos nos sentimos engañados después de todo lo que ha salido a la luz —dijo Luis—. Ahora va a ser muy difícil confiar en cualquier otro partido.

—La verdad es que muchísima gente se dejó llevar por las promesas electorales de Movimiento Evolución —intervino Montse—. Tenía un programa que, objetivamente hablando, era buenísimo.

—Así es —señaló Marina—. *A priori*, el programa era fantástico. Esa fue la razón principal por la que accedí a trabajar para César Barral. Lo terrible es que resultó ser una tapadera para otros fines.

—Aparte de los problemas económicos, lo que generó bastantes suspicacias fue la existencia de los Garantes —dijo Vega.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmó Marina—. Un equipo de personas patrullando las calles con potencial para hacer daño sí que es una idea peligrosa. Pero fíjate en que la gente, en un principio, los veía como personas dedicadas a ayudar en todo tipo de cosas. Vigilaban para que no hubiera robos ni peleas, ayudaban a los ancianos a subir la compra a casa y cosas así. Incluso la propia estética les favoreció. El

hecho de que fueran de blanco y se autodenominaran Garantes, que no llevaran armas... todo eso ayudó a que nos los tragáramos.

—Hasta que empezaron los abusos de poder —señaló Cata—. Y las extorsiones e incluso asesinatos para tapar sus actuaciones.

—Y los problemas económicos. Tuvimos suerte de que la gente estuviera receptiva y comenzara a cuestionarse las actuaciones del gobierno —dijo Vega—. Al principio, Victoria, Raquel y yo pensamos que lo de las pancartas no iba a tener ninguna repercusión, que nos estábamos jugando el pellejo para nada, pero nos equivocamos.

—Sí, por suerte os equivocasteis mucho —afirmó Cata—. No sabíais la semilla tan grande que estabais plantando. Ofrecisteis una esperanza a la que agarrarse. Algo tan simple como una tela roja con un mensaje contundente ha ayudado a derrocar a un gobierno corrupto.

—Desde luego, nunca os agradeceremos bastante el riesgo que corristeis —dijo Francesca.

—Yo ya he perdonado a mi marido y a mi hija por no habérmelo contado —intervino Montse—. Lo cierto es que, de haberlo sabido, hubiera intentado por todos los medios que ella no se metiera en este asunto. Pero ahora que todo ha pasado, tengo que decirte, Miriam, que eres mi heroína particular y que te quiero.

—La verdad, estoy orgullosa de la gente de este país —intervino Raquel—. No esperábamos la adhesión de miles de personas y el rápido contagio de los mensajes.

—A pesar de lo que podamos pensar —dijo Vega—, la gente no es tonta. Las barbaridades no pueden permanecer ocultas por mucho tiempo. En todas partes se estaban dando cuenta de que pasaban cosas muy anómalas en torno suyo. Todavía no me creo que lo hayamos logrado.

—Estoy seguro de que el nombre ha tenido mucho que ver —señaló Sergio, riendo—. ¡Insurrectas es fantástico! Sugiere rebeldía, justicia, secretismo y aventura.

—Eso es verdad —rio Miriam, revelando mucho con la mirada que le dirigió.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Francesca, divertida, al captar el gesto.

Sergio sonrió, aunque sus mejillas habían enrojecido levemente.

—Que hace tiempo que están juntos —reveló Cata.

—¿Lo sabías y no me has dicho nada? —preguntó Francesca, fingiendo un enfado.

—Sí —rio Cata—. Lo pillé al vuelo en una de nuestras reuniones. Cariño, sabes que esas son cosas íntimas que solo las personas implicadas deben contar si así lo deciden.

—Bueno, pues ya lo sabéis —afirmó Miriam sonriendo—. No es que fuese un secreto, pero Sergio es un poco tímido para estas cosas. Y yo

lo respeto —añadió, volviendo a lanzarle una mirada que no dejaba lugar a dudas respecto a sus sentimientos.

Sergio, superando todas sus barreras, se aproximó a ella y le dio un ligero pero revelador beso en los labios.

—No me pronuncié cuando lo descubrí —declaró Cata—, pero ahora que es público tengo que deciros que me alegro muchísimo.

Los ojos de Sergio se humedecieron tras sus gafas, pero no fue capaz de decir nada. No podía desembarazarse de cierto sentimiento de traición a Rocío, aunque en el fondo supiera que era una estupidez. Entre ellos no hubo nada físico y, además, ella ya no estaba.

—Por cierto, Miriam —dijo Vega—. Debo daros las gracias a todos por el rescate. Sin vuestra intervención, ahora estaría muerta. Pero, por lo que me han contado, te lo debo especialmente a ti y a ese monje que te habla.

—No solo tú le debes la vida a esas visiones de Miriam —terció Sergio—. Lo que no sabéis es que fue el monje quien se metió en la cabeza de Monzón para que desviara el tiro que iba dirigido a Roberto. Estuve tocando todo el rato a Miriam y lo vi.

—¡Vaya locura! —exclamó Roberto—. Cuando vimos que se giraba y disparaba contra César Barral nos quedamos todos de piedra. No entendíamos nada.

—Sí, fue desconcertante —señaló Marina—. En tan solo un segundo, pasé de creer que íbamos a morir a ver a César Barral en el suelo cubierto de sangre. Ahora comprendo por qué a Monzón se le salían los ojos de las órbitas. Sin embargo, no voy a mentiros, lo del monje todavía me pone los pelos de punta, aunque tengamos mucho que agradecerle.

—Pues imaginad cómo estábamos nosotros ahí afuera, habiendo escuchado el disparo y sin saber qué había ocurrido —intervino Raquel —. Encima, Miriam estaba en trance, ausente. Ni siquiera oyó la explosión anterior.

—Cuando escuchamos el estruendo nos asustamos todos —dijo Luis—. Pensamos que estaban utilizando granadas o algo así para detener el asalto al Palacio de la Presidencia.

—Resultó que algún salvaje se llevó material pirotécnico de alto grado —continuó Raquel—. Lo raro es que no haya habido ningún muerto.

—Muertos no, pero heridos hubo bastantes —intervino Francesca.

—Fue una barbaridad —opinó Cata—. Los Garantes estaban atrincherados en el último piso y alguien encendió una carcasa que subió por el hueco de la escalera y explotó contra el techo. Fue peor que una bomba. La explosión repercutió en todo el edificio y alcanzó a los asaltantes. Podía haber matado a mucha gente. Lo único positivo fue que, debido al desconcierto subsiguiente hasta que se llevaron a

los heridos, dio tiempo a que la policía anunciara a través de un megáfono que César Barral y su gobierno habían sido detenidos.

—Menos mal que eso calmó el hambre de sangre que se había apoderado de la población —dijo Francesca—. La gente se hacinaba en los bares para ver las noticias en la tele. Cuando se dieron cuenta de que lo que había dicho la policía era cierto, poco a poco fueron regresando a sus casas.

—Lo que tú dijiste era verdad, Marina —dijo Roberto—. César Barral es un viejo zorro y tuvo claro que no debía ir al Palacio de la Presidencia esa mañana. Por eso convocó a primera hora a todos sus ministros donde encontramos a Vega, en el Palacio de los Català de Valeriola. Tenía habilitado ese viejo edificio como refugio oculto por si las cosas se ponían mal. Imagino que pensaban esconderse allí para estudiar una posible estrategia.

—Por cierto, ¿qué te pasó cuando nos descubrieron? —preguntó Marina—. Monzón te apuntaba con el arma cuando te encogiste como si realmente te hubiese disparado.

—Es algo que me ocurre siempre que hay cerca un desastre natural, una explosión, una avalancha... ese tipo de cosas —rio Roberto—. Segundos antes de que ocurra algo así, sufro un dolor insoportable en el estómago que me inhabilita durante algunos minutos. Yo lo llamo mi alarma natural.

—¿Puedo decir algo? —intervino Vega—. ¡Sois bastante raritos todos vosotros!

—¿Qué quieres decir? —dijo Cata, divertida—. ¡Somos gente estupenda!

—En esto tengo que dar la razón a Cata —apuntó Sergio, riéndose.

—¡Es que esto es de locos! Vamos a ver, por lo que sé —señaló Vega dirigiéndose a Sergio—, tú tocas a la gente y enseguida te enteras de todo sobre su vida. Algo de lo más normal, ¿verdad? —rio.

—Y, luego, Miriam nos habla de ese monje que, a mí particularmente, me tiene aterrorizada —añadió Marina.

—Y Roberto es como una alarma con patas cada vez que ocurre algún desastre —continuó Vega.

—Y no olvidéis la capacidad telepática de Cata —intervino Francesca—. No tenéis ni idea de lo que supone que tu pareja sepa siempre lo que estás pensando —soltó divertida, guiñándole un ojo.

—¡Tendrás queja! Siempre me adelanto a tus deseos. ¿Eso no lo cuentas?

—Es verdad. Tiene sus ventajas —rio Francesca con picardía.

—¡Vaya, debes de estar contentísima! —bromeó Montse—. Por cierto, se os olvida mencionar lo de los sueños premonitorios de Raquel. Ese don nos ha hecho pasar un verdadero calvario en el pasado.

—Sí, pero a veces los sueños no son tan malos —replicó Raquel—. ¿Verdad, Vega?

—Sí, eso fue raro... pero maravilloso —respondió, agarrando la mano de Marina bajo la mesa, mientras le dedicaba una mirada encendida.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Roberto, con sonrisa pícara—. ¿Al final ha ocurrido?

—Nuestra querida Raquel ha acertado de nuevo con sus sueños premonitorios, pero esta vez con final feliz —contó Cata—. Soñó que estas dos chicas iban a enamorarse locamente y permanecer juntas toda la vida. Y, a pesar de que ambas se resistieron a creerlo, los advertimos de que nuestra fotógrafa nunca fallaba. Y ahí las tienes.

—Eso demuestra —señaló Francesca— que el amor no descansa ni durante los tiempos terribles. Siempre tiene un instante para abrirse hueco. A Cata y a mí nos pasó en uno de los peores momentos de nuestras vidas. Vosotros los sabéis muy bien.

—Desde luego —dijo Raquel con una sonrisa.

—Y fijaos ahora: se han formado dos parejas durante esta época de locura.

—Me hubiera encantado que Victoria estuviese aquí para celebrar con nosotros lo que hemos conseguido —intervino Vega.

—Es verdad —respondió Raquel—. Todavía no ha vuelto. Espero de todo corazón que durante este viaje haya conseguido enamorar de nuevo a Daniela.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Miriam—. ¿A recuperar a una novia?

—Es un poquito más complicado, Miriam —rio Raquel.

—¿Más complicado?

—Sí. La novia de Victoria vive en 1937.

—¡¿Cómo?!

Raquel observó divertida las caras de asombro de Marina, Roberto, Montse, Sergio y Miriam. Incluso de Luis, a quien Raquel no había contado nada.

—Victoria tiene una cámara antigua, una Leica, que le permite hacer viajes en el tiempo. Esa cámara siempre le lleva al mismo punto de partida: el quince de mayo de 1937 en Valencia, en plena guerra civil española.

—¡Me estáis tomando el pelo! —exclamó Roberto.

—Te aseguro que no —afirmó Raquel.

—Vamos a ver —dijo Marina—, ¿estás diciendo que Victoria va de vez en cuando a visitar a su novia a 1937?

—Así es —respondió Vega—. Pero lo mejor de todo es que cuando pasa la frontera del tiempo hacia aquella época, ni ella ni Daniela recuerdan haberse conocido antes, así que tiene que empezar a conquistarla desde cero. Por el contrario, cuando regresa lo recuerda

todo. Es su maldición.

—¿Y cómo la conquista si no se acuerda de ella? —inquirió Miriam totalmente boquiabierta.

—Lleva escrito en una libreta lo que ha vivido con ella, lo que tiene que hacer para encontrarla y cómo puede regresar a la época actual —explicó Raquel.

—Cuando regrese, sería estupendo que pudiéramos quedar todos con Victoria —dijo Francesca—. Me encantaría que escucharais lo que nos contó sobre esa época y a cuánta gente conoció.

—¡Vaya locura! —señaló Miriam—. ¡Tener que partir de cero cada vez! ¿Por qué no se la trae? ¿O por qué no se queda aquí y busca una relación más fácil?

—Porque no puede —respondió Vega—. Por lo que contó, Daniela es el amor de su vida y solo Victoria puede cruzar esa barrera temporal. Ha intentado traerla a esta época, pero ha sido imposible. Además, debe volver, aquí tiene a su madre y a su hija.

—Pues vaya faena —alegó Miriam.

—Así es —afirmó Raquel—. Debe de ser que cada don que se nos da lleva aparejada una cruz personal. Yo desearía no tener sueños terroríficos que sé a ciencia cierta que se van a cumplir. Sergio descubre cosas maravillosas de las personas al tocarlas, pero también sufre en su propia piel las experiencias oscuras y negativas de los demás. Roberto está condenado a esos dolorosos ataques en su estómago cada vez que su cuerpo percibe una alerta. Miriam tiene información a través de su monje, pero me figuro que debe de ser un incordio quedarse en trance en el momento menos adecuado. E imagino que Cata, en algunas ocasiones, preferiría no conocer los pensamientos de otros.

—¡Desde luego! —exclamó la periodista.

—¡Pues va a ser cierto que os habéis juntado un buen grupo de bichos raros! —exclamó Montse, riéndose—. Vaya jugada del destino la que logró que coincidierais en esa investigación sobre la telepatía que hizo tu hermano, Francesca.

—Sí, fueron días tremendos que amo y temo recordar por igual. Con todo, fue esa investigación y todo lo que sucedió después lo que nos ha llevado a conseguir esta gran familia que ahora tenemos —respondió.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Vega—. Me parecía increíble que tantas personas con «habilidades especiales» os hubierais conocido de manera casual.

—Pues si te parece raro lo nuestro, tenías que haber conocido a Rocío —dijo Sergio.

Un silencio emotivo sobrevoló durante unos segundos la reunión.

—¿Te refieres a la que describe Cata en su anterior novela? —

preguntó Marina.

—Sí.

—¿Por qué no está aquí? —declaró Vega.

—Murió —respondió Roberto, escueto—. Rocío era la persona más dulce y más especial que he conocido nunca.

—Y le debemos a ella estar vivos, estar aquí ahora —añadió Cata—. Nosotros y muchísima gente más.

—Era una mujer tan buena y tan generosa —continuó Sergio— que dio literalmente su vida por nosotros.

—Rocío era extraordinaria y tenía un alma absolutamente atormentada —dijo Francesca.

—¿Puedo preguntar cuál era su don? —inquirió Vega.

—Telequinesis —respondió Cata.

—¿Movía cosas con la mente?

—Quienes no la vieron en acción jamás imaginarían lo que podía llegar a hacer con esa mente privilegiada que tenía —reveló Francesca.

—Si los acontecimientos no nos hubiesen arrastrado sin dejarnos pensar —dijo Roberto con pesadumbre—, nos hubiéramos dado cuenta de que un cuerpo físico no podía sobrevivir mucho tiempo con un poder tan grande.

—No nos pongamos tristes. Ella no querría esto —sentenció Cata, levantándose con la copa en la mano—. Quiero deciros que este mundo es mucho mejor porque ella existió y porque todos vosotros estáis aquí.

En ese momento, Elton John desgranaba en su piano las notas de *Your song*, poniendo voz a lo que todas las personas que compartían aquel mágico momento estaban sintiendo: «... *how wonderful life is while you're in the world*».

Fue en aquel preciso instante cuando la copa de Miriam resbaló de su mano, haciéndose añicos contra el suelo y provocando un pequeño sobresalto en el grupo. Todos centraron su atención en ella, dándose cuenta de inmediato de que algo pasaba. Miriam tenía los ojos abiertos y la mirada ausente. Sergio hizo un gesto con la mano para que ninguno interrumpiera su trance.

El monje la estaba reclamando desde el otro lado —con su voz indefinible que solo ella oía— para entregarle un mensaje que, en esta ocasión, iba a ser tan silencioso como revelador. Sin decir una sola palabra, su protector se llevó las manos a la capucha del hábito y, con suma delicadeza, la retiró hacia atrás, dejando el rostro al descubierto. Una magnífica y bondadosa sonrisa acompañó a su acción.

Ante el estupor de los demás, las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Miriam al reconocer a su alma bienhechora.

Hola, Rocío...

Nota de la autora

Quienes me habéis hecho feliz llegando hasta aquí os habréis encontrado entre estas páginas con personajes como Cata, Francesca, Pablo, Andrea, Raquel, Luis, Roberto, Miriam, Rocío y Sergio, que, como habréis descubierto, tienen un pasado común. De forma premeditada, no he querido revelar demasiado de los hechos que ocurrieron anteriormente, los cuales dieron pie a los lazos que los unen en la actualidad. Si realmente os interesa profundizar en el origen de su especial relación, os invito a que os adentréis en mi novela *22*, publicada por la editorial Egales en 2019. Allí encontraréis las respuestas a las preguntas que, quizás, os estabais planteando.

Victoria es otro personaje de *Insurrectas* que os habrá hecho vislumbrar un pasado lleno de incógnitas. Su historia no puede dejar indiferente a nadie y ese es el motivo por el que os dirijo al punto de partida: la novela *Mis noches en el Ideal Room*, publicada en el 2016 por la misma editorial.

El resto de los personajes principales, como Marina, Vega y César Barral, han nacido entre las páginas de la novela que tenéis en vuestras manos. Espero, de todo corazón, que la hayáis disfrutado.

© Mila Martínez, 2020

© Editorial EGALES, S.L., 2021
Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61
Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99
www.editorialegales.com

ISBN: 978-84-18501-39-5

© Imagen de portada: Juanma Samusenko

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.